

MILLS BELLENDEN

ESPADAS Y ROSAS



VESTALES

Annotation

En el verano de 1715, un rumor se extendió por toda Escocia: Jacobo Estuardo, heredero del trono, estaba dispuesto a enfrentar a los ingleses para reclamar sus derechos. Los primeros triunfos fueron atribuidos a un agente misterioso: La sombra de Escocia. Pero la derrota de Sheriffmuir lo redujo a simples habladurías.

En 1745, treinta años después, la escena se repitió: con el triunfo escocés de Prestonpans, La sombra de Escocia volvió a cobrar fuerza y se desvaneció en el aire después de la caída de Culloden Moor.

Con la invención de este personaje ficticio, Mills Bellenden recrea con minuciosidad el clima del levantamiento independentista jacobita, una guerra que buscaba que un rey legítimo ocupara el trono de una nación cruelmente sojuzgada, de una Escocia obligada a ser puesta de rodillas.

En 1749, La sombra de Escocia conspira nuevamente: allí estarán los clanes leales jacobitas, los escoceses neutrales que abogan por la unión de ambas coronas, los traidores sin escrúpulos. En ese escenario, la autora nos muestra un abanico de personalidades complejas, nos muestra que la guerra separa, incluso, a aquellos que anhelaban estar juntos.

- [MILLS BELLENDEN](#)
-
- [Prólogo](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)

- [Capítulo 11](#)
 - [Capítulo 12](#)
 - [Capítulo 13](#)
 - [Capítulo 14](#)
 - [Epílogo](#)
-

MILLS BELLENDEN

Espadas y rosas

Vestales



©2012, Bellenden, Mills

Editorial: Vestales

ISBN: 9789871568413

Generado con: QualityEbook v0.62

Prólogo

En el verano de 1715, un rumor se extendió por toda Escocia. El heredero al trono, Jacobo Estuardo, estaba dispuesto a reclamar sus derechos al trono de Inglaterra. De inmediato, el conde de Mar convocó a los clanes escoceses en Bræmar, donde se le juró lealtad al legítimo heredero. Las hostilidades entre ambos países fueron manifiestas, y las victorias comenzaron a sonreír a los jacobitas ante la incredulidad de los británicos. Pronto empezó a correr la leyenda de que los jacobitas contaban con algún aliado entre las tropas inglesas. Alguien capaz de deslizarse entre los despachos y los campamentos obteniendo información valiosa para la causa escocesa. La osadía y la afrenta a sus enemigos llegaban al máximo cuando este personaje se marchaba dejando como firma un distintivo con espadas y rosas que demostraba su visita. ¿Quién podía ser tan atrevido como para arriesgar su vida de

aquella manera? ¿Un hombre? ¿Una mujer? ¿Un grupo de seguidores de los Estuardo? Alguien que se deslizaba en la oscuridad para ocultar su identidad. Una sombra. Por eso mismo, a causa de lo poco que se sabía de esta persona, tanto británicos como jacobitas comenzaron a llamarla con el apelativo de *La sombra de Escocia*. El ánimo de los jacobitas se vio insuflado por sus hazañas que pronto comenzaron a contarse de padres a hijos; o entre los propios seguidores de los Estuardo. *La sombra de Escocia* dejaba impreso su monograma en varios lugares por donde pasaba: se trataba de un espada que accionaba sobre una rosa: la espada de Escocia que atacaba a la rosa inglesa. Espadas y rosas era su símbolo. Pronto se convirtió en un héroe a quien todos admiraban por el valor derrochado por restaurar al Estuardo.

Pero, del mismo modo que la leyenda surgió con la fuerza repentina de una tormenta en alta mar, se desvaneció con la batalla de Sheriffmuir y con el retorno a Francia del heredero Estuardo. Muchos fueron los que pensaron que *La sombra de*

Escocia había sido atrapada por los ingleses. Otros, que permanecía oculta en algún recóndito lugar de las Highlands. Hubo algunos que pensaron que esta marchó con Jacobo Estuardo a su exilio en Francia. Pero los más atrevidos y los más incondicionales decían que, como nadie conocía su identidad, *La sombra de Escocia* se paseaba tranquilamente por las recepciones de Inglaterra y Escocia recabando información y burlándose de los británicos.

Las renovadas esperanzas de ver a un Estuardo en el trono de Inglaterra llegaron con el hijo de Jacobo: Carlos Eduardo Estuardo, el joven pretendiente. Por aquellos días, muchos eran los que creían que *La sombra de Escocia* volvería a actuar. Enseguida, ese rumor creció como la tormenta. Cuando las fuerzas jacobitas lograron derrotar al general Cope en Prestonpans, corrió el rumor de que un desconocido facilitó un camino secreto a los jacobitas a través del cual lograron sorprender a los ingleses y derrotarlos. ¡*La sombra de Escocia*! El mítico nombre volvió a escucharse de boca en boca en recepciones, fiestas

y bailes. Su presencia volvió a insuflar ánimo a seguidores de los Estuardo, que avanzaron por Escocia reconquistando ciudades hasta llegar a la frontera. El aliento y los logros de este personaje animó a los jacobitas a adentrarse en Inglaterra hasta llegar a Carlisle.

Sin embargo, allí, en las puertas del triunfo, los jacobitas comenzaron a retroceder ante el empuje de las tropas británicas. Las derrotas se sucedieron hasta que llegó el desastre de Culloden Moor, y con esa batalla el fin de las esperanzas de miles de jacobitas. *La sombra de Escocia* se desvaneció como el humo de los cañones británicos. El país cayó en desgracia con la nueva derrota, y las sanciones del gobierno inglés arrancaron de raíz cualquier esperanza de ver a un Estuardo en el trono de Inglaterra. No se volvió a escuchar el nombre de la gran esperanza escocesa. Tan solo quedaron los recuerdos de sus aventuras y sus hazañas. Aunque muchos creyeron que *La sombra de Escocia* había muerto en Culloden Moor, su nombre y su leyenda siguieron vivos en los corazones de los jacobitas, quienes contaron

sus aventuras en las frías noches de invierno junto al fuego del hogar.

Capítulo 1

En algún lugar de las Highlands, 1749.

Un golpe seco en la puerta alertó a los hombres que se encontraban reunidos en aquella apartada posada. Se miraron entre sí en un intento por descubrir si alguno conocía al misterioso visitante, pero ninguno emitió palabra. En cambio, se prepararon para defender su vida y, en pocos segundos, los filos de las dagas escocesas, los *dirks*, y alguna que otra arma de fuego salieron a relucir. Las velas que iluminaban débilmente el lugar fueron cubiertas con destreza para evitar que la luz delatara las posiciones de cada uno de ellos.

Era noche cerrada. El viento soplaba entre los árboles con violencia, y una lluvia sesgada caía sobre los postigos de las ventanas. Infinidad de gotas empapaban los cristales e impedían observar el exterior. En medio de la oscuridad, nadie osó moverse por miedo a delatar su

presencia; solo el que parecía ser el cabecilla se levantó con sigilo y se dirigió hacia la puerta empuñando su pistola.

Los golpes se hicieron más intensos y frecuentes. Quienquiera que estuviera del otro lado parecía tener prisa por entrar. El hombre abrió la puerta y dejó una pequeña apertura por la que escuchó las palabras:

—Salve al legítimo heredero. —El visitante mostró a través de la rendija la gorra en la que llevaba prendida una escarapela de color blanco.

La puerta se abrió en cuanto dijo la contraseña y el distintivo de los jacobitas fue reconocido. El personaje entró, se sacudió la capa para desprender la lluvia que lo había empapado. Vestía de negro de los pies a la cabeza y llevaba un sombrero de tres picos.

—¿Trae noticias de Francia? —le preguntaron.

El visitante asintió, mientras su mirada vagaba por la estancia y se fijaba en los rostros de cada uno de los hombres. Luego, procedió a sentarse junto a ellos. No se desprendió del

sombrero ni del pañuelo que le cubría la boca y que le distorsionaba la voz.

—¿Y cuáles son esas noticias? —preguntó otro.

—El joven pretendiente aguarda una nueva oportunidad para desembarcar en la costa de Fife —respondió a través del pañuelo, mientras sus ojos centelleaban de emoción al hablar del legítimo heredero al trono.

—¿Contaremos con el apoyo del rey de Francia? —le preguntó otro.

—No puedo asegurarlo. Por ahora lo que debemos hacer es volver a reunir a los clanes leales a los Estuardo.

—No será nada fácil después del fracaso de la última rebelión —informó el que parecía ser el portavoz del grupo.

—Habrá que convencerlos para que hagan un último esfuerzo.

El silencio y el desánimo inundaron las almas de los presentes; después de la derrota en Culloden Moor y de sus nefastas consecuencias, solo un inconsciente se habría atrevido a levantar

las armas contra la Corona.

—¿Qué hará mientras tanto?

—Recabaré información para nuestra causa

—dijo de manera tajante.

—Tenga cuidado.

—Nadie sospecha de mí —dijo con una sonrisa—. Caballeros, brindemos por el rey.

Sobre la mesa se habían dispuesto seis vasos vino. Los hombres los alzaron para brindar.

—¡Por el rey que se encuentra al otro lado del mar! —exclamaron gritando la proclama de los jacobitas.

—Y ahora, señores, he de partir —les informó mientras se incorporaba.

—¿Cómo viajará?

—Un coche me aguarda en la puerta. Ruego discreción —pidió antes de dirigirse a la puerta. No quería darles la espalda: no se fiaba de los *chieftains* allí reunidos. Cualquiera de ellos podía ser una espía del rey de Inglaterra. Abrió la puerta y enfrentó al aguacero; ingresó al coche y salió de aquel lugar como si de un fantasma se tratara.

Cuando los hombres volvieron a estar a

solas, acordaron convencidos de que en esa ocasión sí tendrían éxito; contaban con la inestimable ayuda del mejor espía de la causa de los Estuardo: *La sombra de Escocia*.

Capítulo 2

Territorio de los Grandes Lagos, 1749.

Roy Campbell se encontraba preparando el equipaje pa-rra partir de regreso a su casa en Gran Bretaña. Estaba tan absorto en la tarea que no se percató de la presencia de una sombra que se arrastraba con sigilo por el porche de la casa. Sus movimientos eran tan ágiles y precisos como los de un depredador antes de abalanzarse sobre su presa.

De repente, el sonido de un crujido alertó a Roy, que dejó de empacar y se incorporó con todos los sentidos en alerta; unos minutos después, retomó la tarea. La sombra deseó que Roy no se hubiera percatado del ruido, por lo que rápidamente se arrastró hasta la puerta, la abrió muy despacio y caminó sobre la mullida alfombra que cubría el suelo de la entrada para dirigirse hacia el lugar favorito de Roy: el despacho. Se

asomó con lentitud cuando imprevistamente se vio sorprendido por una mano que lo agarró de la ropa y lo arrojó sobre la alfombra haciéndolo rodar. Cuando logró incorporarse, se encontró con Roy en posición de combate y con una amplia sonrisa en los labios. Le tendió la mano y juntos rieron mientras se abrazaban.

—No lo has logrado, Saskatchewan.

Se trataba de un indio alto de piel bronceada. Llevaba la cabeza rapada salvo por un mechón del que pendían unas plumas de cuervo. Escrutó con la mirada a su amigo, y algo que parecía ser una sonrisa se dibujó en sus labios. El guerrero *mohawk* cruzó los brazos sobre el pecho surcado de collares de colores.

—Me estoy poniendo viejo —comentó sin apenas mover sus finos labios.

—Nada de eso —le dijo Roy restando importancia al comentario—. Lo que sucede es que, en ocasiones, el alumno supera al maestro.

—El alumno hace tiempo que ha dejado de serlo para convertirse también él en maestro. ¿Te marchas? —le preguntó frunciendo el ceño

mientras dirigía su mirada hacia las maletas apiladas en un rincón.

Roy suspiró.

—Sí; vuelvo a casa.

—¿Echas de menos tu hogar?

—En cierto modo.

—¿Mujer? —le preguntó el *mohawk* mientras entornaba la mirada.

—Sabes que no tengo esposa, ni ninguna mujer que me espere —le comentó entre risas.

—Entonces, debes buscar una —le dijo muy decidido—. Un hombre sin esposa no está completo. —Roy miró a su amigo—. Si no tienes esposa, ¿por qué regresas a tu tierra?

—Demasiadas lunas lejos del hogar —le respondió Roy empleando una de las muchas expresiones indias que había aprendido de su amigo.

—¿Demasiadas? —le preguntó el *mohawk*.

—Tal vez a ti no te lo haya parecido. Además, mi misión aquí ha terminado. Ya les enseñé todo lo que sabía al ejército inglés. Incluso las técnicas *mohawk*.

—No estés tan seguro, amigo.

—¿Por qué lo dices?

—Pronto, la guerra asolará estas tierras.

—¿Guerra? ¿Qué sucede? ¿Acaso la confederación de tribus indias ha decidido hacer la guerra por su cuenta?

—No hablo de los hurones, ni de los mohicanos, ni de los *mohawks*.

—Tú eres un jefe *mohawk*.

—Cierto. Por eso te digo que esta no es una guerra con los indios.

—¿Entonces a qué te refieres? —le preguntó algo confundido.

—Los habitantes de estas tierras no soportarán por mucho tiempo las reglas de tu rey.

—¿Hablas del rey Jorge?

—Tu rey, sí —asintió el guerrero con determinación—. Los casacas rojas han sometido a indios. ¿Cuánto tiempo tardarán en hacerlo con los colonos de estas tierras?

Roy contempló a su amigo durante unos segundos. No creía, o no quería creer, que pudiera estallar la guerra en el Nuevo Mundo. Para

entonces, él estaría del otro lado del océano.

—No creo que llegue ese momento, Saskatchewan.

El *mohawk* lo miró en silencio, mientras Roy terminaba de empacar sus cosas.

—He de irme, amigo. El barco zarpa dentro de dos horas.

—Parte en paz.

Roy estrechó la mano del *mohawk* como única despedida; Saskatchewan no hizo ni un solo gesto. Caminaron juntos hacia la puerta, mientras un mozo entraba en la casa para cargar el equipaje en el coche que lo llevaría hasta el puerto. Roy se volvió una última vez antes de subir.

—Espero volver a verte —le dijo el *mohawk*.

—Si nos volvemos a ver no será aquí; no tengo ninguna intención de pisar nuevamente estas tierras.

—No estés tan seguro. Volveremos a vernos antes de que la luna se complete tres veces.

Roy sonrió y sacudió la cabeza desestimando los vaticinios de su amigo. Subió al coche y

aguardó a que se pusiera en marcha mientras contemplaba por última vez la casa en la que había permanecido durante los años que había durado su estancia en el Nuevo Mundo. Se puso el sombrero y se acomodó en el asiento del carruaje. Volvía a Gran Bretaña. Regresaba para descansar y dedicarse a administrar sus bienes.

Roy Campbell había estado entrenando a los soldados ingleses apostados en las colonias americanas durante los últimos años. Había abandonado Inglaterra durante el último intento de restauración de los Estuardo, que había concluido con la desastrosa derrota para los jacobitas en Culloden Moor. Se había trasladado al Nuevo Mundo antes de esa fatídica batalla. No había querido participar de la guerra contra sus hermanos escoceses; por eso se había marchado de allí. No quería más medallas, ni reconocimientos públicos. No quería que le palmearan la espalda y que alabaran sus buenas acciones en el frente. No. Solo quería poder retirarse a sus tierras escocesas de Argyll para llevar a una vida tranquila y acomodada y ocuparse de sus asuntos domésticos.

Absorto en sus cavilaciones, llegó hasta el puerto donde esperaba el navío que zarparía hacia Inglaterra.

Caminó por la pasarela que ascendía hasta la cubierta. Al llegar a lo alto, el capitán, un hombre entrado en años y con una poblada barba, lo saludó con respeto al verlo ataviado con el uniforme del ejército.

—Bienvenido a bordo, capitán Campbell.

—Gracias, capitán Roxburgh. Aunque prefiero que dejemos los rangos militares a un lado. Llámeme Roy, si le parece bien.

—Como guste.

—Si es tan amable de indicarme cuál es mi camarote, iré gustoso allí.

—Harper, acompaña al señor a su camarote: el veintiuno —le ordenó a un hombre de grandes brazos que recogió el equipaje como si no pesara.

—Sígame, capitán —le dijo haciendo un gesto con la cabeza.

Roy asintió y se dispuso a seguir al marinero, cuando la voz de una mujer captó su atención.

—¡Es imposible, capitán! ¡Le repito que es

imposible!

Roy lanzó una mirada por encima del hombro para ver qué sucedía. Una joven discutía con el capitán. El color de sus cabellos se asemejaba a las hojas en otoño y estaban recogidos con varios alfileres que, a la vez, mantenían su sombrero sobre la cabeza. Llevaba guantes blancos y una sombrilla de paseo. Roy dedujo que probablemente se trataría de alguna joven que regresaba a Inglaterra para completar su educación o, por qué no, a buscar marido. Junto a la mujer estaba su dama de compañía: una señora mayor con un gesto severo en el rostro. Roy no pudo evitar escuchar el resto de la acalorada conversación de la muchacha con el capitán, que ya había logrado captar la atención del resto de los pasajeros y marineros que pasaban por la cubierta.

—Le repito que tenía los pasajes aquí en el bolso —protestaba la muchacha.

—Y yo le repito que si usted no me los muestra no le permitiré subir a bordo.

—Pero...

—De manera que les solicito que haga el

favor de abandonar el barco —les indicó el capitán señalándoles el camino a las mujeres, que lo miraron con desolación.

Ni la muchacha, ni su dama de compañía parecían dispuestas a ceder y siguieron protestando.

—Si me permiten... —interrumpió Roy acercándose hasta ellos. Saludó con un gesto de cabeza, y, tras una fugaz mirada a la muchacha, centró su atención en el marino—. ¿Puedo saber el motivo de este alboroto, capitán?

—Verá usted, señor, la señorita dice haber comprado pasajes para este barco, pero no los encuentra —le explicó—. Por lo que no puedo autorizar el acceso.

—Necesito estar en Inglaterra —interrumpió la muchacha.

—¿Es ese todo el problema? —inquirió Roy.

—No tiene los pasajes —le respondió encogiéndose de hombros.

—Les juro que los compramos, pero ahora no los encuentro —exclamaba presa de la agitación, mientras la dama de compañía la sujetaba por los

brazos, y la señorita rebuscaba en un pequeño bolso.

—Tenga —le dijo Roy extendiendo la mano hacia el capitán—. Yo abonaré sus pasajes.

—Pero... —El capitán se quedó con la boca abierta ante el gesto de Roy.

—¿Haría usted eso por nosotras? —le preguntó la muchacha: clavaba su brillante mirada en Roy al tiempo que lo sujetaba del brazo. Luego desvió los ojos hacia la dama de compañía, que pareció esbozar una sonrisa de complicidad—. Juro que los compré hace cinco días —exclamó la muchacha empleando un tono dulce y lastimero.

—Es la verdad; mi señorita no mentiría —acotó la dama de compañía con dramatismo.

—Tal vez los hayan extraviado en alguna parte —sugirió Roy mirando al capitán—. De todas formas, está solucionado. La señorita...

—Abigail —le respondió con una sonrisa llena de coquetería, mientras las mejillas se le sonrojaban.

—Muy bien. La señorita Abigail y...

—Lady Francis —se presentó y se inclinó

frente a Roy.

—... lady Francis pueden quedarse con mi camarote.

—Pero ¿y usted? —le preguntó con un hilo de voz.

—No se preocupe. Estoy acostumbrado a dormir al raso con el cielo por techo —le dijo con naturalidad.

—Entonces, si hacen el favor, Harper las acompañará hasta su camarote —dijo el capitán algo sorprendido por lo sucedido.

—Gracias, capitán —le dijo e hizo una reverencia—. En cuanto a usted, señor...

—Campbell, pero puede llamarme Roy.

—Roy; gracias por su gesto —le dijo con un tono meloso mientras se volvía para dirigirse al camarote, seguida muy de cerca por lady Francis.

Roy y el capitán las vieron desaparecer por las escaleras que conducían a los alojamientos.

—¿Por qué lo ha hecho? —le preguntó el capitán a Roy.

—Ellas quieren ir a Inglaterra. Nada más —le respondió.

Lady Francis deshacía el bolso de viaje que gentilmente Harper había llevado hasta el camarote, mientras Abigail contemplaba el inmenso mar con cara de ensueño. Estaba perdida en sus pensamientos, ajena a los quehaceres y los comentarios de la dama de compañía.

—Ha sido todo un detalle que el señor Campbell se ofreciera a dejarnos su camarote —le dijo mientras colgaba un vestido en el armario.

La muchacha seguía mirando en silencio la inmensidad y pensaba. Roy Campbell le había parecido el hombre más apuesto que había visto desde su llegada a América.

—¿Me está escuchando, señorita? —insistió la mujer alzando un poco la voz para captar la atención de la joven.

Abigail pareció despertar de repente y, con un sobresalto, volvió el rostro hacia su dama de compañía.

—¿De qué hablas, Francis? —le preguntó con

ingenuidad.

—Le decía que ha sido todo un gesto de caballerosidad el comportamiento del señor Campbell.

—Sí, creo que tienes toda la razón —corroboró Abigail con una sonrisita.

—Por otra parte, ha sido un ultraje que no tuviéramos un camarote reservado. Presentaré una queja formal a la compañía en cuanto lleguemos a Inglaterra —dijo al tiempo que alzaba el mentón y cruzaba las manos sobre el regazo. Al momento sonrió divertida.

—Estoy de acuerdo —asintió Abigail tratando de contener la risa.

—¿Con qué?

—Con que ha sido un gesto digno de tener en cuenta el del señor Campbell.

—¡Oh! Yo no me refería a...

—Creo que podríamos invitarlo a cenar con nosotras.

—¿Qué? —se sorprendió lady Francis sobresaltada por aquella repentina decisión.

—¿Acaso hago mal en invitarlo a cenar? —le

preguntó como si en realidad dudara de su propuesta—. Creo que es lo menos que podemos hacer por él. Después de todo, nos ha cedido el alojamiento. Y se trata de una simple e inocente cena. Nada más.

—Es cierto, pero cenar con él no sería, tal vez, lo más apropiado —argumentó lady Francis exhibiendo, de ese modo, sus reparos.

—No creo que el señor Campbell vaya a comerme —le insinuó con humor mientras sonreía con picardía—. Ya sé que nuestro cometido es llegar sanas y salvas a Inglaterra —le recordó con énfasis—. ¿Puedes ayudarme a cambiarme? —le pregunto mientras comenzaba a desabrocharse el vestido.

—No sé qué pretende. Pero solo le ruego que no busque complicaciones innecesarias —le recordó con los dientes apretados mientras contemplaba la sonrisa de Abigail en el espejo.

En ese preciso instante el barco soltó el amarre y comenzó a deslizarse por las tranquilas aguas del océano. El viento soplaba hinchando el velamen; tardarían varias semanas en avistar las

costas de Inglaterra y, durante este tiempo, Abigail pretendía conocer mejor a Roy Campbell.

* * *

Roy encontró finalmente un lugar para dormir junto al camarote del capitán; no era gran cosa y, en ocasiones, se empleaba para almacenar parte de la carga. Había un catre y un armario. Era un sitio para dormir como cualquier otro, incluso no le habría disgustado hacerlo sobre la cubierta. Paseó por el reducido espacio y, finalmente, decidió subir a respirar aire. Saludó a los distintos hombres que se encontraban entregados a la maniobra de la nave hasta que se apoyó sobre la borda pensando que dentro de algunas semanas estaría de vuelta en casa. Después de largos años de ausencia, regresaba. Ya había entrenado al ejército en el Nuevo Mundo. Por fin podría retirarse y descansar.

Pensó en que no le había escrito ninguna carta a su hermano Jeff anunciando su regreso. Podía imaginar su cara de sorpresa, cuando lo viera

aparecer en la casa. Apostaba a que se alegraría, al igual que Helen, la mujer de Jeff. Además, tenía ganas de volver a ver a sus dos sobrinos, Arthur y Sarah. Deseaba con ímpetu regresar, era cierto. Sin embargo, sin previo aviso, su mente se cubrió de espesos nubarrones que amenazaban la tranquilidad de los instantes previos. Por un extraño motivo, su anhelo de regresar se transformó en temor, cuando sus pensamientos se desviaron hacia otra persona, alguien en quien apenas había reparado durante los últimos años. Era cierto que el trabajo le había dejado pocos momentos para poder recapacitar sobre el asunto. Pero, aun así, siempre había encontrado un momento, por breve que fuera, para pensar en el pasado. Ahora, en ese mismo instante, volvía como una ola embravecida que golpea la embarcación. ¡Maldita sea! Ese era el otro aspecto de la vuelta a Inglaterra. O mejor dicho. Ella. ¿Por qué se habían distanciado?, se preguntó como si no lo recordara. Y se respondió a sí mismo. Cómo olvidarlo: por un estúpido sentimiento patriota, por una diferencia de pareceres políticos, por un

país, por un rey. Y por una guerra estúpida.

Apretó los dientes con furia mientras descargaba el puño sobre la borda. Ese gesto no pasó desapercibido para los atentos y expresivos ojos de Abigail. Estaba en la cubierta caminando con pasos lentos en dirección a él. Se había cambiado el vestido que llevaba momentos antes, cuando ambos se conocieron. Ahora lucía una espléndida prenda de muselina en color lavanda. Sus cabellos ya no estaban recogidos con infinidad de horquillas y alfileres, sino que lucían sueltos sobre las hombreras del vestido. Se había despojado de los guantes, y Roy pudo contemplar sus manos -poco finas y delicadas para una señorita-, cuando se apoyaron sobre la borda de la nave. La saludó con una leve inclinación de cabeza, que ella correspondió con un gesto similar. Luego esbozó la mejor de sus sonrisas.

—No le he agradecido debidamente el gesto, señor Campbell, quiero decir, Roy —se corrigió con una voz dulce y melodiosa, mientras sus brillantes ojos azules lo escrutaban.

—No hay motivo para ello. Lo hice porque

consideraba que una señorita y su dama de compañía —dijo y miró a lady Francis, que permanecía apostada a escasos metros con la mirada fija en los dos— debían tener ciertas comodidades.

—Es usted muy galante. ¿Aceptaría una invitación para cenar en mi camarote? —le preguntó con bastante atrevimiento.

—Agradezco la invitación, pero debo declinarla —le respondió mientras la miraba fijamente y se daba cuenta de que, efectivamente, como había creído la primera vez que la había visto, se trataba de una joven bastante bonita, pero prohibida para él. No cometería la locura de enredarse con aquella damita por mucho que ella deseara que él se encerrara con ella en el camarote.

—Oh, vaya... —murmuró decepcionada por este rechazo.

—No es nada personal —se apresuró a explicarle al ver el descontento en su rostro—. Es que el capitán ya me ha transmitido la invitación para cenar con él. Creo que usted también lo está,

y su dama de compañía, desde ya.

Aquella noticia provocó en Abigail alegría por compartir la velada con él, aunque deseaba hacerlo en privado.

—Entonces lo veré después —le dijo mientras se inclinaba respetuosamente ante él y caminaba de vuelta al camarote con una mezcla de rabia y esperanza en su interior. Rabia por no haber conseguido que cenaran a solas, y esperanza porque no todo estaba perdido.

Roy la vio alejarse. La damita tenía valor para aparecer de buenas a primeras sobre la cubierta del navío e invitarlo a cenar. ¿Acaso estaba desesperada por buscar marido? No había conocido nunca a nadie tan directo como la señorita Abigail. Sacudió la cabeza mientras la mirada le quedaba fija en el inmenso océano. Por un momento, incluso agradeció que la presencia de la damisela le hubiera proporcionado unos minutos de paz y tranquilidad, alejando sus pensamientos de ella. Frunció el ceño y el rostro se le contrajo por unos instantes cuando sus pensamientos regresaron a esa mujer: hacía tres años que no

sabía nada de ella. Por otra parte, todo entre ambos había quedado claro desde aquel fatídico y desastroso día que ahora lo atormentaba. Había abandonado Inglaterra al descubrir que ya nada ni nadie lo retenía allí. Que el único vínculo de unión con su país se había resquebrajado como la madera podrida. Y, al parecer, no había posibilidad de reparación. Se maldijo en voz baja mientras su mirada seguía perdida en el agua. Por un momento, creyó que la vista se le nublaba. Cerró los ojos y sacudió una vez más su cabeza: quería desterrar cualquier pensamiento relacionado con ella.

* * *

Se cambió el atuendo por uno más formal para una cena con el capitán, pero procuró no lucir ningún distintivo del ejército. No quería que lo estuvieran agasajando con toda clase de cumplidos durante la velada, ni que le dijeran que, con hombres como él, Inglaterra nunca dejaría de ser una potencia mundial. Por otra parte, sabía perfectamente que el

capitán sacaría a colación el tema del ejército y de la formación de tropas en América, ya que no se hablaba de otra cosa en el Nuevo Mundo.

Se vistió con unos pantalones grises largos y una chaqueta azul sobre una camisa de color blanco. Lustró las botas de oficial él mismo, porque no disponía de un ayudante de cámara en esos momentos. Después de echarse un vistazo en un pequeño espejo, abandonó la estancia para acudir a la cena que el capitán daba. Al llegar al camarote correspondiente, se encontró con un ambiente relajado y distendido. El propio capitán le dio la bienvenida estrechando su mano. Se había vestido para la ocasión con un traje de gala propio de la marina.

—Sea bienvenido, capitán Campbell.

—Acordamos no emplear mi rango —le recordó entre risas—. Dejémoslo en Roy.

—Venga que le presentaré al resto de los oficiales que viajan con nosotros. Este es el teniente Hubbard —le dijo señalando a un hombre entrado en años a quien estrechaba la mano en ese mismo momento.

—¿Regresa al hogar, señor? —le preguntó el teniente.

—Eso es. Una vez que mi trabajo ha concluido, ya nada me retiene en este territorio.

—Es lo mejor, cuando nada retiene en un lugar, ¿para qué quedarse? En el Viejo Continente, de seguro, encontrará las viejas emociones.

—Prosigamos —dijo el capitán—. Este es el cabo MacGovern. —Le señaló a un joven muchacho que lo miraba nervioso.

—Señor, es un honor conocerlo —le dijo cuadrándose ante él, algo que a Roy le hizo bastante gracia.

—Descanse, muchacho, no estamos en Fort Oswego. No es más que una cena de compañeros de viaje —exclamó divertido.

En ese momento, la señorita Abigail ingresó al camarote y eclipsó con su belleza a todos los presentes: sus cabellos relucían a la luz de lámparas, mientras sus ojos azules y cristalinos refulgían brillantes. El vestido ceñido a la cintura poseía un recatado, pero a la vez insinuante, escote, que dejaba a la vista lo justo para que sus

admiradores pudieran devanarse la cabeza imaginando lo que había debajo.

Abigail sonreía mientras todos se deshacían en cumplidos que alababan su belleza y su juventud. Al mismo tiempo, Roy se dirigió a lady Francis y le ofreció el brazo para acompañarla hasta la mesa: ese gesto sorprendió a la señora, que se ruborizó al ver que el galante hombre la acompañaba y que le retiraba la silla para que se pudiera sentar con facilidad a la mesa.

Abigail recorrió la escena de reojo y lamentó no haber sido ella la destinataria del gesto.

Roy le devolvió la mirada a la joven y ella se limitó a sonreír.

—Ha sido muy amable en haberle ofrecido el brazo a mi dama de compañía.

—Creo que los caballeros aquí presentes se olvidaron de ella —le comentó Roy devolviéndole la sonrisa.

—Una vez más debemos agradecerle tantas atenciones, ¿verdad, Francis?

—Sin duda, sin duda —respondió de manera atropellada la mujer.

—Bien, damas y caballeros —comenzó el capitán—, gracias por asistir a mi recepción y espero que la disfruten. Por favor, Miles. —Le hizo una señal al encargado para que comenzara a servir la mesa.

—Capitán Campbell, ¿se establecerá Inglaterra por una temporada larga o planea regresar pronto al Nuevo Mundo? —le preguntó un hombre de cabellos grises.

—¿Capitán Campbell? —se sorprendió Abigail al escuchar cómo lo habían llamado. “Un capitán del ejército de Su Majestad”, pensó mientras sonreía y tomaba la copa de vino para mojar los labios. Sabía que había captado la total atención de Roy y debía aprovecharlo.

—¿Acaso no conocía el grado militar del señor Campbell? —le preguntó uno de los invitados—. Por no mencionar su título...

—No. Y he de decir que no deja de sorprenderme —dijo sin apartar la mirada de Roy—. ¿Es usted un noble?

Roy sonrió por el cumplido, pero el que respondió fue el otro caballero.

—El señor Campbell es el duque de Argyll —le dijo con orgullo.

Abigail solo tenía ojos para Roy, que evitaba por todos los medios las alabanzas en torno a su persona.

—Creo que estoy en desventaja, ya que no sé mucho de usted —dijo para desviar la conversación hacia el oficial que lo había descubierto a ojos de Abigail.

—Soy el teniente Murdoch.

—Bien, teniente Murdoch, en respuesta a su pregunta debo decirle que regreso a casa por una larga temporada. En realidad, espero no tener que volver a entrenar muchachos tan lejos de mi hogar. He pasado capacitando a los soldados con técnicas modernas de guerra que espero que no tengan que utilizar jamás.

—Eso es lo que deseamos todos.

—Pero se habla de conflictos con los indios y con los franceses, como si hubiera una guerra en ciernes —apuntó el teniente Hubbard.

—Cierto; a pesar de ello, espero que nadie perturbe la paz —asintió Roy con esperanza.

—Ojalá así sea, capitán.

—¿Está casado? —le preguntó para sorpresa de todos Abigail.

Sonrió burlón por la pregunta y por el juego que se traía entre manos la joven dama.

—No —respondió—, no tengo esposa.

—Es una lástima; un joven tan brillante como usted... —apuntó el capitán del navío.

Aquel comentario dejó sin palabras a Roy, por lo que se dedicó a comer y a evitar el tema; no le traía buenos recuerdos el tema del matrimonio.

—¿Y usted, señorita? ¿Cuál es el motivo de su viaje a Inglaterra? —le preguntó el capitán a Abigail—. Y acepte las disculpas por el incidente que tuvimos.

—No se incomode, capitán, cumplía con su obligación. Pero sepa que yo nunca intentaría subir al barco sin pasajes —le recordó con una sonrisa, mientras todos los demás comensales reían.

Roy no apartaba los ojos de Abigail, que había dejado traslucir un atisbo de inquietud ante la pregunta. Cuando sus mejillas se encendieron, Roy sonrió complacido. “Oculta algo. ¿Tal vez un

pretendiente? Si es así, no entiendo sus coqueteos”, pensó.

Fue lady Francis quien respondió a la pregunta.

—La señorita Abigail va a Inglaterra a casarse —espetó satisfecha.

Abigail estuvo a punto de atragantarse con un bocado cuando escuchó a su dama de compañía. Todos los hombres fijaron su mirada en ella y la agasajaron con felicitaciones.

—Entonces, como capitán de la nave debo ser el primero en felicitarla.

Abigail sonrió tímidamente, mientras uno a uno le ofrecían sus felicitaciones, a excepción de Roy, que parecía sospechar que algo extraño rodeaba a la joven damisela.

“De modo que era eso. Bien, bien”, pensó mientras apuraba la copa de vino sin dejar de mirarla.

A partir de ese momento, Abigail intentó no hablar demasiado por temor a que sus comentarios se volvieran contra ella.

La cena iba llegando a su fin, y el capitán del navío ofreció una copa de licor a los presentes. Roy se disculpó en ese preciso instante.

—¿No nos acompaña, capitán Campbell? —le preguntó el teniente Murdoch sorprendido.

—Señores, les pido que sepan disculparme, pero prefiero respirar un poco de aire.

Abigail lo siguió con la mirada, hasta que desapareció tras la puerta del camarote. Habría querido seguirlo, sin embargo esperó pacientemente que los hombres se distrajeran con las copas de licor y los cigarros para excusarse.

—Creo que es hora de que dejemos a los caballeros a solas, Francis. Si eres tan amable...

Los hombres se levantaron de sus asientos para corresponder el saludo. Después, la joven abandonó el camarote del capitán con la intención de reunirse en cubierta con Roy.

—¿Adónde va? —le preguntó su dama de compañía con perplejidad.

—Un paseo por cubierta no me vendrá mal

antes de acostarme —le respondió con naturalidad, mientras recogía el vestido en sus manos para no pisarlo.

Lady Francis la contempló una vez más sin comprender muy bien qué pretendía su señora, pero estaba ya acostumbrada a las impetuosas ideas de la muchacha.

—La esperaré en el camarote; no tome frío y cuídese.

Abigail caminó decidida; deseaba era encontrarse con el señor Campbell, aunque eso pudiera precipitar los acontecimientos.

Al poner los pies sobre la cubierta, la muchacha buscó a Roy con la mirada. Estaba inquieta.

Roy se encontraba apoyado sobre la borda, tal y como lo había visto aquella tarde. Pero, a diferencia de la vez anterior, sostenía un cigarro entre los dedos. Estaba pensativo; con la mirada clavada en la oscuridad de la noche daba parsimoniosas bocanadas al cigarro mientras contemplaba cómo la brisa se llevaba lejos el humo. Trataba de no pensar en lo que haría al

llegar a Inglaterra, pero, por algún extraño motivo, sus pensamientos le jugaron una mala pasada. Volvió a pensar en ella, y ese rostro que no olvidaría se deslizó traicioneramente por sus recuerdos hasta quedar fijo en sus pensamientos. Arrojó el cigarro a la inmensidad del océano, molesto consigo mismo por ser tan débil: habría jurado que había conseguido desprenderse de los recuerdos.

—Más de tres años lejos no bastan para olvidarte —se oyó decir mientras sus manos apartaban los cabellos más indómitos—. ¿Por qué?

Escuchó el roce de la tela de un vestido que se acercaba a él. Volvió el rostro y se topó con Abigail que se acercaba. Volvió la mirada con fingido desinterés hacia las tranquilas aguas. ¿Qué pretendía?

—Hace una noche espléndida para tomar aire —le dijo la muchacha cuando llegó a su lado sin siquiera mirarlo.

—Es una noche serena.

—Una noche despejada para contemplar las

estrellas.

—Cierto.

—A juzgar por sus palabras parecería que no desea conversar.

—No, no es eso. —Roy titubeó por unos instantes tratando de no parecer descortés—. Estaba pensando en mis propios asuntos.

—Esos asuntos suyos parecen ser serios a juzgar por la expresión de su rostro —apuntó Abigail.

—No, no. Nada de eso —le respondió mirándola fijamente.

—¿Tiene familia en Inglaterra? —le preguntó mientras apoyaba los brazos sobre la borda.

—Mi hermano, su mujer y mis dos sobrinos.

—Ya he oído que no está casado —le susurró con intención de provocarlo.

—Es verdad... ¿Y usted? —le preguntó—. He escuchado que su prometido la espera —le comentó al tiempo que enarcaba las cejas. El rostro de Abigail se contrajo al escuchar hablar de su prometido. Roy la observó con detenimiento—. Veo que no parece ser un tema de su agrado.

—No, no lo es.

—¿Por qué?

—Mi padre ofreció mi mano a un tal lord Huxley.

—Veo que ni siquiera lo ha conocido en persona.

—No, nunca lo he visto, pero, a juzgar por la miniatura que poseo de él... —Abigail se detuvo para tomar aire. Luego finalizó su pequeño, pero esclarecedor discurso acerca de sus sentimientos por lord Huxley—... tampoco siento muchas ganas de conocerlo.

—Bueno, déjeme decirle que en ocasiones los retratos no hacen justicia a la persona retratada.

—¡No trate de excusarlo!

—Nada más lejos de la realidad, ya que yo tampoco tengo el honor de conocerlo.

—Ojalá pudiera escoger mi propio marido.

—Entiendo, aunque en ocasiones la elección no es la más apropiada.

—En mi caso sí lo sería.

¿Eran imaginaciones tuyas o aquella

muchacha se le estaba insinuando? Comprendía perfectamente que no aceptara a su futuro esposo, pero de ahí a intentar seducirlo...

—No esté tan segura.

—¿Por qué una mujer no puede elegir al hombre que le gusta? ¿Al hombre que desea? —le preguntó mientras se acercaba temerariamente hasta él.

—A veces nos dejamos deslumbrar por las apariencias. —Levantó el rostro para que lo mirara fijamente—. No cometa una locura.

—¿Acaso el amor no lo es?

—Siempre que sea correspondido. Y, cuando no lo es, conviene retirarse a tiempo.

—Cierto, pero tal vez si ese otro hombre...

—Si tal fuera mi caso —le dijo y ella abrió sus ojos al máximo, lo que le indicó a Roy que no estaba del todo mal encaminado en sus pensamientos—, nunca aceptaría las proposiciones de una mujer comprometida.

Aquellas palabras provocaron que la agitación inicial que se había producido en el pecho de la joven se transformara en frustración:

le estaba diciendo que no estaba dispuesto a dejarse arrastrar por la pasión de un momento.

Él no tenía intención de satisfacer el capricho de la jovencita, porque, si de algo estaba seguro, era de que ella se había encaprichado con él. Nada más. Tal vez, en otro tiempo no habría dudado en acceder a las insinuaciones, pero no ahora.

—Creo que debería retirarse a su camarote y olvidar que esta conversación tuvo lugar.

Abigail cerró los ojos y giró para marcharse, pero, antes de hacerlo, se volvió hacia él.

—Usted guarda un secreto en su interior, lo sé. Lo he observado hablar solo. Maldecirse por algún motivo. ¿Por una mujer? No se preocupe, no volveré a molestarlo. Buenas noches, capitán Campbell.

Roy la vio encaminar sus pasos hacia su camarote. La vio perderse. Luego, volvió a recordar días pasados de dicha y felicidad que se vieron empañados por negros nubarrones.

Capítulo 3

Durante el resto de la travesía, Abigail apenas cruzó palabra con Roy. La manera en que él se había comportado la primera noche le había dejado en claro que no estaba dispuesto a acercarse siquiera a ella.

La proximidad de la costa de Inglaterra hizo que Roy se tensara de nuevo y que recordara el motivo por el que había abandonado su hogar. Apretó los puños. ¿Por qué estaba tan nervioso? Habría apostado su paga a que ella no se encontraría allí, de manera que no había por qué preocuparse; lo más probable era que hubiera seguido con su vida en Escocia, que se hubiera casado con algún *laird* y estuviera ya rodeada de hijos e hijas. Sonrió cuando comprendió que su hermano, en lo que respectaba a ese tema, le había hecho caso: en los años que había pasado en América no le había escrito una sola línea acerca de ella.

Inspiró el aire del mar mientras observaba cómo las gaviotas comenzaban a sobrevolar la nave. La proximidad de tierra firme estaba en el ambiente.

—En breves momentos arribaremos a Plymouth, señor Campbell —le informó el capitán.

—Gracias.

—¿Tiene previsto quedarse aquí o se marchará a Londres enseguida?

—Quiero llegar a la capital cuanto antes.

—¿Reside usted allí?

—Mi hermano; mi hogar está en el norte, en Escocia, en las tierras de Argyll.

El capitán se quedó mirándolo fijamente mientras se acariciaba el mentón.

—Campbell, claro, lo había olvidado —dijo de repente palmeándose la frente—. ¡Pertenece al clan de los Campbell! Su familia ha dominado la escena política durante los últimos años, ferviente defensora de la unión de las dos Coronas —le dijo con orgullo en la voz.

—Así es, pero yo nunca he estado muy interesado en la política. Las referencias que tiene

de mi familia pertenecen a los días en que mi abuelo y mi padre ostentaron el título de Argyll, más que a mi hermano o a mí.

—En cualquier caso, se le debe mucho a su clan —insistió el capitán.

—Bueno, se lo agradezco —concluyó sonriendo sin ganas.

—Debo dejarlo unos instantes mientras superviso la maniobra para atracar en el puerto.

Roy lo saludó con la cabeza y volvió la mirada hacia las jarcias y las velas que ya se divisaban en la entrada del puerto. Sonrió al recordar las elogiosas palabras del capitán para con su familia. Era cierto que había jugado un papel destacado en las relaciones políticas entre Inglaterra y Escocia, pero a él lo único que le había causado eso había sido dolor. Un dolor que volvía al recordar cómo su propio clan había defendido los intereses de la Corona de Inglaterra durante la última rebelión de los Estuardo; cómo, en 1715, John Campbell, su propia sangre, había liderado el combate de Sheriffmuir contra sus propios compatriotas. Y todo eso no había

redundado más que en problemas para él.

Cuando el barco atracó en el muelle y la pasarela se deslizó para que la gente descendiera a tierra, Roy vio a Abigail acercársele. Su rostro había cambiado de expresión. No sabía a qué se debía ese cambio. Tal vez fuera por la distancia que él le había impuesto, tal vez fuera porque llegaba a un destino que implicaba para ella casarse con un hombre que no había elegido.

—Espero que todo salga bien para usted, capitán Campbell. ¿Estará en Londres?

—Es posible.

—Entonces, es posible que nos volvamos a ver —le dijo a modo de saludo antes de descender por la pasarela seguida de lady Francis, que le dedicó una sonrisa de despedida.

Roy las contempló bajar a tierra, mientras él cargaba con su propio baúl, que se echó al hombro como si se tratara de un cofre repleto de oro y él un pirata del Nuevo Mundo. Las vio subirse a un carruaje. Abigail se asomó por la ventanilla para despedirlo una vez más agitando su mano.

“Qué muchacha”, pensó mientras emprendía

el camino a la casa de postas. Debía comprar un pasaje para llegar Londres lo antes posible, aunque sabía que, al menos, tardaría un par de días en arribar a la ciudad.

* * *

El carruaje partió de inmediato. Su compañero de viaje era un hombre algo mayor con poco pelo y con unas gafas para ver de cerca, vestía una levita de color oscuro sobre una camisa blanca, pantalones por debajo la rodilla y medias del mismo color que la camisa. Los zapatos eran negros con una hebilla plateada muy lustrada.

—¿Es usted un soldado? —le preguntó el hombre.

—Sí, señor.

—¿Viene del Nuevo Mundo?

—Así es.

—He leído que hay un ejército alerta para entrar en guerra —le comentó.

—Hay un ejército y algunas amenazas no muy lejanas, pero no creo que se desate un conflicto

bélico en el corto plazo —le contestó de manera automática.

—Espero que esos salvajes que andan por allí no intenten un ataque. No serían capaces de enfrentar a un ejército tan organizado como el nuestro. Y, además, sé que andan medio desnudos por los bosques.

—Mi mejor amigo en aquellas tierras es un “salvaje”, como usted los llama —le indicó Roy harto de escucharlo—; un guerrero *mohawk*.

El hombre pareció atragantarse con aquella explicación, el rostro se le enrojeció y no supo qué decir.

—Dígame, ¿qué acontecimientos hay en Inglaterra? —le preguntó Roy dispuesto a cambiar el tema de conversación. No soportaba que nadie hablara mal de los indios después de la amistad que había trabado con Saskatchewan y su pueblo.

—¿Lleva mucho tiempo lejos, señor?

—Me marché al comienzo de la última rebelión de los Estuardo en 1745.

—Por fortuna, logramos aplastar a los escoceses, sí señor —dijo con orgullo, mientras se

palmeaba las rodillas y miraba a Roy, que no parecía muy contento con aquel comentario.

—¿Combatió usted en la guerra? —le preguntó con dureza.

—No, señor —respondió entre balbuceos.

—Entonces no diga cosas como esas; soy escocés y no me hizo nada de gracia ver derrotados y humillados a mis compatriotas —le dijo con intención de hacerle pasar un mal rato otra vez.

—Lo lamento, no pretendía ofenderlo. Me llamo Singleton; soy comerciante. ¿Usted luchó contra ellos?

—¿Contra los jacobitas? —le preguntó.

—Sí, ¿luchó contra sus propios compatriotas?

Roy desvió la mirada hacia los campos que se desplegaban a lo largo del camino.

—Eso debió de ser muy duro —dedujo Singleton.

—Cierto, pero, por fortuna, ha quedado atrás —contestó Roy, mientras apoyaba su cabeza contra el respaldo del asiento y cerraba los ojos.

—No esté tan seguro.

El comentario hizo que Roy lo mirara. Por primera vez desde que se había subido al carruaje y lo había escuchado hablar, había algo que le interesaba.

—¿Cómo? ¿Los seguidores de los Estuardo se están preparando otra vez para la guerra?

—Corren rumores de que algunos simpatizantes están intentando convencer al príncipe Estuardo, exiliado en Francia, de que intente recuperar el trono.

—¡Es una locura! ¡Una nueva guerra conduciría al fin de los clanes en Escocia! — exclamó mientras se incorporaba.

—Eso mismo digo yo.

—¡Los aniquilarían hasta que no quedara ni uno solo!

—Bueno, solo son rumores. También cuentan que el legendario espía *La sombra de Escocia* anda detrás de todo esto —le dijo con naturalidad—. ¿Ha oído hablar de tan legendario personaje? —le preguntó el señor Singleton.

—Escuché a mi padre relatar sus proezas, pero siempre pensé que no era más que un

personaje del folclore escocés; una especie de mito creado por aquellos que estaban sometidos a Inglaterra.

—Es cierto que nunca ha sido atrapado.

—Ni siquiera se sabe quién es. O si existe — agregó Roy con su mano agitada en el aire.

—No sé si existirá o no, pero aseguran que los éxitos de los jacobitas en Prestonpans fueron gracias a su intervención.

—Eso se debió a que las fuerzas de los Estuardo atacaron al alba y sorprendieron al campamento inglés dormido —lo corrigió Roy.

—Sí, pero porque *La sombra de Escocia* les indicó un camino secreto para rodear a las tropas inglesas. Lo mismo puede decirse de la toma de Edimburgo, y así podría relatar más de una acción.

—Hay quienes creen que se trata de una organización.

—Tal vez; lo que es incuestionable es que circula el rumor de que ha vuelto a aparecer.

Aquellas palabras hicieron que Roy olvidara el resto de problemas que rondaban su cabeza. *La sombra de Escocia*: había oído hablar de él o de

ella. No se sabía quién era. Si era un grupo de personas. O si existía.

Llegaron a Exmouth, donde cambiaron los caballos para continuar hasta Sherborne. Allí pasaron la noche. Roy apenas pudo descansar: lo abrumaba la idea de que pudiera haber un nuevo intento jacobita de volver a hacerse con el trono de Inglaterra. Otra vez una guerra en su tierra, otra vez tendría que tomar partido, y cualquier elección que hiciera sería desagradable para él. Debía estarle agradecido al señor Singleton por sus noticias solo porque habían conseguido distraerlo. “¿Es qué nunca podré vivir en paz?”, se preguntó en la cama con las manos detrás de la cabeza. Deseaba fervientemente poder descansar en su hogar sin tener que preocuparse por el ejército nunca más, pero aquellas noticias no presagiaban el futuro que él había imaginado.

A la mañana siguiente, emprendieron la travesía muy temprano. Ni siquiera la bruma matinal se había despejado en aquellos parajes. Se dirigieron hasta Winchester y desde allí reanudaron el trayecto a Londres por mejores

caminos que los transitados hasta entonces. Al llegar a destino, Roy se despidió de los compañeros de viaje; luego encaminó sus pasos hacia Regent Street, donde estaba la residencia de su hermano.

La mansión tenía la fachada blanca, immaculada; era una casa de dos pisos y una buhardilla con tejado negro. Todas las ventanas daban a un pequeño balcón, que, en esos momentos, estaba ocupado por la más variopinta selección de plantas. Sin duda, esa decoración era obra de Helen, su cuñada. Roy agitó la campanilla que colgaba al lado de la puerta de madera sin aldaba.

El sonido de pasos fue cada vez más cercano, hasta que la puerta se abrió para dejar paso al rubicundo rostro de Jeremy, el mayordomo. El hombre se quedó sin palabras cuando reconoció a Roy.

—Se... señor —tartamudeó mientras lo dejaba ingresar.

El recién llegado permaneció unos instantes en el recibidor, mientras Jeremy cerraba la puerta

y trataba de recuperarse de la impresión que le había causado verlo después de tanto tiempo.

—¿Qué sucede, Jeremy? —le preguntó la voz dulce y musical de Helen, mientras caminaba hacia él. Sin embargo, cuando vio a Roy de pie en mitad del recibidor, se llevó la mano a la boca tratando de ahogar un grito de emoción al ver a su cuñado de regreso tras más de tres largos años de ausencia.

—Parece que mi presencia ha dejado a todo el mundo sin palabras —bromeó Roy mientras abría los brazos para recibir a Helen, que se había quedado momentáneamente sin palabras.

—¡Roy! —dejó escapar por los labios con los ojos que le brillaban como joyas.

—¿Cómo estás, Helen? —le preguntó y la sujetó por los hombros para contemplarla: esbelta, elegante, con los cabellos dorados cayéndole sobre los hombros y los ojos azules empañados de emoción. Roy sonreía mientras sentía que algo tiraba de su pantalón; allí estaba su sobrina, que le sonreía abiertamente. Roy la tomó en sus brazos —. ¿Quién es esta muñequita? —le preguntó

mientras le hacía cosquillas en la barriga.

—Hola, tío Roy —le dijo echando sus manos al cuello para besarlo en la mejilla.

—Hola, pequeña Sarah. Dime, ¿cuántos años tienes ya?

—He cumplido siete —le respondió alzando su mano para que él pudiera contemplarla.

—Pero si apenas levantabas un palmo del suelo cuando me marché... Cómo pasa el tiempo. ¿Y Arthur? —preguntó mirando a su cuñada.

—Debe de estar jugando en su habitación.

Un ruido semejante al galope de un potrillo se dejó escuchar bajando por la escalera.

—¡Tío Roy! —gritó cuando lo vio y, desde el último escalón, se abalanzó sobre él.

—Muchacho, tienes la fuerza de una pantera —le dijo mientras lo retenía entre sus brazos.

Luego, lo dejó en el suelo y le pasó la mano por los cabellos. Tanto alboroto había provocado que Jeff Campbell apareciera de inmediato en la entrada. Al ver a su hermano, extendió los brazos hacia él y juntos se fundieron en un abrazo. Luego se miraron a los ojos y sonrieron hasta irrumpir en

una carcajada.

—Te dije que regresaría —le recordó Roy.

—Y yo nunca te creí. Pensaba que una vez que llegaras a América te quedarías para siempre allí. ¿Cuándo has arribado?

—Acabo de llegar a Londres —le respondió señalando su baúl.

—Jeremy, encárguese de que preparen una habitación para mi hermano —le dijo por encima del hombro de Roy.

—No te molestes. No hace falta que...

—Insisto. Además, los niños tienen ganas de verte y de que les cuentes tus historias.

—Sí, sí, sí. Quédate, tío Roy —corearon los niños dando saltos sobre la alfombra.

—Quédate, Roy —le pidió Helen posándole la mano sobre el antebrazo y regalándole una de sus más cariñosas sonrisas.

Roy tardó poco en decidirse.

—Está bien. En vista de la aclamación popular, me quedaré, pero solo un par de días. Antes de ir a Argyllshire, tengo que pasar por mi residencia aquí, el servicio ya no debe de ser

capaz de reconocerme —aclaró entre risas.

—Los que necesites, Roy —le dijo Jeff pasando el brazo por encima del hombro de su hermano—. Ahora, niños, tío Roy y yo tenemos que hablar. Así que: ¡hasta luego!

—Oh —exclamaron, cuando vieron que su padre se llevaba a su tío.

Pero Roy se volvió una vez más hacia los pequeños. Se agachó hasta quedar a su misma altura.

—Prometo que después jugaremos.

—¡Bien! —exclamaron ambos niños entre saltos.

Los hermanos se dirigieron a la biblioteca para conversar con privacidad; la estancia era amplia y la presidía un imponente mueble de caoba atestado de libros, seguramente de leyes, puesto que Jeff era abogado. Una mesa ovalada servía de apoyo a una caja de cigarros. En un mueble auxiliar se encontraban las botellas de licor y un juego de copas. Sobre la mesa que usaba Jeff para trabajar, papeles, libros y una pluma se desparramaban en desorden.

Roy se sentó en uno de los dos butacones forrados de terciopelo rojo, mientras su hermano servía un vaso de *whisky*. Luego le tendió uno mientras alzaba el suyo en alto y sorbía un trago.

—Es un gran placer tenerte de regreso, Roy. Te lo digo de todo corazón.

—Lo sé.

—¿Ha terminado tu tarea militar en América? —le preguntó mientras se reclinaba sobre la butaca.

—Afortunadamente sí.

—¿Y ahora? ¿Qué vas a hacer? No hace falta que te diga que me gustaría que te quedaras una temporada con nosotros si no tienes pensado hacer nada en especial.

—Lo entiendo, pero me gustaría echar un vistazo a las tierras de Argyll.

—¿Piensas volver a Escocia? —le preguntó contrariado—. No creo que estemos muy bien reputados después de apoyar al rey Jorge.

—¿Aún siguen las cosas revueltas? Pensaba que todo había concluido con la derrota en Culloden Moor, pero creo que no era más que un

deseo mío. —Se quedó pensativo un instante—. Por cierto, ¿qué sabes de *La sombra de Escocia*? —soltó después de tomar un largo trago—. Te lo pregunto porque, en el carruaje que me ha traído a Londres, he conocido a un comerciante que me ha puesto al tanto de la actualidad del país y comentó...

—Si solo te ha hablado de *La sombra de Escocia* —lo interrumpió Jeff—, más bien te ha puesto al día en chismes y rumores.

—Entonces es verdad lo que me contó.

—No sé lo que te contó, pero fuera lo que fuese, no le des crédito.

—Afirmaba que se está preparando un nuevo complot contra el rey.

—Habladurías de políticos aburridos; no hagas caso: aseguran que la misteriosa Sombra de Escocia está fraguando un plan para restaurar al joven pretendiente Carlos Estuardo.

—Acuérdate de cuando nuestro padre nos relataba las fabulosas historias de sus hazañas.

—Eran cuentos para niños, Roy —le dijo sin hacerle demasiado caso.

—Sí, pero que ensalzaban el sentimiento patriótico. Recuerdo el debate de nuestro padre: por un lado, quería inculcarnos con esas historias el amor por Escocia; por el otro, había luchado con los ingleses en Sheriffmuir.

—Te repito que solo son chismes para aderezar las aburridas recepciones vespertinas —alegó con una sonrisa ante la insistencia de su hermano.

—Espero que estés en lo cierto y que no haya más derramamiento de sangre escocesa.

—Yo también —asintió su hermano.

Lo miró fijamente durante unos instantes sin decir palabra, y Roy se sintió incómodo porque intuyó lo que su hermano estaba pensando.

—¿Qué sucede? —preguntó, por fin, para quebrar el silencio.

—Ella está aquí —le dijo con calma. Sopesó la reacción de Roy—. En Londres.

Fingió indiferencia ante esa información. Quiso demostrar que no le afectaba, pero nada más lejos de la realidad. El pulso se le aceleró y el corazón comenzó a bombear sangre con violencia.

Apretó la mandíbula y la mirada se le volvió fría. Sintió los dedos agarrar el vaso hasta creer que iba a hacerlo añicos.

—¿Por qué supones que habría de importarme? —le preguntó con un tono fingidamente distante.

—Te lo digo por si te la encuentras. La he visto con mis propios ojos. Y Helen también.

Hubo un momento de tensa espera que ninguno de los dos parecía dispuesto a romper. Solo intercambiaron miradas. La del abogado era de expectación ante la reacción de Roy; la del militar parecía vacía, sin vida.

—¿Y qué hace en Londres?

Jeff esperaba esa pregunta. En el fondo, Roy quería saber qué había sido de ella después de aquel fatídico día.

—Ha venido a pasar la temporada, ya sabes cómo son las mujeres —le dijo. Le iba administrando la información en pequeñas dosis para que su hermano la fuera digiriendo poco a poco.

—Es extraño —comentó Roy clavando su

mirada en el vaso.

—¿Por qué dices eso?

—Ella siempre dejó en claro que nunca pisaría Inglaterra, y menos Londres.

—Tal vez haya cambiado de parecer —le sugirió Jeff.

Roy levantó la mirada y sonrió.

—¿Ella? No lo creo.

—¿Por qué no? Acabas de decir que nunca habría pisado Londres, y, sin embargo, está aquí —le repitió.

—Es demasiado orgullosa para hacerlo. Demasiado escocesa —rebató Roy con la última palabra que se deslizó con lentitud por sus labios.

—¿Todavía crees que...? —comenzó a decir Jeff, pero se interrumpió porque no encontraba las palabras adecuadas.

—¿Tú no lo crees? —preguntó Roy, que no necesitaba que su hermano completara la frase para entenderlo.

—Eso forma parte del pasado. Las personas cambiamos.

—Ella no —dijo de manera resuelta y firme,

mientras su mirada parecía endurecerse.

—No te comprendo, Roy.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Te cuento que Laimie se encuentra en Londres, y lo único que sabes decirme es que es demasiado orgullosa, muy escocesa y no sé que más —le resumió molesto.

—No te pido que me comprendas, aunque, por otra parte, ¿no es verdad lo que digo? —le preguntó—. ¿Olvidas que rompió el compromiso de boda conmigo por culpa de sus ideas políticas?

—Ha pasado el tiempo.

—Escúchame, Jeff: Laimie no me perdonará jamás que no haber apoyado la causa de los Estuardo. Por ese motivo rompió nuestro compromiso de boda —le recordó apretando los dientes.

—No he podido creerlo en todos estos años. Honestamente.

—Pues así fue —le dijo alzando la voz—. Laimie, hija del marqués de Atholl y Tullibardine, sobrina de lord George Murray, hombre de confianza de Jacobo Francisco Eduardo Estuardo,

me considera, aunque parezca increíble, un traidor a la patria por el mero hecho de que los Campbell siempre nos pusimos del lado de la Corona inglesa.

Jeff vio la rabia en la mirada de su hermano, pero también el dolor que aquella situación le producía. Sabía que en el fondo todavía le importaba. Y estaba seguro de que a Laimie aún le seguía importando su hermano. Los ideales políticos los habían separado, era cierto, aunque no quisiera creerlo.

—No se ha casado —le dijo de repente.

Roy miró a su hermano y se tomó un tiempo para responder. “¡Maldita sea!”, fue lo primero que le vino a la mente.

—¿Sigues insistiendo en ello? —preguntó como única respuesta con voz aburrida.

—Y no porque no le hayan faltado pretendientes.

—Serían ingleses —bromeó Roy apurando su vaso de *whisky*.

—Al menos tres lo eran.

Roy lanzó una mirada de curiosidad a Jeff por

lo que acababa de confesarle.

—¿Tres has dicho?

—De cinco —le contó. Parecía que aquella explicación había captado todo el interés de su hermano—. No creo que hayan sido simples contingencias. Ella sigue pensando en ti, Roy. Lo sé.

—Y yo te repito que no sabes nada. No tienes ni idea de la clase de mujer que es Laimie.

—Tal vez, deberías intentar acercarte a ella, en vez de compadecerte a ti mismo.

—Yo no me compadezco. Y será mejor que zanjemos ese tema de una vez por todas: Laimie es el pasado.

—Es un pasado por el que abandonaste todo y te fuiste a una tierra inhóspita. Y no será pasado del todo hasta que no encuentres en tu fuero íntimo la respuesta de por qué no le dijiste la verdad: que no ibas a combatir contra los escoceses, que te habías opuesto al clan Campbell.

—No había nada que decir, no olvides que soy un oficial del ejército de Su Majestad, el rey.

—Esa es una disculpa barata, Roy. Puede que

hayas engañado a muchos con esas palabras, pero no a mí. Soy tu hermano y te conozco. Te marchaste porque no podías soportar el hecho de no poder retenerla a tu lado —le susurró—. Y, si es mentira, mírame a la cara y niégalo.

Roy dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco. Cerró los ojos durante unos instantes mientras asimilaba las palabras que su hermano acababa de decirle. Era la verdad. No podía negarla. Comenzó a caminar hacia la puerta, y Jeff lo detuvo.

—¿Te marchas? ¿Lo ves? Sigues igual que entonces: compadeciéndote de tu estado. Maldita sea, Roy. ¿Dónde está el valor del *chieftain* de los Campbell? ¿Dónde está el orgullo de Argyll? El mismo que convirtió a nuestra familia en la más venerada de toda Escocia. El clan más poderoso de todos.

Roy volvió el rostro.

—Murió pisoteado bajo los pies de Laimie. Estaré en Grosvenor Square. Manda que envíen mi equipaje allí. Despídeme de Helen y de los niños. Lo siento, no puedo quedarme aquí.

—Esta noche hay una recepción en casa de lord Hampton —fueron las palabras de despedida.

Jeff lanzó una última mirada a Roy antes de que saliera por la puerta y se quedó en silencio, pensando en lo que su hermano le había confesado. Apretó sus puños y los dejó caer a los costados. La puerta de la biblioteca volvió a abrirse; era Helen, que entraba preocupada.

—¿Qué ha sucedido, querido? Acabo de ver a Roy marcharse.

Jeff miró a su esposa y dulcificó su expresión. La rodeó por la cintura y, después de atraerla hacia él, depositó un cálido beso sobre su frente.

—Mi hermano es prisionero del pasado.

—¿Es por quien yo creo?

—Sí, es por ella.

—¿Le has contado?

—Sí; le he contado que está en Londres. Y el resultado ya lo has visto.

* * *

Roy llegó a su casa en Grosvenor Square sumido en una tormenta de sentimientos. El servicio, que había estado en la casa desde que se marchó, lo recibió con gran alegría y muestras de cariño. Su larga estancia en América les había hecho creer que nunca más regresaría a Europa. Pese a ello, los miembros del servicio habían seguido habitando la casa como si Roy hubiera estado con ellos.

Se instaló como si nunca se hubiese ido de allí, se despojó de su ropa de viaje y se dio un baño para dar reposo a sus fatigados músculos y despejar la mente. Después, se encerró en su despacho a meditar. La conversación con su hermano había arrojado más sombras que luces a su espíritu. Nunca pensó que Laimie se encontrara en la ciudad; ese era el motivo por el cual había preferido ir a Londres que a Escocia, porque creía que allí nunca se encontrarían.

Se dejó caer en el sofá, cerró los ojos y apoyó una mano sobre la frente. No quería que sucediera, pero los recuerdos de días pasados aparecieron con total nitidez. En ese tiempo, ella

había desplegado todo su esplendor: hermosa como ninguna, radiante. Pero también había mostrado un sentimiento del deber demasiado grande; tenía tal amor a la patria y a su rey, que desdeñaba a cualquier persona contraria a ese sentimiento. Eso había estado claro desde el principio. Lo que no entendía Roy era por qué ella había aceptado formalizar el compromiso con él, si sabía que el clan Campbell siempre había servido a la Corona. ¿Habría pensado que él acabaría luchando por una causa perdida desde el principio? ¿Habría creído que él se rendiría ante ella y sus ideales? Sí, lo hizo, pero no tuvo ocasión de decírselo.

Se incorporó en el sofá enfurecido consigo mismo por pensar en ella. Se había prometido no volver a hacerlo, sin embargo, por más que lo intentaba, más insistía la vida en recordársela. “Ella no se casaría con cualquiera”, pensó y rió al recordar su temperamento: digna hija del clan Murray.

¿Deseaba volver a verla? Esa pregunta ocupó su mente por unos instantes. Pensó si sería

acertado hacerlo, a fin de cuentas solo podían suceder dos cosas: que lo rechazara de plano, o que le concediera la oportunidad de hablar con ella. Aún había otro punto; verla rodeada de hombres que alabaran su hermosura, su belleza, que la miraran con deseo. Bailarían con ella, la agasajarían con toda clase de cumplidos. Y, por qué no, tal vez incluso lograrían conquistarla. Ese pensamiento le provocó un dolor en lo más hondo de su ser. ¿Sería verdad que estaba huyendo, como le había dicho su hermano? No, él nunca había sido un cobarde, ni un desertor. Entonces, ¿por qué no iba a la fiesta en casa de los Hampton? Entrecerró los ojos y sopesó la posibilidad de ir y verla. Si Jeff se lo había mencionado era porque había la posibilidad de que ella estuviera allí.

Se levantó del sofá, caminó hacia la puerta y la abrió de golpe.

—¡Jonathan!

El ayuda de cámara se presentó solícito ante su señor.

—¿Desea algo?

—Prepáreme un traje que esté impecable —

le dijo con voz enérgica.

—Bien, señor.

Roy percibió que en su interior algo parecía cobrar vida. Un sentimiento que no había desterrado; aquello que lo unía a Laimie. Solo esperaba que esa noche ese sentimiento no se extinguiera del todo.

Capítulo 4

La residencia de los Hampton se encontraba en el centro de la ciudad y, sin duda alguna, era una de las más impactantes.

Al llegar, Roy contempló a través de la ventanilla del carruaje el movimiento de la gente junto a la entrada. Por un momento se sintió nervioso y hasta fantaseó con la idea de ordenar al cochero que diera la vuelta. Finalmente el carruaje se detuvo y abrió la puerta para descender. Dio orden al cochero que se marchara; lo vio alejarse antes de respirar hondo mientras se ajustaba los puños de la camisa, se estiraba los faldones de la chaqueta y se retocaba el pañuelo anudado al cuello. Recordó con nostalgia los días pasados en el territorio de los Grandes Lagos, cuando en compañía de Saskatchewan y sus guerreros *mohawk*, había corrido por los bosques con ropa más ligera, e incluso en ocasiones tan solo con los pantalones de piel de gamo y mocasines. Sonrió al

evocar aquellos días, sin embargo, ya no estaba en los bosques Horicon, ni junto a los Grandes Lagos, ni tenía que entrenar jóvenes soldados; estaba en Londres a punto de acudir a una de las innumerables, monótonas y soporíferas recepciones de temporada, pero con un aliciente: Laimie.

Los señores Hampton, como anfitriones de la velada, se encontraban en la puerta dando la bienvenida a los invitados. Cuando lord Hampton vio a Roy caminar hacia él no pudo ocultar su sorpresa.

—¡Cielo Santo, Roy!, ¿cuándo has llegado? Te hacíamos en el Nuevo Mundo.

—He llegado hoy mismo; partí hace una semana. Mi misión ha concluido, señor.

—Gracias a Dios —exclamó lady Hampton—. Tu hermano no nos había dicho nada.

—Es lógico, pues él tampoco sabía de mi regreso.

—Espero que disfrutes de la velada —le deseó al tiempo que le dio un fuerte apretón de manos.

—Gracias —le dijo con una reverencia antes de ingresar al interior de la mansión.

No se fijó en ninguno de los detalles que ricamente adornaban la entrada. Ni siquiera apreció la infinidad de cuadros, jarrones, o las exquisitas y delicadas piezas de decoración; su mirada vagaba por los invitados que ya habían llegado. ¿La buscaba a ella? Saludó a todos y cada uno de los que lo detuvieron para dedicarle elogiosas palabras por su desempeño en el Nuevo Mundo. Nada fuera de lo habitual. Tomó una copa de una bandeja y dio un pequeño sorbo para tratar de calmar los nervios.

En ese momento, sintió un suave toque en el hombro; se sobresaltó al comprobar que se trataba de su hermano y de Helen: ella estaba radiante y hermosa con su vestido de brocado y el cabello recogido que dejaba el cuello libre para lucir un exquisito collar.

—Celebro verte, hermano, al final has recapacitado.

—Tal vez, solo tal vez, tengas razón —respondió Roy.

—Haces bien en aclarar tu comentario, Roy, porque ya sabes cómo es tu hermano cuando le das la razón —puntualizó Helen con una sonrisa.

—Oh, vamos, ¿tan insoportable me pongo? —exclamó mirando a ambos—. Lo que ocurre es que cuesta reconocer que rara vez me equivoco.

—Por cierto, ¿y mis sobrinos? Lamento haberme marchado de esa manera tan repentina —les confesó.

—No te preocupes, entendieron que estabas agotado por el viaje y que necesitabas descansar —le explicó Helen.

Jeff miró fijamente por encima del hombro de su hermano al grupo de personas que se acercaba hacia ellos: lord Burghley, lord Chester y lord Hurlington: hombres del gobierno y del ejército.

—Qué bueno verte, Jeff —le dijo lord Burghley, un hombre algo mayor con un denso bigote.

—Lord Burghley.

—Vaya, Roy, qué agradable sorpresa. Creíamos que estaba en el Nuevo Mundo.

—He arribado esta mañana. ¿Cómo están,

caballeros? —preguntó dirigiéndose a los dos acompañantes de lord Burghley.

—Roy —dijo lord Chester, un joven oficial del ejército del rey Jorge.

—Albert, celebro verte.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Juraría que desde que te marchaste de Inglaterra.

—Sí, es cierto.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo? —le preguntó mientras tomaba una copa de licor.

—Mi misión allí ha concluido.

—¿Piensas establecerte aquí, en Londres?

—Es posible que marche al norte dentro de unos días.

—Mal asunto, capitán Campbell —matizó lord Hurlington con seriedad.

—¿Por qué dice eso? —le preguntó sorprendido.

Lord Hurlington, hombre fuerte en el gobierno del rey Jorge, contempló a Roy antes de hablar.

—Al parecer corren rumores sobre un posible tercer intento de rebelión de los jacobitas.

—¡Eso es absurdo! —exclamó lord Burghley

— Los jacobitas no tienen medios, ni infraestructura, ni hombres para llevarlo a cabo.

—No nos subestimen, señores —bromeó Jeff.

—¿Ustedes también piensan que podría tener lugar el levantamiento? —le preguntó lord Hurlington.

—Solo digo que somos una raza muy combativa.

—Cierto, pero que ha sido derrotada en dos ocasiones —matizó lord Chester antes de dar un trago a su copa.

Aquel comentario no agradó a Roy, que miró a su amigo y compañero de armas fría y distantemente. Siempre había existido un enfrentamiento entre ambos, aunque ninguno de los dos lo había querido reconocer de manera abierta.

—Podremos ser derrotados una y mil veces, pero los escoceses tenemos nuestro orgullo —apuntó Roy algo irritado con lord Chester.

—El orgullo de Escocia yace en los barrizales de Culloden Moor —le respondió desafiándolo con la mirada.

—Caballeros, caballeros —intervino lord

Burghley tratando de poner paz—. ¿Olvidan que los dos están en el mismo bando?

Lord Chester y Roy Campbell siguieron sin bajar sus miradas mientras el resto de los allí presentes trataba de poner paz.

—Cálmate, Roy —le pidió su hermano mientras lo tomaba por el brazo.

—Se dice que *La sombra de Escocia* está activo —soltó lord Hurlington.

—*La sombra de Escocia* es una leyenda —dijo lord Burghley entre risas.

—No tan leyenda —matizó su compañero con seriedad—. Ayer mismo los espías del gobierno interceptaron un mensaje. Al parecer están hablando con los jefes de los principales clanes de Escocia para volver a levantarse en armas.

—No puede ser —protestó lord Burghley.

—Como lo cuento. Sabemos que dentro de tres días se celebrará una reunión secreta entre los partidarios de los Estuardo.

—¿Piensa acudir? —preguntó Jeff.

—Si lo hago, será con un pelotón de hombres comandados por lord Chester —informó y lo

señaló; él sonrió orgulloso.

—Tenga cuidado —le advirtió Roy.

—¿Por qué? —preguntó lord Burghley.

—*La sombra de Escocia* también cuenta con espías ciudad y en el gobierno inglés. No sería descabellada la idea de que conociera sus planes.

—Eso es imposible —protestó ofendido por el comentario.

—¿Por qué?

—Nadie sabe quién es *La sombra de Escocia* o si son varias personas. ¿Es un hombre, o una mujer? ¿Un mito? ¿Una leyenda? —les preguntó a modo de chanza.

—Ya que le hace tanta gracia, podría averiguar su verdadera identidad —sugirió lord Chester—. A fin de cuentas, ahora no está en el ejército.

Roy esbozó una sonrisa.

—Lord Chester tiene razón —señaló lord Burghley—. Podría ayudar al gobierno a encontrar y desenmascarar a *La sombra de Escocia*. Podría tramitarle una orden para trabajar como agente secreto del gobierno mañana mismo.

—No creo que pueda ser de gran ayuda, caballeros —les dijo a modo de disculpa—. Posiblemente *La sombra de Escocia* no sea más que una invención.

—Pero también podría ser un personaje de carne y hueso. Recuerda que fue el culpable del desembarco de los dos príncipes Estuardo en Escocia, lo que dio pie a las rebeliones —apuntó Jeff.

—Todo eso se debió a intrigas políticas y no a la intervención de un personaje de fábula —deslizó Roy.

—Tal vez no quiera ayudarnos porque conoce quién se oculta tras ese nombre —sugirió lord Chester.

—No conozco a *La sombra de Escocia* —le aclaró y lo desafió con la mirada. Una vez más, volvía a retarlo e, impulsado por la animadversión que sentía, habló antes de tiempo—. Sin embargo, creo que aceptaré el encargo de descubrirlo y, cuando lo haga, lo entregaré.

—¿Aunque sea un patriota escocés? —le preguntó.

Roy lo miró fríamente y apretó las mandíbulas sin apartar la mirada de lord Chester. No se dio cuenta del pequeño grupo de mujeres que se acercaba hasta ellos, pero Jeff sí.

—Ven, querida —dijo una de ellas, una señora algo mayor que sonreía alegre—, déjame que te presente a un caballero de lo más interesante. Me han dicho que acaba de llegar a Londres, y yo tengo ganas de verlo. Somos muy buenos amigos—. La otra dama sonreía mientras la seguía hacia el grupo de hombres.

—¿Cómo están, caballeros? —saludó dirigiéndose a todos—. Vaya, Roy, celebro verte. Acabo de enterarme de que estabas aquí y no he querido demorar ni un solo minuto el verte.

—¿Cómo estás, Agnes?

—Muy bien, y me alegra que te tengamos de regreso para poder disfrutar de tu compañía. Por cierto, he traído conmigo a una linda joven que quiero que conozcas —le dijo mientras tiraba de la mano de la muchacha para situarla a su lado. Cuando Roy la vio, sintió que la sangre se le helaba en las venas y que su corazón se detenía—.

Roy, esta es la señorita Laimie Murray.

Se quedó igual de clavada sobre el suelo que Roy cuando la vio. Ninguno de los dos pudo reaccionar. Ni supieron qué decir. Allí estaba él: apuesto y elegante como lo recordaba, como ningún otro hombre. Y Roy solo tenía ojos para ella, que no la recordaba tan hermosa. Ni en sus sueños habría podido imaginarla como en ese momento: sus cabellos cobrizos revueltos sobre sus hombros, sus ojos verdes como los *glens* de las tierras de Atholl.

—Señorita... —la saludó fingiendo que no se conocían. Tomó su mano y sintió la suavidad bajo las yemas de sus dedos. Cuando la llevó a sus labios percibió la fragancia de su perfume. Sus labios se demoraron más de lo habitual; tal vez por la falta de costumbre; tal vez porque ansiaban sentir ese tacto tanto tiempo anhelado.

—Señor Campbell —le correspondió mientras el beso de él parecía despertar sentimientos olvidados en su interior, como si le devolviera la vida al agitar en su interior los rescoldos de una pasión que el tiempo no había

logrado extinguir.

Jeff no perdió detalle de la escena. Al parecer nadie en Inglaterra conocía la historia de ambos. Solo en Escocia se sabía la verdad. Dos amantes. Dos personas entregadas la una a la otra, que se habían separado por la guerra.

—Creo que es hora de bailar —dijo Agnes.

—¿Me concede este baile? —le preguntó lord Chester a Laimie.

—Claro —le contestó la muchacha y separó por primera vez su mirada de la de Roy.

—Con permiso —les dijo lord Chester y se la llevó de allí.

—¡Qué buena pareja hacen! —exclamó Agnes—. Dicen las malas lenguas que él está perdidamente enamorado de ella. Y que está tratando de cortejarla por todos los medios. Por cierto, ¿cuándo vas a buscarte una esposa, Roy? —le preguntó golpeándolo con el abanico en el pecho. Pero él se limitó a sonreír y a no decir nada.

Lord Burghley se acercó a la dama y saludó cortésmente a Roy.

—Encantado de verte.

—Vamos a bailar querido —le propuso Agnes y se lo llevó del brazo.

—Creo que yo también me voy a retirar —les dijo lord Hurlington.

Cuando los dos hermanos se quedaron a solas, Jeff miró directamente a Roy. Sabía que la escena había impactado en su hermano, pero no lo había derribado por completo.

—¿Vas a permitir que lord Chester se la quede? —le preguntó con franqueza—. Ya has oído el comentario de Agnes y sabes de sobra que cuando ella habla...

Roy volvió el rostro hacia su hermano. La mirada era dura, fría; la que siempre había mostrado en las situaciones difíciles.

—Ya ha rechazado a otros, bien puede hacerlo con él —le dijo haciendo un gesto con su cabeza en dirección al salón de baile donde Laimie y el otro bailaban.

—Cierto, pero siempre hay una primera vez —le susurró con malicia al tiempo que se retiraba en busca de Helen mientras su hermano se quedaba

solo, contemplando cómo Laimie bailaba en brazos de otro hombre. Pero no de uno cualquiera, sino de uno dispuesto a conquistarla.

* * *

Durante el resto de la velada Roy intentó mantenerse alejado de Laimie. Era absurdo estar controlándola, aunque era cierto que no le habían gustado las palabras de Agnes acerca del supuesto interés de lord Chester por ella. Pero, por otra parte, por mucho que a él le molestara que la cortejara, entre Laimie y él no quedaba nada. Estaba seguro que ella no le había contado a nadie que habían estado comprometidos hacía cuatro años; “cuatro años”, pensó Roy mientras sacudía su cabeza. “¿Tanto tiempo ha pasado ya?”, se preguntó a sí mismo sin querer admitirlo. Y, desde entonces, ningún pretendiente parecía haber ocupado su sitio. Tal vez hubiera decidido quedarse sola al frente de su clan. Fuera como fuera, el hecho de que Laimie no se hubiese casado le agradaba bastante a Roy, aunque él no tuviera

ninguna oportunidad.

Ahora se alejaba de todos los comentarios y se encaminaba hacia la terraza. El sonido de sus pasos sobre el piso era lo único que se escuchaba allí fuera. Había un par de enormes jarrones de piedra en los que habían plantado varios arbustos de grandes hojas. Roy se dirigió hacia un extremo de la terraza y se quedó apoyado sobre la balaustrada mientras contemplaba a la gente que aún accedía a la residencia. Se respiraba un ambiente de fiesta, pero él prefería abstraerse de todo para poder pensar. No podía quitarse de la mente a Laimie, y así seguiría siendo mientras ambos estuvieran en Londres. Por suerte, en un par de días estaría en sus tierras de Argyllshire, aunque no sabía si retirarse era lo más acertado; aquella residencia estaba llena de recuerdos imborrables; rincones que se habían convertido en mudos testigos de sus apasionados besos y caricias. ¿Cómo haría para recomenzar? Volvió a pensar en ella y se dio cuenta de que cuando Agnes los presentó se había quedado tan sorprendida como él. Pero, para bien de todos, habían fingido

no conocerse.

Extrajo un cigarro del bolsillo interior de la levita y lo encendió con una cerilla. Lo aspiró con lentitud, y dejó que el aroma y el sabor lo transportaran a otros lugares. Lejanas tierras allende los mares. Los Grandes Lagos. Imaginó que se encontraba junto a los *mohawk* fumando una pipa bajo un cielo estrellado que no tenía comparación con aquel que ahora lo cobijaba. Le pareció escuchar las cantarinas aguas del arroyo en el que Saskatchewan y él se bañaban. Cuando abrió los ojos, volvió a la realidad: se dio cuenta de que no estaba junto a los guerreros *mohawk*, sino rodeado de áspera piedra, frío mármol y gente ataviada con sus mejores galas. Que no era la melodía del arroyo lo que conseguía abstraerlo de Laimie, sino la de los violines. Entrecerró los ojos, miró hacia la puerta de entrada e intentó dejar la mente en blanco.

Capítulo 5

El ligero frufú de la tela de un vestido captó su atención por un momento, aunque no la fijó en la mujer que había accedido a la terraza igual que él. Alguien que parecía necesitar aire y aislarse del bullicio que se respiraba en el interior. Pero ella sí se había dado cuenta de su presencia y, al momento, el estado de tranquilidad con que contaba se vio alterado. Se acrecentó cuando él volvió el rostro como si algo o alguien lo estuviera obligando a hacerlo. Apretó la mandíbula y casi estuvo a punto de estrujar el cigarro entre los dedos al reconocer a la mujer. Para su sorpresa, ella estaba tan nerviosa que no sabía cómo actuar. Sintió deseos de marcharse de allí, pero, cuando atinó a hacerlo, la mirada de él la detuvo.

—Perdona, no sabía que estabas aquí —le dijo con una voz dulce, pero entrecortada por los nervios. Entrelazó las manos para no darle la

impresión de que su presencia la incomodaba e intentó mirar hacia otra parte, pero no pudo hacerlo. Sentía la necesidad o la obligación o tal vez la curiosidad de mirarlo a la cara.

Roy, por su parte, había arrojado el cigarro al suelo y lo pisó con la puntera del zapato mientras permanecía en silencio contemplándola en estado de embriaguez. Estaba inmensamente atractiva con aquel vestido ceñido al cuerpo. El escote pronunciado resaltaba sus encantos, sobre los que había una fina cadenita de plata de la que pendía, como él bien sabía, el emblema de los Murray. El emblema subía y bajaba por la cadencia respiratoria que se volvió más constante y acentuada al sentir los ojos de Roy sobre ella. Los suyos se asemejaban a los luceros que había contemplado allá en el territorio de los Grandes Lagos; centelleaban de una manera fulgurante.

—Si mi presencia te incomoda... —le dijo e indicó el camino hacia el interior de la casa sin mirarla.

—No te marches, por favor —contestó ella sin haberlo pensado mientras en un acto reflejo e

inesperado posó la mano sobre el brazo de él. Roy bajó la mirada y observó el sutil contacto; el mismo que lo había acariciado y que había recorrido su cuerpo tiempo atrás.

—Espera —le susurró.

Roy levantó la mirada de la mano para posarla en el rostro y, en ese momento, entendió por qué la había amado por encima de todo, por qué no había conseguido olvidarla durante todos esos años. La mirada brillante en mitad de la noche refulgía. Deseó extender el brazo para que su mano le rozara la mejilla y comprobar si la piel seguía siendo igual de suave y tibia como él la recordaba. ¿Aún se estremecería con el solo roce de las yemas de los dedos? Los labios, que ahora ella humedecía como fruto de los nervios, seguían conservando el tono rojo como el coral. Apetecibles como una granada. ¿Seguirían destilando el sabor dulce y embriagador de años atrás? Sí, seguro. Porque ella era perfecta, y lo sabía. Pero el destino había querido separarlos, tal vez, para torturarlo.

—Agradezco que no me hayas descubierto —

le dijo Laimie mientras entornó la mirada hacia las manos.

—No tiene importancia —contestó él con un tono neutro mientras volvía los ojos hacia el jardín en un intento por no mirarla para que los recuerdos no volvieran a atenazarlo.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Roy no quería volver el rostro hacia Laimie para no darse cuenta de la hermosa mujer que había perdido. Mientras, ella se mostraba cauta, sin saber qué decirle ni cómo comportarse. Solo se limitaba a contemplarlo al tiempo que sentía la respiración más agitada bajo el elegante vestido. Nunca imaginó que volvería a verlo y que al hacerlo su interior se revolvería como un mar embravecido. Pensó que él estaba lejos de Inglaterra, tal vez en sus tierras de Argyllshire o en América, como su hermano le había dicho en una ocasión; pero al verlo esa noche...

—No sabía que estabas en Londres —dijo y apartó la mirada de él, pese a que algo en su interior la empujaba a no hacerlo. Pero el orgullo de los Murray fue más feroz que el amor por él.

—Acabo de regresar —le respondió sintiendo que su proximidad seguía atormentándolo.

—¿Piensas quedarte? —preguntó mientras levantaba el rostro y los relucientes ojos escrutaban el semblante de él.

Roy meditó la respuesta antes de dársela. Si le decía que permanecería unos días, ella con seguridad se marcharía. La conocía demasiado bien y podría afirmar que el orgullo no la dejaría ceder y menos ante él. Si le decía que tenía previsto irse al día siguiente, ella tal vez se quedaría más tranquila en Londres. Y no volvería a verla, pues no tenía intención de hacerlo.

—Estaré unos días. ¿Y tú?

Laimie se volvió y caminó hacia la balaustrada de la terraza dándole la espalda. Estaba demasiado nerviosa por su presencia. Debía ocultar los sentimientos hacia él que habían comenzado a aflorar al verlo de nuevo después de los años. Entrelazó las manos en ese estado de agitación en el que la presencia de Roy la había sumido y las posó con delicadeza sobre el frío

mármol mientras el viento mecía los cabellos dejando al descubierto el cuello de piel blanca y tersa. Temblaba como una hoja porque sabía que Roy se acercaría a ella.

Tal vez estuviera casado. “¡No!”, gritó de repente una voz en su interior poniéndola más nerviosa aún al tiempo que evitaba que los ojos se le volvieran a posar en él buscando algún indicio que le revelara si estaba comprometido o no.

Sentía su presencia próxima a ella. Casi podía notar el aliento de él acariciarle los hombros como si de una fina capa de rocío se tratara, aunque más cálida y placentera.

—No has contestado mi pregunta.

Laimie se había olvidado por completo de la respuesta, más preocupada por controlar las emociones que él le provocaba. Volvió el rostro para responderle, sin tener en cuenta lo cerca que estaba de Roy. Apenas unos pocos centímetros separaban sus bocas.

Un aroma a perfume lo envolvió por completo y le provocó un deseo irrefrenable por besarla. Los labios tan cerca de los suyos eran una

tentación demasiado grande como para rechazarlos. Pero ¿debería atreverse a cruzar la línea que los separaba? ¿Debería probarlos una sola vez? Después de tantos años sin verse, ¿debería acaso intentar retomar lo donde ella lo había dejado? En su mente se produjo una lucha mortal. Una lucha entre el deber y el corazón, entre la razón y la pasión. Y, al final, fue la primera la que acabó doblegando las ansias por besarla. Imperó la cordura, y Roy se abstuvo de cruzar la línea.

Laimie le sostuvo la mirada. “Altiya y orgullosa, pensó él, sigue siendo ella.” Y, cuando se apartó para dejarle espacio, la mirada de la muchacha lo siguió. Tal vez se había sentido decepcionada. Tal vez lo estaba probando para comprobar si aún quedaba en su interior algo del amor que se habían profesado.

La mujer volvió la mirada al frente y se abrazó a sí misma. Recordó cuántas noches había extrañado el abrigo de sus brazos, los cálidos besos y las tiernas caricias.

—Estaré en Londres durante la temporada.

Después... —Se quedó pensativa unos segundos meditando lo que haría después. Aún no lo había decidido.

—¿No piensas volver a las tierras de Atholl? —le preguntó en un intento por averiguar cuáles eran sus propósitos.

—Tal vez —le dijo sin mucho interés y se encogió de hombros. Lo que ella hiciera o dejara de hacer no era incumbencia de él. Entre ellos dos no quedaba nada.

—Creí haberte escuchado decir que nunca pondrías un pie en Inglaterra —le dijo con intención, buscando que reaccionara. Quería saber si aún quedaba algo del viejo rencor por su parte hacia todo lo que representara Inglaterra y lo inglés.

Laimie lo miró por encima del hombro y sonrió de manera cínica.

—He venido a buscar un marido —le dijo con toda la naturalidad que le permitía la situación. Tal vez enfurecida consigo misma por la manera de reaccionar ante él o tal vez porque quería darle un escarmiento, decidió contestarle

con lo que sabía que lo humillaría lo suficiente como para persuadirlo para que se marchara, para que se olvidara de ella en forma definitiva.

Si a Roy le hubieran abierto las venas con un cuchillo, con seguridad no habrían encontrado ni una sola gota de sangre. Aquella confesión había sido lo peor que había escuchado. Por fortuna, se había apoyado contra la balaustrada; de lo contrario, habría apostado a que se hubiera caído allí mismo sobre las losetas de la terraza.

Laimie lo percibió en la mirada y en el semblante, el cual palideció por completo. Volvió el rostro hacia el cielo mientras tomaba aire. Supo al instante que lo había herido en lo más profundo de su ser. Pero ¿aún podía resistir más? ¿Es qué aún sentía algo por ella? ¿Confía en poderla recuperar?, pensó Laimie mientras trataba por todos los medios de parecer ausente, distante y sin el más mínimo interés en él.

Roy no sentía deseos de continuar la conversación, pero algo en su interior lo obligaba a seguir allí aguantando en forma estoica los mordaces comentarios. Debía sacar el orgullo de

los Campbell y enfrentarse al destino. Reunió el valor necesario para tal ocasión e hizo pasar el nudo que se le había formado en la garganta y consiguió articular algunas palabras.

—¿Debería felicitarte entonces? —le preguntó sintiendo que cada una de sus palabras le quemaba.

Laimie lo miró desconcertada. ¿Por qué le había preguntado aquello? Pero lo que no esperaba era que siguiera hablando del mismo tema, regodeándose en su propia derrota, hurgando en la herida que ella había provocado.

—Y, ¿ya te has decidido? —le preguntó reuniendo todo su valor y orgullo—. Lord Chester parece muy interesado en ti. —El tono fue frío y cáustico. Ella lo percibió.

Las palabras le habían parecido dardos afilados y envenenados. Se volvió hacia Roy para quedar de nuevo frente a él permitiéndole contemplarla de cuerpo entero con sus cabellos ondeando libres.

El vestido se ceñía a su figura, aquella a la que él conocía de memoria por las veces en las

que sus manos la habían acariciado como si de un escultor dándole forma a su pieza más preciada se hubiera tratado. La miró a los ojos y vio que el brillo había desaparecido dejando paso a una frialdad extrema. Aunque las pupilas titilaban porque, en el fondo, ella estaba reteniendo las lágrimas.

—Veo que te has percatado de sus atenciones —le dijo y sintió una fuerte opresión en el estómago.

—No tiene ojos para otra mujer.

—Es verdad. Es agradable, atento, apuesto...

Aquella descripción lo estaba matando por dentro. Sentía como si le estuvieran desgarrando la piel a tiras. Como si, además, se estuvieran regodeando en su martirio para mayor disfrute. Entornó la mirada hacia las manos y se quedó pensativo, ausente. No había nada que hacer, se dijo.

—Pero le veo un defecto —puntualizó captando la atención de Roy—. Es inglés.

Sonrió con desfachatez por unos segundos mientras aguardaba la respuesta.

—Veo que sigues con tus prejuicios a pesar del tiempo —le dijo y se sintió aliviado por unos instantes.

Laimie le dirigió una mirada dura mientras sus manos se cerraban y se apretaban a los costados.

—¿Por qué dices eso?

—Creo recordar que tú solo quieres un escocés que defienda tus ideas de rebelión —le dijo sin prestar atención al arrebató de furia.

—Ah, de manera que se trata de eso —dijo Laimie cruzando los brazos sobre el pecho.

—Por cierto, tú no sabrás nada acerca de los rumores que circulan referentes a un nuevo intento de traer al Estuardo de vuelta a Escocia para empezar otra rebelión, ¿verdad? —le preguntó y entonces fue él quien cruzó los brazos sobre el pecho y la miró con curiosidad.

—No sé de qué me hablas —le respondió sin darle importancia a la pregunta.

—Te lo pregunto porque tú eres muy patriota.

—Lo soy, sí. No como otros que se vendieron al enemigo —le espetó y lo miró de pies a cabeza

con desprecio.

—Lo que tú consideras traición, yo lo llamo lealtad a mi gente —le explicó y alzó el tono de la VOZ.

—¿Consideras que traicionar a tu rey es hacer el bien? —le preguntó al tiempo que se ponía furiosa con aquella conversación.

—No teníamos ninguna opción de vencer, y tú lo sabías igual que yo —le recordó.

—Solo que yo me mantuve fiel a todos: a mi rey, a mi país y a mi gente —le espetó mientras se acercaba a él dispuesta a todo.

—A todos no, Laimie —le dijo secamente Roy—. A todos no.

—¿De qué me hablas? —le preguntó mirándolo sin comprender la afirmación.

—Hubo alguien a quien no le fuiste fiel y con quien rompiste la palabra empeñada.

—¿Ah, sí? ¿A quién? —le preguntó mientras sus rostros se acercaban más y más.

—A mí —le susurró.

Laimie abrió los ojos al máximo ante aquellas palabras. Sintió que las fuerzas para

emprender un nuevo ataque verbal la habían abandonado ante la evidencia. Y, cuando Roy se explicó, el peso de la prueba fue devastador.

—Rompiste el compromiso por absurdas creencias, Laimie. Preferiste sacrificar tu propia felicidad por la estéril esperanza de un puñado de fanáticos dirigidos por un muchacho romántico e imberbe como era Jacobo Estuardo —le recordó.

—¿Y qué habrías hecho tú? ¿Ir a la guerra contra mi propia familia? ¿Contra mi propio clan? —Sintió que las lágrimas comenzaban a anegarle los ojos de manera insistente y que, de un momento a otro, no tendría fuerzas para retenerlas.

—Habría combatido a tu lado si me lo hubieras pedido —le dijo con un tono lento y pausado mientras se sumergía en la profundidad de su mirada empañada recordándole las aguas del lago Carron.

—¿Habrías traicionado a tu propio clan? —le preguntó agitada bajo el vestido al tiempo que sentía que la sangre se le encendía con aquella confesión.

—Sí. Lo habría hecho por la mujer que

amaba, pero tú nunca me lo pediste. Asumiste que yo lucharía contra los clanes leales a los Estuardo.

—¿Y acaso no lo hiciste? ¿Acaso no luchaste contra ellos en Culloden Moor? —le gritó presa de los nervios. Unos nervios que no sabía muy bien qué o quién los había alterado. Se había referido a ella como la mujer que amaba, en pasado, y eso le había dolido. Era mucho peor que el hecho de que Escocia hubiera perdido su oportunidad de ser libre.

Roy no pudo resistirse más y le tomó el rostro entre las manos para que lo mirara. Sintió que la piel de las mejillas le ardía, que los ojos le titilaban por el brillo mágico que en ellos producían las lágrimas y que los labios entreabiertos trataban de tomar aire.

—No, no estuve en la batalla de Culloden Moor. Ni siquiera estuve presente en el inicio de la rebelión. Me marché al Nuevo Mundo cuando tú me dejaste porque te amaba más que a mi gente, más que a mi propio clan, y más que a mi propia vida. No podía traicionarte. ¿Cómo podría haberlo hecho si tú eras mi reina? —le confesó con

franqueza.

Ella se apartó de él para mirarlo con angustia en el pecho.

—¡No es verdad! ¡Mientes! —le espetó mientras los ojos se teñían de nubes y, tras sacudir en varias ocasiones su cabeza negando aquellas palabras o no dándoles crédito, salió corriendo hacia la casa entre sollozos.

Roy trató de salir en pos de ella, pero de repente se detuvo en seco y pensó que sería mejor dejarla marchar. Al fin y al cabo, él ya no era parte de su vida y, aunque le dolía verla de aquella manera, decidió dejar las cosas como estaban. Sacudió la cabeza y dejó que todo el aire que tenía acumulado en sus pulmones saliera mientras apoyaba las manos sobre la balaustrada del balcón y la mirada se le fijaba en un punto en el vacío.

Durante algunos minutos permaneció en aquella postura con la mente en blanco hasta que una voz femenina lo sacó de su estado. Era una voz que conocía a la perfección. Se volvió de repente para encontrarse con el rostro de una vieja amiga: la señorita Abigail que lo contemplaba como si

fuera un adonis esculpido en mármol. La sonrisa pícaro y el brillo maligno en los ojos le indicaron a Roy que parecía haberse olvidado de su última conversación en el navío que los había traído a Inglaterra.

—¿Tiene por costumbre hacer llorar a las mujeres? —le preguntó con maligna ingenuidad.

—¡Qué sabe usted! —exclamó Roy mirándola de pies a cabeza.

—Acabo de tropezarme con una joven que salía huyendo de... usted —dijo por fin abriendo los ojos como platos al tiempo que le golpeaba, con suavidad, pero con intención, el brazo con el abanico.

—¿Y usted? ¿Se dedica a perseguirme? —le preguntó fijando la mirada en el rostro aniñado y travieso.

Los ojos de la muchacha se abrieron al máximo y los labios se fruncieron en un mohín provocativo mientras desplegaba el abanico y lo agitaba sobre la porción de piel que asomaba por el escote del vestido.

—Creo que es usted un poco pretencioso,

capitán Campbell.

Roy desvió la mirada de ella y emitió un gruñido de desaprobación, pero al instante volvió a la carga.

—¿Puedo saber qué hace aquí? ¿Y dónde está su prometido? —le preguntó encarándose, en cierto modo, con ella mientras su fragancia lo envolvía y le hacía olvidarse por unos momentos de Laimie y su conversación.

—He salido a respirar el aire de la noche. Y, en cuanto a mi prometido, lord Huxley, debió marcharse al norte de Inglaterra para solventar unos asuntos importantes de negocios. Específicamente, a Carlisle —le respondió con naturalidad.

—Vaya, qué lástima. Imagino que la habrá decepcionado muchísimo saber que él no estaba aquí para recibirla —le dijo con una ironía que no pasó desapercibida para Abigail.

La muchacha frunció el ceño y sintió que las mejillas se le encendían de manera paulatina por la rabia que le había provocado aquel comentario.

—Pues, a decir verdad, mucho —le

respondió entre dientes.

—Baje los puñales —le dijo sonriendo Roy mientras sus labios dibujaba una sonrisa socarrona.

Abigail lo miró confundida, sin saber a qué puñales se estaba refiriendo.

—Lo único que llevo es un abanico —le explicó.

Roy sonrió sin reservas hasta que esa sonrisa desencadenó en una sonora carcajada que encendió los ánimos de Abigail. La muchacha se dispuso a golpearlo con el abanico, cuando sintió la mano del capitán cerrarse en torno a su muñeca. Las miradas de ambos se cruzaron por unos instantes mientras Roy no dejaba de sonreír.

—¿Qué le causa tanta gracia? —le espetó, en parte furiosa por sus comentarios y burlas, pero complacida de que él la estuviera sosteniendo de ese modo.

—Me estaba refiriendo a sus ojos. Me miraba como si fuera a apuñalarme —le susurró y las mejillas de Abigail se tornaron en capullos de rosas.

Roy la dejó libre y ella se apresuró a desplegar una vez más el abanico en un intento por aplacar el sofocón que aquellas palabras y la proximidad del cuerpo del capitán habían provocado. Lanzó una mirada de soslayo a Roy.

—No pretendía reírme de usted en ningún momento, y si le ha parecido que...

—Exijo una satisfacción —le dijo de repente.

—¿Una satisfacción? —exclamó Roy desconcertado por aquella ocurrencia—. ¿De qué diablos habla?

—Exijo una prenda en pago por haberse burlado de mí —le dijo alzando el mentón.

—Pero...

—No puede negarse —le dijo.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —le preguntó sintiendo diversión por primera vez aquella noche—. ¿Acaso pretende que nos encontremos al amanecer en un prado desierto?

—Baile conmigo —le respondió muy resuelta y directa.

—¿Bailar? —exclamó Roy presa del pánico.

—Eso he dicho —insistió.

—Soy muy mal bailarín —le confesó sonriendo en un intento porque ella se olvidara de semejante locura.

—Esa es la típica disculpa de cualquier hombre.

—¡Maldita sea! No es una disculpa —le dijo mirándola fijamente.

—Debe pagar. Imagine cómo quedaría su reputación si se supiera que el capitán Campbell, *chieftain* de los Campbell de Argyll, ha ofendido a dos mujeres en una misma noche —le dijo exagerando el tono de la voz y los gestos de los brazos.

Roy iba a protestar una vez más, pero se mordió la lengua. Ahora contemplaba a aquella personita de exquisita belleza y gracia. Aquella muchacha que lo estaba haciendo salir de sus casillas y, al mismo tiempo, haciéndole olvidar a... ¡olvidar a Laimie! Hasta que pronunció las últimas palabras. Ahora ella lo contemplaba de manera impaciente esperando a que se decidiera. ¡Le había extendido el brazo para que él la tomara y juntos entraran en el salón! No toleraría un “no”

por respuesta. Juraría que le había quedado claro en el navío que los había traído a Inglaterra.

—¿Y qué pensarán cuando la vean entrar de mi brazo y bailar conmigo? —le preguntó intentando hacerle ver que no era una buena opción.

—Que es muy gentil al haberme invitado a bailar.

—No me refiero a mí, sino a usted —le dijo con el ceño fruncido.

—Que he aceptado su invitación —le dijo, coqueta.

—Pero...

—Estoy esperando, capitán Campbell, ¿o quiere que se me caiga el brazo al suelo?

—Yo no la he invitado a bailar, que le quede muy claro —le dijo con autoridad.

Abigail movió el brazo mientras la mirada le refulgía de emoción. Roy sabía que ella no se daría por vencida hasta que lograra su propósito. De manera que no tuvo más remedio que aceptarlo. Al momento, lo contempló luciendo la mejor de las sonrisas. Estaba satisfecha por haberlo

logrado.

—Tampoco hay que ponerse así. Es solo un baile —le susurró de manera socarrona mientras se inclinaba hacia él.

—Solo uno —le recordó.

—No importa que sea uno, sino que he conseguido lo que quería. ¿Vamos? —le dijo emprendiendo el camino hacia el salón.

Roy no sabía por qué había accedido a seguirle un juego que podría resultar peligroso dado que ella era una mujer comprometida. Las malas lenguas podrían verter falsos comentarios y rumores respecto de ese baile o de cierta afinidad entre ambos. No quería tener que defender su honor solo porque una muchacha descarada quisiera divertirse con él.

Cuando aparecieron en el umbral de la puerta del salón, todos se percataron de la presencia de ellos. Roy sintió todas las miradas puestas en él e intentó centrarse en otros aspectos. En cambio ella, Abigail, sonreía encantada por la situación y parecía disfrutarla. Cuando sus manos se encontraron por primera vez, Roy apenas si

acertaba a dar con la de ella. Abigail sonrió de manera divertida mientras se inclinaba ante él y luego daba vueltas a su alrededor. En ningún momento dejó de mirarlo y de sonreírle. ¿Acaso quería ponerlo en un compromiso? Por todos los demonios, ¿a qué está jugando esta muchacha?, pensaba Roy cada vez que la sentía cerca de él. E incluso cuando cambiaron de pareja por imperativo del baile, ella no dejó de adorarlo con los ojos. ¿Era aquello una seducción en toda regla o tan solo una especie de pasatiempo? Roy no sabía muy bien a qué atenerse con aquella criatura.

Sus movimientos no habían pasado desapercibidos para los principales interesados. Jeff miraba a su hermano como si no lo conociera. ¿Bailando con una extraña? ¿Desde cuándo había cambiado tanto? Y ella parecía estar por completo hechizada por él. De alguna misteriosa e increíble manera disfrutaba coqueteando con Roy. Pero ¿y Laimie? ¿Qué había pasado entre ellos?

—Esa muchacha pareciera estar cortejando a Roy —le dijo Helen—. Nada más tienes que poner atención a las largas miradas que le lanza a tu

hermano, las pícaras y provocativas sonrisas, las caídas de ojos, y las furtivas caricias durante el baile.

—¿Tú crees? —le preguntó su marido alarmado por el comentario.

—Soy mujer, querido, y sé cuándo nos interesa un hombre. Y a ella le atrae Roy. ¿La conoces?

—No la había visto nunca antes.

—Pues, a juzgar por la complicidad que demuestran, yo apostaría a que tu hermano sí —le dijo con un tono pausado.

Jeff desvió la mirada hacia Helen y percibió la sonrisa burlona al tiempo que asentía. Luego volvió a fijarse en su hermano. En cuanto lo sorprendiera a solas pensaba sacarle hasta la fe de nacimiento de aquella muchacha.

—¿No crees que tu hermano ya ha cambiado a Laimie? —le preguntó Helen.

—¿Quién? ¿Roy? —le preguntó Jeff sin poder creer en las palabras de su mujer.

—No sería ni el primero ni el último que lo hiciera. Recuerda que ella no lo ha perdonado.

—Roy me ha confesado que aún la ama.

—Podría ser, pero ese amor que siente por ella no es más que una hoja caída en otoño que puede ser barrida por un viento fresco y fuerte — le explicó mientras señalaba a Abigail.

Jeff no respondió a aquel comentario. Se limitó a ver a ambos bailar, después buscó con la mirada a Laimie.

—¿Qué opinión te merece la joven Murray?

Helen concentró la mirada en ella.

Estaba contemplando cómo bailaba Roy con aquella extraña y hermosa muchacha de cabellos dorados a quien nadie parecía conocer. Por un momento, no les prestó atención, pero, al final, comprendió por los gestos de Abigail que parecía estar interesada en Roy. Y aquello no le había gustado nada. Sintió una horrible punzada de celos en su pecho a pesar de los años que habían estado separados, aunque se jurara a sí misma que no sentía nada por él. Por un momento, consideró la posibilidad de que él pudiera enamorarse de aquella muchacha y olvidarse de ella para siempre. ¿Era eso lo que quería? Le había dejado

claro que estaba en Londres buscando un marido. Le había mentado, y ahora él era libre de hacer lo que le viniera en gana. Su mentira se había vuelto contra sí y le había provocado ansiedad y angustia. El paso del tiempo o el saber que se encontraba en la otra parte del mundo no habían conseguido borrar la marca que Roy había dejado en ella. Y ahora esa marca parecía estarse borrando.

—Laimie lo está pasando mal. Solo tienes que fijarte en su mirada. Si pudiera, saltaría sobre la desconocida y la arrastraría lejos de Roy. Puedo asegurártelo.

—Ella aún sigue amándolo —dijo Jeff muy seguro.

—No te lo niego, pero si no le da una prueba a tu hermano, él la sustituirá pronto en su corazón.

Cuando el cuarteto de músicos hubo concluido de tocar la pieza, Roy se dispuso a marcharse, pero Abigail lo retuvo; él intentó pensar en alguna excusa para desembarazarse de ella. No podía seguir bailando con la jovencita, salir a la terraza con ella, ni siquiera hablar con ella. La gente comenzaría a murmurar y...

—Para no ser un experto en el baile, no lo ha hecho tan mal —le dijo con una mueca burlona llena de dulzura e ironía mientras la mano recorría la levita hasta posarse en la solapa.

Roy entornó la mirada y luego la volvió hacia los ojos chispeantes de Abigail. Durante breves instantes permaneció como hechizado, no lograba comprender por qué demonios la estaba mirando de aquella manera.

—Vaya, hermano, veo que tienes una nueva amiga —La voz de Jeff lo sacó de aquel extraño influjo que la muchacha parecía ejercer sobre él.

—Déjame que te presente a la señorita Abigail —le dijo apartándose para que su hermano pudiera contemplarla de cuerpo entero—. Este es mi hermano.

—Es un honor, señorita —le confesó Jeff dándole un besamanos—. No la había visto antes en Londres. ¿Acaba de llegar?

—Cierto. Vine en el mismo navío que trajo a Roy —le explicó.

—Entonces, supongo que habrá gozado de su protección en todo momento —comentó Jeff.

—Pues sí. Su compañía fue muy grata.

—¿Se está divirtiendo? —le preguntó con intención.

—Mucho —respondió.

—Si nos disculpa, me gustaría hablar con mi hermano —sugirió Roy mientras prácticamente se llevaba a rastras a Jeff.

—Pues claro. Faltaría más. Es más, creo que voy a retirarme. Estoy algo cansada del viaje.

—En ese caso, que descanse, señorita Abigail —le dijo Jeff volviendo a besar su mano.

Abigail la movió hacia Roy para que él también la besara. Él la miró confundido, pero por fin aceptó su ofrecimiento. Abigail se sintió muy complacida por el gesto y por saber que, después de todo, ella siempre obtenía lo que buscaba. Suspiró como una damisela en apuros y, desplegando su abanico, fue en busca de Francis, su dama de compañía.

* * *

—¿Quién es? —le preguntó Jeff mientras le

golpeaba el hombro cómplicemente a su hermano. Se habían apartado del resto de la gente y habían buscado un rincón solitario donde nadie pudiera molestarlos. Estaba ansioso por saber la verdadera historia de Roy y la mujer.

El capitán Campbell soltó todo el aire que tenía en el interior de los pulmones y, luego de pasarse la mano por los cabellos, miró a Jeff, que permanecía expectante sin parpadear, no fuera a ser que Roy se esfumara sin contarle la verdad.

—La conocí en el barco que salía del Nuevo Mundo.

—¿Y qué hacía allí?

—Lo único que puedo decirte es que ha venido a casarse.

—Pues ándate con cuidado, hermanito —le dijo en un tono burlón.

—Ya está comprometida, Jeff, ¿por quién me tomas? —le preguntó mirándolo confundido por lo que su hermano pudiera pensar de él.

—¿Comprometida?

—Baja la voz, por favor, o conseguirás que todo el mundo se entere —le pidió.

—Esa muchacha no está comprometida con nadie.

—Su dama de compañía lo dejó muy claro en la cena que el capitán Roxburgh dio en su camarote.

—¿Y quién es el afortunado que tendrá que lidiar con ella? —le preguntó tratando de controlar la risa.

—Un tal lord Huxley.

—Un tal lord Huxley —repitió Jeff mirando a su hermano como si le estuviera hablando en chino.

—Sí.

—¿Y dónde está? —le preguntó paseando la mirada entre los allí presentes—. ¿Te lo ha presentado?

—No está en Londres.

—¿Ah, no? ¿Y dónde entonces? —le preguntó con tintín.

—Según ella, en Carlisle.

—¿En Carlisle? —le preguntó todavía más asombrado por aquella información—. Esto es increíble, Roy.

—¿Qué es increíble? —le preguntó con malhumor.

—¿Tú lo crees? —Lo miró fijamente.

—Esa muchacha y su dama de compañía aparecieron en el barco diciendo que habían perdido sus pasajes.

—¿Y qué sucedió? ¿Cómo lograron subir a bordo? ¿Los encontraron por fin?

Roy permaneció en silencio unos segundos mientras su hermano no dejaba de mirarlo. Había algo que no le había dicho. Evitaba mirarlo, pero sabía que era muy difícil engañar a Jeff, que comenzó a sonreír de manera malvada.

—Tú.

—¿Yo qué? —le preguntó fingiendo no saber lo que iba a decirle.

—Fuiste tú quien les pagó el pasaje. Claro.

—Está bien, fui yo —le confesó resignado.

—No te lo voy a discutir. Ni conozco los motivos por los que lo hiciste.

—Pero...

—Pero hay algo turbio en ella, ¿verdad? —le preguntó enarcando una ceja.

—Imagino que has llegado a las mismas conclusiones que yo.

—Como que el misterioso pretendiente no esté en Londres...

—... cuando ella llega del Nuevo Mundo — Roy completó la frase.

—Y que ande coqueteando contigo como si no pasara nada.

—Bueno, yo no lo llamaría así —le dijo sonriendo.

—¿Quieres que llame a Helen para que te diga la impresión que tiene de la muchachita? —le preguntó, mordaz—. Vamos, Roy, si esa muchacha está comprometida con el señor misterioso, lord Huxley, yo soy *La sombra de Escocia*.

—¿Tú? —le preguntó extrañado por su afirmación.

—Es una manera de hablar, ya me entiendes.

Roy se quedó pensativo unos instantes cavilando en la posibilidad de que ella...

—¿No estarás pensando en la posibilidad de que ella sea...?

—Por ahora, no. Pero quiero que hagas algo

por mí, hermano.

—Cuenta con ello —asintió Jeff.

—Quiero que averigües todo lo que puedas sobre el tal lord Huxley.

—De acuerdo. ¿Y tú qué harás mientras?

—Trataré de averiguar quién es en realidad la señorita Abigail.

—¿Por algún motivo especial?

—No sé a qué te estás refiriendo, la verdad.

—¿Y Laimie?

Roy inclinó el rostro y cerró los ojos. Luego respiró hondo y después dejó que el aire saliera por la boca. Sacudió la cabeza.

—Me dijo que estaba en Londres buscando marido.

Jeff miró a su hermano con fijeza y sintió lástima por él, pero algo había cambiado desde la última conversación que habían mantenido esa mañana. No lo notaba tan derrotado, sino que parecía haber digerido aquella noticia lo mejor que había podido. Pero algo o alguien había conseguido mitigar el dolor por esa revelación. Jeff sonrió al recordar las palabras de Helen. “Tal

vez un nuevo viento barra a Laimie del corazón de Roy, como las hojas en otoño.”

—¿De qué te ríes? —le preguntó Roy.

—De que la misteriosa Abigail consiguió devolverme a mi hermano.

Capítulo 6

—Deberías ser más cuidadosa —le dijo lady Francis a Abigail mientras la ayudaba a salir de la tina de agua caliente en la que se había sumergido una vez que llegaron al alojamiento.

—No te entiendo —le comentó la muchacha mientras se envolvía en una toalla y caminaba descalza por el suelo dejando impresas las huellas de los pequeños pies camino de la cómoda en la cual se destacaba un gran espejo ovalado.

—Me estoy refiriendo a los galanteos con el capitán Campbell —le dijo sin reservas mirando la imagen de Abigail reflejada en el espejo—. Por otra parte, no sabía que fueras capaz de comportarte como una dama.

La muchacha sonrió sorprendida y miró a lady Francis a través del mismo espejo.

—No creas que antes de conocernos no tenía otra vida. Y, por cierto, no estarás pensando en conquistar tú al capitán, ¿verdad? —le preguntó

risueña.

—Solo te recuerdo nuestra situación actual —le advirtió.

—¡Sé a la perfección cuál es mi situación y mi posición social! ¡No la he olvidado! Al igual que la tuya —le espetó furiosa mientras giraba hacia ella y la clavó con mirada. El pecho se le había acelerado producto de la respiración agitada que sacudía todo su cuerpo y las venas del cuello se le habían hinchado. Lady Francis la miraba sin decir una sola palabra mientras Abigail volvía a tranquilizarse poco a poco. Se volvió hacia el espejo y contempló su imagen. Los cabellos húmedos se le habían adherido al rostro y ahora los retiraba y comenzaba a cepillar con parsimonia mientras seguía mirando fijamente su reflejo.

—Sé que tienes razón, pero un poco de diversión no me vendrá mal —expresó con una sonrisa y un centelleo en los ojos—. Ya pagué mi precio en el Nuevo Mundo. De manera que divertirme un poco no hará mal a nadie.

—Solo te advierto de las consecuencias que podría acarrear nos cualquier pequeño desliz.

—Lo sé, pero no debes preocuparte por ello. Además, creo que el capitán Campbell no se siente atraído por mí desde que tú le dijiste que estaba prometida con lord Huxley —le reprochó.

—Si lo hice, fue única y exclusivamente para protegerte de cometer una locura. El capitán pertenece a una de las familias más poderosas de Escocia, más influyentes en Inglaterra. No te convendría ningún tipo de escándalo.

Abigail arrojó el cepillo sobre la cómoda con rabia.

—Retírate —le dijo mirándola por encima del hombro.

Cuando lady Francis la dejó sola, Abigail volvió a relajarse y a continuar la tarea de cepillado de los cabellos. En ningún momento pudo apartar de su mente al capitán Campbell al que había visto bastante confundido por el despliegue de sus artes seductoras. Las palabras de lady Francis retumbaban en su cabeza una y otra vez advirtiéndole de las consecuencias que podría tener que se descubrieran sus juegos amorosos con él.

Abigail sonrió a su imagen mientras evocaba el baile. Un incesante hormigueo le recorrió el cuerpo al recordar cómo se había estrechado a él en la terraza de la casa. El desconcierto que había provocado su atrevimiento al insistir en bailar con él e ir tomada de su brazo. Sí, había sido divertido. Esperaba poderlo repetir muy pronto.

* * *

—Presiento que no ha sido una noche muy entretenida a juzgar por tu rostro —le dijo Archibald Murray a su hermana Laimie cuando la vio aparecer en casa.

Ella tenía el ceño fruncido y la mirada perdida. Caminaba como una sonámbula por la casa sin saber muy bien hacia dónde iba. La voz de su hermano la detuvo en el umbral del salón.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó caminando hacia ella con el gesto turbado.

La muchacha relajó los hombros y suspiró mientras caminaba hacia uno de los sillones tapizados que había en la estancia. Se dejó caer

sobre uno mientras se posaba una mano sobre la frente y cerraba los ojos recordando las últimas palabras de Roy. Tenía un incesante dolor de cabeza que la estaba torturando producido por la situación que había vivido en la fiesta.

—¿Qué te ha sucedido? —insistió su hermano por segunda vez mientras se arrodillaba junto a ella y le tomaba la mano.

Laimie abrió los ojos y lo miró con tristeza. Intentaba encontrar las palabras en el fondo de su garganta, pero esas palabras parecían haberse quedado atascadas. Los nervios la atenazaban como si fueran grilletes de recio acero e infranqueables. Las sensaciones que Roy había esparcido por ella la habían devastado y no creía que pudiera reponerse del golpe que había supuesto volverlo a ver. Pero lo peor había llegado después cuando le había confesado que nunca había estado en el campo de batalla de Culloden para no luchar contra sus compatriotas. Se había marchado lejos, lejos de Inglaterra, de las luchas de los Estuardo; lejos de ella que lo había despreciado.

—Roy... —logró murmurar con un sonido apenas audible para ella misma—. Roy —repitió con más fuerza.

—¿Qué pasa con él? —le preguntó Archibald.

—Lo he visto.

—¿En serio? —El tono de su hermano expresaba con claridad lo insólito de la situación. Pero cuando Laimie asintió al tiempo que apretaba los labios comprendió que era cierto. Había visto a Roy Campbell—. Pero ¿dónde?

—Estaba en la fiesta de los Hampton —le respondió entre balbuceos.

—¿Cuándo ha regresado? —le preguntó confundido.

—Hoy mismo, según dijo.

Archibald se llevó la mano a la boca. Estaba aturdido por aquella noticia. No podía creer lo que estaba oyendo. Pensaba que Campbell nunca volvería del Nuevo Mundo. Ahora, de pronto, aparecía. ¡Y en Londres!

—He hablado con él.

—¿Y qué te ha contado? —le preguntó,

perplejo.

—Que se marchó cuando estalló la rebelión.

Que no combatió contra sus compatriotas. —
Recordó las palabras y la mirada de Roy.

—Cuando tú...

—¡Sí, cuando yo lo rechacé! ¡Dilo! —explotó
Laimie con los ojos vidriosos.

Archibald agachó la cabeza como si se hubiera arrepentido de lo que había dicho. No quería recordárselo a su hermana, pero era la pura verdad. Había rechazado a Roy porque pensaba que lucharía en los ejércitos del rey Jorge.

—Entonces, no combatió a los seguidores de los Estuardo —murmuró Archibald como si estuviera hablando consigo mismo—. No combatió a sus propios hermanos... Pero los Campbell sí estuvieron al lado de las tropas inglesas —le recordó sorprendido por aquella revelación.

—Pero él no estaba entre ellos. Ya se había marchado al Nuevo Mundo —le dijo entre lágrimas.

—¿Te dio alguna razón por la cual...?

Laimie no pudo soportar más el dolor y por

fin estalló en llanto.

—¡Porque me amaba!

Se arrojó a los brazos de Archibald y dejó que las lágrimas corrieran libres por las mejillas empapando la chaqueta de su hermano, que la abrazó con fuerza. Luego, le pasó la mano por los cabellos en un intento por consolarla.

—¿Y tú sigues amándolo?

Los sollozos le impedían hablar con claridad. Las lágrimas brotaban de los ojos y corrían como ríos que desembocan en el mar. Con lentitud comenzó a mover la cabeza. Archibald no comprendía si le estaba dando la razón o si simplemente eran devaneos suyos por la agitación.

—Respóndeme —la urgió sujetándola por los brazos.

—¡Sí! —dijo con un grito que salió de lo más profundo de su alma.

—Entonces, ¿cuál es el problema? — Archibald estaba confundido—. ¿Por qué estás llorando? —inquirió cariñosamente.

Ella logró tranquilizarse. Tomó aire y se secó las lágrimas con un pañuelo que le tendió el

hermano.

—Cuando me preguntó qué hacía en Londres, yo...

—¿Le contaste la verdad? —Por un momento, se alarmó.

—Le dije que estaba buscando marido.

Archibald se tambaleó y se dejó caer hacia atrás sobre la alfombra y se quedó allí sentado con las piernas cruzadas. La mirada quedó perdida en un punto fijo y, tras unos instantes sin saber qué hacer, volvió a mirar a su hermana. Entonces comprendió por qué se encontraba en ese estado de agitación. Acababa de echar por tierra la única oportunidad que le había brindado el destino para recuperarlo.

* * *

Cuando Roy se levantó a la mañana siguiente, la cabeza le dolía y le parecía que iba a estallarle. La noche no había sido muy placentera. Había estado dando vueltas en la cama mientras, en sus sueños, Abigail se le aparecía una y otra vez. No sabía a

ciencia cierta cuál era su significado, pero lo cierto era que no había podido pegar los ojos por culpa de ella. En esos sueños la había acariciado y besado como a ninguna otra. Había sentido el roce de la piel tersa sobre la suya; había tomado posesión de los labios y la había besado con fervor. Un torrente de sensaciones inimaginables que lo había obligado a despertar en mitad de la noche sofocado; como si realmente ella hubiera estado junto a él en la cama. Incluso había desviado la mirada hacia el lugar en el cual se suponía que debía estar y, al no ver a nadie, había sentido una sensación de desilusión y alivio al mismo tiempo. ¿Por qué había permitido que ella se apoderara de sus sentidos de esa forma? ¿Acaso la deseaba tanto como para hacerle todas las cosas que había soñado? Solo se habían visto en un par de ocasiones, y... ¡ella estaba prometida con ese lord Huxley! ¿Tal vez deseaba que no lo estuviera para poder hacerla suya? ¿Y Laimie? Oh, no, no. Ese era un capítulo acabado. No solo no lo amaba, sino que, además, ella estaba buscando un marido. Se lo había dejado muy claro. Durante todo el

tiempo que habían permanecido separados, no había pasado ni un día en el que no hubiera pensado en ella. Había albergado la mínima posibilidad de volver a disfrutar de su compañía, de su cariño, de su amor, pese a que se decía a sí mismo que todo era inútil. Y, ahora, de pronto, aparecía una joven y linda muchacha llamada Abigail que sin saber cómo ni por qué se colaba en su vida y conseguía infatuarle los sentidos.

Decidió levantarse de la cama antes de que amaneciera para encerrarse en la biblioteca. Había ordenado a la servidumbre que le llevara el desayuno allí y que no lo molestara salvo que fuera imprescindible. Necesitaba pensar en todo lo que había sucedido en los últimos días. Y, de nuevo, el nombre de Abigail y su rostro dulce se le deslizaron en la mente. Pero, de inmediato, fue el de Laimie el que tomó posesión completa de sus pensamientos.

Unos golpes en la puerta lo devolvieron a la realidad. Durante unos breves instantes, permaneció mirándola fijamente sin autorizar a su asistente personal a que entrara. Por fin, desterró

de la mente a Laimie.

—Adelante —dijo con voz enérgica mientras recomponía su semblante.

Un hombre de pelo cano y grandes bigotes, vestido de negro de los pies a la cabeza, entró en la biblioteca y, con paso ceremonioso, se acercó hasta quedar justo delante de la mesa que ocupaba Roy.

—¿Qué sucede?

—Lord Hurlington está aquí —le anunció con voz solemne.

—Sí, claro —dijo en un principio Roy sin darse cuenta del tema—. Hágalo pasar.

—Como diga —asintió el asistente mientras se dirigía hacia la puerta.

Se quedó pensativo recordando la conversación que había mantenido con lord Hurlington respecto de las actuaciones de *La sombra de Escocia*. Pero no pensó que se lo fuera a tomar tan en serio como para visitarlo esa misma mañana y tal vez insistir en que lo ayudara.

Se abrió la puerta de nuevo y el sirviente entró primero anunciando al noble.

—Lord Hurlington, señor.

—Gracias, por favor, tráiganos un refrigerio.

—Bien, señor —dijo el asistente de manera ceremoniosa y giró para marcharse.

—¿Cómo está? —le preguntó Roy incorporándose de su asiento al mismo tiempo que extendía el brazo para estrecharle la mano.

—Bien, gracias, capitán Campbell —dijo el hombre al tiempo que correspondía al saludo.

—Por favor, siéntese —le dijo señalando una de las sillas.

—Gracias.

—¿Qué puedo hacer por usted? —Entrelazó las manos y las dejó sobre la mesa.

—¿Recuerda nuestra conversación de anoche? —le preguntó el visitante con gran interés. Roy asintió—. ¿Recuerda que le propusimos colaborar en la captura de *La sombra de Escocia*? —Asintió otra vez—. Bien, pues he venido a comentarle un par de cosas.

La puerta de la biblioteca volvió a abrirse, y un asistente entró con una bandeja en las manos. Una tetera de plata, una cafetera del mismo

material, una pequeña lechera, una azucarera y tazas y platos de porcelana, fueron colocados sobre la mesa con parsimonia.

—Puede retirarse. Yo serviré.

El muchacho se retiró y dejó a los hombres solos de nuevo.

—¿Con leche o solo?

—Solo.

—¿Azúcar?

—Un terrón, por favor.

Tendió la taza de té a lord Hurlington y se sirvió una de café para él, tras lo cual se sentó con comodidad dispuesto a escucharlo.

—Como le iba diciendo, estoy aquí para ver si aún sigue interesado en capturar a *La sombra de Escocia*.

Roy tomó un sorbo mientras escuchaba y miraba con atención. Dejó la taza sobre el plato que estaba sobre la mesa y cruzó las piernas para estar cómodo. No había tenido tiempo de pensar en ello durante la noche, pues su cabeza había estado ocupada en otros asuntos que tenían como principal protagonista a cierta señorita. De manera

que era ese el momento en el que por primera vez recapacitaba sobre el asunto.

—¿Cree usted que puedo serle de ayuda?

—Ya lo creo —asintió lord Hurlington convencido.

—Le ruego se explique, por favor.

—Verá, usted es un hombre de acción y, a la vez, dialogante —comenzó. Campbell no pudo evitar sorprenderse—. Conoce a la perfección la historia de ese... personaje, por llamarlo de alguna manera. Quiero decir que no es ajeno a sus aventuras desde que usted era un niño. Y, además, es escocés y conoce a su gente.

—Le ruego que vaya directamente al asunto en cuestión, por favor.

—Al gobierno de Su Majestad le gustaría que alguien como usted se infiltrara entre sus compatriotas para obtener información que pueda ayudarnos a capturar a *La sombra de Escocia* —le explicó entre titubeos. No tenía la certeza de que Roy aceptara hacerlo. Por ello lo miraba con escepticismo.

—¿Quiere que me infiltre entre los jacobitas

para averiguar qué es lo que saben de *La sombra de Escocia*?

—Podría decirse también así.

—Los jacobitas no hablarán —le dijo muy seguro.

—¿Puedo saber el motivo? Usted es uno de los hombres más influyentes y poderosos de Escocia.

—Digamos que soy un hombre importante en y para Inglaterra en relación con mi propio país y no en este —matizó Roy levantando un dedo—. Lo cual es muy distinto, lord Hurlington.

—No veo la diferencia.

—Se la explicaré. Verá, soy escocés, pero, a los ojos de las personas con las que ustedes quieren que trate, soy un inglés. O mejor dicho, un renegado. Un traidor a mi país. No olvide que mi clan ha defendido siempre los intereses de la Corona Inglesa por encima de los legítimos derechos de los Estuardo.

—Ya veo —Lord Hurlington se sintió preocupado.

—No podría infiltrarme entre los jacobitas

que apoyan la causa de los Estuardo y que protegen a *La sombra de Escocia* simple y llanamente porque, en cuanto sepan que soy yo, cerrarían sus bocas y no soltarían palabra alguna. E incluso no dudo de que intentarían matarme.

—No obstante, me gustaría contar con su ayuda. Por ello he traído la carta interceptada a un hombre que niega ser un espía —le dijo mientras extraía un papel doblado del bolsillo de la levita y se lo entregaba.

Roy lo tomó y, tras desdoblarlo, pudo leer algunas palabras garabateadas.

—“Todo marcha según el plan” —leyó en voz alta sin apartar la vista del papel—. No dice gran cosa —comentó y devolvió la misiva a su dueño—. No hay indicios de que se trate de una nota relacionada con los jacobitas.

—Podría ser, pero tenemos sospechas de que así es.

—¿Y el mensajero? ¿Ha confesado algo?

—Solo que un hombre le entregó esta nota para que, a su vez, la entregara a alguien aquí en Londres.

—¿En Londres? —preguntó sorprendido.

—Así es.

—¿Sabe quién se la entregó? ¿O el destinatario?

—Nunca había visto al tipo que le encargó entregarla.

—Imagino que le pagarían por hacer su trabajo y por tener la boca cerrada.

—Así lo creo yo también.

—¿Y el nombre del destinatario?

—No lo hay.

—¿Cómo que no lo hay? —exclamó Roy.

—Como se lo cuento. No se lo dijeron. Solo la dirección donde debía entregarla.

—¿Y cuál es esa dirección? —preguntó intrigado Roy reclinándose sobre el respaldo de la silla.

—En Cheltenham.

—Imagino que habrán ido a verificar el domicilio.

—Exacto. Pero no encontramos a nadie. Fuimos en varias ocasiones, pero nadie nos abrió la puerta.

—Con seguridad alguien les informó que el correo había sido interceptado y huyeron —dedujo Roy.

—Lo más probable. Así que volvemos a estar como al principio.

—Pero ayer habló de cierta reunión que tendría lugar dentro de tres días.

—Exacto. Sabemos eso gracias a nuestros espías, pero a estas horas seguramente esa reunión ya se ha cancelado. Debemos tener mucho cuidado con la gente que nos rodea.

—Cierto —murmuró Roy y, de repente, pensó en Abigail.

—Bien, no quiero robarle más tiempo, capitán Campbell. —Lord Hurlington se puso de pie para retirarse—. Le estaría agradecido de que me comunicara cualquier información que pudiera recabar. Sería de gran utilidad.

—Por supuesto, lord Hurlington. Quédese tranquilo.

—Ah, por cierto, si me permite decírselo, su acompañante de anoche es una muchacha muy hermosa.

Roy se quedó petrificado por aquel comentario. Tardó en reaccionar porque no sabía a qué muchacha se estaba refiriendo: ¿Laimie o Abigail? Había estado con ambas.

—Perdone, pero no lo sigo...

—Le pido disculpas por mi indiscreción, pero veo que no se ha dado cuenta. Me estaba refiriendo a la muchacha con la que se lo vio bailando. Apuesto a que hoy es usted el centro de todas las conversaciones —le dijo sonriendo mientras se volvía hacia la puerta—. Espero noticias suyas, capitán.

Roy volvió a tardar unos breves segundos en reaccionar y, cuando lo hizo, lord Hurlington estaba casi fuera de la biblioteca.

—Hoy seré la comidilla de toda Londres —murmuró con fastidio.

Debía ir a ver a su hermano para instarlo a que averiguara cuanto antes quién era Abigail y si era verdad que estaba comprometida con lord Huxley. Después se ocuparía de *La sombra de Escocia*.

—¡Tío Roy! —gritó Arthur al verlo aparecer por la puerta.

—Muchacho, ven aquí —le dijo recibéndolo en los brazos mientras el ama de llaves llegaba falta de aire junto a él. Roy sonrió al verla de aquella manera—. No deberías hacer correr así a la señora —le dijo a su sobrino mientras lo ponía en el suelo.

—Este diablo de muchacho va a acabar conmigo un día de estos —dijo la pobre ama de llaves al tiempo que recobraba el aliento poco a poco.

—Anda con la señora —le dijo Roy poniendo a su sobrino en el suelo.

—¿Me contarás historias de indios? —le preguntó el pequeño.

—Más tarde. Ahora tengo que hablar con tu padre. ¿Se encuentra en casa? —preguntó dirigiéndose al ama de llaves.

—Su hermano se encuentra en el despacho. ¿Quiere que le anuncie que está aquí?

—No hace falta, gracias.

—Adiós, tío. Luego te veo —le dijo el niño.

Roy agitó la mano y le obsequió una sonrisa antes de que desapareciera. Luego caminó hacia la biblioteca. Llamó a la puerta y la abrió para encontrar a Jeff leyendo algunos papeles que tenía extendidos sobre la mesa. Al verlo, los dejó y se levantó de la silla para recibirlo.

—¡Roy, qué agradable sorpresa!

—He venido a verte por lo de anoche —le anunció sin rodeos.

—¿Tiene que ver con tu misteriosa damita? —le preguntó con una sonrisa jocosa.

—En parte. —Y se sentó en uno de los sillones que había en el recinto.

—¿En parte? —repitió Jeff intrigado.

—*La sombra de Escocia*.

—Ah, de nuevo la mítica figura de *La sombra de Escocia* —dijo y mostró desilusión porque no se trataba de la señorita Abigail—. Pensé que ya no te interesaba el tema.

—Lord Hurlington ha venido a verme temprano —le informó mientras recibía la taza de

café que el hermano le tendía. Jeff sabía que a Roy le gustaba el café tal como lo preparaba la cocinera.

—¿Para hablarte de *La sombra de Escocia*? —le preguntó intrigado mientras se sentaba en el otro sillón que había situado frente al que ocupaba Roy.

—Exacto.

—¿Has aceptado su ofrecimiento o solo fue una manera cordial de quitártelos de encima? —le preguntó.

—Reconozco que la propuesta me atrae.

—¿De verdad? —Jeff se sorprendió por aquella confesión. No creía que su hermano fuera un aficionado a las intrigas políticas y a los juegos de espías. Él era un soldado del ejército, un hombre de acción en campo abierto y no en los despachos.

—Podría ser divertido —sonrió mientras se reclinaba en el sillón.

—¿Qué sabes tú de ese misterioso espía? Recuerdo que eran historias que nuestro padre contaba a la luz de las hogueras en Inveraray.

—Cierto, pero ¿crees que solo se trata de leyendas transmitidas de padres a hijos? —se atrevió a reflexionar.

—Lo único que sé es que nunca nadie ha logrado descubrirla. Tú mismo ni siquiera crees que pueda existir.

—Es posible que se trate de una simple conspiración política para restaurar al Estuardo —le dijo encogiéndose de hombros.

—¿Qué te ha contado lord Hurlington? —quiso saber Jeff.

—Al parecer detuvieron a un correo que debía entregar un mensaje en una dirección determinada.

—¿Y lo hizo?

—No, porque los espías ingleses lo descubrieron.

—¿Y el mensaje?

—Lord Hurlington me lo mostró.

—¿Y qué decía?

Roy se quedó mirando con fijeza a su hermano que parecía sorprendido por la intensidad de esa mirada.

—Pareces muy interesado en el tema.

—No más que tú. Pero si descubro algo, siempre puedo ayudarte.

—Cierto, dada tu posición y tus contactos —le recordó mientras Jeff sonreía complacido—. La verdad es que no saben nada de nada. En cuanto al mensaje decía: “Todo está en marcha”.

—¿A qué se puede referir? Imagino que habrán comprobado la dirección en la cual el correo debía entregar la misiva.

—Dices bien, pero allí no había nadie. Al parecer alguien debió de avisarles.

—Sin duda alguna, los espías actuaron de manera eficiente.

—Tanto que creen que la reunión secreta de jefes de clanes leales a los Estuardo ha sido suspendida —le dijo de mala gana mientras depositaba el plato y la taza sobre la mesita auxiliar.

—¿Te ha sugerido algo lord Hurlington? —le preguntó Jeff enarcando las cejas.

—Quiere que vaya a Escocia y me infiltre entre los jacobitas.

—Imposible. —La réplica de Jeff fue tajante —. Te descubrirían.

—Eso mismo le dije yo.

—¿Y cuál fue su reacción?

—Pareció comprenderlo. Los Campbell siempre hemos sido leales al rey Jorge.

—En cuanto supieran que el *chieftain* del clan Campbell anda por las tierras de Argyll intentarían matarte —le dijo para prevenirlo.

Durante unos segundos, Roy y su hermano intercambiaron miradas, pero ninguno dijo nada hasta que el primero decidió cambiar de tema.

—¿Has averiguado algo sobre nuestra misteriosa señorita?

Jeff sonrió divertido por aquel comentario. Alzó la mano hacia su hermano y le dijo:

—Dejemos claro que es *tumisteriosa* señorita y no *nuestra*.

—Entendido. Dime, ¿lograste averiguar algo anoche?

—Después de estar hablando contigo hice algunas preguntas a conocidos de la sociedad londinense acerca del misterioso lord.

—¿Y qué descubriste? —le preguntó Roy con atención.

—Nada.

—¿Nada? —Roy pareció contrariado—. ¿Estás completamente seguro?

—Sí —le respondió—. Nadie parece conocer al tal lord Huxley. Ni siquiera han oído hablar de él.

—¿Ni de sus negocios en Carlisle?

—Tampoco. Ningún comerciante, banquero o abogado de Londres ha oído mencionar su nombre.

Roy se dejó caer sobre el respaldo del sillón mientras cruzaba una pierna sobre la otra y la mirada se quedaba fija en un punto. Jeff observó con detenimiento a su hermano mientras Roy le daba vueltas en la cabeza a lo que estaba sucediendo.

—¿Alguien conocía a la señorita Abigail? —le preguntó temiendo que la respuesta fuera la misma.

—Nadie ha oído tampoco su nombre.

Roy volvió a quedarse en silencio mientras clavaba la mirada en su hermano y apretaba los

puños hasta hacer palidecer los nudillos.

—¿En qué estás pensando, Roy?

—En quién demonios puede ser esa mujer —le respondió sin apartar la mirada del vacío.

—¿Y por qué tanto interés en quien pueda ser o dejar de ser? —le preguntó como si no tuviera importancia. ¿O sí la tenía para su hermano?

—Sabía que existía algo turbio en ella desde el primer momento en el que la vi.

—Ah, sí, ya recuerdo: le pagaste el pasaje a ella y a su dama de compañía y le cediste el camarote. Dime, ¿compartiste la cama?

Roy miró a su hermano falsamente ofendido de que pudiera pensar eso de él.

—No soy un libertino que se acuesta con una muchacha comprometida.

—Está bien. Te creo —le dijo tratando de esconder su risa—. Pero, dime, ¿por qué tanto interés en decir que está prometida con un tal lord Huxley a quien ninguna de las personas consultadas conoce?

—Esa pregunta me la he estado haciendo yo desde el momento en que la conocí y comencé a

notar sus galanteos conmigo.

—Debes admitir que es hermosa y parece estar muy bien predispuesta a compartir algo más que un baile contigo —le dijo con un tono mordaz que provocó la risa en su hermano.

—No te lo discuto, pero no logro entender qué hace en Londres proclamando que está prometida con un hombre que tal vez sea inventado.

—Eso me hace pensar que oculta algo. —Las palabras de Jeff se deslizaron en la mente de Roy de manera muy sugerente.

—Cierto. Embarcó en el Nuevo Mundo para llegar a Londres.

—¿Notaste algo extraño en su comportamiento al llegar al barco?

—Solo que tenía mucha prisa por embarcar y que había sacado los pasajes, pero no lograba encontrarlos. Nada más.

—¿No te comentó nada acerca de su vida?

—No.

—Y, de repente, aparece en Londres en la misma fiesta que tú —murmuró un pensativo Jeff

mientras caminaba por el despacho.

—Casualidad —dijo Roy quitando importancia al asunto.

—Casualidad o no, esa mujer es una extraña y no sabemos de lo que pueda ser capaz —le informó.

Roy hizo silencio para meditar todas y cada una de las palabras de su hermano. No puedo evitar recordar los acontecimientos vividos la noche anterior. La figura de Abigail apareció nítida en su mente y sintió un ligero y repentino escalofrío recorrer su espalda.

—¿Qué habrá venido a hacer aquí? —Miró fijo a su hermano y, al instante, comprendió lo que acababa de ocurrírsele.

—Roy, ¿no estarás pensando...? —comenzó a decir antes de quedarse callado.

—¿Que ella sea *La sombra de Escocia*? —le respondió con frialdad.

Jeff seguía clavado en la silla mirando a su hermano, observó con detenimiento cada uno de sus gestos, y le escrutó el rostro, la mirada. Permaneció en silencio mientras caminaba sobre

la mullida alfombra que adornaba la biblioteca.

—No puede ser —se limitó a decir.

—Yo también lo creo así, pero —Roy tomó aire antes de continuar— ahora mismo su vida es una sarta de mentiras. Apuesto a que lady Francis tampoco es una dama de compañía.

Jeff continuó caminando dentro de la biblioteca con las manos detrás de la espalda y la cabeza inclinada. Se detuvo en un par de ocasiones, pero no dijo nada. Por fin, volvió a concentrarse en su hermano.

—¡Ya está! —exclamó mientras se frotaba las manos.

—¿Qué?

—Tal vez la repentina salida del Nuevo Mundo de la muchacha se debiera a que estaba huyendo.

—¿Huyendo de qué? ¿De quién? —le preguntó Roy extrañado.

—¿Y si estuviera huyendo de un pretendiente?

—¿Un pretendiente? —le preguntó.

—¿Te das cuenta de que de las dos

posibilidades que acabo de proponerte has rechazado ambas? —Jeff cruzó los brazos sobre el pecho.

—Porque no me parecen acertadas. ¿Qué insinúas?

—Nada, excepto que te interesas demasiado en la misteriosa Abigail —le respondió.

—Oh, vamos, Jeff —exclamó Roy y se frotó las piernas antes de levantarse—. ¿Qué es lo que supones?

—No supongo nada. Me limito a atar cabos sueltos en esta historia. Abigail es un misterio. Y apuesto a que tú vas a resolverlo —le dijo.

—No lo dudes, hermano.

—Ya —exclamó sonriendo burlón—. Dime, no existe ningún interés oculto en ello, ¿verdad? —le preguntó esperando que le confesara la verdad.

Roy volvió el rostro hacia su hermano y percibió un destello de malicia en la mirada. ¿Qué intuía?

—¿No estarás...?

Jeff se encogió de hombros y sonrió.

—Solo te lo comento porque parece haberte olvidado de Laimie —le dijo con cuidado, midiendo cada una de las palabras. Lo vio entonces inclinar la cabeza hacia delante por unos breves instantes. Los hombros se le relajaron y comenzó a caminar hacia el sillón en el que se volvió a sentar. Luego sacudió la cabeza.

—Ella está en Londres buscando un marido —le confesó.

Por fortuna para ambos, la puerta de la biblioteca se abrió de golpe y sus dos sobrinos entraron intempestivamente. Una sonrisa le iluminó el rostro mientras atrapaba a ambos entre sus brazos para dar vueltas sobre sí mismo mientras escuchaba las carcajadas de los niños.

—No he podido contenerlos, Roy —se excusó Helen mientras entraba a la biblioteca.

—No importa. Creo que han llegado en el mejor momento —dijo y dirigió una mirada a su hermano mientras Helen no comprendía por qué decía eso.

Roy se sentó en un sillón mientras los niños se peleaban por llamar la atención.

—Tío Roy, cuéntame cómo son los indios —
le dijo Arthur.

—No, tío Roy, cuéntamelo a mí —le dijo Sarah volviéndole el rostro hacia ella con su pequeña mano.

Roy los miró a ambos y sonrió encantado mientras comenzaba la narración.

Solo entonces, Jeff aprovechó para contarle a su mujer lo de Laimie. Helen mudó el color del rostro al conocer la noticia y lanzó al instante una fugaz mirada hacia su cuñado, quien reía y charlaba en compañía de los niños.

Capítulo 7

Algunos días después, en algún lugar apartado de la pompa y la fastuosidad de las fiestas de Londres, se mantenía una reunión secreta.

—Conocen nuestros planes —declaró el hombre vestido con traje de color azul oscuro mientras golpeaba la mesa con el puño y miraba a los allí congregados con furia en los ojos—. Lograron interceptar el correo que enviamos.

—Cálmese, Alexander —le propuso Keppoch y miró a su viejo amigo Alexander MacDonald de Glengarry sentarse—. Es cierto que han logrado interceptar el correo, pero, al fin y al cabo, aquí estamos reunidos —dijo al tiempo que miraba a los representantes de los clanes de Escocia aún leales a la familia de los Estuardo.

—Necesitamos saber qué ocurre con el resto de los clanes —los apremió.

—Lamento comunicar, caballeros, que solo apoyamos la causa los aquí presentes —dijo la

voz pausada y firme de aquel misterioso personaje, enfundado en color oscuro de los pies a la cabeza incluido el antifaz que cubría parte de su rostro y el pañuelo a través del que hablaba.

—Entonces sería un suicidio intentarlo con tan pocos —explicó el jefe de los Clanranald mientras paseaba su mirada por todos ellos y sonreía con sarcasmo—. Admitamos que hemos perdido la guerra en dos ocasiones y que un tercer intento...

—¿Qué sucedería si se llevase a cabo? —le preguntó.

—Llevaría al desastre a los clanes escoceses. Eso es lo que obtendríamos —le respondió con firmeza mientras no apartaba la mirada.

—Prefiero morir en el intento a seguir soportando las restricciones de la Corona Inglesa —dijo con autoridad el extraño.

—Va demasiado lejos —apuntó el *chieftain* de los MacDonald de Morar.

—¿Por qué? ¿A qué se está refiriendo? —le preguntó.

—A que no merece la pena morir por una

causa perdida —le dijo fijando su mirada en el extraño.

—¿Acaso se ha cambiado de bando? —le preguntó mientras sentía que las palabras rechinaban a través de los dientes y cerraba los puños produciendo un leve crujido en la piel de los guantes negros.

—Solo digo que las dos rebeliones anteriores resultaron un completo fracaso. ¿Qué nos diferencia de hace diez años? El espíritu de combate pisoteado dos veces por los ingleses. Debemos abrir los ojos —les dijo mirándolos a todos—, no podremos vencer en el campo de batalla.

Aquellas palabras molestaron al misterioso visitante, que no podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Además, no olvidemos que los ingleses conocen cada uno de nuestros movimientos —dijo.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió de golpe para sorpresa de los presentes. Todos miraron sorprendidos al grupo de soldados al mando de lord Chester. ¡Los habían traicionado!

—¡Alto en nombre de Su Majestad, el rey Jorge! —gritó a pleno pulmón tratando de hacerse oír por encima de los ruidos y las voces.

Los jefes de los clanes intentaron moverse, pero las bayonetas inglesas los detuvieron en sus intentos. El extraño creyó verse atrapado en aquella ratonera y lanzó una furtiva mirada hacia el *chieftain* de MacDonald de Morar, que lo señaló.

—¡Es *La sombra de Escocia*! ¡Atrápenlo!

—Ya le ajustaré las cuentas, MacDonald —le dijo entre dientes mientras empujaba con su pie una banquetta, que golpeó a los soldados en las piernas provocándoles la caída. Se volvió sobre los talones y salió corriendo por una puerta que conducía a la parte trasera de la casa. Allí encontró su caballo atado. Cuando se dispuso a montarlo, varios soldados lo apuntaron con sus bayonetas.

—¡Deténgase!

La sombra de Escocia no escuchó la advertencia y prefirió apostar su baza al ganador. Puso un pie en el estribo mientras desenfundaba

una pistola de la silla de montar y la disparaba sobre uno de los soldados y lo alcanzaba en el hombro. Luego se subió al caballo. Picó espuelas, pero, sin que pudiera evitarlo, un impacto de bala en un costado hizo que se tambaleara. Apretó los dientes mientras con las bridas en la mano alentaba al caballo a emprender la marcha. El corcel comprendió la urgencia del jinete, tomó el camino y se perdió en la oscuridad.

—¡Maldición! —exclamó lord Chester al salir a la calle y comprobar que se había fugado.

—Al menos conseguí herirlo —le informó el soldado.

—Entonces será cuestión de esperar a que *La sombra de Escocia* se descubra sola. Volvamos adentro.

* * *

Roy se encontraba en la biblioteca repasando algunas notas que tenía respecto de dos personas bien distintas. Una era un mito, una leyenda que ni siquiera estaba seguro de que fuera de carne y

hueso: *La sombra de Escocia*. Un héroe de los días en que él era un chiquillo. ¿Existía en realidad o se trataba de un invento creado por los propios jacobitas en un intento por desestabilizar la armonía inglesa? Nunca nadie lo había visto. Tal vez ni siquiera se lograra descubrirlo.

Los pensamientos de Roy habían estado ocupados en este personaje gran parte de la tarde. Había decidido quedarse en la casa alejado del bullicio de las recepciones y las fiestas de temporada a las que siempre era invitado para que escogiera pareja. Sin duda alguna, Roy Campbell, dueño y señor de Inveraray, en las inmediaciones de Glasgow, y con el título de Argyll, era una pieza más que codiciada. Pero lejos estaba de aceptar por esposa a cualquier muchachita casadera de buena familia. Su corazón seguía prisionero del pasado y latiendo por Laimie, pese a que ella se había encargado de dejar las cosas muy claras la última vez que se habían visto. La reconquista parecía ser una causa perdida.

De repente, se había encontrado pensando en otro misterioso personaje, esta vez sí de carne y

hueso, y con rostro identificable. Abigail había aparecido en su vida de modo imprevisto. Lo había sorprendido la insistencia de la muchacha para obtener lo que deseaba y su forma de ser y de comportarse sin importarle lo más mínimo qué pudieran pensar de ella. ¿Dónde estaría ese misterioso pretendiente? Ese tal lord Huxley. Nadie parecía conocerlo en los círculos más selectos de la sociedad londinense. Eso no dejaba de ser un enigma que él estaba dispuesto a resolver. ¿A costa de conocerla mejor, como le había sugerido su hermano? ¿Creería su hermano que estaba dispuesto a seducir y llevarse a la cama a la jovencita? Ciertamente era hermosa y dueña de un gran poder de seducción como le había quedado claro dos noches atrás en la fiesta de los Hampton. ¿Lo había estado provocando o habían sido fantasías suyas? Por la manera de mirarlo y de dirigirse a él, cualquiera habría pensado que la muchacha tenía un especial interés. ¡Incluso Helen lo había percibido! ¿Es que estaba ciego? Y si efectivamente la joven lo había elegido: ¿por qué a él?

—¿Qué misterio encierras, Abigail? —se escuchó murmurar.

* * *

El caballo cabalgaba sin el control del jinete que, por otra parte, apenas se sostenía sobre la montura. Jadeaba y respiraba a través de la boca con gran esfuerzo. Se había retirado el pañuelo que le ocultaba el rostro, así como el antifaz y los había arrojado en la espesura del bosque. El sombrero se le había caído unos metros atrás debido al viento. Le parecía como si cada bocanada de aire fuera la última. Sentía un dolor agudo en el costado, en el preciso lugar en el que el maldito soldado inglés había logrado acertarle el tiro. En un acto reflejo, se llevó la mano enguantada a la herida y luego miró el guante: estaba teñido de rojo.

Por fortuna, nadie había intentado darle alcance. El caballo giró hacia la izquierda e hizo caso omiso a los intentos de su dueño por enderezarlo. Apenas tenía fuerzas para sujetar las

riendas. Dejó al animal marcar el ritmo de la marcha. Pronto divisó unas luces entre la niebla que le cubría los ojos y vio cómo se acercaban más y más. Pensó que lo estaba soñando y que aquellos destellos no eran sino fruto de la imaginación, del anhelo por estar a salvo. Pero pronto se cercioró de que se trataba de las luces de una casa. El caballo cruzó al galope la verja de entrada en la que refulgía el escudo de armas de la familia. Apenas logró distinguirlo con claridad, sin embargo, le resultó conocido.

El galope del caballo hacía resonar los cascos sobre la grava del camino; el corcel enfiló hacia la puerta de entrada. Se detuvo en seco al llegar y el jinete logró desmontar con gran dificultad. Tenía la boca pastosa, la lengua se le pegaba al paladar y sentía una sensación de ahogo por todo el cuerpo. Fue trastabillando hacia la entrada hasta que logró subir el pequeño tramo de escalones que precedían a la puerta principal. Se apoyó y, reuniendo todas sus fuerzas, logró hacer sonar la pesada aldaba.

Roy se sobresaltó al escuchar que alguien

llamaba a la puerta. Se encaminó hacia la entrada con paso firme. Sabía que los sirvientes se habían retirado y que solo él permanecía despierto a esas horas. Miró con fijeza la puerta con el ceño fruncido, luego se asomó por una ventana y, tras apartar las cortinas, distinguió la silueta de una persona apoyada contra la puerta. Con paso cauto se acercó al pórtico, tomó una de las pistolas que adornaban una de las paredes del pasillo y con cuidado procedió a abrirla. Un peso muerto cayó al entornarse la puerta; Roy soltó el arma y logró atajarlo; una reveladora cascada de cabellos rojizos lo sobrecogió. Cuando la luz de la luna iluminó el rostro, el corazón de Roy dio un vuelco. Un escalofrío le recorrió la espalda y lo dejó inmóvil en el umbral de la puerta. La visión lo había impactado sobremanera. Reaccionó y, con un leve empujón, cerró la puerta. Luego, se dirigió velozmente hacia su despacho donde también se ocupó de cerrar la puerta a sus espaldas para que nadie apareciera. Depositó al inesperado visitante sobre el sillón mientras intentaba averiguar qué había sucedido.

—¿En qué diablos andas metida? —le preguntó sin obtener respuesta.

La contempló durante unos segundos: ella parecía estar inconsciente. Roy procedió a quitarle el abrigo en busca de alguna herida. Le apartó la capa y pronto descubrió que sangraba por el costado. La preocupación se cebó con él, pues la muchacha perdía demasiada sangre y, si no actuaba pronto, tal vez moriría desangrada. Tomó un abrecartas de la mesa, lo acercó al fuego para desinfectarlo y comenzó a rasgar la camisa para poder tener una mejor perspectiva de la gravedad de la lesión. Le pasó la mano por la frente. Estaba ardiendo y sudaba mucho. De inmediato fue en busca de utensilios para curar la herida. La dejó sola y, cuando reunió todo lo necesario, regresó al despacho.

Le lavó la herida con cuidado y el leve roce del paño húmedo pareció provocarle un dolor incalculable, pues, en varias ocasiones se agitó al sentir el contacto frío y húmedo del agua. Aquella señal tranquilizó a Roy: estaba viva pese a todo.

—Laimie —le susurró mientras le tomaba la

mano y la miraba fijamente—. ¿Puedes oírme?

Ella no respondió porque se sentía demasiado débil para hacerlo, pero movió los dedos que Roy sostenía entre los suyos. Escuchó la voz a través de una lejana bruma, pero no logró entenderla.

En ese momento, la puerta del despacho se abrió de manera repentina. Roy se incorporó de la alfombra sobre la que estaba arrodillado sosteniendo la mano de Laimie para ver el rostro del hombre de confianza del clan Campbell, Alastair, que lo miraba con sorpresa y aturdimiento.

—Pasa y cierra la puerta —le dijo mientras volvía a centrarse en la muchacha, que parecía estar tiritando.

—¿Qué sucede, Roy? —le preguntó con el ceño fruncido. Alastair era un escocés de pura cepa. Alto y fuerte como las montañas de las Highlands y con los cabellos y la barba de color rojizo. Se situó junto a Roy y Laimie con el ceño fruncido por verla sangrar.

—No tengo ni idea. Solo sé que se ha presentado en casa con una herida en el costado.

Anda, ve a encargarte de su caballo. Ocúltalo en las cuadras. Antes de irte, tráeme *whisky*.

Alastair obedeció y fue en busca de una de las botellas que había dispuestas sobre una pequeña mesa. Después salió de la habitación para ocuparse de la montura.

Roy contempló a la mujer y sintió que el corazón se le oprimía por el dolor de verla en ese estado. Le pasó la mano por el rostro para apartar algunos mechones de cabello; le dejó la palma de la mano sobre la mejilla y sintió que se le formaba un nudo en la garganta al pensar en la posibilidad de que ella muriera. No podía permitirlo. El castigo de no poderla tener a su lado era lo bastante duro como para, además, no volverla a ver.

El sonido de la puerta hizo que se volviera para ver a Alastair regresar junto a él.

—¿Lo has encerrado?

—Sí. ¿Es grave? —le preguntó haciendo señas hacia la herida.

—Aún no lo sé. Debo comprobar si la bala tiene orificio de salida. Ayúdame —le dijo

mientras rodeaba a Laimie con el brazo y la incorporaba atrayéndola sobre él. Sintió el cuerpo débil y frágil contra el suyo. Por fin volvía a tenerla entre sus brazos, aunque nunca había querido que fuera esa la manera.

—Dime si lo ves.

—No tiene, Roy —le respondió con preocupación.

—Entonces la bala sigue dentro. Bien, como en los viejos tiempos. ¿Te acuerdas cuando te dispararon por error en el hombro? —le preguntó con una sonrisa nerviosa mientras palpaba la zona de la herida en busca de la bala. Cuando dio con ella sonrió—. Aquí está.

—Ya lo creo que me acuerdo —asintió Alastair—. Maldito Rowan... confundirme con una pieza de caza —dijo recordando el incidente.

—Bien, pues vamos. Vierte *whisky* sobre la herida —le ordenó mientras se desprendía de la camisa de batista y se desinfectaba las manos con el licor ambarino de las tierras de Escocia.

—¿No sería conveniente llamar al doctor? —le preguntó.

—No hay tiempo. Tengo que extraerle la bala ahora mismo; además, no sabemos qué ha sucedido, aunque imagino que nada bueno. Acércame mi juego de *dirks* —le dijo con la voz seria—. Las he dejado sobre la mesa.

—¿Piensas abrir la herida con ellas? —le preguntó algo confundido.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —le preguntó mirándolo al tiempo que sentía que la desesperación se apoderaba de él—. Y no olvides las pinzas y un espejo.

Roy concentró toda la atención en la herida, mientras Alastair buscaba el juego de dagas, las pinzas y el espejo.

—Te pondrás bien —le susurró. Sentía que el corazón se le encogía. Tenía la vida de ella en sus manos. Y, a pesar de que lo había rechazado, él no podía evitar sentir por ella nada que no fuera cariño, ternura... y amor.

Alastair le tendió el estuche en el que Roy guardaba el juego de dagas escocesas o *dirks*, como se las conocía en las Highlands. Tomó la primera de ellas y, tras desinfectarla con un chorro

de *whisky*, la acercó con decisión a la herida.

—Controla su respiración —le pidió a Alastair sin mirarlo mientras hacía una pequeña incisión. Al momento manó un chorro de sangre que Alastair se apresuró a limpiar—. Sujeta el espejo de manera que pueda tener una mejor visión de la herida.

La abrió un poco más levantando la carne e intentó localizar la bala. Luego, introdujo las pinzas para poderla extraer. Hurgó un poco mientras sentía que el pulso se le aceleraba ante la posibilidad de no lograr hacerlo. Intentaba tragar, pero el nudo que se le había formado en el interior de la garganta no parecía estar dispuesto a ceder. Tras varios intentos, consiguió extraerla. Era redonda, del tamaño de un guisante. Roy sonrió aliviado al verla bailar sobre una cucharilla. Ahora sí había logrado respirar tranquilo.

—Bien, hay que coserla —le dijo a Alastair mientras él le preparaba la aguja y el hilo que había ido a buscar para cerrar las heridas—. Desinfecta.

Alastair vertió *whisky* sobre la aguja y

después sobre la herida. Por último, bebió un trago largo para refrescarse. Vio cómo Roy suturaba con paciencia el lugar de la incisión. Recordó sus conocimientos de cirugía: el duque había hecho lo mismo con él. Terminó de cerrar la herida y respiró aliviado expulsando toda la tensión. Volvió a tomar una de las *dirks* y procedió a hacer jirones la camisa para obtener tiras con las que proteger la herida. Con la ayuda de Alastair, movió con cuidado a Laimie para vendarla. En ese momento, un sonido metálico se escuchó. Los hombres se miraron fijamente durante unos segundos antes de centrarse en el pequeño objeto que había caído al suelo. Roy extendió el brazo para recoger lo que parecía ser un anillo. Reconoció el monograma con espadas y rosas.

Miró a Laimie y luego a Alastair. Roy comprendió al momento lo que significaban aquel símbolo; no hacía falta ser muy inteligente. Ató cabos, y supo quién era Laimie y qué le había sucedido.

—¿Qué significa esto? —le preguntó Alastair.

—Si significa lo que creo que significa —las palabras apenas lograban salir de su boca—, entonces ella... —No terminó de decir lo que pensaba, sino que volvió a mirarla perplejo, para después clavar la mirada en el anillo.

* * *

Roy tomó a Laimie entre sus brazos una vez más. Tuvo exquisito cuidado en no lastimarla. Sintió el peso del cuerpo sin fuerzas. La cabeza descansaba sobre el hueco del hombro cerca del rostro de él, lo que le permitió a Roy percibir el aroma a hierba mojada entremezclada con el de su perfume. No lo había olvidado.

Subió las escaleras hasta llegar a una habitación. Era espaciosa, con una gran cama con dosel en el centro. Alastair encendió una luz para que la habitación quedara iluminada mientras Roy dejaba sobre la cama a la muchacha. A continuación, se acercó hacia el pequeño hogar y lo encendió para que la temperatura subiera algunos grados. Las llamas comenzaron a crepitar

al tiempo que devoraban los troncos de leña apilados. Roy le pasó la mano por los cabellos a la joven y se los apartó del rostro. Después, se volvió hacia Alastair para que lo dejara solo mientras la desvestía.

—Te espero abajo. Tenemos que hablar —le dijo el escocés mientras se retiraba.

Roy aguardó a que Alastair se hubiera marchado para comenzar a desvestir a Laimie. Comenzó por quitarle las botas y las dejó junto a la cama. Posteriormente, con sumo cuidado, hizo lo propio con la camisa. La típica indumentaria de las mujeres en Escocia: una camisa de hilo hasta los muslos. Por unos instantes, sus ojos se posaron en las sensuales curvas de Laimie y vio cómo el color de las llamas emitía reflejos dorados sobre ella. Fue testigo mudo de la redondez de sus senos. En un arranque de furia, arrojó la camisa al fuego, que se había hecho más intenso a medida que consumía la leña. Prosiguió con los pantalones, que también acabaron siendo pasto de las llamas. No quería que quedara ninguna prueba de su presencia en aquella casa.

Procedió a acostarla bajo las mantas. Creyó sentir que emitía un ligero gruñido mientras la acostaba, pero, tras observarla unos instantes, se dio cuenta de que no era así. La arropó y volvió a pasarle las manos por los cabellos mientras se quedaba sentado en el borde de la cama sin dejar de mirarla. Le tomó la mano para acariciarle los nudillos con suavidad. Apretó los labios y apartó el rostro de ella cuando sintió que los ojos se le tornaban vidriosos. ¡Maldita sea, la amaba! ¡Nunca había dejado de hacerlo y estaba seguro de que nunca lo dejaría! Y, aunque ella le jurase que sus sentimientos hacia él eran distintos, sabía que en el fondo de su corazón aún ardía una pequeña llama de pasión por él. Pero estaba oculta tras la muralla que ella misma había erigido para que él no se acercara. Tendría que averiguar la forma de abrir una brecha en ese muro para poder entrar de nuevo en su corazón.

Le acarició la mejilla mientras con el pulgar de la mano le dibujaba el perfil. Se incorporó de la cama sin soltarle la mano y, en un último instante, se la llevó a los labios para besarla

ligeramente mientras cerraba los ojos haciendo verdaderos esfuerzos para evitar que una lágrima se le deslizara de manera traidora por la mejilla.

—Descansa, *gaol*, volveré pronto.

Roy se volvió sobre los talones para salir de la habitación mientras sentía que el corazón se le quedaba junto a su verdadera dueña.

Descendió las escaleras hacia el despacho en donde aguardaba Alastair con la mirada perdida en el vacío. Al ver aparecer a Roy, la levantó para clavarla en él, que había pasado por su habitación para recoger una camisa limpia. Roy se sirvió el poco *whisky* que quedaba aún en la botella y lo bebió de un solo trago. Sintió el líquido descender por la garganta mientras dejaba un reguero de calor por su cuerpo. Quería calmarse, pero la bebida no iba a lograr ese fin.

—¿Por qué no pruebas con *usquebaugh*? —le sugirió Alastair ofreciéndole la botella.

Roy sacudió la cabeza rechazando el licor. No miró en ningún momento a Alastair, sino que mantuvo sus ojos perdidos como si no observara nada en concreto. Cerró los ojos y, por unos

breves momentos, deseó que nada de lo ocurrido fuese verdad. Inspiró hondo y llenó su pecho de aire hasta que pareció estar recuperado, entonces miró a Alastair quien, a su vez, mantenía los ojos fijos en su *chieftain*.

—¿Qué piensas hacer? No irás a entregarla, ¿verdad?

Roy giró el rostro para lanzar una mirada de incredulidad ante las palabras de Alastair.

—¿A los casacas rojas? —le preguntó sin comprender si se lo había preguntado en serio—. Por todos los demonios, es Laimie —le explicó intentando hacerle ver de quién estaban hablando.

—Sé que es Laimie Murray, la sobrina de lord George Murray, hombre de confianza de Carlos Estuardo, el joven pretendiente. Y tu prometida —le recordó.

Roy sonrió burlón.

—Olvidas que rompió el compromiso.

—Puede que lo hiciera, pero te sigue queriendo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque ha acudido a ti cuando te ha

necesitado, y ahora tú... —Alastair titubeó unos instantes antes de continuar, mientras escrutaba el rostro de Roy y sopesaba su posible reacción— tú la vas a ayudar.

—No te lo niego. Y sí, es cierto que voy a ayudarla.

—¿Aún a riesgo de que te acusen de esconder a...? —Alastair no encontró las palabras.

—*¿La sombra de Escocia?* —le preguntó Roy y se acercó hasta la mesa para recoger el anillo.

—Está bien. Si así lo prefieres...

—Por ahora se quedará aquí. En mi casa. Y nadie debe saberlo —le comunicó con el gesto serio—. Hasta que pueda trasladarla a la residencia de Inveraray.

—¿Piensas llevarla a Inveraray? —le preguntó sorprendido de que Roy quisiera volver al hogar del clan Campbell.

—En cuanto esté restablecida. Debo sacarla de Inglaterra cueste lo que cueste.

—Pero su ausencia en las recepciones y los bailes se notará; piénsalo, Roy.

—Hablaré con Archibald al respecto. Espero que esté de acuerdo conmigo.

—¿Y qué harás tú? ¿Te retirarás con ella a las tierras de Argyll? ¿Desaparecerás de Londres?

—Alegaré que necesito retirarme algún tiempo. A nadie le extrañará que el jefe del clan Campbell regrese a sus tierras a pasar el invierno.

—¿Y las investigaciones en torno a ella? Posiblemente estén buscándola en estos momentos.

—Nadie sospechará que ella pueda estar aquí. Tenlo por seguro.

Alastair miró fijamente a Roy antes de lanzarle la pregunta más difícil que tenía que hacerle. Se frotó las manos y vertió un poco de *usquebaugh* en el vaso. Lo tomó y lo vació de un solo trago antes de enfrentarse a Roy.

—¿Aún la amas?

La pregunta tomó desprevenido a Roy que en un principio se mostró torpe y nervioso. Bajó la mirada y se miró las propias manos aún teñidas con la sangre de ella, mientras recordaba cómo había temido y sufrido por su vida al verla tan desvalida. Se dirigió hacia la palangana de agua,

las sumergió y las frotó con lentitud mientras su mirada permanecía fija en el vacío.

—¿Qué puedo decirte? —le preguntó con la voz queda y los ojos relumbrando de emoción y cariño.

—Nada, Roy. Nada —le respondió Alastair al comprobar que en verdad la seguía amando.

Se quedaron en silencio unos instantes hasta que unos golpes en la puerta de la casa los sobresaltaron. Roy giró sorprendido, al tiempo que Alastair lo miró con el gesto turbado. ¿Quién podía ser a esas horas?

—Nada bueno puede traer esta visita.

—Tú recoge todas las ropas y telas y arrójalas al fuego —le ordenó mientras apagaba las luces y dejaba la habitación en la semioscuridad—. Yo iré a ver.

Roy se estiró la ropa y se pasó las manos sobre los cabellos para dar un aspecto más acorde a una situación de normalidad; por su parte, Alastair se encargó de sacar de la escena el juego de *dirks* de Roy, la camisa hecha trizas y todo lo demás.

Roy caminó con lentitud hacia el ventanal más próximo a la puerta. Apartó la cortina e inspiró hondo aguantando la respiración. No podía ver con claridad el rostro de la silueta apostada junto a la puerta de entrada, pero debía actuar con naturalidad para no levantar sospechas. Miró a Alastair y le preguntó en voz muy baja si había concluido la tarea que le había encomendado. El escocés asintió y le guiñó un ojo, y Roy comprendió que todo estaba en orden. Dirigió la mano hacia la puerta y sintió que los nervios se apoderaban de él. Por un instante, cerró los ojos, pensó en Laimie y en que debía protegerla a toda costa. Abrió la puerta. Respiró aliviado cuando vio el rostro del hermano de la muchacha.

Se apartó para dejarlo pasar. Al ver a Alastair, lo saludó con una leve inclinación de cabeza. Después se volvió hacia Roy. Parecía nervioso, angustiado y, sin duda alguna, atemorizado por lo que pudiera haberle sucedido a su hermana. Roy, por su parte, no estaba dispuesto a contarle que ella estaba en el piso superior recuperándose.

—¿A qué debo esta intempestiva visita? —le preguntó caminando hacia la biblioteca e invitándolo con la mano a que lo siguiera.

—Ya sé que no debería estar aquí —comenzó diciendo Archibald mientras entrelazaba las manos de manera nerviosa—. Pero...

—¿Pero?

Archibald respiró hondo antes de soltar todo el aire acumulado por la tensión de las últimas horas. Debía contarle la verdad a Campbell. Necesitaba su ayuda para encontrar a Laimie. Inclino la cabeza hacia delante mientras se llevaba la mano a los cabellos. Luego levanto la mirada y, fijándola en él, habló con un tono cargado de preocupación y anhelo.

—Necesito tu ayuda.

Roy le escrutó el rostro durante varios segundos y no pronunció ni una sola palabra. Sabía a la perfección lo que le ocurría: Laimie no había regresado a casa y él se había alarmado.

—Siéntate y cuéntame de qué se trata —le pidió señalando un sillón—. *¿Usquebaugh?* —le preguntó arqueando las cejas mientras él vertía en

un vaso una cantidad considerable de aguardiente de las Highlands. Hizo una señal a Alastair para que se retirara y fuera a ver cómo se encontraba la muchacha.

—Me vendrá bien un trago —le dijo con seriedad.

Roy le tendió el vaso y Archibald lo vació de un solo sorbo ante la sorpresa del otro.

—Debe de ser muy importante lo que tienes que decirme para beber de esa manera.

Archibald volvió a inspirar hondo antes de decidirse a comenzar a explicarle la situación. Miró con recelo a Campbell y, tras frotarse las manos, comenzó.

—Se trata de Laimie.

—¿Qué sucede con ella? El otro día la vi en la recepción de...

—Ha desaparecido —lo interrumpió con un tono de voz alarmada. No tenía tiempo que perder en vanas explicaciones.

—No te andas con rodeos, Archibald —le dijo fingiéndose extrañado. Luego recapacitó y le preguntó—: ¿cómo sabes que no está con otra

persona?

—No entiendo tu pregunta —comentó Murray desconcertado por el comentario de Roy.

—Me refiero a que tal vez se encuentre con alguna de sus amistades.

—Me habría avisado mediante algún recado. No, no. Ha desaparecido contra su voluntad. Estoy seguro —aseveró sacudiendo la cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Esta noche. Salió temprano y aún no ha regresado.

—Laimie sabe cuidar de sí misma. Ya es mayorcita —le dijo con sorna.

—Estoy preocupado...

—¿Y por qué me lo cuentas? ¿Qué puedo hacer yo? —le preguntó mientras se apoyaba sobre la mesa y cruzaba los brazos sobre el pecho. Su mirada inquisidora parecía intimidar a Archibald.

—No sé; pensé que tal vez tú... —Los titubeos provocaron la sonrisa de Roy. Una sonrisa que confundió a Archibald.

—¿Qué pensaste? ¿Que estaría aquí? —le preguntó burlón—. ¿Que Laimie y yo estábamos

disfrutando de una velada llena de pasión?

—No sé... yo ni siquiera sé... No es motivo de burla, Roy —le dijo cabeceando por los nervios que lo atenazaban.

—Tranquilízate.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? —Para el hermano de la joven la situación no era algo trivial—. Mira, entiendo que estés ofuscado porque ella rompió el compromiso. Probablemente ahora ni siquiera te importe lo más mínimo que...

—Ella está aquí —confesó finalmente con un tono de voz tan duro y frío como sus ojos. Odiaba verlo de esa manera por culpa de las estupideces de su hermana.

—¿Cómo has dicho? —le preguntó Archibald fuera de sí mientras se incorporaba del sillón y paseaba la mirada por el recinto intentando encontrarla.

—Tranquilízate, ella está sana y salva —le dijo Roy levantándose él también del sillón.

—Pero ¿dónde está? —insistió.

—Todo a su tiempo. Primero exijo saber qué significa esto —le preguntó sacando del bolsillo

del pantalón el anillo que Laimie llevaba.

Archibald palideció no bien se enfrentó a aquella visión. Se quedó paralizado como si la sola presencia de aquel objeto lo hubiera convertido en una estatua de sal. Luego, levantó la mirada hacia Roy, que esperaba con impaciencia escuchar una respuesta. Archibald relajó los hombros y asintió convencido de que Roy debía conocer la verdad. Ya no había nada que ocultar.

—¿De dónde has sacado este anillo? —le preguntó.

—Eso no viene al caso ahora, sino qué significa. Se le cayó a tu hermana cuando la despojé del abrigo que llevaba para poder curarle la herida con la que llegó hasta mi puerta.

—¿Está herida? —preguntó volviendo a exaltarse y a sentir cómo su inquietud se volvía como un látigo que le azotaba el cuerpo para hacerlo vibrar a su antojo.

—Laimie tiene una herida en el costado. Una herida de bala. No sé dónde, ni cómo, ni quién se la ha producido. Salvo que tú puedas arrojar algo de luz a todo este misterio; puesto que, por el

momento, ella no está en condiciones de contarme nada —le confesó y dirigió la mirada hacia Archibald.

—¡Santo Dios! —exclamó. Se llevó la mano a la boca al tiempo que se sentaba en el sillón de nuevo y su mirada quedaba suspendida en el vacío.

—Llegó en su caballo, no sé si fue el animal el que la trajo aquí o si ella misma lo guió. El caso es que llegó tambaleándose hasta caer en mis brazos.

—¿Puedo verla? —le preguntó a Roy.

—Antes quiero que me aclares qué está pasando. Quiero las respuestas ahora mismo. —No estaba dispuesto a aceptar una negativa.

Archibald se posó una mano sobre la frente y sacudió la cabeza como si no quisiera admitir lo que estaba sucediendo, como si quisiera despertar de un mal sueño.

—¿Qué tiene que ver ella con *La sombra de Escocia*? —le preguntó Roy mientras fruncía el ceño—. ¿Es una de ellos?

Archibald negó con la cabeza.

—No, no forma parte de la banda.

Roy pareció sentirse aliviado ante la posibilidad de que todo hubiera sido un error.

—Entonces, ¿por qué tenía este anillo? — insistió.

Archibald volvió a negar con la cabeza antes de mirar a Roy. Se lo veía molesto, pero esa rabia que sentía no sería nada comparada con la que iba a experimentar cuando conociera la verdad.

—Ella es *La sombra de Escocia*.

Roy se quedó paralizado. Los pies parecían habersele clavado al suelo, y la respiración y el corazón parecían haber quedado detenidos ante aquella confesión. Habría creído cualquier otra cosa que le hubieran contado de ella, todo menos que ella misma fuera *La sombra de Escocia*. Pensó en cómo fue que había decidido adoptar esa identidad y arriesgar su vida de aquella manera. La había incluso oído cantar alabanzas del mítico personaje, pero jamás pensó... nunca imaginó que fuera ella... Estaba aturdido, confundido. Quería creer que todo aquello era un sueño, pero, cuando la voz de Archibald volvió a escucharse, comprendió que era la realidad.

—Sí, Roy. Mi hermana asumió el papel de *La sombra de Escocia* cuando la anterior ya no pudo cumplir con su misión.

Roy comenzó a reír con nerviosismo. No daba crédito a aquellas palabras por más que Archibald se las jurase.

—¿Me estás diciendo que Laimie es la responsable de que los clanes escoceses hayan vuelto a plantearse la posibilidad de una rebelión? —le preguntó en un tono de voz que fue creciendo como una tormenta—. ¿Que ella es la instigadora de traer de vuelta al Estuardo para que ocupe el trono? ¿Que sus acciones pueden conducir al fin de los clanes, o al exterminio de todos y cada uno de los que apoyen una vez más a los Estuardo? —le preguntó entre dientes mientras sentía la sangre latir en sus venas con violencia.

A cada pregunta de Roy, Archibald se limitaba a asentir mudo. No era capaz de articular respuesta alguna al ser testigo de cómo el enfado del *chieftain* de los Campbell crecía como una tormenta que amenazaba con descargarse en forma violenta sobre él. Ante tales pruebas, Roy creyó

volverse loco. Giró sobre sus talones y caminó como una fiera enjaulada por la biblioteca mientras miles de pensamientos se agolpaban en su mente. Tomó con furia la botella de *usquebaugh* y la arrojó contra el fuego de la chimenea, lo que provocó que la llama ardiera con violencia. Estaba confundido, ofuscado con aquella revelación. Miró a Murray y tuvo ganas de matarlo allí mismo. Estaba enloquecido. Se mesó los cabellos presa de la ira que lo envolvía. Embargado por el resentimiento, se volvió hacia Archibald.

—¿Cómo se te ocurrió permitírsele? —le preguntó mientras lo agarraba de las solapas de la chaqueta y lo levantaba del sillón para zarandearlo delante suyo.

Archibald se espantó por la violencia de su mirada. El *chieftain* de los Campbell había vuelto a surgir, y todos los comentarios sobre su despiadado comportamiento con los enemigos de la Corona afloraron en su mente. Sentía las manos cerradas en torno a las solapas de la chaqueta mientras lo levantaba un palmo de suelo con gran

destreza y agilidad. Por un momento pensó que lo arrojaría contra el suelo descargando en ese golpe toda su furia.

—Fue ella...

—¿Cómo que fue ella? —le preguntó gritándole en pleno rostro—. ¿Qué quieres decir? ¡Habla!

—Cuando tú desapareciste, ella accedió a convertirse en *La sombra de Escocia* para luchar a favor de los Estuardo. Estaba como loca por tu partida, no pensó que fueras capaz de hacerlo. Entonces los Stewart Appin se lo propusieron y ella no dudó.

—¿De qué demonios me estás hablando? —le gruñó.

—Por favor, suéltame y te lo contaré todo.

Roy aflojó la presión de las manos de la chaqueta del otro, que comenzó a acomodársela mientras la mirada de Roy seguía encendida.

—Será mejor que me convenzas —lo amenazó.

Archibald asintió mientras intentaba volver a respirar con normalidad.

—Fue cuando rompí el compromiso contigo.

—¿Qué tuvo que ver? —le preguntó.

—Le dijeron que te habías marchado de Escocia, pero ella no quiso creerlo.

—Todavía sigue sin hacerlo —asintió y recordó la escena de noches atrás en fiesta en la casa de los Hampton—. Pero ¿qué tiene que ver mi marcha?

Archibald le sostuvo la mirada.

—Todo —fue la única palabra que pronunció.

—¿Todo? —exclamó Roy extrañado por aquel misterio que Murray parecía empeñado en no desentrañar.

—Prométeme que no se lo dirás —le propuso y lo miró con seriedad.

—¿A qué viene tanto misterio? Me estoy empezando a cansar.

—Laimie decidió participar de forma activa en la rebelión en un intento por olvidarte.

—¿Convirtiéndose en *La sombra de Escocia*? —le preguntó sin terminar de creer por completo aquella locura.

Archibald se limitó a asentir.

—Te ama pese a todo, Roy. Te ama pese al tiempo transcurrido desde que rompió el compromiso. No ha podido olvidarte —le confesó con anhelo—. Por eso ha venido a ti esta noche. Porque sabía que tú la recibirías como si entre los dos no hubiera pasado nada. Ya sabes lo testaruda y orgullosa que es.

Roy inspiró profundamente para después dejar escapar el aire de sus pulmones de forma lenta y relajada. ¿Laimie seguía amándolo? Imposible. Rio con una estruendosa carcajada.

—No creo que me siga queriendo como tú sugieres —le dijo con pena.

—Pues, aunque no parezca, es la verdad —le aseveró con total seguridad Archibald.

—En la fiesta de los Hampton me comentó que estaba buscando un marido y que lord Chester...

—Excusas, Roy. Simples y baratas excusas. ¿Quieres saber cuál fue su reacción cuando regresó a casa? Cuando me comentó que te había visto bailando con otra —Archibald hizo una pausa antes de continuar—, me confesó entre

lágrimas que te amaba.

Roy abrió los ojos al máximo al escuchar una vez más de labios de Archibald que Laimie seguía queriéndolo, aunque a él le costara creerlo. Sintió un bello anhelo al pensar en aquellas palabras y en la posibilidad de que pudieran ser ciertas, pero debía ser cauto; no deseaba volver a hacerse vanas ilusiones.

—Recupérala, Roy, por el bien de los dos — le dijo y se puso de pie y se le aferró a los brazos —. Sé que en el fondo tú sigues sintiendo lo mismo que ella. ¿Por qué no revivir momentos de dicha y felicidad? Ya no hay guerras que los puedan separar. Apártala de la idea estúpida de poner en el trono a un Estuardo.

Roy apretó los dientes con rabia y, pese a que Archibald llevaba parte de razón, supo que no sería nada fácil recuperar el cariño de Laimie.

—Sabes que ella es muy orgullosa y que, si intuye que lo que me has contado, se cerrará en sí misma antes que reconocer que sigue amándome como tú dices.

—Lo sé, pero también sé que las viejas

heridas cicatrizan y desaparecen con el paso del tiempo... y con amor.

Roy había quedado absorto en sus pensamientos y no fue capaz de pronunciar ni una sola palabra más. ¿Era cierto que Laimie lo seguía amando? ¿Por qué diablos no se lo confesaba? ¿Por qué tanto rencor? Si él estaba ansioso por tenerla de vuelta en sus brazos, por acariciarla y besarla con devoción, por susurrarle palabras tiernas y cargadas de sentimientos.

—Lo primero que debemos hacer es protegerla de los que la persiguen —dijo tras esa breve pausa—. ¿Tienes idea de lo que ha sucedido? Y no quiero más excusas —le advirtió.

Archibald se separó de Roy mientras en la cabeza le daba vueltas lo que su hermana le había contado antes de salir aquella tarde.

—Debía reunirse con un puñado de *chieftains* que aún son leales a los Estuardo.

—¿Dónde?

—No me lo dijo —le respondió y vio la decepción en el rostro de Roy.

—¿Conoces el nombre de los clanes que iban

a estar presentes en la reunión?

—Stewart Appin, MacDonald de Glengarry, Keppoch, Cameron, Clanranald, MacDonald de Morar solo son algunos de los que aún creen en la posibilidad de traer de vuelta al trono al Estuardo.

Roy inclinó la cabeza hacia delante hasta que el mentón casi rozó el pecho. Comenzó a pasear por la habitación con gesto serio mientras rumiaba cada uno de los nombres que había escuchado. Archibald lo seguía con la mirada esperando que le dijera algo. De pronto se dirigió hacia él.

—Hay un traidor entre ellos. Alguno de los clanes es un espía de la Corona.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le preguntó alarmado Archibald—. Todos son leales a la causa.

—Todos no. Te lo repito.

—¿Sigues creyendo que entre ellos hay un jefe que conspira contra los demás clanes? —le preguntó.

—No solo lo creo, sino que apostaría el cuello a que es así. Ahora lo importante es saber quién es. Laimie recibió un disparo.

—No estarás insinuando que el supuesto traidor quiso matarla, ¿verdad?

—Él no lo debe de haber hecho en persona, pues se habría delatado. Con seguridad, avisó a los soldados del rey. Recuerdo que, la otra noche, en casa de los Hampton, lord Hurlington y lord Chester hablaban de que sus espías habían conseguido averiguar cuándo y dónde tendría lugar la reunión clandestina de los partidarios de los Estuardo. ¿Sabía algo Laimie?

—¡No! Me lo habría dicho. —Su mirada se tornó sombría—. Aunque eso podría explicarlo todo —dijo a continuación con un hilo de voz.

—Con seguridad, lord Chester estaba al mando de los soldados.

—¿Crees que sepan que Laimie es *La sombra de Escocia*? —le preguntó alarmado de solo pensar esa posibilidad.

—No lo creo. Cuando llegó aquí no la reconocí hasta que sus cabellos cayeron libres. Es posible que estén buscando a un hombre. Nunca imaginarían que se trata de una mujer y, menos, de tu hermana —dijo con especial énfasis.

—Gracias a Dios —suspiró Archibald—. ¿Te encargarás de ella?

—Puedes estar seguro de que lo haré —le respondió con firmeza—. De momento, permanecerá aquí en mi casa.

—La gente preguntará si no acude a los bailes.

—De esa parte debes encargarte tú como hermano. Inventa la excusa que creas más acertada. Que está enferma o, tal vez, que se ha marchado a Escocia sería convincente.

—¿Y si alguien descubre que está aquí?

—Nadie lo sabrá. Además, tan pronto como esté restablecida pienso sacarla de la ciudad.

—¿Y a dónde piensas llevarla? —le preguntó.

—A Inveraray. Haré circular el rumor de que tengo que ausentarme para pasar una temporada en mis tierras. A nadie le extrañará lo más mínimo, puesto que soy el duque de Argyll y llevo bastante tiempo sin pisarlas.

—Ella no querrá —le aseguró Archibald.

—No se trata de si quiere o no. Se trata de

que su cabeza tiene un precio —le explicó—. Y ahora es mejor que te marches. No es conveniente que tú también desaparezcas de la sociedad. Te mantendré informado. Y mantente alerta por si descubres algo extraño.

—Antes me gustaría verla —le pidió Archibald.

Roy asintió; sabía que era su derecho y que él no podía negárselo. Le hizo un gesto para que lo acompañara al piso superior.

Llegaron a la habitación, y Roy abrió la puerta sin llamar. Al verlos aparecer, Alastair los saludó con una leve inclinación de cabeza. Roy dirigió de inmediato la vista hacia Laimie. Estaba recostada en el lecho con los cabellos rojizos esparcidos sobre la almohada. El pecho le subía y bajaba con cada respiración. Parecía tranquila y relajada. Archibald se sentó en el borde de la cama y tomó una mano entre las suyas para depositar un suave beso. Sintió que el corazón se le oprimía por verla en aquel estado, pero al mismo tiempo se tranquilizó al saber que estaba viva y que Roy cuidaría de ella.

—¿Ha abierto los ojos? —le preguntó Roy a Alastair deseando escuchar la respuesta que él anhelaba.

—Lo único que ha hecho ha sido gruñir. Con seguridad, por el dolor de la herida.

—Al menos nos queda el consuelo de saber que no la hemos perdido —dijo mirándola.

Archibald se levantó de la cama y, sin dejar de mirarla, le habló a Roy.

—Prométeme que la cuidarás.

—Como si fuera mi propia vida —le dijo. Posó amigablemente una mano sobre el hombro de Murray.

—Avísame ante cualquier cambio.

—No te preocupes. Si llegara el caso, te enviaré a Alastair. Por ahora encárgate de difundir la noticia de que no se encuentra bien, incluso de que está demasiado cansada de asistir a las fiestas. Que debe permanecer en casa para recuperarse, por ejemplo. Eso nos ayudará.

—Lo haré, Roy.

—Alastair te acompañará —le dijo y le hizo una seña a su hombre de confianza, que le mostró

el camino.

Ambos salieron de la habitación y dejaron solo a Roy de pie junto a la cama contemplando a la mujer que aún seguía siendo la dueña de su corazón. Durante unos segundos no se movió ni se atrevió a pestañear por miedo a que ella se despertara. En ese momento, Alastair volvió y se situó junto a él.

—Puedes retirarte si lo deseas. Yo me quedaré con ella —le dijo sin apartar la mirada de Laimie.

—Como quieras —le contestó y salió de la habitación.

Roy acercó una de las sillas y la ubicó junto a la cama. Luego se sentó y tomó la mano de la muchacha entre las suyas. La sintió suave, cálida. Se la llevó a los labios para depositar un beso tierno y lleno de cariño. La miró con el corazón encogido por el dolor y el padecimiento de verla en aquel estado. Los ojos se le tornaron vidriosos cuando acercó su mano hasta el rostro de la mujer poder sentirle la piel junto a la suya.

—¿Por qué no he podido dejar de amarte

todo este tiempo? —le preguntó como esperando una respuesta—. ¿Por qué, pese a todo, no he conseguido arrojarte al olvido, Laimie?

Dejó la mano sobre la cama, pero sin soltarla. Se reclinó sobre el respaldo de la silla y concentró la mirada en el rostro de la muchachita. Tenía rasgos finos y delicados y la piel era blanca y reluciente como la nieve. Los ojos verdes le recordaban a la hierba que crecía en los *glens* de Escocia por la que ambos habían correteado descalzos en la primavera. Roy comenzó a rememorar días pasados de dicha y felicidad en compañía de ella. Antes de que la guerra estallara y los separara. Días en los que ella era su mundo, su refugio, su vida. Recordaba las caricias y los besos a la luz de la luna junto al lago Awe, las palabras de amor susurradas en mitad de la noche y las miradas largas y cargadas de pasión. Aquellos recuerdos le provocaron un profundo dolor en el pecho que lo obligó a inclinarse; desde esa posición la contempló una vez más y se rindió a su belleza.

—¿En qué momento nos perdimos? Si

supieras lo que te he echado de menos. Lo que he sufrido por no verte, por no saber de ti durante todos estos años. Pensé que te habías casado y que no me quedaba ninguna esperanza. Oh, Laimie, ¿por qué de entre todas las mujeres escocesas, tuve que enamorarme de la más obstinada y orgullosa? —le preguntó tratando de sonreír—. Déjame decirte que, a pesar del tiempo, sigues siendo igual de bonita que como te recordaba e incluso tal vez más. Si pudiera... oh, pero no me perdonas que los Campbell siempre hayan servido a la casa de Hannover en lugar de a los Estuardo —se reprochó entre dientes—. Y luego... tú jugando a los justicieros, a los héroes. Poniendo tu vida en peligro por una causa ya de por sí perdida. ¡Qué locura, Dios mío! —exclamó agitando la cabeza mientras cerraba los ojos y sonreía. Luego volvió a mirarla por última vez antes de reclinarsse contra el respaldo de la silla y quedarse dormido mientras su mano seguía entrelazada a la de ella.

* * *

Despertó en varias ocasiones en mitad del sueño alarmado por los quejidos de Laimie. No había duda acerca de que la herida le dolía y, tal vez, le impidiera tener un sueño tranquilo. Tras varios intentos, Roy no consiguió dormirse de nuevo. Caminaba por la habitación o permanecía junto al ventanal contemplando la noche y cómo la oscuridad moría poco a poco con las primeras luces del alba. Se mantuvo expectante ante cualquier cambio por parte de ella. Recordaba sus eternas vigili­as ante un posible ataque en América. Y cómo había contemplado infinidad de amaneceres sin rastro de peligro. Regresó junto a Laimie y se inclinó sobre el rostro para retirar­le los cabellos que se le habían adherido, producto de los sudores que experimentaba. En algún momento, la escuchó murmurar palabras ininteligibles. Parecía delirar o soñar. Roy la contemplaba angustiado, preocupado por su salud. Rezaba para que su intervención surtiera el resultado esperado. No podían arriesgarse a llamar al doctor porque ello significaría tener que responder muchas preguntas. La respiración

parecía agitársele por momentos cuando Roy le recorría el rostro con las manos tratando de calmarla. Cuando sentía el contacto con él, se quedaba dormida profundamente, y Roy se permitía la ligera licencia de descansar él también.

Capítulo 8

Las primeras luces de la mañana se filtraron a través de las cortinas de la habitación anunciando la llegada de un nuevo día. Laimie sintió la caricia del sol sobre los ojos y le pareció que no cejaba en su firme propósito de despertarla. Cuando, por fin, abrió los ojos notó cómo le pesaban los párpados. La claridad le hacía daño y le provocaba malestar. Por ello volvió el rostro hacia el otro lado hasta que, poco a poco, logró acostumbrarse a esa luminosidad que la hostigaba sin darle tregua. Cuando se adaptó a la luz, fijó la mirada en el techo y se percató de que no le era familiar. No recordaba que en su habitación hubiera una araña con cristales que emitían destellos de color con el reflejo de la luz. Frunció el ceño extrañada y, para cerciorarse de que aquella no era su habitación, giró el rostro hacia un lado y hacia el otro sobre la almohada y recorrió los muebles con la mirada. Tampoco los

reconoció al igual que las cortinas que cubrían la ventana. Tuvo que cerrar los ojos cuando sintió un fuerte dolor en la cabeza y otro, más agudo e intenso, en el costado izquierdo del cuerpo. Una puntada que le impidió moverse de la cama y mucho menos incorporarse. De repente, se dio cuenta de que alguien estaba aferrado a su propia mano y que ambas descansaban sobre la cama. Era una mano grande y suave al tacto, una mano de hombre. Se inclinó a duras penas para poder contemplar un revoltijo de cabellos esparcidos sobre la cama. Había una persona con ella que estaba inclinada sobre la cama y parecía dormir con placidez. Pero ¿qué hacía en aquel lugar y quién era aquel extraño? Intentó hacer memoria de los acontecimientos vividos el día anterior. Recordó la reunión con los jefes de los clanes leales al Estuardo y cómo, en mitad de la reunión, los soldados ingleses habían irrumpido en la sala y uno de los jefes la había señalado y delatado. Una oleada de furia la embargó. Una punzada de dolor le recorrió el cuerpo. Apretó los dientes hasta que el dolor cesó. Volvió a moverse. Sentía necesidad

de incorporarse, pero no creía que pudiera hacerlo sola. Al intentarlo, tiró de la mano que estaba entrelazada con la de aquel extraño, que se movió sorprendido. Poco a poco, se desperezó. Levantó el rostro para mirar a Laimie y cómo ella trataba por todos los medios de enderezarse en la cama.

—No lo lograrás sin ayuda —le dijo con una voz dulce y cálida mientras se incorporaba sin soltarle la mano.

Cuando ella vio el rostro de su anfitrión, el corazón le dio un vuelco y el pulso se le aceleró. Vio que él se había incorporado, que se acercaba para ayudarla haciendo que todo su cuerpo se tensara. Lo que no la favoreció en nada para mitigar los dolores. Abrió los ojos al máximo. Lo contempló como si fuera un extraño; luego siguió con la vista la mano mientras él la deslizaba por debajo de su cuerpo y la dejaba en mitad de la espalda. Volvió el rostro hacia él; ambos se miraron durante unos segundos. Se contemplaron en silencio. Roy sonrió al verla recuperada. El rostro de la muchacha estaba algo pálido, pero su mirada no parecía haber perdido el fulgor. La

ayudó a incorporarse con exquisita delicadeza. Luego le ahuecó las almohadas para que se acomodara. Laimie siguió todos sus movimientos sin percatarse de que estaba desnuda por completo ni de que la parte superior de su torso quedaba bastante visible a los ojos de Roy. Por fin se pudo acomodar con la ayuda de él, que permanecía como hipnotizado por cómo lo miraba Laimie, mientras el pecho se le henchía de felicidad al comprobar que estaba mejor. Se sentó en el borde de la cama sin apartar la mirada de ella en ningún momento.

Ella desvió el rostro para no delatar sus sentimientos por él. Sentía que el corazón le latía desbocado como el caballo que la había llevado la noche anterior hasta allí; la sangre fluía por las venas con extrema rapidez. Le dolía la cabeza y se sentía en cierto modo mareada. Pero, pese a todo, necesitaba saber qué había ocurrido.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Roy mientras le apartaba un mechón del rostro.

Le siguió con la mirada el movimiento de las manos y vio cómo depositaba el cabello rebelde

detrás de la oreja.

—Me duele —dijo. ¿Estaría refiriéndose al dolor de la herida o a su corazón?

—Te dispararon.

Ella se mordió el labio inferior mientras la mirada se le fijaba en la colcha de la cama.

Tenía las sábanas agarradas con las manos para no revelar su desnudez. Los cabellos se le habían arremolinado en torno a los hombros, lo que le confería una imagen mezcla de ingenuidad y sensualidad a la que Roy no creía poder resistirse.

—¿Qué sucedió anoche? —Roy aguardó la respuesta con paciencia.

Laimie se debatía en su interior: no sabía si el hecho de haberla salvado lo hacía merecedor de su más profundo secreto o si, por el contrario, debía ser leal a su silencio y a su causa.

—No importa si no quieres contármelo ahora. —Trató de mostrarse comprensivo.

Laimie cerró los ojos unos breves instantes e inclinó el torso hacia delante: la cabeza provocó que los cabellos se convirtieran en una especie de cortina que la separaba de la mirada de Roy. Y,

aunque no quería mirarlo, sabía que él mantenía los ojos fijos en ella. Podía sentirlos sobre su piel, acariciándole cada centímetro. También podía sentir su deseo. De repente, levantó la mirada hacia él y se sorprendió al ver preocupación en su rostro. La mano de Roy buscó la de ella, y Laimie no la apartó, sino que dejó que la atrapara. El leve roce de las yemas de los dedos le provocó un ligero sobresalto. Lo miró como si él acabara de confesarle un secreto. Cerró los ojos por unos segundos para sentir la mano de él en la suya. Advirtió cómo ese mínimo contacto parecía mitigar el dolor de la herida.

—Es una historia muy larga —susurró con la voz traspasada por la emoción.

—Anoche cayó un anillo de entre tu ropa. ¿Tiene eso algo que ver con tu larga historia? —le preguntó con delicadeza mientras inclinaba la cabeza para buscar la mirada de ella.

Laimie volvió el rostro de manera brusca. ¿Qué sabía o intuía él? Se rindió ante la evidencia de las pruebas. A esta hora con seguridad Roy Campbell ya debía de haberse hecho una idea

bastante acabada de lo que había sucedido.

—Estoy segura de que ya te habrás formado tu propia opinión —le dijo.

—Prueba a ver si tu historia coincide con la mía —contestó él.

Laimie sonrió nerviosa y la herida le tiró. Apretó los dientes en un intento por no dejar traslucir la evidencia del dolor. Frunció el ceño y se movió bajo las sábanas.

—Es lógico que te duela —le dijo haciendo referencia a la herida con sus palabras.

—¿Me la curaste tú o Alastair? —le preguntó con curiosidad.

—¿Hay alguna diferencia? ¿Te quedarías más tranquila si te dijera que fue él y no yo? Créeme, lo importante era salvarte la vida. Daba igual quién lo hiciera.

Laimie le dedicó una mirada por aquel comentario.

—¿Te estás burlando de mí?

—No —le respondió muy serio—. Pero, si te sirve de consuelo, te diré que fui yo quien te extrajo la bala, te curó la herida y te la vendó con

la ayuda de Alastair.

—¿También me desnudaste y me metiste en la cama?

—También.

—Entonces debo agradecerte tus atenciones.

—No hace falta. Me basta con comprobar que te has restablecido. Lo habría hecho por cualquiera. —Hubo un momento de silencio que ninguno de los dos quiso romper. Roy seguía mirándola embelesado mientras ella paseaba la mirada por la habitación—. ¿Vas a contarme qué sucedió anoche?

Laimie hizo como si no hubiera escuchado la pregunta. A pesar de ello, sabía que Roy podría con facilidad descubrir la verdad por sus propios métodos. Ser el duque de Argyll en Londres equivalía a tener un buen ramillete de amistades importantes e influyentes. Si no se lo contaba ella, él podría comenzar a atar cabos y descubrir la verdad.

—Te aconsejo que me cuentes la verdad. Quien te ha traicionado volverá a intentarlo —le dijo mientras se incorporaba y se dirigía hacia la

puerta—. Te subiré algo para desayunar. Entre tanto puedes meditar si aceptas mi ayuda.

Laimie lo contempló mientras salía de la habitación. Durante unos segundos mantuvo la mirada fija en la puerta. Luego la cabeza comenzó a bullirle con las imágenes de lo sucedido la noche anterior. La reunión con los jefes leales al Estuardo y la traición de MacDonald de Morar. Apretó los dientes al recordar cómo la había señalado y la había delatado ante los soldados ingleses comandados por lord Chester. Rememoró el disparo cuando se subía al caballo y después sombras y bruma. Hasta esa misma mañana. ¿Podría confiar en Roy? ¡Él era un súbdito leal del rey Jorge II y, por lo tanto, contrario a los ideales de los seguidores de los Estuardo! Además, sabía que, si le confesaba el nombre del traidor, él iría en su busca y haría justicia por mano propia. Eso a ella no le hacía la más mínima gracia. Quería ser ella quien... Sus pensamientos se vieron interrumpidos al ver a Roy regresar a la habitación con una bandeja con comida. No se dio cuenta de que por estar concentrada en esos pensamientos

había deslizado la sábana hasta mostrar parte del cuerpo desnudo. En un gesto rápido, Laimie tiró del extremo de la tela para cubrir su desnudez.

—Podrías llamar antes de entrar.

—Disculpa. La próxima vez lo tendré en cuenta —le dijo con un tono servicial—. Le he pedido a la cocinera que te prepare el desayuno ya que imagino que estarás muerta de hambre. ¿Te agradaría un trago de *usquebaugh* para empezar la mañana?

Laimie puso los ojos en blanco y cruzó los brazos sobre el pecho atrapando la sábana para evitar que le jugara una mala pasada delante de Roy. Aunque, por otra parte, ¿qué podía importarle que la viera desnuda después del tiempo que había compartido juntos? Roy sonreía mientras se acercaba a ella con la bandeja. Luego la depositó entre sus piernas. Laimie lanzó una mirada al rostro de él. No se había afeitado aún y los ojos estaban algo apagados, pero le sonreía con timidez. Seguía conservando el atractivo, eso no lo había olvidado en todo ese tiempo. Tampoco había olvidado cómo le latía el corazón cuando lo tenía

cerca. Se apartó con lentitud de ella sin dejar de mirarla empapándose en todos y cada uno de sus rasgos y dejándose hechizar por su mirada centelleante y por su media sonrisa.

—He hablado con el ayuda de cámara y el ama de llaves para informarles que tengo una nueva inquilina —le comentó con naturalidad.

—¿Una nueva inquilina? —protestó ella con el ceño fruncido al tiempo que intentaba incorporarse—. No pienso quedarme aquí —dijo molesta mientras seguía con la mirada los movimientos de Roy, que se acercó hasta la cama para retirar la bandeja.

El muchacho no tenía ganas de que echara a perder el desayuno que con esmero le habían preparado. Colocó la bandeja sobre la mesita de noche y después se volvió hacia Laimie. Alargó los brazos hasta que las manos se posaron con delicadeza sobre los hombros y la recostó contra las almohadas con ternura. Ella lo miraba como si estuviera haciendo algo fuera de lo común.

—No conviene que te alteres —le aconsejó con cariño.

—¿Será posible que...? —exclamó e intentó volverse a incorporar. Pero la herida le tiró y provocó que su rostro se contrajera de dolor.

Roy sonrió triunfante.

—¿Lo ves? No puedes valerte por ti misma —le recordó.

—Puedo y quiero. Mira —le dijo y volvió a intentar abandonar la cama.

Roy se apartó para dejarla hacer y se situó a escasos pasos del lecho con los brazos cruzados y la mirada expectante. Laimie se encendió con el desafío, con lo que logró poner un pie sobre la alfombra de la habitación y, cuando fue a poner el segundo, se dio cuenta por la expresión del rostro de Roy de lo que pasaba. Al momento volvió a la cama con el semblante encendido por la vergüenza.

—Deberías prestarme algo de ropa con la que cubrirme, por lo menos —le espetó como si él hubiese sido el responsable de la exhibición impúdica que había presenciado. Con velocidad, la joven tiró de la sábana y se cubrió hasta la barbilla.

—No sabía que te daba vergüenza que te viera desnuda después de...

Roy se detuvo de manera brusca. No había sido su intención ser grosero con el comentario. Miró a Laimie, que a su vez lo contemplaba sorprendida.

Roy se volvió hacia el armario para que no viera el gesto de su rostro. Cerró los ojos y, tras tomar aire, abrió el armario para extraer una camisola. Se la alcanzó.

—Es de mi cuñada. Cuando vienen a visitarme y se quedan en casa a pasar varios días suele traer ropa que luego no se lleva. Imagino que te servirá. Ambas tienen la misma estatura y proporciones. También hay vestidos —le dijo mostrándoselos con la mano.

—¿De verdad quieres que me quede? —le preguntó recelando del comportamiento de Roy. Sabía que la había amado en el pasado, pero, después del desplante el día de la fiesta, no estaba segura de que quisiera tener algo que ver con ella y, mucho menos, ayudarla.

—Insisto.

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo corres peligro.

—Nadie puede relacionarme con... —Se mordió la lengua antes de dejar escapar el resto de la frase.

—¿Con *La sombra de Escocia*? —completó Roy.

Laimie no pudo más que asentir. Así y todo se sintió ofuscada de que él supiera quién era ella. En un intento por desviar el tema de conversación, se volvió hacia la bandeja, la tomó bajo la atenta mirada de Roy y se dispuso a comer mientras él sonreía complacido y victorioso.

—¿Cómo sabes que he sido traicionada?

—Si era una reunión secreta, ¿cómo es posible que los soldados ingleses supieran el lugar exacto, el día y la hora del encuentro? —le preguntó.

Laimie no dijo nada y se limitó a mover la cabeza.

—¿Quién fue?

—No lo sé —mintió mientras con rapidez se metía otro bocado en la boca y después sorbía un

poco de café.

—¿Alguien te reconoció?

—No, no lo creo. Siempre tomo precauciones

—le respondió y deseó que eso fuera cierto.

—¿Sabe alguien quién eres en realidad?

Laimie se quedó pensativa recordando cuando se había convertido en la mítica figura. Solo unos pocos leales habían estado en la iniciación y habían jurado que nunca dirían nada, aunque en ese momento no estaba tan segura de ello. Su mirada dejó traslucir preocupación. Cuando la levantó hacia Roy, él lo supo.

—Si alguien sabe quién eres, tendrás problemas.

—Es asunto mío.

—Ahora es mío también. —La réplica fue tajante.

Se acercó hasta quedar de nuevo sentado en el borde de la cama. Dirigió la mano hacia el mentón de Laimie y le levantó el rostro para mirarla. Sí, estaba preocupado por lo que pudiera pasarle.

—No te pedí que te metieras en este asunto.

—Pero tu caballo te trajo aquí y yo te curé y te di cobijo —le susurró cerca del rostro. El aliento de él fue como una ráfaga de brisa suave y cálida. Entornó la mirada para centrarse en el desayuno, pero si él seguía tan cerca iba a ser complicado.

—Aun así, insisto en que no tienes por qué arriesgar tu reputación por mí. Puedo irme con Archibald y...

—Tu hermano está de acuerdo conmigo en que debes quedarte aquí.

—¿Cuándo has hablado con él? —Dejó los cubiertos sobre el plato con un golpe enérgico y abrió los ojos al máximo.

—Vino anoche; estaba desesperado porque no sabía dónde estabas.

—¿Anoche? —repitió Laimie tratando de recordar algo.

—Estabas dormida cuando él subió a verte. Él me lo contó todo.

Laimie clavó la mirada en Roy y se inquietó. ¿Todo? ¿Eso incluía el motivo por el que se había comprometido en la loca aventura de ser *La*

sombra de Escocia? ¿O sus sentimientos por él? A ella la incomodó la posibilidad de que él supiera que aún sentía algo por él. Algo que no se había disipado como las brumas matinales en las tierras de Atholl, allá en las Highlands.

—¿Por qué aceptaste el rol de espía?

Laimie sentía cómo, poco a poco, los ojos se le empañaban de emoción. Si él seguía mirándola de aquella manera, sucumbiría ante él y no era eso lo que quería. No quería revelar sus sentimientos, no todavía. Si embargo, las emociones la traicionaron cuando recordó las largas miradas apasionadas con las que él solía sorprenderla. Aquella mirada que le decía lo mucho que le importaba, lo mucho que la echaba de menos y lo mucho que la amaba.

Laimie no pudo soportar más. Bajó los ojos hacia las manos. Se rindió.

—Tenía que luchar por mi rey y por mi país —le susurró para tratar de convencerse a sí misma de que ese era el verdadero motivo.

—Pero la guerra se perdió —le recordó Roy.

—Sí, se perdió —asintió con voz queda.

—¿Y por qué seguiste con tu particular cruzada?

—Porque no soy como tú —le espetó.

—Sigues con las mismas ideas de entonces.

—Se levantó de la cama y le dio la espalda. Ella lo miró por el rabillo del ojo—. ¿Nunca perdonarás que mi familia haya sido durante generaciones leal a Inglaterra?

—Creo que ahora mismo tienes un problema.

—Laimie buscó cambiar el rumbo de la conversación.

—¿Solo uno?

Lo miró sin entender.

—Me estoy refiriendo a que has dado cobijo a una rebelde.

—Yo no veo a ningún rebelde en esta habitación —dijo con naturalidad—. ¿Y tú?

La muchacha puso los ojos en blanco fingiendo que se burlaba de él, pero en su interior le había agradado su comentario. Le había agradado que no la considerara como tal.

—Tú no eres una rebelde: eres una dama escocesa de visita en Londres para... —Roy

calculó las palabras— ¿buscar un marido?

Laimie acusó recibo del golpe, aunque secretamente había anhelado que él no se acordara de aquella conversación, o que, si la recordaba, no se la hubiese tomado en serio. La verdad era que estaba en Londres para recabar información sobre los movimientos de las tropas inglesas.

—Te mentí —le dijo sin poder mirarlo a los ojos.

A pesar de que Roy sabía que no estaba allí en busca de marido porque Archibald se lo había revelado, la miró con fingida sorpresa. Laimie relajó los hombros y se llevó una mano a la frente para ocultar los ojos. Roy no estaba dispuesto a cejar en su empeño por escucharla decir de sus propios labios que no era verdad que había viajado hasta Londres para casarse. Retiró la bandeja del desayuno y se sentó otra vez sobre la cama; luego tomó la mano con la que la muchacha ocultaba sus ojos y la sostuvo entre las suyas. La acarició en forma suave con las yemas de los dedos. Ella volvió el rostro para mirarlo mientras el pulso se le aceleraba al sentir que él había

conseguido despertar de nuevo sus adormecidos sentimientos. ¿Cómo podía haberle mentido si lo amaba más que a ningún otro? Si no había tenido intención de casarse con otro hombre, era porque seguía enamorada de él. Del hombre que ahora estaba allí, sentado junto a ella mientras la miraba con cariño y la acariciaba con ternura.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó. La voz ronca de él se deslizó por la mente de ella.

—No podía decirte que estaba en Londres trabajando como espía para la causa.

Roy sintió una ligera decepción en su interior al escucharla decir aquello, pero por el momento le bastaba con saber que no iba a casarse ni andaba buscando pretendiente. Ello le dejaba margen para intentar llegar a su corazón. Sí, quería hacerlo. Demostrarle que la quería, que la necesitaba, que para él ella era su mundo más allá de las rivalidades políticas entre dos países.

Laimie supo que había vuelto a mentirle. El corazón pareció ser consciente de esa mentira y frenó los agitados latidos como si también hubiera sufrido un desengaño. Ella no pudo tampoco en ese

momento decirle la verdad, pero... ¿llegaría el día en que lo hiciera? ¿Encontraría el valor que le había faltado en la fiesta de los Hampton y en ese mismo instante?

—Creo que lord Chester va a llevarse una decepción —dijo de repente Roy con naturalidad.

—¿Por qué?

—Porque vas a estar algo alejada de la vida social de Londres —le respondió con una sonrisa divertida—. Y eso hará que pierda opciones de conquistarte.

—¡Muy gracioso! —protestó ella.

—No estarás pensando en salir con esa herida en el costado —le dijo señalándola—. En cuanto des un paso en falso te descubrirán. Y no queremos que nada malo te suceda, ¿verdad? —le preguntó, medio en broma, medio en serio.

—¿Y tendré que quedarme aquí mientras tú te diviertes? —le preguntó irritada.

—Solo serán unos días.

—Mejor que sea así —advirtió.

—Hasta que puedas valerte por ti misma y podamos sacarte de Londres.

—¿Sacarme de Londres? —Aquella declaración le pareció escandalosa—. ¿Y se puede saber adónde vas a llevarme?

—A Inveraray.

Al escuchar el nombre de la localidad donde el clan Campbell poseía su residencia, la sangre se le heló en las venas y el corazón casi se detuvo por completo. ¡Inveraray! ¡Aquel lugar estaba lleno de recuerdos de días pasados de dicha y felicidad! Volver allí podría significar... Laimie se quedó callada durante unos breves instantes en los que una miríada de imágenes se le agolparon en la mente y le erizaron la piel. Trató de calmarse y atacarlo con otro tema para olvidarse por el momento de Inveraray.

—¿Me vas a dejar sola en esta casa para irte con tu nueva amiga? —le espetó celosa. No había olvidado el baile en casa de los Hampton con aquella sensual muchacha que se lo comía con los ojos.

Roy la miró de hito en hito sin saber cómo reaccionar. Se había quedado clavado en el suelo y quería seguir estándolo para seguir disfrutando

del espectáculo de ver a aquella mujer mostrarse celosa por Abigail. Aquello sí que era una noticia sorprendente y estupenda, por otra parte. Sonrió como un cínico mientras la miraba y provocaba en sus mejillas un momentáneo sofoco.

La muchacha se dio cuenta de lo reveladoras que habían sido sus palabras y quiso que la tierra se la tragara allí mismo. ¡Y a sus aparentes celos! Debía actuar de inmediato. Respiró hondo y continuó tratando de justificar su actuación.

—Bueno, quería decir que... —balbuceó mientras desviaba su mirada hacia la ventana.

Roy sonrió encantado. Se acercó una vez más hasta ella.

—No hace falta que te expliques. Ha quedado todo muy claro —le susurró y le provocó otro remolino de sentimientos.

—No creas que... No malinterpretes mis palabras —le dijo en un intento por tratar de hacerle ver que no le importaba. Pero era demasiado tarde.

Los rostros estaban separados por escasos centímetros. Se quedó sorprendida al comprobar

que sus bocas estaban casi rozándose. Sintió que el pecho se le agitaba bajo la sábana y notó cómo el sudor comenzaba a perlarle la frente y las palmas de las manos. Con lentitud, Roy comenzó a dejar que los dedos ascendieran por el brazo desnudo de ella y dejaran huellas sobre su nivea piel. La sintió suave bajo el tacto. Percibió cómo se erizaba en forma paulatina a medida que ascendía tratando de coronar el hombro. No se conformó con pasar un solo dedo por él, sino que trazó una curva en dirección al cuello. Los dedos le recorrían ahora el contorno del cuello y ascendían hacia el rostro, lo que provocó que la muchacha anhelara esas caricias.

Laimie cerró los ojos y se abandonó a aquella sensación tan placentera. Los dedos de Roy ascendieron hacia una mejilla para luego dirigirse hacia la nariz donde trazó el perfil. Se centró en la fina lluvia de pecas que la coronaba así como en las que se esparcían por ambas mejillas. Laimie abrió inconscientemente los ojos y buscó la mirada de él; necesitaba cerciorarse de que también él sentía el deseo y el anhelo que provocaba el

tiempo que habían estado separados. No podía controlar al ahora enloquecido corazón que le retumbaba en el interior del pecho. Estaba segura de que Roy podría escucharlo. Él descendió hacia los labios para recorrerlos. Ella se los humedeció sin intención de provocarlo. ¿Lo estaba tentando a que se inclinara sobre ellos y los cubriera? Roy se detuvo en ellos durante varios segundos. Sintió enormes deseos de probar su sabor, de sentir su textura, de comprobar que aún seguían embriagándolo como años atrás. Como cuando ella lo amaba con todo su corazón, y le entregó el alma y su más preciado don. Reunió todas sus fuerzas. Contrariamente a su deseo, no la besó, pero le susurró palabras que se grabaron a fuego en el interior de ella.

—Solo existe una mujer para mí. Y lo será hasta el último día de mi vida.

Laimie abrió los ojos. Los dejó fijos en Roy mientras le tomaba el rostro para evitar que apartara la mirada de él. Ella no podía hablar. Su orgullo no le permitía bajar la guardia y decirle la verdad. El silencio extendió sus alas sobre ellos

para acallar la voz de sus corazones.

—Pasaré a verte luego —le dijo y se apartó de ella con cariño—. Le diré a Maggie que te prepare un baño y ropa limpia. Tendrás una doncella a tu disposición para que te ayude.

Laimie lo vio alejarse mientras en su interior sentía que había perdido la oportunidad de aclarar las cosas y de confesarle sus sentimientos. Sintió varias punzadas en el costado. Se enfureció consigo misma por encontrarse en esa situación, pero se enfureció aún más al pensar que estaba en manos de él. Del hombre a quien una vez había rechazado por pertenecer a un clan contrario a los ideales de ella. Pero ¿por qué para él era tan fácil no pensar en el pasado? ¿Por qué no era capaz de guardarle rencor y odio? Entonces ella misma se respondió esas preguntas.

—Porque me ama. Porque, pese a todo, me sigue amando. Hasta el punto de arriesgar su reputación y su propia vida por salvarme.

Capítulo 9

Días después Roy se encontraba reunido con Alastair en la biblioteca para decidir, entre otras cosas, cómo harían para sacar a Laimie de Londres.

—¿Crees que es lo más conveniente? —le preguntó el pelirrojo a Roy mientras lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Por qué lo preguntas? —El tono de asombro resultó evidente.

—Porque quizá sería mejor que continuara con su vida normal aquí en Londres. De ese modo la gente no sospecharía nada.

—Pero nuestro traidor estaría más cerca de ella. Podría intentar matarla —le respondió.

—Aún no sabemos quién puede ser. Solo ella lo conoce. ¿No te lo ha dicho? —quiso saber Alastair.

—Parece mentira que no conozcas a Laimie —le dijo entre risas—. ¿Olvidas lo testaruda que

puede llegar a ser?

Alastair chasqueó la lengua reconociendo que Roy tenía razón.

—¿Y crees que en Inveraray se estará quieta?
—Ahora era Alastair quien sonreía burlón al imaginarse la lucha que tendrían a diario ambos.

—Imagina la cara que puso cuando se lo comenté.

—Puedo imaginármelo. ¿Cuánto tiempo pretendes retenerla allí?

Roy no respondió de inmediato, ya que no se lo había planteado. Le gustaría que se quedara toda la vida como en un principio habían planeado, pero en ese momento... no estaba tan seguro.

—Supongo que el tiempo necesario para que todo el tema de *La sombra de Escocia* se le olvide a ella y los ánimos se tranquilicen aquí en Londres.

—¿Cómo demonios se ha podido meter en algo así? —le preguntó mirando a Roy con el ceño fruncido.

—Locuras —respondió.

—Volviendo a tu plan, ¿no crees que su prolongada ausencia de la ciudad será un tema de conversación en las fiestas? Te lo pregunto porque su presencia ha sido una gran atracción en los últimos tiempos.

—Soy consciente de ello y creo que tendremos que asumir los riesgos que su ausencia puede causar, amigo. Pero no permitiré que corra peligro —le aseguró.

—¿Estás seguro de que solo lo haces para protegerla? No lo estarás haciendo porque aún crees que puedes recuperarla, ¿verdad? —le dijo Alastair mientras entrecerraba los ojos y escrutaba los gestos del rostro de su jefe.

—¿Y si fuera así? —le respondió Roy con una pregunta enigmática que provocó una media sonrisa en Alastair.

—He oído decir que ese tal lord Chester tal vez esté interesado en ella.

Roy lanzó una mirada cargada de rabia a Alastair, que al momento captó la indirecta. Luego se relajó y hasta esbozó una sonrisa.

—Si lord Chester supiera quién es en

realidad ella, se le quitarían las ganas de cortejarla —le confesó entre risas.

—Hablando de cortejar, tu hermano me comentó ayer que se te vio muy bien acompañado la otra noche en casa de lord y lady Hampton —le comentó de pasada mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

Roy sonrió.

—¿Quieres saber quién es ella? —le preguntó—. Pues no te lo voy a decir.

—Oh, vamos, Roy —se lamentó Alastair creyendo que el momento de diversión se había evaporado.

—No puedo decírtelo, por el simple hecho de que desconozco su verdadera identidad.

—¿Qué significa que no conoces su identidad? ¿Tú? ¿El duque de Argyll no es capaz de averiguar la identidad de una muchacha? —le preguntó divertido.

—La señorita Abigail es una caja de sorpresas —comenzó diciendo mientras captaba la atención de su amigo—. Embarcó en el mismo navío que yo en el Nuevo Mundo. Después de que

intentara seducirme, me enteré por medio de su dama de compañía de que estaba prometida —dijo con énfasis en la última palabra.

—¿Comprometida para casarse? —exclamó Alastair asombrado.

—Como te lo cuento. Pero lo más extraño es que su prometido, ese tal lord Huxley, es un misterioso personaje a quien nadie conoce y que no aparece por ninguna parte.

—¿Crees que lo ha inventado?

—Es posible, pero ¿por qué motivo? —Tal vez Alastair tuviera alguna idea.

—Si quieres, puedo ver qué averiguo.

—No estaría de más, puesto que mi hermano no ha logrado dar con una sola persona en Londres que conozca al misterioso lord Huxley.

—En ese caso, ¿qué hace ella en Londres? ¿Y asistiendo a bailes y fiestas? ¿Y por qué demonios intenta seducirte?

—No tengo la más remota idea, amigo. Aunque pienso averiguar qué esconde. Tenlo por seguro.

En ese momento, un golpecito sobre la puerta

se dejó escuchar. Ambos, Roy y Alastair, volvieron las miradas y vieron que se abría; observaron que el ayuda de cámara de Roy entraba.

—¿Qué sucede?

—La señorita Murray quiere verlo, señor.

Un sentimiento de sorpresa invadió a Roy; estaba algo desconcertado por aquella repentina urgencia por parte de Laimie para verlo. ¿Habría decidido contarle toda la verdad? Tal vez el hecho de que durante los últimos días apenas le hubiera prestado atención para que recapacitara había dado sus frutos. Que la muchacha quisiera verlo era lo que más deseaba en el mundo pese a que, desde el momento en que había llegado a su casa, la había esquivado continuamente. Por su parte, ella no había hecho nada por acercarse a él, sino todo lo contrario. De manera que Roy aceptó gustoso la solicitud.

—Está bien. Hágala pasar.

Roy permaneció expectante por ver la imagen de Laimie después de restablecerse casi del todo. Cruzó los brazos sobre el pecho para tratar de

lucir serio, mientras sus ojos se centraban en la silueta de la mujer que franqueaba la puerta e ingresaba a la biblioteca. No encontró palabras que pudieran describir con exactitud la sensación que la aparición de Laimie le provocó. Llevaba puesta una camisa de hilo fino de color blanco sobre la que vestía un chaleco que realzaba con exquisita sensualidad su delicada figura. Las mangas de la camisa caían libres y sueltas sobre el puño. Con cada paso que Laimie daba, la falda emitía un ligero sonido. Roy se quedó paralizado mientras la veía avanzar; los cabellos, sueltos y brillantes, le flotaban sobre los hombros y le regalaban un sinfín de caricias. Los ojos irradiaban una magia a la que ningún mortal podía resistirse. Nadie podría creer que aquella criatura acababa de salir de una delicada situación de salud. Pero así era ella: fuerte, orgullosa como el espíritu de sus antepasados, digna descendiente de las Highlands y del clan Murray. Sonreía de manera maliciosa, pues se sabía el centro de atención de aquellos dos hombres que la contemplaban como si de una diosa se tratara.

—¿Qué les pasa? ¿Nunca han visto a una mujer? —les preguntó mientras entrecerraba los ojos tratando de adivinar lo que estaban pensando de ella. Avanzó con paso firme sobre la alfombra sin recordar la herida en el costado de su cuerpo hasta que le dio varias punzadas. Sin embargo, Laimie apretó los dientes para que sus dos admiradores no notaran el dolor. Los cabellos se le arremolinaban en torno al dulce rostro de encendidas mejillas. De repente se encontró mirando a Roy con complicidad como si buscara su aprobación. No le cabía la menor duda de que la tenía, a juzgar por las miradas cargadas de deseo.

—Estás... radiante —concluyó después de recuperarse de la impresión a la que se había visto sometido.

—Se te ve recuperada —señaló Alastair con una sonrisa.

—Gracias —le dijo inclinándose ante él de la misma manera que lo hubiese hecho ante el mismísimo rey, para tratar de persuadirlos de que estaba recuperada del todo a pesar de los

insistentes dolores que en ese mismo momento la aquejaban.

Alastair contempló cómo Roy no era capaz de decir nada más y pensó que tal vez fuera mejor dejarlos a solas. Por este motivo, decidió volver a sus menesteres.

—Los dejaré solos para que puedan hablar —les dijo a ambos inclinando la cabeza en señal de respeto.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, Roy aún continuaba en la misma posición que cuando Laimie había aparecido. No creía que pudiera articular una sola palabra más y, mucho menos, moverse. Sentía los músculos agarrotados y el nudo que ahora se formaba en la garganta tampoco era un buen presagio. Estaba nervioso, sin saber cómo comportarse. Aquella situación lo tenía atenazado, pese a que conocía a la perfección a la mujer que lo miraba de manera divertida jugueteando con uno de los rizos mientras caminaba por la habitación.

—¿No tienes nada más que decir? —le preguntó mientras lo miraba de forma directa

flirteando sin reservas con él. Laimie sabía que Roy la seguía amando pese a todo lo sucedido entre ellos dos y por eso intentaba provocarlo.

Caminaba en su dirección mientras sentía que, con cada paso que daba, la mirada de él no se despegaba de ella y seguía cada uno de sus movimientos, y la acariciaba de manera tierna y suave; llena de deseo. A duras penas lograba contener el ímpetu que sentía por acercarse hasta ella, rodearla con los brazos y robarle un beso. Pero no estaba seguro de que eso fuera lo que Laimie deseaba y no quería correr ningún riesgo. Quería recuperar su cariño, quería que volviera a estremecerse entre sus brazos, que lo besara y lo acariciara con el deseo de días pasados, que le dijera que lo amaba sin condición alguna.

—La verdad es que no me sorprende en lo más mínimo —le respondió con fingida indiferencia mientras volvía a sus asuntos.

—¿Ah, no? —le preguntó Laimie algo enojada por la indiferencia y porque se hubiera vuelto hacia los papeles que tenía esparcidos sobre el escritorio. Los últimos días él la había

esquivado y ello había encendido sus celos. ¿Acaso habría ido a ver a su nueva conquista? No había olvidado el baile que había compartido Roy con aquella linda muchacha en casa de los Hampton. Todavía recordaba cómo la otra mañana había acariciado su piel como solo él sabía hacerlo provocando un reguero de fuego que se le había extendido por todo el cuerpo. Había esperado y deseado que la besara allí mismo en aquel preciso instante. Que la hubiera recostado sobre las almohadas y la hubiera amado sin tregua, sin rendición. Pero, en cambio, él se había apartado y la había dejado sola en la cama deseando que volviera a buscarla. Para su sorpresa e indignación, Roy no regresó en todo el día. ¿Era esa la manera de pagarle el desprecio y la humillación que le había hecho pasar cuando decidió romper el compromiso? Si así era, tal vez lo tuviera merecido, aunque no entendía por qué motivo le había salvado la vida para mortificarla después.

—No me sorprende, por la sencilla razón de que salta a la vista que eres hermosa —le dijo

levantando por un breve instante la mirada del documento.

—Oh, muy amable de tu parte —le dijo agradeciendo el cumplido de Roy, pero aún enfurecida por su frialdad—. ¿Piensas retenerme mucho tiempo entre estas cuatro paredes? —le preguntó mientras paseaba la mirada por la biblioteca.

Roy volvió a levantar la mirada de los papeles. Laimie lo miraba con impaciencia, con las manos sobre las caderas y la respiración agitándole el pecho. Estaba preciosa con aquel semblante, pensó Roy mientras la visión causaba estragos en la determinación de no tocarla.

—No eres mi prisionera —le dijo con voz fría.

—Entonces puedo marcharme —No esperó la respuesta de él y replicó como si en realidad no lo estuviera diciendo en serio.

—¿De verdad lo deseas? —le preguntó Roy ahora con el semblante más serio. Sabía que mientras estuviera con él ella estaría a salvo, pero, si se iba, no sería fácil volverla a encontrar. Pero,

sobre todo, no sería sencillo volver a empezar. Tal vez el destino quisiera otorgarle una segunda oportunidad; si así era, él estaba dispuesto a aprovecharla y no estropearla.

—Desearía regresar a mi vida —le respondió con orgullo en la voz.

—Te entiendo —murmuró mientras bajaba la mirada hacia la mesa sintiendo que volvía a alejarse de él—. Pero me gustaría que supieras que no estás en condiciones de...

—Vamos, Roy —lo interrumpió mientras avanzaba hacia él—, no me vengas a sermonear otra vez con lo mismo.

—No es ningún sermón —le dijo. Emplearía el argumento de su situación y su condición como *La sombra de Escocia* para retenerla junto a él—. Sabes a la perfección que ahí fuera hay una persona dispuesta a traicionarte por segunda o tercera vez. Hasta que te entregue a los ingleses —exclamó arrojando los papeles sobre la mesa.

Roy no estaba dispuesto a dejarla marchar sin luchar para que se quedara.

—El traidor no puede identificarme con *La*

sombra de Escocia —trató de explicarle mientras se apoyaba con ambas manos en la mesa y se encaraba con él.

Sus miradas se cruzaron como los aceros fríos y cortantes de dos *claymores*. Roy seguía mirándola sin apartar ni un ápice los ojos de los de ella empapándose en su color y en su brillo. Se vio reflejado en ellos después de tanto tiempo separados y una sensación de alivio lo invadió.

Por su parte, Laimie seguía con el ceño fruncido sin bajar la guardia como buena escocesa y sobrina de lord George Murray, el lugarteniente de Carlos Estuardo, el joven pretendiente. Haría gala al honor de su clan y nunca se rebajaría ante Roy, un escocés que se había pasado al otro bando.

—¿Piensas quedarte así todo el día? —le preguntó Roy.

—¿Cómo? —le preguntó sorprendida, pero sin darse por vencida.

—Mirándome como lo estás haciendo.

Laimie sintió que las piernas le flaqueaban. Achacó ese síntoma a la debilidad que le producía

la herida en el costado y no al hecho de que estuviera frente a Roy Campbell, el hombre con quien se había prometido para casarse, el hombre que mejor la conocía. Los latidos del corazón se le habían acelerado de tal manera por la presencia tan cercana de él que no creía que fuera capaz de refrenarlo. Una disparatada idea se deslizó de manera sutil en su cabeza. Deseaba que la abrazara y la besara como solo él podía hacerlo. Con fervor, con pasión, entregándole el alma como en el pasado. Se humedeció los labios presa de la agitación que la sobrecogía mientras percibía que Roy se acercaba más y más hacia ella, que los rostros tan solo estaban separados por escasos centímetros, que podía sentir la respiración y el deseo de besarla en su mirada. En un acto impredecible, ella correspondió a ese acercamiento hasta que los labios se rozaron con timidez. Laimie cerró los ojos como si no quisiera ser testigo de lo que estaba pasando. De esa manera no se culparía de lo que sucediera. Roy le acarició la mejilla de manera lenta y parsimoniosa mientras sus labios buscaban los de Laimie con

inusitada avidez. Pero en el último momento, ella inclinó el rostro un poco más para dejar que su frente se apoyara en la de Roy. Él comprendió que la muralla que ella había levantado en torno al corazón era férrea y no parecía estar dispuesta a que él la franqueara. Comenzó a mover la cabeza hacia un lado y hacia el otro mientras sus cabellos se agitaban. De súbito sintió enormes deseos de llorar, por ese motivo cerró los ojos con fuerza y, en un gesto raudo, se apartó de Roy para salir corriendo hacia la puerta. Él la vio desaparecer mientras golpeaba con el puño la mesa en la que el tintero y la pluma oscilaron amenazando con caer sobre el suelo. Luego se pasó la mano por los cabellos al tiempo que apretaba los dientes de manera enfurecida.

—¡Tú y tu maldito orgullo! —se escuchó decir mientras se dejaba caer sobre el respaldo de la silla.

Su mirada permaneció ausente durante un largo tiempo, no podía dejar de pensar en la manera de llegarle al corazón. ¿Cómo haría para recuperarla? ¿Es que nunca iba a poder perdonarle

que eligiera el bando opuesto al de ella? ¿Es que estaba dispuesta a sacrificar su propia felicidad por unas absurdas y románticas ideas? ¿Por qué lo odiaba tanto?

* * *

Laimie se dirigió a la habitación con un fuerte y agudo dolor en su interior que nada tenía que ver con el que le producía la herida. Abrió la puerta y la cerró detrás de ella mientras se arrojaba sobre la cama dejando que las lágrimas cayeran sobre la colcha de brocado.

—Soy una estúpida —se dijo—, una estúpida por comportarme así.

Golpeó con los puños la cama en repetidas ocasiones mientras en su interior luchaba por encontrar la manera de conducir la situación, pero no la encontró. Roy la deseaba y la estaba protegiendo aún a costa de arriesgar su título y su vida, aún a riesgo de ser tachado de traidor a la Corona. Ella no podía desprenderse de su orgullo, no era capaz de olvidar el pasado y volver a

rememorar días felices en compañía del único hombre al que había amado, al que se había entregado, al que aún seguía amando. Sí, porque no había sido capaz de arrancárselo de su corazón pese a que lo había intentado en innumerables ocasiones. Se había propuesto encontrar un marido en Londres, pero siempre encontraba alguna excusa o algún defecto en sus pretendientes que la hacían reconsiderar la idea del matrimonio. Fue su hermano quien se lo dijo de manera directa: “Siempre pones alguna traba porque en el fondo no quieres casarte. ¿Y sabes por qué? Porque sigues amando a Roy Campbell”. Aquel día ella se rió en la cara de sus palabras y le dijo que Roy pertenecía al pasado, que él había traicionado a su país y que, por lo que a ella se refería, estaba muerto. Pero solo habían sido palabras y no hechos. Palabras sin sentido que no habían convencido ni a Archibald ni a ella misma. Sabía que debía vencer el orgullo y los prejuicios si quería ser feliz. Que debía enterrar el pasado de una vez por todas y empezar una nueva vida con él.

A media tarde, Roy recibió la visita de su hermano que entró en el despacho como un auténtico ciclón. Al verlo tan agitado, levantó la mirada de los papeles que tenía entre las manos.

—Me he encontrado a Archibald justo cuando venía a verte por otro asunto, así que empezaré por el final. ¿Es verdad que ella está aquí? —le preguntó a bocajarro mientras apoyaba las manos sobre la mesa y miraba con fijeza a su hermano.

Levantó despacio la mirada hasta encontrarse con la de su hermano.

—No tengo ni idea de a quién te estás refiriendo con “ella”.

—No te andes por las ramas conmigo, Roy. Dime, ¿Laimie se encuentra aquí?

Dejó caer el papel que tenía en la mano sobre la mesa mientras no apartaba la mirada de Jeff, que parecía bastante enojado.

—Es cierto. No tengo por qué negarlo —dijo finalmente con naturalidad.

—¿Puede eso tener algo que ver con que lord

Hurlington se haya presentado a primera hora de la mañana acompañado de lord Chester en mi casa?

—No veo qué relación puede haber entre...

—*La sombra de Escocia* —dejó caer Jeff como al descuido mientras escrutaba el rostro perplejo de su hermano—. A juzgar por la expresión de tu rostro, *hay* alguna relación entre la presencia de Laimie en esta casa y la visita que recibí esta mañana.

—Siempre he dicho que eres más perspicaz que yo.

—Agradezco tus halagos, pero preferiría que me dijeras qué demonios está pasando entre Laimie y tú —le dijo con tono imperativo.

—¿Qué quieres que pase entre nosotros dos? —le preguntó encogiéndose de hombros, ya cansado de jugar al gato y al ratón.

—Te repito, ¿tiene ella algo que ver con *La sombra de Escocia*?

Roy contuvo la mirada de su hermano sin pestañear. Sabía, que tanto si le mentía como si le contaba la verdad, la situación no cambiaría. O sí, en el caso de que afirmara que ella era quien

decían que era.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque lord Chester me ha informado ayer que hace algunas noches consiguieron disolver la reunión de los partidarios del Estuardo.

—¿Y qué tiene eso que ver con que Laimie sea *La sombra de Escocia*? No logro ver ninguna relación, Jeff.

—Según lord Chester, uno de sus hombres consiguió herir de bala a *La sombra de Escocia*. Poco después, siguieron el rastro del caballo en el que escapó y las huellas se pierden en las inmediaciones de tu casa —le informó mientras volvía a apoyarse en la mesa.

Roy consiguió hacer bajar el nudo que le atenazaba la garganta tras varios intentos. Sentía la mirada acusadora de su hermano sobre él y sabía que, en cierto modo, sus sospechas eran fundadas.

—Sé que harías cualquier cosa por ella porque la sigues amando. Incluso arriesgar tu propia reputación y tu vida —le dijo tras una breve pausa.

—¿Qué más te ha contado lord Chester? —le

preguntó con interés.

—Lo que has oído por mi boca. Hirieron a *La sombra de Escocia*. Después siguieron el rastro a través del bosque hasta que las huellas desaparecieron cerca de tu casa.

—¿Y si te dijera que ella no está aquí?

—Si tú me lo dices, yo te creo —le comentó con un tono de complicidad en la voz y en la sonrisa, pero cambió al momento por un rictus más serio—. Pero tal vez lord Chester no.

—Déjame a mí.

—Luego es verdad...

Roy resopló mientras se levantaba de la silla y avanzaba sobre la mullida alfombra del despacho con las manos detrás. El gesto sombrío, pensativo, reflejaba su preocupación por la suerte que pudiera correr Laimie. Jeff lo contemplaba en silencio. No quería interrumpirle los pensamientos, pero sabía que en ellos estaba Laimie. Siempre había estado en ellos durante los últimos años. Roy giró para encarar a su hermano.

—Está aquí —se limitó finalmente a decirle.

Jeff cerró los ojos por un momento mientras

posaba la mano sobre la frente y agitaba la cabeza sin querer creer en los rumores que circulaban por boca de lord Hurlington y lord Chester. Miró a Roy con los ojos entrecerrados intentando encontrar una explicación a su reacción, pero no hizo falta hurgar mucho. Él la amaba y eso era suficiente.

—¿Te das cuenta de lo que puede sucederte si descubren que das cobijo a una rebelde? —le preguntó con el semblante serio temiendo por la vida de su hermano.

—Y tú ¿te das cuenta de que no puedo abandonarla así como así? No puedo traicionarme a mí mismo, Jeff —le explicó. El tono de su voz se asemejaba a una súplica y su mirada le imploraba que le creyera—. No tenía ni tengo otra opción —le confesó relajando los hombros.

—Entiendo. Yo en tu caso con seguridad habría hecho lo mismo, pero procura tener cuidado. Si llegan a descubrir que ella...

—No lo harán —interrumpió en forma terminante Roy apoyando la mano sobre el hombro de su hermano.

—¿Qué piensas hacer?

—Sacarla de Londres cuanto antes.

—¿Dónde irás? No, espera, no me lo digas.

Es mejor que no lo sepa, de ese modo nos aseguraremos de que no se me escape en alguna conversación —le pidió alzando la mano hacia su hermano—. Entonces, ¿piensas desaparecer de Londres así como así?

—A nadie le puede extrañar que el duque de Argyll se ausente —le explicó con naturalidad.

—En eso tienes razón. Por cierto, sería bueno que esta noche estuvieras en casa de lord Lomond. Celebra la puesta de largo de su hija Annette. Estarán todos —le dijo con doble sentido—, sería una buena oportunidad para que te desmarcaras de los comentarios de lord Hurlington y lord Chester.

—Allí estaré. Es una buena idea acallar los rumores antes de que se conviertan en algo más serio. No quiero que vengan a hurgar en mi casa antes de que nos hayamos marchado.

—Sé discreto, Roy.

—Ya me conoces —le aseguró y le guiñó un ojo.

—Por cierto, ¿qué tal marcha la relación con ella?

Roy sonrió burlón. Luego suspiró recordando cómo había transcurrido la mañana y las ocasiones en las que pudo haberla besado.

—Sería correcto decir que nuestras *claymores* siguen en lo alto.

—¿Aún no ha cambiado de parecer hacia ti?
—le preguntó.

—Creo que las negociaciones de paz de esta guerra serán largas y tensas.

—Eso no importa si al final logran firmarla.

Roy miró a su hermano mientras asentía con la cabeza y apretaba los labios.

—Laimie es una negociante muy dura, te lo aseguro. No está dispuesta a ceder ni un ápice en sus sentimientos.

Jeff entrecerró los ojos mientras escrutaba el semblante de su hermano.

—Tal vez sea así, pero apostarí a que tú lograrás que, por fin, ceda a tus pretensiones. Te veré en casa de lord y lady Lomond —le recordó mientras se despedía de él.

Roy acompañó a su hermano hasta la puerta mientras memoraba todas y cada una de las palabras acerca de Laimie y de *La sombra de Escocia*. Al llegar a la puerta, Jeff volvió a mirar a su hermano con seriedad.

—Es mejor que te apresures a sacarla de Inglaterra.

—No te preocupes. Así lo haré.

Vio a su hermano subir al carruaje que lo estaba esperando afuera. Hasta que no se alejó, no regresó al interior de la casa. Se quedó pensativo durante unos instantes al pie de la escalera. Levantó la mirada hacia el piso superior mientras sus pensamientos se centraban única y exclusivamente en la mujer que se encontraba alojada en una de las habitaciones. Resolvió entonces subir. Sería bueno que le comunicara la situación en la que se encontraban. Dentro de dos días a lo sumo deberían alejarse de Londres, antes de que pudieran relacionarla con él.

Se detuvo delante de la puerta de la habitación de Laimie y, tras reunir coraje, dio varios golpecitos suaves. A continuación presionó

en el manillar y empujó para ingresar en el interior. Laimie estaba asomada a la ventana. Los cabellos resplandecientes le brillaban cuando la luz que se filtraba por la abertura los iluminaban. Ni siquiera se volvió hacia él, como si supiera quién era la persona que había entrado. Laimie miraba por la ventana hacia el jardín que se extendía delante de la casa. Notó que la respiración se le aceleraba cuando escuchó los pasos de Roy sobre el parqué. Cerró los ojos para intentar encontrar el aplomo necesario para enfrentarse una vez más a él. ¿Por qué cada vez que estaba a su lado se sentía tan débil, tan pequeña y tan vulnerable? Le seguía sucediendo eso, a pesar de que había conseguido salir indemne de sus dos acometidas. ¿Habría una tercera oportunidad? No, probablemente no la habría. Conocía a Roy a la perfección. Sabía cómo pensaba y cómo actuaba en situaciones como esa. Se había alejado de su lado y se había marchado al Nuevo Mundo cuando ella rompió el compromiso que los unía. Así era él. Muchos pensaron que era un cobarde por no quedarse y obligarla a casarse

con él. No era un cobarde, sino todo lo contrario. A sus ojos había sido muy valiente al afrontar su vida alejado de ella, al empezar de nuevo en otro lugar.

Roy se detuvo de repente; permaneció en mitad de la habitación sin atreverse a continuar hasta llegar a su lado. Miraba fijamente a Laimie mientras esperaba que ella se volviera. Aguardó con paciencia, pero, al ver que ella no hacía intento por hablar con él, se le acercó.

—Solo he subido para decirte que... —Roy se detuvo, pues, se le hacía harto difícil hablarle a una espalda. De manera que caminó hasta situarse junto a ella. Laimie seguía con la mirada fija en el jardín y ni siquiera se inmutó cuando lo sintió tan cerca. Él recorrió con la vista el perfil de la muchacha, descendió por el cuello, le acarició imaginariamente la piel. Notó la incomodidad de ella; la piel se le erizó; imaginó que no le era indiferente el modo en el que la estaba contemplando.

Laimie trató de reunir fuerzas para hacerle frente, pero por más que lo intentó no las encontró.

De nuevo escuchó la voz de Roy como una música suave que le acariciaba los oídos y se deslizaba por su mente.

—Quería decirte que me gustaría que estuvieras lista para partir dentro de dos días. Dejaremos Londres para emprender el viaje hasta Inveraray.

Roy dejó que las palabras flotaran en el aire y que se posaran sobre ella.

—¿Y si te dijera que no quiero irme contigo? —Ni siquiera lo miró; continuó contemplando el jardín a través del cristal, que se empañaba con cada respiración.

Él la miró confundido; no esperaba que ella quisiera quedarse y arriesgarse a ser reconocida. Por ello decidió contarle lo que su hermano le había relatado.

—No sería aconsejable: han conseguido dar con tu paradero.

Laimie se sobresaltó. Esta vez, sí miró fijo a Roy. Lucía muy preocupada.

—Entonces te pido que me dejes sola; no querría que tú tuvieras complicaciones inútiles.

—Aunque no lo creas, no son inútiles cuando se trata de ti.

—¿Crees que obligándome a abandonar Londres vas a conseguir ponerme a salvo?

Roy notó en los ojos de la joven las huellas que el llanto había dejado; una vez más se veían vidriosos. La sintió temblar como una hoja de papel. Sintió la respiración acelerársele y cómo los latidos del corazón se volvían más y más contundentes en el silencio de la habitación. Una lágrima furtiva abandonó su cautiverio forzoso para descender libre por la mejilla, pero él se apresuró a detener su avance.

—¿Por qué, Roy? ¿Por qué te comportas conmigo de esta manera después de lo sucedido entre nosotros? ¿Por qué quieres arriesgar tu reputación y tu vida por protegerme? —le preguntó en un susurro implorante.

Él la contempló vacilante durante unos momentos. Sonrió tristemente ante esas preguntas para las que había una sola respuesta que ella insistía en no querer escuchar. Se acercó un poco más y la rodeó con los brazos.

—Tal vez porque después de todo te siga amando y sea tan necio como para no darme cuenta de que al final volverás a alejarte de mi lado.

Una vez más, esperó su reacción. Laimie inclinó la cabeza incapaz de mirarlo a la cara y se sintió culpable por todo lo que estaba sucediendo. Las manos de Roy la soltaron y, al momento, el calor que el contacto le había traído dejó paso a un frío que se adueñó de todo su cuerpo, a una amarga sensación de vacío. Vio que él se alejaba.

—Insisto en que debemos marcharnos.

—Puede ser un riesgo inútil. Nadie puede relacionarme contigo ni con *La sombra de Escocia*.

—Pues créeme que sí pueden. Al parecer, siguieron el rastro del caballo, que se perdía en las inmediaciones de mi casa —le explicó serio y pausado—. No caímos en la cuenta de que te podrían haber seguido, ni de que deberíamos haber borrado tus huellas.

Laimie se sobresaltó al escuchar el relato de él. Comenzó a frotarse las manos de forma nerviosa mientras lo miraba.

—¿Crees que pueden venir a buscarme? —La muchacha estaba preocupada.

Roy recorrió la distancia que los separaba hasta situarse de nuevo junto a ella.

—No es que lo crea, es que puede ser cierto. Por ese motivo deberíamos abandonar Londres lo antes posible. No es ningún capricho mío, Laimie —le dijo frunciendo el ceño con preocupación—. Quería avisarte que esta noche acudiré a casa de los Lomond.

—¿Para qué? —le preguntó sorprendida.

—Jeff me ha comentado que lord Hurlington y lord Chester comienzan a sospechar que *La sombra de Escocia* se esconde en mi casa, por lo que lo más inteligente es que actúe como si nada y siga participando de eventos sociales.

—De manera que vas a aparecer en la fiesta como si nada.

—Exacto. Nadie puede acusarme directamente de dar cobijo a *La sombra de Escocia*. Para cuando se propongan acercarse a mi casa, tú y yo estaremos muy lejos.

—Pero, si huyes, no haces sino confirmar sus

sospechas.

—A nadie sorprenderá que el duque de Argyll se marche a sus tierras en Escocia. Es algo de lo más habitual.

—Pero, si yo me marcho, ¿quién ocupará mi lugar? ¿Quién seguirá con lo que he empezado?

Roy la miró extrañado de que siguiera pensando en traer de vuelta al Estuardo. ¿Cómo era posible que se le estuviera pasando esa idea por la cabeza cuando corría peligro?

—¿De qué estás hablando? —le preguntó frunciendo el ceño.

—De que alguien debe ocuparse de seguir con la misión. De eso estoy hablando.

—No hay misión. Ni hay nada. —La respuesta de Roy fue terminante.

A Laimie le molestó que Roy decidiera sobre su vida.

—¿Qué me estás diciendo?

—Lo que has oído. No más Sombra de Escocia, ni más juegos de espías.

—No puedes... No entiendes que ahora es el momento —le imploró.

—Sí puedo y voy a hacerlo. *La sombra de Escocia* se ha terminado. —No estaba dispuesto a consentir que siguiera arriesgando su vida—. No pondré tu vida en juego por una idea romántica.

Aquella explicación no pareció convencerla ni tranquilizarla. Pero decidió dejar de luchar por el momento. La preocupación se le reflejó en el rostro; él seguía siendo el mismo de siempre: un traidor a su patria. Giró hacia la ventana furiosa. Al momento, sintió las manos de él sobre los hombros y el aroma de su piel que le invadía los sentidos. Los labios de Roy le rozaron los cabellos y el aliento se esparció por ellos como una fina capa de rocío. Cerró los ojos y se dejó transportar a otros días en los que habían compartido momentos románticos como ese. Recordaba cuando se apoyaba sobre su pecho y dejaba que la meciera entre los brazos mientras contemplaban las aguas del lago Carron bajo la luz de la luna. Entonces ella se sentía la mujer más dichosa que pisaba la tierra. Evocaba cómo sus caricias habían conseguido encenderla con una pasión que ella desconocía y cómo la había amado

con tanta fuerza y tanto sentimiento. Cualidades que parecían seguir estando presentes en él.

Roy sintió enormes deseos de besarla, pero al momento recordó lo sucedido entre ellos instantes antes en la biblioteca. Cerró los ojos y movió la cabeza haciéndose a la idea de que, por el momento, mantener la distancia era lo mejor. Le depositó un suave beso en los cabellos y la soltó.

Laimie pudo sentir el cariño que le profesaba con cada caricia o con ese beso inocente que acababa de regalarle.

Roy caminó de vuelta hacia la puerta.

—Si necesitas algo, házmelo saber antes de que marche a casa de lord y lady Lomond.

Ella se volvió para decirle que tuviera cuidado, pero cuando lo hizo la puerta ya se había cerrado. Se quedó mirándola fijamente mientras en su interior diferentes sensaciones y sentimientos se agolpaban en un intento por confundirla aún más. ¿Qué sentía por Roy Campbell? ¿Seguía queriéndolo después de todo el tiempo pasado? ¿No le había perdonado su actitud ante la última rebelión? Quería hacerlo, quería decirle que lo

amaba, que no quedaba rencor hacia él en su interior. Pero, cuando se ponía en su rol de duque de Argyll e imponía autoridad, ella solo pensaba en combatirlo. Estaba dispuesto a evitar que el Estuardo regresara a su hogar a toda costa. Pero ella no iba a facilitarle el camino; le demostraría que aún le quedaban recursos para llevar a cabo su plan.

Capítulo 10

Horas más tarde, Roy arribaba a la casa de lord y lady Lomond. Vestido para la ocasión con un traje de color oscuro, deambuló por el salón buscando a algún familiar, ya fuera su hermano y su mujer o Archibald. Pero quien captó su atención fue alguien a quien también tenía ganas de ver: lord Hurlington. El hombre, apenas vio entrar a Roy, levantó una mano para saludarlo e invitarlo a acercarse hasta el lugar en el que él se encontraba. Roy deseaba verlo, no solo para aclarar todos los rumores que circulaban en torno a él y a *La sombra de Escocia*, sino para indagar un poco hasta qué punto el gobierno estaba involucrado en la persecución y la captura de ella. Lord Chester y lord Burghley se encontraban junto a lord Hurlington manteniendo lo que parecía una acalorada discusión que finalizó en cuanto el primero se percató de la presencia de Roy. Lo miró con una sonrisa zorruna mientras él se

mantenía impasible.

—Buenas noches, caballeros —les dijo como saludo mientras inclinaba su cabeza hacia cada uno.

—Qué agradable sorpresa, duque —dijo lord Chester con malicia—. Usted es justamente la persona que deseaba ver esta noche. Celebro con agrado que se encuentre aquí.

—Le agradezco el entusiasmo, pero... ¿puedo saber el motivo de su alegría por mi presencia? —le preguntó mientras desviaba la mirada hacia un camarero. Le hizo una señal y, al momento, acudió para ofrecerle algo para beber. Tomó una copa de vino y, tras saborearlo, se dispuso a presentar batalla contra lord Chester. Sabía a la perfección cuál iba a ser el tema de conversación y estaba preparado para escuchar lo que tuviera que decirle.

—Hace unos días que no se lo ve por la ciudad. Dígame, ¿ha estado en casa las últimas noches?

—Sí, la verdad es que no me he encontrado con demasiado ánimo para salir en estos últimos

días. ¿Por qué lo pregunta? —le respondió con naturalidad sabiendo el fin de las indagaciones de lord Chester.

—¿No ha escuchado ni visto nada extraño?

—La verdad es que no. ¿Debería haberlo hecho? —replicó mientras lo observaba por encima del borde de la copa.

—Al parecer, hace algunas noches un personaje ingresó en su propiedad —le comentó saboreando cada una de las palabras como si ya se supiera vencedor.

—¿Podría ser más explícito?

—Oh, vamos, lo que lord Chester trata de decirle es que dieron con *La sombra de Escocia* —apuntó lord Burghley.

—¿*La sombra de Escocia*? —le preguntó haciéndose el sorprendido—. No estoy al día acerca de las informaciones en torno a ese misterioso personaje. Además, ya le dije a lord Hurlington que no era un asunto importante para mi persona, sino más bien un pasatiempo de jóvenes soñadores, rebeldes y damas casaderas —dijo entre risas mientras pasaba su mirada por los

rostros de los demás caballeros.

—Hace algunas semanas, alguien nos indicó el lugar donde podíamos encontrarla. Acudí junto a un pelotón de soldados. Cuando lo hicimos, uno de mis hombres la hirió de un disparo. —Le indicó al tiempo que señalaba a Roy un costado para mostrarle el lugar de la herida.

—¿Insinúa que yo soy *La sombra de Escocia*? —le preguntó divertido por la forma en que se había descubierto—. Puede tocar más fuerte. No estoy herido. ¿O prefiere que le muestre mi torso para que pueda cerciorarse de que no le estoy mintiendo y de que no estoy aguantando el dolor? —le preguntó mientras se hacía el ofendido—. Y ya que estamos en esto, deberían cuidar sus modales y saber en todo momento con quién están hablando.

—Disculpe a lord Chester, duque, está algo nervioso por el incidente —intervino lord Hurlington.

—Les recuerdo que soy el representante de Escocia en Inglaterra y tanto mi clan como yo hemos servido con fidelidad al rey Jorge I y

después a su hijo. No tenemos tiempo ni deseos de provocar una nueva rebelión.

—Le pido disculpas —dijo por último lord Chester fingiendo estar avergonzado por su comportamiento—. No obstante, si me permite, me gustaría intercambiar algunas noticias sobre esa Sombra de Escocia.

—Les repito que estas últimas noches he estado en casa resolviendo unos asuntos urgentes de mis tierras en Argyll. Asuntos que requieren mi más pronta presencia en Inveraray —explicó con el semblante serio mientras el ceño permanecía fruncido y la mirada era hielo.

—¿Eso significa que se marcha? —le preguntó lord Hurlington mirándolo con sorpresa.

—Así es, milord.

Los tres hombres miraron a Roy sin salir de su asombro.

—¿Da fe de que no vio ni escuchó nada esa noche? —repitió lord Burghley.

—Nada en absoluto. No oculto a *La sombra de Escocia* ni a ningún partidario de la causa de los Estuardo. Y, si lo encontrara, lo entregaría con

mucho gusto a la justicia —proclamó ostentoso sin creer una palabra de lo que estaba diciendo.

—Permítame que lo dude —le dijo lord Chester frunciendo los labios—. Usted es escocés, ¿va a decirme ahora que no ayudaría a un compatriota en apuros? Le recuerdo que está herido.

—Puede tener la seguridad de que si *La sombra de Escocia* u otro jacobita hubiera llamado a mi puerta, lo habría entregado al instante.

—Me conformaría con que lo entregase atado de pies y manos. Su opinión es muy importante para nosotros; ¿tiene alguna idea de dónde podría estar? Usted conoce la zona donde vive, ¿hay alguna cueva o camino oculto?

—Bien podría haber seguido el camino hasta unas pocas leguas más allá de mi propiedad —les dijo tratando de desviar la atención de su pista.

—Tal vez sea el caso, pero lo realmente curioso es que las huellas del caballo desaparecen justo delante de la puerta de su casa. —Lord Chester insistió sobre el asunto.

Roy apretó la copa con tanta fuerza que pensó que iba a romperla en mil pedazos. Seguía mirando a lord Chester con furia contenida y, de no ser por la oportuna aparición de Archibald, estaba convencido de que lo habría acusado de querer provocarlo. Cuando lord Chester vio al hermano de Laimie, su rostro cambió por completo. Mostró una sonrisa radiante y se olvidó de Roy y de *La sombra de Escocia* por unos momentos. Buscó de manera ávida a la joven. Al no verla junto a su hermano, se mostró algo disgustado. No pudo evitar preguntarle por ella.

—Buenas noches, señor Murray, ¿no lo acompaña su hermana?

Archibald sonrió de manera disimulada mientras lanzaba una mirada furtiva a Roy que mantenía el rictus de su rostro sereno, como si no supiera nada.

—Esta noche se encontraba algo cansada y se quejaba de fuertes dolores cabeza. Los últimos días ha estado de fiesta en fiesta y hoy ha preferido permanecer en casa descansando. Espero sepan disculparla —les informó en un tono bastante

conciliador.

—Es una verdadera lástima —murmuró lord Chester. Deseaba poder verla para distraerse y olvidarse de sus obligaciones—. ¿Sabía que la otra noche casi atrapamos a *La sombra de Escocia*? —le preguntó intentando ver qué reacción causaba aquella noticia en Archibald, otro escocés afincado en Londres.

—Vaya, es una noticia de verdad sorprendente —exclamó sin mucha convicción.

—Lord Chester te lo ha contado con el fin de ver qué reacción provocaban sus palabras en ti, querido Archibald —intervino Roy con sarcasmo.

Ambos cruzaron miradas que no presagiaban nada bueno.

—No entiendo a dónde quiere llegar, duque —lanzó lord Chester poniendo énfasis en el título nobiliario de Roy.

—Si me permite explicárselo, creo que usted tiene una fijación con los escoceses.

—Al fin y al cabo, son los más interesados en restaurar al Estuardo —le recordó entre dientes.

—En eso se equivoca —comentó.

—Oh, vaya. Entonces, ¿sería tan amable de ilustrarme? —le propuso con tanta mordacidad que captó la atención del resto de los caballeros: lord Hurlington, lord Burghley y el propio Archibald dedicaron toda su atención al diálogo entre los dos hombres.

—No todos los escoceses deseamos ver a Carlos Estuardo sentado en el trono.

—Oh, cierto, me olvidaba de que varios clanes de Escocia prefirieron apoyar a la casa de Hannover.

—No solo algunos clanes, sino también los propios ingleses. ¿Va a negarme que una amplia parte de la ciudadanía inglesa preferiría ver en el trono de Inglaterra a un Estuardo antes que a un príncipe extranjero? —le preguntó enarcando su ceja derecha inquisidoramente.

—Tal vez tenga razón —balbuceó lord Chester sin saber qué decir.

—Le recuerdo que fue el pueblo de Inglaterra el que trajo del exilio a Carlos II cuando los parlamentarios de Cromwell acabaron sus días. Por no mencionar que fue un Estuardo quien

gobernó en Inglaterra y Escocia a la muerte de la reina Elizabeth.

—Es un dechado de virtudes, duque — intervino lord Burghley—. No sabía que dominase tan bien la historia de ambos países.

—Que ostente el título de duque no significa que sea un patán que desconoce la historia de su nación y de su gente. Yo, en lugar de centrar las sospechas en los escoceses, buscaría a *La sombra de Escocia* también entre los ingleses. Tal vez se lleven una sorpresa —le dijo enfurecido mientras sentía que el rostro de su interlocutor se enrojecía por la humillación—. Y ahora, si me disculpan — terminó diciendo con un tono más pausado mientras hacía un respetuoso saludo con la cabeza.

Los hombres lo contemplaron marcharse mientras lord Chester en particular trataba de controlar sus agitados nervios. Lord Burghley no pudo más que darle la razón a Roy.

—Tal vez el duque de Argyll tenga razón después de todo y se estén obcecando con los escoceses.

Lord Chester quiso lanzarle una mirada de

advertencia a lord Burghley, pero no habría sido lo correcto: era un miembro destacado del gobierno. Decidió dejar pasar el momento y relajarse.

* * *

Roy se retiró a un lugar apartado en compañía de Archibald, que también había decidido alejarse de lord Chester y los demás. Miraba con cara de preocupación a Roy mientras él buscaba un lugar apartado. Encontraron una salita vacía en la que ambos pudieron relajarse para conversar. Roy se dirigió hacia una chimenea de mármol en cuya repisa apoyó un brazo para luego mirar a Archibald que permanecía sentado en un diván.

—Maldito lord Chester —lo escuchó mascullar entre dientes mientras cerraba su mano con furia.

—He comprendido tu jugada al hablarle de los ingleses —apuntó Archibald algo más relajado—. Pretendes distraer su atención.

Roy miró al hermano de Laimie y asintió. En ese mismo momento estaba pensando de manera

rápida y atropellada en el siguiente paso. ¡Sacarla de Londres con premura! O de lo contrario acabarían encontrándola.

—Nos iremos temprano —le informó—. No puedo permitir que pase ni un solo día más aquí en Londres. De lo contrario sus prolongadas ausencias de la sociedad podrían poner tras su pista a ese engreído de lord Chester.

—Creo que tienes razón. Es lo mejor para ella y para ti. —Roy miró a Archibald como si no comprendiera a qué se refería con aquel comentario. Al ver el gesto, el hombre se apresuró a explicarse—: me estaba refiriendo a que, si no abandonas Londres, tendrás a lord Chester persiguiéndote día y noche hasta que te acuse de ser el instigador de todo. No parece que te tenga en muy alta estima.

—No importa. Llegado el momento sabría cómo desembarazarme de él —le dijo sin darle importancia—. Apuesto a que se perdería en las tierras de Argyll.

—Lo que te preocupa realmente es mi hermana, ¿no? —le dijo como al pasar.

—Sí. Me preocupa que pretenda andar jugando a los espías y todavía hoy me diga que no está dispuesta a marcharse a Escocia.

—¿Cómo? —exclamó Archibald sobresaltado por el comentario—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que oyes. No quiere abandonar Londres —le confesó y desvió la mirada hacia la gente que entraba en la salita—. Y no solo eso, sino que pretende seguir con su cruzada para restituir el poder a los Estuardo —continuó mirándolo fijamente, molesto al recordar sus palabras.

—Debes impedirselo, Roy —le dijo alarmado mientras lo miraba con el ceño fruncido—. Un paso en falso y...

—Sí, lo sé. Por eso tengo que sacarla de Londres cuanto antes —le dijo mientras le posaba una mano sobre el hombro y lo miraba con detenimiento.

La conversación se vio interrumpida por la llegada de Jeff, que no se sorprendió al verlos juntos.

—Pasa, Jeff —lo invitó—, ¿tienes alguna

noticia?

—No, pero he visto a lord Chester algo agitado.

—Bueno... al parecer pretende atrapar a *La sombra de Escocia*.

—Eso no es nada nuevo —asintió paseando la mirada por su hermano y por Archibald.

—Sigue pensando que le oculto algo —comentó con una sonrisa.

—¿Cuándo te marchas?

—Esta misma noche. En cuanto regrese a mi casa.

—¿Tan pronto? —exclamó Jeff con sorpresa —. ¿Y ella? —le preguntó frunciendo el ceño.

—No parece muy convencida, pero llegado el caso soy capaz de amordazarla y atarla con tal de sacarla de Londres —les dijo entre risas.

—Conozco a mi hermana y sé que no se dejará hacer eso así como así —apuntó Archibald —. Deberás emplear todas tus fuerzas.

—Si con ello consigo salvarle la vida... Por cierto, ten cuidado con lord Chester. Apuesto a que mañana te hará una visita para comprobar el

estado de salud de Laimie.

—Descuida. Sabré entretenerlo.

—Dime, Jeff, ¿qué tal Helen y los niños?

—Están bien. Por cierto, antes de que se me olvide.

—¿Sí, Jeff?

—Se trata de tu misteriosa amiga.

Archibald lanzó una mirada de sorpresa a Roy cuando escuchó el apelativo “misteriosa amiga”.

—¿Has averiguado algo nuevo?

—Aparte de comentarte que a su pretendiente no lo conoce nadie, he de decirte que hoy mismo ha llegado un aviso de búsqueda y captura para dos presos que se han fugado.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —le preguntó sorprendido Roy.

—Al parecer, se han fugado de una plantación de caña de azúcar en el Nuevo Mundo y han embarcado rumbo a Inglaterra —le dijo dejando que asimilara las palabras poco a poco.

Roy miró perplejo a su hermano y su cerebro se puso a trabajar a toda velocidad. Una idea algo

absurda se le cruzó por la mente cuando logró asimilar toda la información. ¿Sería posible que la Abigail y su dama de compañía fueran esas dos prófugas de la justicia? La verdad era que ambas, Abigail y su dama, no tenían aspecto de ser unas evadidas, pero, por otra parte, tal vez fuera cierto dado los misterios que había rodeado la extraña aparición de ambas. Pero si la justicia inglesa las buscaba ¿por qué estaban ellas dos en Londres donde serían un blanco fácil?

—¿Se sabe quiénes son los prófugos? — preguntó Archibald interviniendo en la conversación.

—No estoy seguro, pero una de las fuentes refirió que se trataba de dos mujeres —le dijo con sumo cuidado.

Esa suposición hizo que Roy se sobresaltara y reafirmó sus sospechas. La hipótesis comenzó a darle vueltas en la cabeza y se dio cuenta de que las piezas podrían encajar a la perfección, aunque le costaba creer las palabras de su hermano.

—Será una coincidencia —le dijo restando importancia al asunto. Echó un vistazo al reloj que

había en la habitación—. Creo que esperaré a las nueve para marcharme. Quiero salir cuanto antes de viaje. De modo que, si no los veo antes de irme, buena suerte y tengan cuidado.

—Descuida, no tienes nada que temer —apuntó su hermano—. Nadie puede relacionarte con ella. Y menos a Laimie.

—Será mejor que vigiles tus espaldas. Recuerda a lord Chester —le advirtió Archibald—. En cuanto descubra que te has marchado y que mi hermana ha desaparecido, apuesto que es capaz de seguirlos hasta el mismísimo infierno.

Roy asintió mientras lo miraba.

—Ningún inglés sabe cómo encontrar la salida una vez que se adentra en territorio desconocido. Además, llegado el caso, la gente de Argyllshire sabrá cómo confundirlo —les explicó mientras sonreía y salía de la habitación para tropezarse con el cuerpo pequeño y frágil de una muchacha. Escuchó un grito ahogado que lo obligó a reaccionar de inmediato alargando sus brazos para que ella no se cayera al suelo. Luego la incorporó mientras una cascada de cabellos caía

ocultando el rostro. La joven estaba recuperándose del susto y se alisaba el vestido bajo la atenta mirada de Roy que estaba confundido por el tropezón y no sabía muy bien cómo reaccionar. Se limitó a preguntarle por su estado y a disculparse de manera atropellada.

—Perdone mi torpeza. ¿Se encuentra bien?

—Debería mirar por dónde camina —le espetó furiosa mientras levantaba la mirada para dejarla suspendida en Roy.

—¡Usted! —exclamó él al reconocer a Abigail.

—¡Usted! —repitió ella cuando se dio cuenta de quién era el bruto que la había atropellado de aquella manera en el pasillo.

El incidente hizo que Archibald y Jeff se asomaran y reconocieran a Abigail en brazos de Roy. Prefirieron no decir nada y se limitaron a observarlos en silencio. Las miradas de los tres se cruzaron y al momento supieron lo que debían hacer.

—Buenas noches, señorita Abigail. Perdone la torpeza de mi hermano. ¿La ha lastimado? —le

preguntó Jeff con galantería.

Ambos se miraron en silencio por unos instantes sin que ninguno de los dos fuese capaz de decir nada. Roy recordó lo que su hermano había averiguado sobre ellas y, tras escrutar el rostro de Abigail con detenimiento, no encontró ningún indicio que lo hiciera sospechar de su identidad.

“Bueno, se dice que el diablo puede adoptar infinidad de formas. ¿Por qué no la de una encantadora y recatada damisela?”

—¿De dónde salió? —le preguntó Roy frunciendo el ceño.

—¿Es esa la manera de disculparse por su atropello? —le preguntó enojada mientras las mejillas se le encendían por el rubor y los ojos le centelleaban.

—Le he pedido disculpas hace un momento. Y ahora le estoy preguntando de dónde salió —reiteró.

Abigail siguió contemplándolo como si la pregunta no fuera para ella. No quería confesarle que había estado escuchando la conversación, aunque sabía que tarde o temprano él lo sabría.

Miró a Archibald y a Jeff y, por fin, comenzó a hablar.

—Estaba... venía... iba... a... del... — balbuceó sin sentido intentando encontrar una disculpa convincente.

—¿Estaba detrás de la puerta? —le preguntó y la encaró mientras cruzaba los brazos sobre el pecho, lo que le daba un aspecto fiero e imponente.

—No, no... yo... no —se apresuró a responder de manera atropellada mientras intentaba abrirse paso por delante de él. Pero, al momento, sintió cómo la sujetaba por el brazo para impedirle avanzar siquiera un paso.

—Un momento —dijo sin bajar la mirada para fijarse en el gesto de protesta de la muchacha.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó irritada. Él la arrastró por el pasillo colgada del brazo y la metió en una habitación y cerró la puerta. Luego se volvió hacia Archibald y su hermano.

—¿Qué piensas hacer con ella? —le preguntó su hermano.

—Sacarla del medio. —Lanzó lo primero que

se le ocurrió.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó su hermano.

—Si conociera la verdadera identidad de Laimie, ¿crees que no vendería la información a cambio de reducir su condena? Lord Chester estaría encantado de escucharla.

—Tal vez sea lo mejor —señaló Archibald.

—Debes irte antes de que alguien sospeche de ella también —les sugirió antes de abrir la puerta para enfrentarse a Abigail.

Estaba con los brazos cruzados mientras contemplaba un cuadro de caza. Al escuchar que la puerta se abría, giró hecha una furia para encararse a su captor con el mentón alzado y los ojos refulgiendo.

—Si no me deja salir, gritaré y pronto vendrán por mí. —Roy la miró con una sonrisa—. Lo meteré en un compromiso. Se lo advierto —le dijo esgrimiendo un dedo delante suyo como si lo estuviese amenazando.

—¿Tal vez venga a rescatarla su querido prometido, lord Huxley? —le preguntó con

malicia.

—No, porque él está en Carlisle —se apresuró a responder mientras sentía la respiración agitada bajo el vestido.

—¿Qué me respondería si le dijera que su lord Huxley no existe, que se trata de una mera invención suya? —El contraataque de la muchacha no se hizo esperar.

—¿Y si le dijera que conozco el paradero de *La sombra de Escocia*? ¿Qué le parecería si saliera y le dijera a algunas personas influyentes que usted la oculta?

—¿De qué me está hablando? —le preguntó Roy fingiendo desconocer el tema mientras caminaba hacia ella sin apartarle la mirada.

—De lo que le escuché comentar con los otros dos caballeros.

—Ah, olvidé que tiene por costumbre escuchar las conversaciones ajenas. Déjeme decirle que ninguna de las personas influyentes, como usted las ha llamado, creará una sola de sus palabras. ¿Y sabe por qué? —le preguntó mientras esbozaba una sonrisa de triunfo—. Yo se lo diré.

Porque es una evadida de la justicia.

—Pero ¿cómo se atreve...? —Las palabras se le atropellaron mientras se incorporaba del sofá para quedarse frente a él.

—Atrévase a negarlo. Negar que usted y su dama de compañía, que dudo que lo sea pese a que representa muy bien su papel, no son en verdad las dos prófugas que busca la justicia.

Abigail intentó encontrar las palabras necesarias para responder la pregunta, pero el nudo que se le formó en la garganta no la dejó. Y, por otra parte, tampoco tenía mucho que decir ante aquella aplastante verdad. Había escuchado cómo uno de los tres hombres de la habitación le decía a Roy que dos mujeres se habían escapado del Nuevo Mundo y habían llegado a Inglaterra. Se sentó de manera delicada sobre el sofá con las manos apoyadas en el regazo y la cabeza gacha. La respiración se le había sosegado y los hombros aparecían ahora más relajados. Roy la contemplaba esperando que confesara. Sabía que aquella muchacha no era mala y que, si era cierto que se había fugado del Nuevo Mundo, estaría en

problemas.

—¿Por qué no prueba contarme la verdad, aunque solo sea por esta vez? —le sugirió con calma y se agachó delante de ella.

Abigail lo miró entre la cascada de cabellos que le ocultaba los ojos. Inspiró en forma profunda intentando recuperarse del estado al que él con sus acusaciones la había llevado. Tal vez fuera mejor contarle la verdad e incluso hasta pedirle ayuda. Al fin y al cabo, también para eso había estado cerca de él. Para granjearse su amistad y, llegado el momento, solicitar su favor.

—Solo si promete no delatarme. Y, a cambio, yo no diré lo que sé sobre usted y *La sombra de Escocia* —le propuso.

—Eso es chantaje —se apresuró a decirle.

Roy se mostró confundido en un principio, pero lo cierto era que no quería correr ningún riesgo. Si ella salía de esa habitación contando lo que había escuchado, lord Chester estaría encantado de creerle y comenzaría a registrar su casa en busca de alguna evidencia. Extendió la mano en señal de que aceptaba la propuesta. ¿Qué

otra opción tenía? Además, aquella muchacha no le caía tan mal después de todo. Podría ayudarla. Abigail bajó la mirada con recelo hacia la mano que Roy le tendía. Luego lo miró a los ojos en busca de algún indicio de traición, pero solo encontró honestidad. Por ello la estrechó con firmeza hasta que él sonrió.

—Es la segunda vez que acepta propuestas mías —le recordó con una sonrisa franca mientras rememoraba la noche en la que había logrado arrancarle una pieza de baile.

Roy se dio por vencido y prosiguió.

—Acepto; para eso tengo que saber la verdad. Respóndame: ¿son las dos evadidas del Nuevo Mundo?

—Sí.

—¿Por qué estaban presas?

—Por robar —le confesó entornando su mirada. El gesto de Roy le indicó que no estaba convencido del todo—. Lo planeamos para desplumar a un tipo rico.

—Y a cambio consiguieron que las detuvieran, las juzgaran y las obligaran a trabajos

forzados —resumió Roy. Conocía a la perfección el procedimiento.

—Veo que conoce muy bien cómo funciona la justicia —le dijo en tono burlón.

—Bueno, no hace falta ser un experto en leyes. ¿Qué más? ¿Cómo escaparon?

—De noche. El bueno de Brown ofreció un cargamento de bebida a los guardias. Los emborrachó. Brown siempre acudía por las noches a charlar y beber con ellos. Y ellos nunca se lo decían a su superior por miedo a los castigos. De manera que, mientras bebían y se emborrachaban, nosotras nos deslizamos por la empalizada y corrimos como alma que lleva el demonio a través de los campos hasta llegar al pueblo.

—¿Por qué un hombre como ese tal Brown iba a arriesgar su cuello por dos mujeres? —le preguntó intuyendo la respuesta.

—El bueno de Brown. El pobre está perdidamente enamorado de Gertrudis, es el verdadero nombre de mi dama de compañía —se apresuró a explicar—. Nos facilitó ropa y los datos del barco. Entonces urdimos la treta de que

habíamos perdido los pasajes.

—Debí suponerlo.

—Después contamos con su ayuda —dijo de una manera tímida e inocente.

—Sí, ya recuerdo. Pero ¿por qué lo de su prometido?

—Porque era la única manera de no levantar sospechas. Una joven que viaja con su dama de compañía para reunirse con su prometido en Inglaterra es una historia creíble, ¿no? —le preguntó asintiendo como si realmente ella misma se la creyera.

—Cierto. Y no levantaría sospechas sobre dos mujeres. Pero ¿por qué aparece en las fiestas? ¿Y de dónde ha sacado esos vestidos? —le preguntó Roy sin llegar a creer que aquella muchacha de apariencia delicada fuese en verdad quien decía ser.

—Los tomamos prestados —se limitó a decir.

—¿Prestados en el sentido que yo creo?

—Prometimos devolverlos, pero el barco salía a la mañana siguiente.

—¿A qué se dedican en Londres? Y no me

diga que a tomar cosas prestadas —le advirtió.

—No, no. Vivimos de los ahorros que trajimos del Nuevo Mundo.

—Debieron de ser abundantes... ¿y cuando se acaben?

Abigail permaneció en silencio mientras trataba de encontrar una réplica sensata, pero sabía que esa respuesta no existía. Aquel gesto le dio a entender a Roy que no había mucho más para hablar.

—¿Dónde está su amiga?

—Se marchó esta mañana.

—¿La ha dejado sola? —le preguntó sorprendido.

—Sí.

—¿Y no conoce a nadie en Londres?

—No.

Roy se quedó en silencio meditando las palabras de aquella muchacha. La vio indefensa, frágil para sobrevivir en la gran metrópoli. Eso si antes no la detenían. Una alocada idea le pasó por la cabeza, pero era lo menos que podía hacer por ella.

—Dígame, ¿estaría dispuesta a viajar a Escocia? —le preguntó mientras contemplaba cómo el rostro de Abigail parecía iluminarse ante aquella propuesta.

—Claro.

—Bien. Entonces vendrá conmigo —le dijo de manera resuelta mientras se incorporaba.

Abigail sintió que su pecho se henchía de emoción por aquella propuesta y que por fin sus males podrían resolverse. Solo una cosa la inquietaba.

—¿Qué sucede? —le preguntó Roy intrigado por el cambio de semblante.

—Si me marcho con usted y me descubren... estará en peligro.

—No debe preocuparse por ello. A donde vamos, los ingleses no se atreven a llegar —le dijo con un tono de seguridad que aplacó la inquietud de Abigail—. Y ahora será mejor que nos marchemos —sugirió cediéndole el paso para que saliera de la habitación.

Roy sonrió encantado con la perspectiva de viaje que le aguardaba. Laimie y Abigail. Dos

prófugas. Por suerte para él, Abigail parecía más sumisa y recatada que Laimie. Pero ¿cómo se lo tomaría cuando viera a la nueva compañera de viaje? Apostaba que, aunque no lo reconociera, sentiría una ligera punzada de celos. Aquel pensamiento divirtió a Roy.

Se despidió de nuevo de su hermano y de Archibald antes de abandonar la casa de los Lomond. No intercambió ni una sola palabra respecto de su repentina marcha por temor a que la conversación llegara a oídos ajenos. Abigail aguardó con paciencia a Roy cerca de la puerta de salida y, cuando él apareció, salieron sin levantar la más mínima sospecha. Subieron al carruaje particular de Roy y emprendieron el regreso a casa.

En el camino, Abigail se mostró muy emocionada y excitada ante la posibilidad de escapar por fin de su pasado y empezar de nuevo. Cuando se acercaron a la casa de Roy lanzó una furtiva mirada a Roy que mantenía la suya fijamente una ventana; la ventana de la habitación que ocupaba Laimie.

Capítulo 11

El carruaje se detuvo junto a la entrada principal y Roy fue el primero en descender. Luego se volvió hacia Abigail para ayudarla. La muchacha estaba fascinada por el esplendor de aquella imponente mansión. Elegante con el pórtico clásico, firmes columnas y un jardín cuidado a la perfección que se extendía a ambos lados de la residencia. Un lugar digno de un duque como era Roy Campbell.

—Venga —le indicó Roy haciendo un gesto con su mano para que lo siguiera al interior.

Estaba tan embelesada en la contemplación de la casa que estuvo a punto de tropezar con el vestido al subir el primer escalón de un tramo de tres que conducían a la puerta. Roy alargó el brazo para sujetarla antes de que ello se produjera. Luego sonrió al ver que el rostro de Abigail se había vuelto encarnado debido a su torpeza. El ruido de pasos alertó a Alastair, que al momento abrió la puerta presumiendo que se trataba de Roy.

Pero lo que no podía imaginarse era que venía acompañado y de tan hermosa joven, así se lo hizo saber con un gesto de su rostro.

—Te presento a la señorita Abigail —le dijo de manera cortés.

Abigail sonrió encantada de conocer al joven sirviente de Roy. Extendió la mano para que él la tomara en la suya y posara los labios con delicadeza.

—La señorita vendrá con nosotros a Inveraray —le informó Roy.

—Muy bien —se apresuró a responder Alastair algo aturdido por la presencia de aquella hermosa muchacha—. Será un placer —dijo volviendo el rostro hacia ella.

Ingresó a la residencia seguido de Alastair y de Abigail. Una vez dentro, Roy se volvió hacia su compañero.

—¿Laimie sigue en la habitación?

—No. —La respuesta negativa de Alastair sobresaltó a Roy—. Lleva más de una hora en tu despacho.

Roy giró sobre los talones y se dirigió hasta

donde estaba la muchacha mientras Alastair y una sorprendida Abigail lo seguían de cerca.

No se detuvo para llamar a la puerta; la abrió sin pedir permiso, pues, su impaciencia por verla fue mayor que cualquier formalidad. La vio recostada frente a la chimenea. Se arrodilló junto a ella: los cabellos se le esparcían sobre el reposabrazos como filamentos de cobre mientras la luz del fuego volvía su color más intenso. Las pestañas eran largas y temblaban con suavidad. El rostro de piel tersa y blanca era aún más pálido debido a la tenue luz que despedía el fuego. Los labios sonrosados y carnosos eran la atracción perfecta para él. La respiración era pausada, relajada, y el pecho subía y descendía bajo la fina camisa de hilo que se había puesto. Se había cubierto con una ligera manta de tartán del color del clan Campbell. Roy la contempló en aquella actitud tan reposada y tranquila. Se vio tentado de dejar que la palma de la mano le acariciara la mejilla para despertarla, pero tras unos segundos decidió dejarla descansar un poco más. Se incorporó con cuidado para no despertarla. Ajeno

estaba a que en el umbral de la puerta Abigail había contemplado la escena y se había dado cuenta del amor que Roy Campbell sentía por aquella hermosa mujer.

Roy sonrió mientras la miraba una última vez, giró y se dirigió hacia la puerta, pero una voz a su espalda lo detuvo.

—No estaba dormida —le dijo con un tono somnoliento.

Las pupilas le chispearon de emoción. Lo miró con intensidad, como si hubiera podido saber lo que él estaba pensando en esos momentos. Giró para que la cabeza le quedara apoyada por completo sobre el reposabrazos y así poder contemplarlo mejor. Roy creyó distinguir una tímida sonrisa en su rostro.

—No lo sabía.

Laimie notó la presencia de otra persona en el salón. Su mirada se clavó en la pequeña y delicada figura de Abigail, que se sobresaltó al darse cuenta de que la habían descubierto. Laimie sintió una ráfaga de celos al verla allí; sintió el pulso golpearle en las sienes con mayor

insistencia. Miró a Roy y, al momento, los ojos parecieron tornársele vidriosos. ¿Ya la había reemplazado en su corazón? ¿Era aquella linda señorita su nueva conquista? Era la misma con la que ella lo había visto bailando en la fiesta de los Hampton. La misma que parecía comérselo con los ojos y que no había dudado en coquetear con él delante de todos los allí presentes. Ella era bonita, muy bonita, se atrevió a pensar. Por un instante, sintió deseos de incorporarse y abofetearlo, de arrojar su orgullo contra él, pero lo dejó pasar y lo que hizo fue maldecirse a sí misma por ser tan estúpida una vez más. Ella era la culpable. Con su comportamiento lo había empujado a los brazos de otra mujer y ahora él no tenía ningún reparo en pasearla por delante de sus propias narices.

Roy percibió esa mirada llena de tristeza y rabia, y volvió la suya hacia la puerta donde Abigail parecía formar parte de la decoración. No movía ni un solo músculo, ni parpadeaba. Entonces Roy lo comprendió todo. Una estúpida idea cruzó su mente como un fogonazo y miró a Laimie con el cariño de siempre, pero ella lo

rechazó.

—Veo que has venido muy bien acompañado —le dijo con sarcasmo mientras se sentaba en el sofá.

—Déjame que te presente a Abigail. —Miró a la joven y le indicó con el gesto de una mano que se acercara.

La muchacha obedeció a Roy y, con paso lento y dubitativo, caminó hacia él. La mirada de odio de Laimie no le fue indiferente; era hermosa como ninguna con una cascada de cabellos rojizos sobre el rostro y los hombros, con seguridad resultaría arrebatadora y cautivante para cualquier hombre.

—Abigail, te presento a Laimie.

—¿Cómo está? —le preguntó en un tono educado.

—Estaría mejor si no me doliera el cuerpo —le respondió la otra sin siquiera mirarla a la cara.

Roy supo exactamente lo que Laimie estaba pensando y temió que hiciera una escena delante de Abigail sin saber la verdad.

—¿Puedes dejarnos a solas un momento? —

le pidió—. Busca a Alastair. Él te indicará qué hacer.

—Por supuesto —dijo con esmerada educación—. Ha sido un placer —dijo volviéndose hacia la mujer.

Ambos la vieron caminar hacia la puerta y, cuando se cerró detrás de ella, Roy se dirigió a Laimie. Sintió la furia en su mirada. La muchacha se incorporó del sofá para quedar frente a él con aire altivo y desafiante mientras en su interior se moría de celos al pensar que aquella muchacha podía llegar a ocupar su lugar y que podría disfrutar de las atenciones de Roy.

—¿Es tu nueva amante? —soltó como si no le interesara.

—¿Te importaría?

Laimie sintió que las piernas le flaqueaban y que ella toda era un manojo de nervios. Caminó por la habitación en un intento por controlarlos, aunque no era sencillo con la mirada de Roy fija sobre ella.

—Por mí puedes hacer lo que te venga en gana —le respondió intentando aparentar frialdad

mientras en su interior se consumía al pensar que en verdad lo habría perdido para siempre. La idea de que esa hermosa muchacha disfrutara de las caricias y los besos que en un tiempo le habían pertenecido, de que Roy le susurrara palabras tiernas y llenas de cariño bajo la luna que bañaba las tierras de Argyllshire le parecía algo inconcebible.

—¿En verdad no te interesa lo que yo pueda hacer? —Roy se dirigió hasta donde ella estaba.

Laimie se detuvo de pronto al sentir la proximidad de su cuerpo. Intentó esquivarlo, pero Roy la atrapó por la muñeca y la atrajo hasta que sus cuerpos estuvieron juntos. La mirada de él se volvió cálida como el sol de primavera en el lago Carron y llena de ternura mientras un brazo rodeaba a Laimie por la cintura y la mano del otro brazo le acariciaba la mejilla con dedicación. Sintió que los latidos del corazón se le habían acompasado a los de ella y que juntos latían como un solo.

Laimie sintió la sangre hervir en las venas y cómo la piel se le erizaba con la más simple de las

caricias de Roy. Intentó convencerse de que era una estúpida por rechazar al único hombre al que había amado y que aún amaba solo porque en un momento de su vida hubiera cometido un error; esa no era excusa suficiente para renunciar a la felicidad.

—Déjame —le espetó furiosa intentando zafarse del cálido y embriagador abrazo.

—Hace un momento dijiste que podía hacer lo que me viniera en gana —le recordó—. Es eso mismo lo que estoy haciendo ahora.

—¿Y qué pretendes? —le susurró mientras su mirada descendía desde los ojos de Roy hasta sus labios.

—Demostrarte que eres la única, Laimie.

El aliento le acarició los labios como una brisa y provocó una sensación de deseo aún mayor en ella. Supo que nada lo detendría en esa ocasión. Y ella lo deseaba, ardía en deseos de que la besara, de que le hiciera recordar aquellos días tan lejanos en el tiempo, pero siempre presentes en sus recuerdos. Días de dicha y felicidad, de amor y paz. Días en los que él había sido su mundo y en

los que él solo había tenido ojos para ella.

Sintió el leve roce de los labios de él sobre los suyos. Cerró los ojos y dejó que Roy la meciera entre sus brazos de aquella manera tan sensual mientras experimentaba la dureza de su cuerpo y cómo él la sujetaba. A medida que el beso se volvía más profundo, más hambriento, más lleno de pasión y de deseo él la fue soltando mientras las manos le acariciaban la espalda hasta enredarse entre los cabellos. Jugó con sus rizos y los acarició de tal manera que Laimie se olvidó del dolor, de Abigail y del orgullo. La lengua de él se adentró sin pedir permiso porque ya lo tenía concedido desde mucho antes. Recorrió los labios hasta sentirse suficientemente saciado por el sabor, por la suavidad. Pero un beso no era suficiente para calmar su sed. Quería amarla allí mismo, desnudarla y contemplarla a la luz de las llamas, muda testigo de aquel reencuentro tan deseado. Laimie no podía resistirse, no quería hacerlo, pues, sabía que había anhelado ese beso tanto tiempo que creyó que jamás sucedería. Se rindió a él sin tregua ni condiciones. Lo amó sin excusas.

Roy se fue apartando con lentitud de ella para contemplarle los labios entreabiertos, las mejillas arreboladas, los cabellos alborotados y los ojos encendidos por las llamas del deseo. Un deseo febril que se hacía presente bajo la fina camisa de hilo y que le provocaba un roce intenso sobre ciertas partes de su cuerpo reveladas. Roy se empapó con su aspecto de mujer deseable, pasional, carnal que lo volvía loco. Solo le faltaba llegar al corazón. Obligarla a arriar la bandera ante su empuje de hombre enamorado, reconquistarlo para él. Y ello no sería nada fácil. Una cosa era besarla y otra muy distinta escuchar de sus labios aquellas palabras murmuradas en la quietud de la noche.

La siguió contemplando sin poder hablar. Parecía que le hubiera arrancado el don de la palabra con aquel beso. Se mantuvo durante unos minutos mirándola en silencio hasta que los latidos de su corazón recobraron el ritmo.

—Querida, es mejor que nos marchemos esta misma noche. Han descubierto que estás aquí. Además, también buscan a Abigail.

Laimie sintió una pequeña decepción al escucharlo decir aquello. No eran las palabras que esperaba oír de sus labios tras el momento compartido. ¿Lo había besado solo porque estaba celosa de Abigail? ¿Quería demostrarle a él y demostrarse ella misma que seguían unidos a pesar de todo? Inclino la cabeza mientras los cabellos se abalanzaban hacia delante ocultándole el rostro.

—¿Ella? —le preguntó sorprendida.

—Se fugó de una plantación de caña de azúcar en el Nuevo Mundo.

—No parece...

—Te contaría muchas cosas acerca de ella, pero no es el momento.

—¿Crees en verdad que mi vida corre peligro? —La idea la alarmó.

—Sí, lo creo. Lord Chester está casi seguro de que estás aquí. No ha parado de hacerme preguntas esta noche e intuyo que mañana al amanecer se apersonará con un pelotón de soldados para apresarte —le informó con voz grave.

Laimie no supo qué hacer.

—No permitiré que eso ocurra.

—Entonces será mejor que nos marchemos.

Alastair lo tiene todo preparado. Le dejé órdenes para que lo hiciera antes de irme esta noche.

—No tienes por qué... —le susurró al tiempo que le posó una mano sobre el brazo mientras lo miraba por primera vez con sincero cariño.

Roy le apretó la mano mientras deslizaba una caricia bajo el mentón para que lo mirara a los ojos. Y entonces se dio cuenta de que el asedio a la fortaleza había comenzado con acierto. Una pequeña brecha se había abierto en el muro de piedra rodeaba a Laimie.

—Voy a hacerlo y no vas a impedírmelo.

—Pero tú vida también correrá peligro.

Cuando sepan que has dado cobijo a *La sombra de Escocia*, te matarán. —La idea de que algo mala pudiera sucederle a Roy la desesperaba; aferró las manos a la solapa de la chaqueta de él y lo miró con ojos suplicantes.

Roy le enmarcó el rostro entre las manos y la miró con una pasión tan arrebatadora que Laimie sintió que las piernas se le doblaban.

—Puede que sea un loco y un estúpido por decirte lo que voy a decirte. Pero te aseguro que daría con gusto mi vida si supiera que de esa manera estarías a salvo para siempre.

—No permitiría jamás que hicieras algo así.

—No hay más que decir. Partiremos en una hora —le susurró mientras le acarició mejilla.

La mirada de Laimie se tornó vidriosa, pero se apartó de inmediato y se volvió sobre sí misma para que él no la viera llorar. Roy se apartó y caminó hacia la puerta. Quería dejarla sola con sus pensamientos para que reflexionara sobre todo lo que estaba pasando. Escuchó que la puerta se cerraba y entonces no pudo reprimir por más tiempo el llanto que la desahogó y la dejó con una sensación de tranquilidad.

Una hora después, tal como le había informado Roy, un carruaje aguardaba listo para partir así como otros dos magníficos caballos que Alastair sujetaba por las bridas.

—Ustedes irán en el interior del coche —les indicó Roy—. Alastair y yo iremos a caballo.

—Pero ¿hacia dónde nos dirigimos? —

preguntó algo confundida Abigail mirando a Roy.

—A mis tierras en Escocia. Vamos, no hay tiempo que perder. —Las apremió para que subieran al carruaje y, una vez que estuvieron en el interior, cerró la puerta. Laimie asomó el rostro por la ventanilla y posó la mano deliberadamente sobre la de Roy mientras la mirada se le llenaba de ternura.

—Llévame de vuelta a casa —le susurró con voz suave.

—Pronto, muy pronto volverás a ver los verdes valles, a escuchar las cantarinas aguas del Forth y a contemplar las puestas de sol junto al lago Awe.

Tomó la mano para besarla con efusión sin que ella se lo impidiera. La muchacha sintió el reguero de fuego que los labios de Roy le habían dejado sobre los nudillos y cómo ascendía por todo el brazo hasta llegarle al pecho.

—Es muy afortunada —le comentó Abigail una vez el carruaje se puso en marcha; Laimie no comprendió bien el significado de esas palabras —. Me refiero a Roy —aclaró la muchacha.

Laimie se limitó a sonreír y se recostó sobre el asiento de terciopelo azul. Tenían un largo viaje por delante; debían cruzar todo el territorio de Inglaterra para llegar a Inveraray.

Roy cabalgaba al paso junto a Alastair mientras un hombre de confianza guiaba el carruaje.

—¿Has pensado en lo fatigoso del viaje? — le preguntó Alastair comprendiendo que tardarían al menos una semana en llegar a Escocia.

—Lo sé, pero es el único medio. Y gracias a haber salido a esta hora aventajaremos a lord Chester.

—¿Por qué estás tan seguro de que se presentará en casa?

—Lo conozco desde hace mucho tiempo y sé que no ha creído la historia de que no vi ni escuché nada.

—Para cuando llegue nosotros estaremos lejos.

—Espero llegar a Oxford mañana al mediodía.

—¿Al mediodía? —A Alastair le pareció

demasiado pronto.

—Eso he dicho. De manera que será mejor que fustiguemos los caballos —le aconsejó mientras picaba espuelas y su corcel comenzaba a galopar más rápido.

Roy indicó al cochero que incrementara la velocidad del carruaje lo que provocó agitación en las pasajeras. Abigail se sujetó con dificultad mientras las ruedas brincaban sobre el irregular terreno al tiempo que Laimie sonreía porque se daba perfecta cuenta de que Abigail no estaba acostumbrada a viajar en carruajes.

—Sujétese a la puerta, querida —le dijo y le mostró la manera de hacerlo.

—Al menos nos podrían haber avisado del cambio de velocidad, ¿no cree? —acotó mientras abría los ojos al máximo.

—Cuando se trata de escapar de la horca no hay comodidades que valgan. —El comentario no fue inocente.

Aquellas palabras provocaron un nudo en la garganta de Abigail que trató de sonreír y de parecer tranquila.

No se detuvieron durante la noche, puesto que Roy pretendía poner distancia entre ellos y Londres. Sin embargo, había dado órdenes al cochero de reducir el paso. Llevaba tiempo preguntándose qué estarían haciendo Abigail y Laimie en el interior del carruaje. De manera que decidió volver grupas para ver en qué situación se encontraban las mujeres. Su sorpresa fue mayúscula cuando las descubrió profundamente dormidas. El cansancio parecía haber hecho mella en ellas. Roy comprendía que el hecho de haber salido tan temprano de viaje podría haberles producido sueño. De manera que decidió dejarlas descansar y regresar junto a Alastair, que por primera vez desde que habían abandonado la casa vio su rostro relajado. Habían cabalgado durante horas y, poco a poco, la luz del amanecer comenzó a abrirse paso a través del oscuro cielo.

—¿Cómo se encuentran?

—Están dormidas.

—¿Cómo convenciste a Laimie de que viniera contigo?

—Le dije la verdad —respondió con seriedad—. Le dije que su cabeza corría peligro y que, a menos que quisiera perderla...

—Eres muy persuasivo. ¿Y Abigail?

—Al parecer se ha fugado de una plantación del Nuevo Mundo. Luego se las ingenió para llegar hasta el mar y embarcarse para Inglaterra.

—Pero ¿intentarán capturarla? —Alastair quiso saber.

—En efecto, por ello le ofrecí venir a Escocia. ¿Por qué te preocupa lo que pueda pasarle? —La preocupación de Alastair no pasó desapercibida para Roy.

—Bueno...

—Es una mujer muy bonita. Entiendo que puedas sentirte atraído por ella —le dijo esbozando una sonrisa de complicidad—. Ya es hora de que te busques una compañera.

—Tal vez lo haga —le dijo con simpatía. La mirada deslumbrante, la sonrisa provocadora y un cuerpo hecho para el pecado no le habían

resultado indiferentes.

Ninguno de los dos hombres dijo nada por un rato. Se limitaron a mirar en silencio el camino mientras cada uno de ellos le daba vueltas en la cabeza a lo que pudiera suceder de ese momento en adelante. Pasados algunos minutos, Alastair rompió el silencio.

—Dime, ¿qué sucederá una vez que lleguemos a Inveraray?

Roy giró el rostro hacia Alastair con un gesto sombrío que lo sobresaltó.

—Primero debemos llegar.

—¿Piensas que no lo haremos? —El tono de preocupación de Alastair no intimidó a Roy a la hora de confesarle sus temores.

—En cuanto lord Chester descubra la verdad pondrá tras nuestra pista a todos sus hombres.

Alastair frunció los labios con rabia mientras acercaba una mano a la daga que tenía oculta en la bota.

—Los esperaremos. Un Campbell no tiene miedo de un inglés. —Esgrimió el arma que destelló en la claridad del amanecer.

—Espero no tener ningún contratiempo hasta que llegemos a Newcastle upon Tyne.

* * *

Era temprano cuando lord Chester se dirigió a casa de Archibald Murray. Durante la noche anterior había estado dándole vueltas en la cabeza a una remota y absurda idea en relación con la señorita Murray. Por algún extraño e inexplicable motivo, había considerado la posibilidad de que tal vez ella no estuviera enferma ni con dolor de cabeza, sino que estos malestares fueran más bien una mera excusa para no verlo. No se había quedado tranquilo ni convencido con la explicación de su hermano ni con las palabras del duque de Argyll. Recordó cómo había palmeado el costado de su cuerpo en busca de algún rastro de herida de bala y cómo Roy había reaccionado con total naturalidad. ¿Y qué pensar del desconocimiento de lo sucedido cerca de su casa? Lord Chester conocía a la perfección a Roy Campbell. Era un hombre astuto, sagaz e

inteligente. No creía que fuera un defensor a ultranza de la unión de Escocia e Inglaterra, mucho menos, que no fuera capaz de dar cobijo y proteger a un escocés. Su forma de ser y su imagen de sabelotodo no encajaban para nada con el desconocimiento que había mostrado acerca de los problemas de *La sombra de Escocia*. Y ¿por qué un repentino viaje a sus tierras en Argyll? Otro incidente más que lo hacía albergar sospechas acerca del verdadero motivo de su partida.

Llegó hasta la casa de los Murray. Dio unos suaves golpes a la aldaba y aguardó con paciencia que el mayordomo abriera. Un hombre con el rostro apergaminado y el rictus bastante serio lo recibió.

—¿Qué desea? —preguntó sin apenas haber movido los labios para hablar.

—Soy lord Chester. He venido a visitar a la señorita Murray —le informó con antipatía.

El mayordomo lo miró desconcertado. Solo sabía que la señorita Murray no estaba en la casa desde hacía algunas noches. Miró al lord de manera incómoda, sin saber qué decirle hasta que

apareció Archibald que sabía que ese sujeto acabaría presentándose en su casa como le había indicado Roy. Estaba preparado para todo. Sabía a la perfección cómo actuar. La función no había hecho más que comenzar.

—Buenos días, lord Chester, ¿qué lo trae por aquí tan temprano? —saludó con una falsa sonrisa mientras le cedía el paso.

—Buenos días, señor Murray —respondió mientras entraba en la casa—. He venido a visitar a su querida hermana. Estoy algo preocupado por su estado. Si me permite decirlo, fue una verdadera lástima que anoche no pudiera asistir a la velada.

—Sí... yo también lo creo. Pase a mi despacho, por favor. —Se dirigió al mayordomo—. Prepare algo de comer para la ilustre visita y llévelo al salón.

Una vez acomodados en el espacioso y bien cómodo ambiente, Archibald se quedó mirando al inesperado visitante. Debía ganar todo el tiempo que pudiera para que Roy se alejara de Londres.

—No he subido a verla esta mañana. He

preferido que descansara el mayor tiempo posible, ya sabe —le comentó a lord Chester sonriendo—. Ah, aquí está el té —exclamó levantándose del sillón en el que se había acomodado—. ¿Lo toma solo o con leche?

—Solo, gracias.

Se dirigió al mayordomo que acababa de traer la bandeja.

—Ya me ocupo yo. Por favor, encárguese de hacerle llegar el desayuno a mi hermana.

—Bien, señor —le respondió y abandonó el salón dejando a los dos caballeros a solas. Archibald le tendió la taza sobre un plato a lord Chester, pero él prefirió no tomar nada.

—Entonces... ¿desconoce el estado en el que se encuentra su hermana? —le preguntó de manera informal tratando de no mostrarse demasiado preocupado.

—Como le he dicho, no sé nada de ella desde ayer por la tarde cuando me rogó que no la obligara a asistir a la fiesta —le informó de forma casual.

—Fue una verdadera lástima, repito —

murmuró en un tono casi inaudible—. Pero ¿y al volver? ¿No se interesó por su estado?

—Cuando llegué era medianoche y me informaron que se había retirado temprano. Como comprenderá, no iba a despertarla a horas tan inapropiadas —le comentó con una sonrisa antes de sorber el té—. Dígame, lord Chester, ¿siente usted algo por mi hermana? —le preguntó a quemarropa.

Miró desconcertado a Archibald; no le gustaba nada la forma en que lo miraba; se dispuso a responder cuando de improviso ingresó el mayordomo.

—¿Qué sucede? —preguntó el dueño de casa con naturalidad, pues, conocía lo que el criado iba a decirle.

—Su hermana no responde a mis llamadas ni a las de la doncella —contestó con un tono que denotaba alarma.

Lo miró con el ceño fruncido fingiendo preocupación. Luego hizo lo mismo desviando su mirada hacia lord Chester que parecía algo agitado.

—¡Tal vez haya empeorado su estado y no sea capaz de responder! —exclamó.

—Es posible que lord Chester tenga razón —dijo el escocés saltando del sillón como un resorte mientras miraba con fijeza al mayordomo—. Vayamos a ver qué sucede.

Lord Chester se puso en camino antes de que Archibald hubiera acabado de explicarse. Los tres abandonaron el salón para encaminarse con rapidez al piso superior.

Por un momento, el lord se calificó de estúpido por pensar que ella tuviera alguna relación con el duque de Argyll o con *La sombra de Escocia*. Subió los peldaños de la escalera de dos en dos siguiendo a Archibald y al mayordomo. Al llegar a lo alto vieron a la doncella aguardando. Su rostro reflejaba preocupación y congoja porque su señora no daba señales de vida. Archibald se dirigió a ella interpretando a la perfección el papel de hermano preocupado y afligido.

—¿Cuánto hace que vino a ver a la señorita?

—Hace una... una media hora, señor —

respondió la criada entre balbuceos mientras bajaba la mirada y se retorció las manos.

Archibald no dijo nada más, se volvió hacia la puerta y golpeó con insistencia.

—¡Laimie! ¿Te ocurre algo?

Todos los allí presentes aguardaron a que la interpelada respondiera. Durante unos segundos no se escuchó nada más que las respiraciones agitadas de todos. Ni una sola palabra del otro lado de la puerta.

—¿Puedes abrir la puerta? —insistió Archibald fingiendo un creciente nerviosismo.

—Déjeme a mí —intervino lord Chester apartando a Archibald que no se opuso, sino que encantado le cedió el lugar frente a la puerta bajo la atenta mirada del mayordomo y la doncella—. ¡Señorita Murray, soy lord Chester! ¿Podría ser tan amable de abrir la puerta?

Tampoco en esa ocasión obtuvieron respuesta alguna de ella, lo que no hizo sino acrecentar el temor del lord que parecía verse sobrecogido y desbordado por los acontecimientos. Intentó abrir la puerta, pero no cedía a su presión. Luego

comenzó a abalanzarse, pero sin obtener el resultado deseado.

—Parece estar cerrada por dentro y no cede. ¿No tiene una llave para abrirla? —le preguntó con urgencia a Archibald mientras su mirada refulgía de impaciencia.

—Aquí y ahora, no —le respondió de manera tranquila—. Vaya a mi despacho y traiga el juego de llaves que hay en el primer cajón de mi escritorio —le pidió al mayordomo.

—Dese prisa, hombre. La vida de la señorita Murray puede estar en peligro.

Mientras el hombre bajaba los peldaños de las escaleras tratando de no caerse, lord Chester miraba con preocupación a Archibald y se sorprendía, en cierto modo, de que no hubiera echado abajo la puerta. Pero, por otra parte, el miedo y el nerviosismo parecían tenerlo atenazado. Al momento, el mayordomo regresó con un manojo de llaves que entregó a su señor ante la apremiante mirada de lord Chester. Archibald fingió que le temblaban las manos cuando tomó la llave y la introdujo en la cerradura. Giró hacia la

derecha y, al momento, el manillar cedió. Empujó la puerta y se quedó paralizado en el umbral.

—Pero... —balbuceó mientras ingresaba en la habitación de su hermana.

—¡Por todos los...! —exclamó lord Chester quedándose sin palabras.

Archibald avanzó hacia la cama: las ropas estaban desordenadas al punto que la colcha caía sobre la alfombra. La almohada estaba fuera de su sitio y aparecía a medio camino entre la cama y el suelo. Archibald se volvió hacia la ventana ya que sentía que la habitación estaba fría y descubrió que se encontraba abierta. Se precipitó hacia ella y se asomó hacia la calle. No había rastro de su hermana.

—¿Dónde está? —preguntó lord Chester con una mezcla de confusión, enojo y temor en la voz.

Archibald se quedó mirándolo fijamente simulando preocupación.

—Ni yo mismo me imagino qué ha podido suceder aquí —le dijo con fingida preocupación.

—¿Podría haberse marchado por la ventana?

—¿Mi hermana? ¿Con qué propósito? —le

preguntó desconcertado por aquella sugerencia.

—No estoy seguro, pero a juzgar por lo sucedido aquí... —expuso tratando de no pensar en la otra posibilidad que había acudido a su mente.

—¿Qué está pensando? Vamos, dígalo.

—Que alguien se la haya llevado por la fuerza —le respondió con cuidado.

—¿Insinúa que la han podido raptar?

—Es una posibilidad.

—Pero ¿quién?

Lord Chester se quedó en silencio pensando en la remota posibilidad de que hubiera sido su principal sospechoso en el caso de *La sombra de Escocia*, pero por el momento no iba a decir nada. En ese instante, algo captó su atención. Se acercó a la cama y, tras apartar algunas ropas, lo descubrió. Se quedó clavado en el suelo por la impresión. Archibald dirigió la mirada hacia el lugar hacia el que lord Chester también miraba. Tomó la nota entre los dedos.

—Aquí tiene la respuesta a esta desaparición —le indicó al tiempo que señalaba la nota—. ¡*La sombra de Escocia* se ha llevado a su hermana!

—¿Qué? —le preguntó tratando de retenerlo más tiempo. Sabía que debía evitar que el hombre se pusiera en camino y también sabía que el siguiente paso sería la casa de Roy. En cuestión de horas o minutos, tal vez, lord Chester ataría cabos.

—Dios quiera que no haya sido así. Pero díganme ¿no escucharon ningún grito durante la noche? —les preguntó irritado a la doncella y al mayordomo. Había algo que no encajaba. Tenía las piezas para resolver el acertijo, pero aún parecía faltarle una.

—No, señor —respondió la doncella.

—Tampoco yo, señor —contestó el mayordomo.

—Todo esto es muy extraño —murmuró mientras se frotaba el mentón—. Bueno. Si me disculpan, he de visitar a otra persona que puede tener la llave de este misterio —les informó con orgullo.

—¿A quién, si puede saberse? —le preguntó Archibald deseando conocer los planes de lord Chester.

—Al duque de Argyll, claro está.

—¿Cree que él tenga algo que ver en todo esto?

—Oh, vaya, se me olvidaba —exclamó de repente—. Qué torpeza la mía. Acabo de recordar que el duque se marchaba de viaje a sus tierras. Tal vez, si me doy prisa, logre detenerlo. Buenos días, caballeros. Señorita.

—Lo acompaño —dijo Archibald.

—No, gracias, conozco el camino.

—¿Por qué piensa que el duque puede haber raptado a mi hermana? Somos amigos desde hace muchos años...

—Lo siento, pero no puedo decirle nada más hasta que haya hablado con él. Pero puedo asegurarle que Roy Campbell es más de lo que aparenta ser. Oculta algo y yo voy a averiguarlo. —Y salió como una exhalación por la puerta.

* * *

Lord Chester montó en su carruaje y apremió al cochero para que lo condujera a la residencia del duque de Argyll. No cesaba de pensar en la cada

vez más concluyente posibilidad de que ambos estuvieran juntos. Pero ¿por qué? ¿Acaso serían amantes y habían decidido fugarse? ¿O era algo relacionado con *La sombra de Escocia*? Siguió dándole vueltas a esta última posibilidad. ¿El duque de Argyll sería en verdad la famosa Sombra de Escocia?

Cuando el carruaje se detuvo ante la entrada de la casa del duque, lord Chester se precipitó y con paso rápido ascendió las escaleras de la entrada. Llamó con urgencia a la puerta y aguardó impaciente a que abrieran. Lo hizo un criado a quien no pareció sorprenderle la presencia del lord. El hombre, sin esperar a que lo invitaran a pasar, apartó al criado e ingresó en la casa. Enfurecido giró hacia el hombre y, con la mirada cargada de ira, le preguntó por su señor.

—¿Dónde se encuentra el duque de Argyll?

—El señor se marchó temprano a sus tierras —respondió el hombre con aplomo. No parecía intimidado por la presencia y los modales del visitante.

—¿Iba solo?

—Lo acompañaba el señor Alastair, su ayudante.

—¿No iba ninguna mujer con ellos?

—No que yo sepa —le respondió con sobriedad.

Lord Chester entrecerró los ojos mientras trataba de averiguar si le estaba diciendo la verdad o le estaba mintiendo. Se acercó a él hasta que sus rostros quedaron separados por escasos centímetros. Levantó un dedo amenazador, pero el hombre no se inmutó.

—Averiguaré si lo que está diciendo es verdad.

—Le repito que no me consta que hubiera alguna mujer —le dijo con tono serio y frío mientras sus ojos escrutaban el rostro de lord Chester.

—¿Qué camino tomaron?

—No lo sé.

Apretó los dientes furioso por la ineficacia o la lealtad de aquel sirviente y decidió abandonar la casa para volver a subirse al carruaje. Dio órdenes al cochero de fustigar los caballos para

llegar lo antes posible al cuartel general. Reclutaría varios hombres y saldría en su persecución. O lo detenía por raptor, o por ser *La sombra de Escocia*.

* * *

En Oxford, Roy mandó cambiar el tiro de los caballos para llegar a Stoke-on-Trent al anochecer y poder descansar. Durante el trayecto había ordenado al cochero azotar los caballos para ganar terreno lo antes posible. Quería estar lo más lejos que pudiera de Londres. Intuía que lord Chester saldría tras él en cuanto descubriera su ausencia y la de Laimie. Ella paseaba por las inmediaciones de la posada en la que se habían detenido para comer y cambiar el tiro de los caballos. Roy la contemplaba mientras hablaba con Alastair. No la perdía de vista.

—¿Sigues pensando que lord Chester saldrá en tu búsqueda? —le preguntó Alastair.

—Lo conozco desde hace tiempo.

—No lo sabía.

—Éramos compañeros en el regimiento de dragones del teniente Cope.

—¿El que fue masacrado en Prestonpans?

—El mismo. Como bien sabes, yo no participé de la batalla y lord Chester me cree un traidor a la Corona. Me la tiene jurada desde que supo que yo solicité un nuevo destino.

—El Nuevo Mundo.

—Exacto.

—Tiene algún tipo de cuenta pendiente contigo por lo que veo.

—Algo así. Y ahora quiere saldarla haciendo creer a todos que yo soy *La sombra de Escocia* — le confesó entre risas.

—¿Tú?

—Eso quiso hacer creer la otra noche en casa de los Lomond cuando me palmeó el costado en busca de la herida.

—Entonces, no sospecha que... —dijo mirando a Laimie que charlaba distraídamente junto a Abigail.

—Ni la más remota idea —dijo Roy volviendo la mirada hacia ella—. Por cierto,

quería pedirte un favor.

—Lo que sea.

—Si llegado el momento ellas corrieran peligro, prométeme que las conducirás sanas y salvas hasta Inveraray.

—¿Y tú? —Se mostró sorprendido por el pedido.

—Solo es una suposición.

—Un momento, Roy...

—Harás lo que te diga ya que aún sigo siendo el *chieftain* de los Campbell —le recordó con tranquilidad.

—Si fuera tú, no barajaría posibilidades tan extremas; llevamos suficiente ventaja sobre lord Chester. Es posible que ni siquiera haya abandonado Londres.

Roy sonrió y posó una mano sobre el hombro de Alastair; le dijo con seguridad:

—Ese tipo es un perro de presa: nunca abandona el rastro.

* * *

Lord Chester había conseguido reunir un grupo de soldados y algunos voluntarios para partir en busca del duque de Argyll. Entre todos ellos se destacaba la presencia de MacDonald de Morar, el hombre que había traicionado a los demás jefes de los clanes y había delatado a *La sombra de Escocia*.

—¿Conoce el camino hasta las tierras de Argyll? —le preguntó lord Chester deseando iniciar la marcha.

—¿Pretende entrar en Escocia? —le preguntó MacDonald de Morar perplejo por aquella determinación.

—Perseguiré a Roy Campbell hasta los confines de la Tierra. Ha raptado a la señorita Murray y no solo eso, sino que juraría que es la mismísima *Sombra de Escocia*.

—No podrá llegar hasta Argyllshire.

—¿Puedo saber el motivo? —le preguntó lord Chester.

—Los hombres leales al clan Campbell.

—¿Qué insinúa? —le preguntó receloso.

—Que serán capaces de matarlo antes que

delatar a su *laird* —le respondió con naturalidad mientras el semblante de su interlocutor cambiaba de expresión.

—Ya lo veremos —masculló entre dientes mientras montaba en su caballo y daba la orden de partir.

—No conoce a los escoceses cuando de delatar a uno de los nuestros se trata —le dijo muy seguro de sus palabras.

* * *

—Debemos partir enseguida. Quiero llegar a Stoke-on-Trent al anochecer. De allí a Newcastle upon Tyne, será poco más de un día. Y, después, la frontera —le dijo Roy a Laimie mientras ella lo contemplaba con el ceño fruncido.

—¿Por qué tienes tanta prisa?

—Porque intuyo que más pronto que tarde tendremos compañía.

—¿Compañía? —le preguntó sin comprender a quién podría estar refiriéndose.

—A estas horas, tu querido lord Chester debe

de estar revolviendo toda Londres para salir en tu busca —le respondió.

—No veo el motivo.

—Está deseoso de poder cortejarte. ¿Acaso no te has dado cuenta? —Lo sorprendió la ingenuidad de la muchacha.

—Para tu información, te diré que no estoy interesada en lord Chester ni en ningún otro hombre —le informó y se introdujo en el carruaje.

Roy lanzó una mirada hacia el interior del coche, pero Laimie se apresuró a correr las cortinas evitando para evitar que pudiera ser testigo de cómo sus mejillas se habían encendido como brasas. Cruzó los brazos sobre el pecho mientras aguardaba que Abigail subiera a ocupar su asiento.

Cuando la muchacha se sentó frente a ella y observó el ceño fruncido de la otra, intuyó que nada bueno podía haberle sucedido con Roy. Los había observado hablar y, a juzgar por la mirada de ella, la situación entre ambos parecía algo tensa. Había preguntado a Alastair por el vínculo que mantenían y él se había limitado a decirle que

sería mejor que no indagara sobre ese tema. Abigail había quedado algo sorprendida por la respuesta, por lo que dedujo que debía de ser algo importante si Alastair no quería decirle la verdad. Su sentido de la lealtad al duque de Argyll era sin duda encomiable y sería hartó complicado conseguir que le confesara la verdad. De manera que lo intentaría con Laimie.

Mientras la miraba, se dio cuenta de que su semblante iba cambiando en forma paulatina.

Laimie advirtió que Abigail no tenía la culpa de lo que pudiera suceder entre Roy y ella. De manera que no debía pagar los platos rotos. Así que sonrió a la muchacha y dulcificó la expresión del rostro.

—¿Está enfadada conmigo? —le preguntó con cautela.

—Oh, no, querida. No, por favor. Discúlpeme si le he dado esa impresión —se apresuró a responder mientras se inclinaba hacia delante y posaba las manos junto a las de ella—. No era mi intención.

—¿Entonces es por él?

Hubo un silencio en el interior del carruaje mientras el cochero iniciaba de nuevo la marcha. El brusco arranque casi provocó que las mujeres se cayeran de sus asientos sobre el suelo. Se miraron y rieron por el pequeño incidente. Después, en una situación algo más relajada, Laimie apoyó la cabeza sobre el asiento y cerró los ojos mientras tomaba aire y la pregunta de Abigail revoloteaba en su mente.

—Roy solo hace lo que debe —pronunció.

—¿A qué se está refiriendo?

—Está convencido de que nos perseguirán —le dijo esbozando una sonrisa cómica como si no creyera las palabras de él.

—Eso mismo me ha confesado Alastair. Teme que lord Chester nos persiga. Por ese motivo apenas nos detenemos a descansar.

—Tonterías —le dijo Laimie agitando una mano en el aire—. Ese hombre tiene cosas más importantes que hacer que perseguirnos.

—Lo hace porque la ama —le soltó Abigail sin ser consciente de la incomodidad que esas palabras producirían en la otra.

—¿Quién? —preguntó ella—. ¿Lord Chester?

—No, Roy —respondió con cautela mientras la miraba temiendo que fuera a abalanzarse sobre ella. Al rato, prosiguió—: lo he visto con mis propios ojos cuando me llevó a su casa. Usted se encontraba dormida en el salón. Pude percibir la ternura con la que él la miraba, por eso es que creo que debe de estar profundamente enamorado —le dijo.

Laimie sonrió.

—Nunca ha dejado de hacerlo —susurró con nostalgia sin importarle la presencia de Abigail.

—¿Nunca...? —Se sorprendió con el comentario.

—Roy y yo estábamos prometidos hace... unos años —dijo en voz baja mientras inclinaba el rostro, apoyaba la frente contra la mano y cerraba los ojos para no recordarlo.

—¿Es su marido?

Laimie sintió una leve punzada de tristeza ante aquella pregunta. Siempre había deseado convertirse en su esposa y vivir en Argyllshire. Conocía a la perfección aquellos hermosos parajes

y la residencia de Inveraray a donde se dirigían en esos momentos. Pero su orgullo escocés se había interpuesto entre ellos como una muralla infranqueable. Se había alzado imponente preservando cualquier intento de escalada por parte de Roy.

—No —respondió. Levantó la mirada mientras sacudía la cabeza y cerraba los ojos para evitar que las lágrimas le corrieran por las mejillas. La opresión en el pecho se hizo más intensa al tiempo que el nudo en la garganta le impedía hablar con naturalidad.

Abigail seguía contemplándola a la espera de que le contara qué relación había entre ambos, aunque no hacía falta ser una adivina para darse cuenta de que entre ellos había esa especie de entendimiento y chispa que solo existe entre dos personas que han nacido la una para la otra.

—Estábamos prometidos y... —le costaba confesarle lo sucedido entre ambos—. Ni siquiera sé por qué te lo cuento —le dijo mirándola a los ojos con un brillo diferente.

—No tienes por qué...

—Lo cierto es que necesito sacármelo de aquí dentro —le confesó mientras se llevaba la palma de la mano hacia el pecho—. Llevo años con esta carga y en ningún momento he sido capaz de desembarazarme de ella. Tal vez sea una estúpida. Al fin y al cabo, quizás esto sea la paga por lo que hice.

—¿Tan grave fue? —le preguntó Abigail con una mirada llena de comprensión.

Laimie asintió en silencio mientras apretaba los labios reprimiendo los sollozos.

—Rompí el compromiso de nuestro matrimonio cuando estalló la guerra —le confesó. Luego desvió la mirada hacia el paisaje que podían contemplar a través de la ventanilla.

—Lo siento —fue lo único que se atrevió a murmurar Abigail y posó la mano sobre la de Laimie.

—No necesito tu compasión ya que, al fin y al cabo, lo tengo merecido —le dijo con rabia.

—¿Por qué rompiste el compromiso? ¿No lo amabas?

Movió la cabeza sin que ninguna palabra

saliera de su boca. Luego sonrió con melancolía.

—Roy es el único hombre al que he amado.

—¿Entonces?

Comprendió el significado de la pregunta y no le molestó que se la hubiera hecho. Tal vez el modo en el que se comportaba con él podía dar esa imagen, pero no era sino una manera de resistirse a él, de tratar de controlarse, de doblegar su orgullo femenino.

—El problema es que lo amo más que a mi propia vida. Nunca dejé de hacerlo —le confesó mientras una lágrima furtiva escapaba de los ojos y recorría la mejilla hasta morir en el regazo.

—¿Y qué te impide decírselo? —le preguntó sin entender. Los había observado en la casa de Roy y durante el viaje, y podía afirmar sin temor a equivocarse que ambos se amaban. O al menos él sí estaba dispuesto a todo por ella.

Laimie extrajo un pañuelo para limpiarse los restos del llanto. Sonrió cuando se dio cuenta de que Abigail seguía esperando una respuesta.

—Debes de pensar que soy una tonta sensible por comportarme de esta manera. O una cobarde

que no es capaz de dejar su orgullo de lado y decirle a su hombre que lo ama.

Abigail la miraba en silencio.

—Nada más lejos de la realidad. Es usted muy valiente.

—Todo lo contrario —rebatíó entre risas amargas.

—Pues yo creo que está equivocada. Es muy duro reconocer que nos hemos equivocado. Y más si es en asuntos del corazón como renunciar a la persona que amas por tus propios ideales.

Laimie sonrió de mala gana y se limitó a asentir en silencio.

—¡Ideales! —repitió con desilusión—. Sí, por mis ideales.

Recordó las palabras de Roy meses antes de estallar la rebelión jacobita de 1745. Cómo le dijo que no resultaría, que sería estéril en todos los sentidos. Pero ella no le quiso creer, y se aferró al sentimiento patriótico y a su deber como escocesa para con su rey. Cuántas veces se maldijo por haber sido tan estúpida de no creer en sus palabras. Por haberlo tachado de traidor a Escocia

y a su rey Carlos Estuardo. Y todo para acabar sucumbiendo ante los ingleses. Cuántos días y cuántas noches permaneció en vela deseando poder volver el tiempo hacia atrás y rectificar su conducta.

Capítulo 12

Llegaron a Stoke-on-Trent a media tarde, un poco más temprano que la hora que había previsto Roy. Él entró en una casa de huéspedes que se encontraba en un paraje rodeado por un espeso bosque. Habló con los dueños y convino en alquilar varias habitaciones para pasar la noche.

—Me gustaría que las señoritas dispusieran de un baño para su aseo.

—Será como ordena —le respondió el dueño del hospedaje.

Roy volvió junto al carruaje; las mujeres descendían ayudadas por Alastair. Miró a Laimie, que parecía rehuirlo en todo momento y se mostraba distante. Semejante comportamiento no sorprendió a Roy, que ya se había habituado a los continuos desplantes de la mujer. Quedaba claro que no importaba lo que él hiciera o dijera: a los ojos de la muchacha era un partidario del rey de Inglaterra y, por lo tanto, un traidor a su país de

nacimiento. No obstante, se acercó hasta ella para informarle la situación.

—He convenido con el dueño del alojamiento que dispondrán de una habitación y un baño.

—Eres muy amable —fue el cumplido con el que Laimie lo obsequió para, a continuación, abrirse paso hacia la entrada de la posada bajo la atenta mirada de Roy.

Alastair se detuvo junto a él y advirtió unos ojos sin brillo que parecían estar perdidos, ausentes, carentes de vida.

—Tienes una habitación junto a la de ellas. La ocuparás junto con el cochero —se limitó a decirle a su servidor antes de volverse hacia el carruaje.

—¿Y tú?

Roy se detuvo a medio camino y giró hacia su compañero.

—No necesito una cama, ya me conoces. —Y regresó al coche.

Alastair sacudió la cabeza sin lograr entender por qué se obstinaba en ayudar a Laimie. No parecía que nada de lo que él hiciera por ella fuera

a derribar el muro que los separaba.

—No sé por qué se empeña en seguir adelante con esto —murmuró mientras a su lado pasaba Abigail, que se quedó mirándolo como si hablara con ella.

—¿Qué dice? —le preguntó con el ceño fruncido mientras clavaba su mirada en la del joven escocés.

—La señorita Murray sigue empeñada en no perdonarlo.

—¿Perdonarlo por qué?

—Por no haber defendido a los Estuardo en la última rebelión —dijo emprendiendo el camino hacia la casa de huéspedes.

—¿Es ese el motivo por el que no se casaron? —le preguntó saliendo detrás y situándose justo enfrente suyo.

—Apártese, chica. —Alastair estaba algo molesto por la actitud de Roy.

—No soy una chica —protestó Abigail. No dejaría que él pasara sin decirle la verdad.

Alastair se detuvo delante de ella y la observó con el gesto fiero, pero de pronto la

fiereza se transformó en calidez.

—¿Piensa impedirme el paso?

—Sí —le respondió decidida.

—Me gustaría comprobarlo, pero no tenemos tiempo para jugar. Además, debería darse un baño y cambiarse de ropa —le dijo entre risas mientras pasaba a su lado sin que ella hiciera nada por detenerlo.

—Tal vez sea usted quien debería lavarse y afeitarse —le dijo en voz alta para que pudiera escucharla bien.

Alastair se detuvo en el umbral de la puerta lo que no hizo si no provocar un susto repentino en Abigail que creyó se había excedido de lista con la respuesta. Alastair la miró por encima del hombro y sonrió al tiempo que se frotaba la espesa barba. Cuando Abigail lo vio desaparecer en el interior de la casa de huéspedes, respiró aliviada.

—No debe preocuparse por él. No muerde —dijo el cochero al pasar junto a ella.

Aquel comentario arreboló las mejillas de Abigail y le provocó un repentino sofoco.

Estaba demasiado inquieta como para ir a

reposar, por lo que decidió ir a conversar un momento con Roy, que estaba junto a los caballos que descansaban. Tal vez podría averiguar algo sobre él y Laimie.

—¿Qué hace aquí? Debería estar refrescándose un poco. —Temió por un momento que la joven tuviera intenciones de volver a las andadas.

—He tenido una charla muy provechosa con Laimie durante el viaje —comenzó diciendo en un intento por captar la atención de él.

—Me alegra —le dijo con desinterés.

Abigail se dio perfecta cuenta de que Roy no iba a admitir indirectas, por lo que cambió de estrategia.

—Ella lo ama.

—¿Qué dice?

—Digo que ella lo ama. Me lo ha dicho.

Qué muchacha entrometida. Le dedicó una mirada de soslayo y regresó a la tarea de revisar a los caballos como si no le importaran lo más mínimo los comentarios de Abigail.

—¿No va a decir nada? —A la muchacha le

molestó que él no hubiera reaccionado como ella había esperado.

—No.

Abigail abrió la boca para decir algo, pero la cerró enfadada con Roy y consigo misma por ser tan estúpida de meterse en los asuntos ajenos.

* * *

Laimie se encontraba en la habitación aseándose cuando Abigail pidió permiso para entrar. No iba a mencionarle nada respecto de su conversación con Roy; no quería que la tacharan de entrometida.

—¿Qué quiere? —le preguntó sin dejar de frotarse con la esponja.

—He venido a avisarle que baje a cenar.

—Oh, bien. Bajaré en cuanto haya terminado.

Abigail comenzó a pasear en silencio por la habitación sin saber muy bien qué decirle. Quería saber más acerca de ella y de Roy, y si era verdad lo que Alastair le había dicho. Laimie volvió el rostro hacia ella.

—¿Qué hace ahí? ¿No tiene hambre?

—Sí.

—¿Entonces? ¿Le desagrada la compañía de los hombres? La entiendo a la perfección. Alastair no es muy hablador y en cuanto al cochero... no lo he tratado demasiado como para formarme una opinión —le dijo sin demasiado interés.

—¿Y el duque?

Laimie entendió al instante por dónde venía el interés de Abigail. Le molestó ligeramente que hubiera escogido una manera tangencial de preguntárselo.

—Ni siquiera se encuentra alojado en la casa.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —le preguntó desconcertada.

—Que ha preferido permanecer en la cuadra junto a los caballos —le informó con naturalidad intentando provocarla—. Será mejor que me marche. Nos veremos en el comedor.

Laimie no respondió, permaneció en silencio durante un rato meditando las palabras de Abigail. ¿Sería posible que Roy fuera a pasar la noche a la intemperie? ¿Es qué no tenía intención de dormir en una cama caliente después del cansancio del

viaje desde Londres? ¿Acaso lo hacía para evitarla a ella? Decidida a averiguarlo, la muchacha salió de la tina y envolvió el cuerpo húmedo en una toalla. A continuación hizo lo mismo con los cabellos. Los pies dejaron pequeños charcos en el piso de la habitación. Se dispuso a vestirse.

“¿Por qué diablos me comporto de esta manera?”, se preguntó mientras introducía un botón por el ojal del puño. “¿Acaso es por él? ¿Por lo que me ha comentado Abigail acerca de que va a pasar la noche fuera? ¿Qué puede importarme lo que Roy haga?”.

Terminó de abrocharse la camisa y a continuación tomó una falda que se ató a la cintura. Se pasó las manos por los cabellos para darles algo de volumen y apartar de su rostro aquellos mechones más rebeldes. Se pellizcó las mejillas para dotarlas de color y trató de sonreír. ¿Por qué quería mostrarse de aquella manera? ¿Y para qué o para quién? Frunció el ceño mientras se abrazaba a sí misma intentando buscar un calor y un sosiego que solo los brazos de otra persona que ella

conocía podían concederle. Incluyó la cabeza hacia delante y los cabellos se le abalanzaron ocultándole el rostro. Miró su reflejo en el cristal; logró vislumbrar el rostro de una mujer que no era ella. Una mujer que debía liberarse de las ataduras del pasado, abandonar de una vez por todas las ideas románticas y patrióticas de días pasados de gloria y volver a encontrar su camino. Volver a vivir momentos de dicha y felicidad. Y, para ello, debía ir en busca de la única persona que podría proporcionársela. La única persona que la acogería entre sus brazos sin importarle el pasado.

Pasó por la cocina y pidió algo de comer para dos. Una cazuela con una ración de pollo, una botella de vino y una trozo de pan. Con la comida en la mano, caminó titubeante hasta la puerta sin importarle lo más mínimo las miradas de Alastair o Abigail. El propio dueño de la posada le abrió la puerta para que saliera en busca de Roy. La oscuridad afuera era completa, y la temperatura, bastante agradable. Se detuvo en el umbral y lo buscó con la mirada, pero evidentemente no se encontraba allí cerca.

—El hombre a quien busca está en el granero —le informó con sutileza el posadero mientras esgrimía una sonrisa cómplice.

La muchacha le devolvió la sonrisa y emprendió su lento caminar hacia el granero. Con cada paso que daba, el corazón se le aceleraba. La ansiedad la atenazaba y provocaba que el recipiente con la comida oscilara en su mano. Vio luz en el granero y se imaginó a Roy tumbado sobre el heno mientras pensaba en el trayecto que faltaba hasta Inveraray. No faltaba mucho para llegar a la frontera de Escocia y entonces estarían a salvo. Pero aún faltaba y lo que venía era la parte más dura.

Laimie se detuvo delante de la puerta del granero; la contempló en silencio sin moverse. Escuchó con paciencia.

—¿En qué demonios me he metido? —se preguntaba Roy en voz alta—. Maldita seas, Laimie. Creía que alejándome de Inglaterra nunca más te volvería a ver. Y, mientras yo huía de ti, tú apareces de nuevo en Londres como si nada. Será el destino que quiere vernos juntos...

Ella tomó coraje.

—¿Ahora hablas solo? Desconocía esa faceta de ti.

Roy dejó la brizna de paja con la que jugueteaba entre los dedos y levantó la mirada hacia el lugar de donde procedía la voz; vio la silueta recortada de Laimie en el umbral de la puerta. Sintió que su presencia allí lo ponía nervioso y que sería mejor que ella volviera a la habitación pese a que en su interior ardía en deseos de que se quedara con él. Avanzó con parsimonia hacia él. Estaba radiante con los cabellos desordenados flotando alrededor del rostro como mariposas. El curvilíneo cuerpo, iluminado por un haz de luz que ingresaba por una de las ventanas del granero. Roy sentía que la boca se le secaba y la respiración se le entrecortaba con su presencia. ¡Cómo la deseaba! Durante esos años había estado con alguna que otra mujer de vida alegre, pero ninguna le había provocado lo que ella. La muchacha avanzó con sigilo después de cerrar la puerta tras de sí.

—Me dijeron que estabas aquí... y pensé que

tal vez querrias cenar —le dijo y le enseñó la cazuela al tiempo que se le acercaba. En la otra mano, llevaba una botella de vino.

Roy se incorporó y la ayudó con la marmita. No dejó de mirarla a los ojos. El aroma de su cuerpo le invadió los sentidos, la piel tersa y suave, los labios sonrosados tentándolo a probarlos. Se concentró en la cazuela y tomó un pedazo de pan que había colocado sobre la tapa. El aroma le abrió el apetito aún más. No se había percatado del hambre que tenía hasta que vio la comida. Estaba demasiado ensimismado en Laimie y en lo que harían a partir del momento en el que llegaran a Escocia como para pensar en alimentarse.

—¿No vas a compartirlo conmigo? —le preguntó mientras volvía a mirarla y se daba cuenta de que ella mantenía los ojos clavados en él.

Se acomodó sobre la manta escocesa que Roy había extendido sobre el heno para estar más cómodo.

—Lo cierto es que casi no tengo hambre... —

le dijo a modo de disculpa.

—Insisto. Está delicioso —le aseguró una vez que hubo probado el guiso.

Roy sintió de repente el roce de la suave piel del muslo de ella sobre la mano. Lo miraba de una manera que lo tenía embrujado. Tenía los labios entreabiertos mientras los cabellos indómitos caían libres sobre los hombros. Roy bajó la mirada hacia un par de botones desabrochados de la camisa que le permitían entrever la piel blanca y suave. No había olvidado su textura en todos esos años, ni como solía estremecerse bajo el leve roce de las yemas de sus dedos.

—¿Por qué estás aquí? Tendrías que estar cenando con los demás —le dijo en un susurro mientras dejaba de comer.

—Bueno... en un principio lo pensé, pero... Abigail habla demasiado —le dijo buscando una excusa para explicar su presencia allí—. Me dijeron que no habías cenado y que no ibas a pasar la noche en una habitación —le confesó.

—No irás a decirme que te preocupa lo que coma o en dónde vaya a descansar... —le comentó

entre risas.

—Pues lo cierto es que es verdad. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no has alquilado una habitación como los demás? Eres el duque de Argyll —le preguntó frunciendo el ceño sin llegar a comprender su actitud.

—Prefiero mantenerme alejado —le respondió sin saber qué decir.

Laimie lo contempló en silencio; sintió pena porque suponía que, de quien Roy deseaba mantenerse alejado, era de ella.

—¿De qué? —le preguntó.

Roy chasqueó la lengua.

—¿No será por mí? —le preguntó con la voz ahogada por la emoción. Sentía la ardiente mirada de Roy sobre ella y cómo le hacía palpar el corazón de manera alocada como siempre lo había hecho.

—Yo... tal vez no sea esa la cuestión... —comenzó a decir mientras balbuceaba de manera incomprensible. Sacudía la cabeza y dejaba la cazuela con la comida sobre el tartán.

—¿Es cierto que has estado huyendo de mí?

—le preguntó sin medir las consecuencias. Quería estar segura del terreno que pisaba. Quería comprobar hasta qué punto él la seguía amando. No podía seguir con esa angustia que atenazaba su pecho. Roy volvió el rostro para enfrentarse a la mirada que siempre lo había sabido retener a su lado.

—No lo sé. Tan solo sabía que necesitaba alejarme un poco. Tal vez dar un giro a mi vida. Pero me he cansado de permanecer lejos del hogar y he decidido volver. Y lo que menos esperaba era encontrarme contigo; cuando supe que estabas en Londres...

—¿Tanto daño te hice, Roy? —le preguntó percibiendo los sentimientos a flor de piel en esos momentos, sabiendo que el orgullo lo había mantenido alejado de ella, del cariño, del amor, de su vida. Pero era el momento de buscar la solución. El remedio a la angustia, a las largas noches en vela.

Él bajó la mirada. Entrelazó las manos sin sentido alguno y trató por todos los medios de encontrar la manera de hacerle ver cuánto la había

amado y cómo ese amor aún seguía prendido en su pecho, que no le guardaba el más mínimo rencor por lo sucedido en el pasado.

—Cuando amas a una persona hasta el punto de dar todo lo que tienes, incluida la vida... —le dijo mirándola fijamente a los ojos mientras el corazón parecía querer escapar del cautiverio de su pecho para reunirse con el de Laimie.

—En estos momentos te la estás jugando. Y no querría que, llegado el caso, tú... —susurró mientras entornaba la mirada y la mente se le llenaba de absurdos y trágicos pensamientos—. No, no quiero ni imaginar que tú...

Roy deslizó la mano bajo el mentón de ella para que lo mirara y comprendiera cuánto la deseaba. El pulgar le recorrió los labios. Necesitaba sentirlos bajo los dedos, la suavidad, la tersura. Luego la mano avanzó por la mejilla de ella sintiendo la piel ardiente bajo la caricia. Laimie hizo un movimiento reflejo y acercó aún más la mejilla, como si no quisiera que él la retirara. No quería perder el contacto tanto tiempo anhelado, el calor. Los ojos le titilaron por el

brillo que la emoción de tenerlo allí le provocaba.

—No va a pasarme nada —le dijo con tranquilidad.

—¿Por qué lo haces, Roy? ¿Por qué, a pesar de todo lo sucedido, sigues queriendo protegerme?

—Deseó que él finalmente le confesara que lo hacía porque la amaba—. Fui una egoísta al pensar solo en mí y en mi estúpido orgullo.

—No —susurró mientras le posaba el dedo sobre los labios para silenciar las palabras—. Hiciste lo que fue más conveniente para ti y para los tuyos. Y admiro tu valor por ello.

Laimie se sobresaltó al escucharlo decir eso. ¿Cómo era posible que pudiera olvidarlo con tanta facilidad?

—¿Valor?

—Sacrificaste tu felicidad por la de tu clan. Dime tú si eso no es valor.

Aquel comentario la dejó sin palabras.

—¿Es verdad lo que me contaste la otra noche en casa de los Hampton?

Roy sabía a la perfección qué era lo que ella deseaba escuchar de sus labios. Sonrió un instante.

—Hablamos de varias cosas...

—Sabes perfectamente a lo que me estoy refiriendo —le espetó interrumpiéndolo de manera brusca; no iba a permitir que él desviara la atención de la conversación.

Sonrió con timidez al tiempo que asintió.

—No combatí contra los escoceses en la rebelión. No estuve en Prestonpans ni en la toma de Edimburgo, ni el Clifton Moor, ni mucho menos en la carnicería de Culloden Moor —le dijo con voz queda—. Me marché a América para no ser testigo del fin de los clanes. Por eso mismo, lord Chester no se fia de mí.

—¿A qué te refieres? —le preguntó intrigada.

—No confía en mí. No cree que realmente sea un leal defensor de la Corona ni de los intereses de Inglaterra, ya que no participé de la última rebelión —le confesó.

—Pero... —logró murmurar Laimie confundida.

—Así es. Tal vez tenga razón y, en el fondo, sea un fiel defensor de mi patria y de mi gente.

—¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué te

marchaste y me dejaste creyendo que tú...? —le espetó mientras lo golpeaba en el pecho con los puños.

—¿Era un traidor? Vamos, ¡por San Andrés! Deberías haberlo imaginado. Deberías haber confiado en mí —le dijo sujetándola por los brazos.

—¡Has dejado que durante años te creyera el ser más despreciable que había sobre la faz de la Tierra! Te he llegado a odiar como al enemigo más acérrimo del país —le espetó.

—Yo también me he odiado si te sirve de consuelo. Tal vez haya sido mi pequeña venganza por dejarme plantado días antes de la boda —le dijo mientras la apretaba contra él para sentir el cuerpo de ella contra el suyo.

Laimie quiso protestar, pero a lo más que llegó fue a dejar escapar un suspiro y, al momento, sintió que el calor la invadía. Roy concentró la mirada en los labios de ella mientras la muchacha seguía mostrándose nerviosa.

—Dime que, a pesar de todo, aún nos queda una última oportunidad para enmendar el pasado

—le suplicó mientras se inclinaba sobre el rostro y apoyaba la frente en la de ella. Sintió el calor, la respiración agitada, los labios entreabiertos. Y, sin pensarlo más, se inclinó para atraparlos al tiempo que Laimie cerró los ojos. Dejó la mente en blanco para que ningún pensamiento le estropeará aquel momento anhelado durante tanto tiempo.

Roy la rodeó por la cintura con un brazo mientras con una mano comenzaba a recorrer el contorno del rostro y sus labios jugaban con los de ella. Los fue tanteando con tranquilidad deleitándose en ellos. No había prisa. La noche era larga y estaban ellos dos solos. Nada ni nadie vendría a interrumpirlos. Laimie los abrió para que la lengua de él encontrara el camino hacia el interior de su boca y, junto a la suya, danzara de manera apasionada. Roy la abrazaba como un poseso. Tenía miedo de que, en el último instante, fuera a desaparecer como la bruma. Las bocas se devoraban hambrientas por tan larga espera. El beso se volvió apasionado, cálido, húmedo. Los escarceos preliminares habían dado paso a un beso posesivo y sensual. Roy se dejó caer sobre la

manta y la atrajo contra él. Le tomó el rostro entre las manos y le apartó los cabellos para así poder ahogarse en su hermosura. No recordaba que la hubiera mirado de aquella manera tan intensa. Una mirada larga y cargada de pasión. Laimie sonrió mientras le acariciaba la mejilla y lo besaba. Pero la boca de Roy buscaba anhelante ahora el cuello sobre el que deslizó los labios suaves y húmedos al tiempo que la lengua le transmitía una cadena de chispazos que ella nunca había conocido. Roy se incorporó hasta quedar sentado con ella sobre sus piernas. Comenzó a desabotonarle la camisa sin apartarle la mirada del rostro. Deslizó de manera suave y delicada la tela por los hombros. Resbaló por los brazos. Provocó que la piel se le erizara. La camisa se arremolinó sobre la manta de tartán.

Ella lo miró a través del velo de deseo que le latía entre los muslos. Los pechos le quedaron expuestos a los ojos del hombre. Redondos, firmes. Roy deslizó las manos hasta ellos y los atrapó mientras volvía a besarla en los labios. Laimie comenzaba a despojarlo de la camisa.

Cuando su torso quedó descubierto, ella le

pasó las manos por la musculatura y por las diversas cicatrices que lo recorrían. Recuerdos de batallas, batallas en las que había luchado con honor antes de ser rechazado.

Roy sintió una especie de calambre cuando ella lo acarició, y lo obligó a apartarse hacia atrás para cubrirlo con besos apasionados. Ella fue descendiendo de manera paulatina y provocativa hasta que sintió que la excitación de Roy era extrema al deslizar la mano hacia la pernera de su pantalón. Debía liberarlo cuanto antes. Él cerró los ojos y se dejó caer sobre el tartán mientras ella lo envolvía en una espiral de fuego y deseo como nunca antes. Laimie consiguió arrancar los gemidos más profundos y sensuales de su garganta.

Roy se apresuró a buscar los muslos tibios y aterciopelados bajo la falda de la mujer. Los acarició y sintió cómo la piel se le erizaba bajo el contacto de las yemas. Luego se incorporó para poder cubrir de besos los pechos; le arrancó notas de placer cada vez que la lengua mortificaba las cumbres hasta que se endurecían. La recostó para poder devorar con los labios ese cuerpo tan

sensual, tan carnal, tan apetecible... Las manos se posaron en las caderas mientras los dedos trazaban círculos y figuras extrañas que enloquecían a Laimie. La sentía arder al tiempo que la sangre fluía por las venas como lava candente.

Las defensas de la muchacha habían caído como castillos en la arena cuando el mar los arrastraba. No podía negar lo que sentía por él pese a todo lo sucedido tiempo atrás. Por su parte, Roy seguía besando, lamiendo, succionando y mordisqueando deliciosamente los pechos al tiempo que un fuego abrasador se apoderaba de todo el cuerpo de Laimie. Un fuego en el que él también ansiaba consumirse, aunque solo fuera por esa noche.

Ella sentía que la piel le escocía, pero aun así era una sensación placentera el tormento al que Roy la estaba sometiendo. No quería que cesara en ningún momento.

Los dedos de él buscaron el recoveco máspreciado, el centro máximo del placer femenino. Tanteó despacio en un principio sintiendo la suavidad, la humedad y lo que las caricias

provocaban en Laimie, que intentaba ahogar los jadeos. Ahora recorría el cuello mientras no abandonaba el empeño de darle placer. Por un momento se detuvo para mirarla a los ojos. Sintió que algo se rompía en su interior. La coraza que durante los últimos años había llevado en su honor se había quebrado. El sentimiento de olvidarla había desaparecido. El pasado quedó atrás. ¿Por qué se había encerrado en sí mismo? Había rechazado el amor que le habían brindado para obtener el que de verdad siempre había tenido: el de ella.

—Dime que no estoy soñando, por favor. Necesito oírlo. Dime que estás aquí conmigo —le imploró con la voz cargada de emoción mientras le acariciaba la mejilla con dulzura.

—Sí, Roy, estoy aquí contigo.

—Prométeme que nunca te marcharás —le imploró.

—Lo prometo.

Ambos se fundieron en un beso largo mientras Roy se incorporaba sobre ella para hundirse en su interior. Laimie lo sintió deslizarse y percibió

cómo la pasión le sacudía todo el cuerpo. Lo abrazó mientras aferraba los dedos a la espalda con todas sus fuerzas.

Roy le hundió el rostro en el cuello y aspiró su aroma, lo recorrió con los labios hasta llegar al lóbulo de la oreja. Lo lamió, lo besó y lo atrapó entre los dientes mientras ella se retorció presa de los espasmos de placer que él le hacía sentir.

—¿Por qué me has hecho esperar tanto? —le susurró sintiendo que se estremecía en su interior.

Se incorporó sobre los brazos para observar el rostro mientras permanecía quieto. Ella levantó los suyos para rodearle el cuello mientras él se dejaba caer de espaldas y Laimie se quedaba sentada a horcajadas al tiempo que él deslizaba las manos por los muslos hasta posarlas en las caderas y luego en los glúteos con el propósito de adaptarla a él. Los acarició con devoción e incluso le propinó algún que otro pellizco que la sorprendió gratamente. Ella se movía al ritmo que las manos de él le marcaban. Parecía que Roy no tenía prisa. No quería que se acabara, pues, tenía miedo de que el hechizo desapareciera. Y, cuando

comenzó a sentir ese hormigueo en la entrepierna que anunciaba el momento final, la atrajo contra él para devorar de manera insaciable los labios. Las dos bocas mantenían una contienda desenfrenada por ver cuál de las dos vencía a la otra. Ella ahogó un gemido, cuando la excitación se hizo constante, dejó escapar una exhalación presa de un temblor inimaginable. Sintió que se fundía como el acero, que la sangre abandonaba los músculos y que caía sin fuerza.

Ambos estallaron en una cascada de sensaciones y sentimientos que los iban a unir de por vida. Nadie podía negar que ambos se habían echado de menos. Roy le tomó el rostro entre las manos y, mirándola a los ojos, le declaró su amor.

—Te quiero, Laimie. Siempre te he querido y nada ni nadie puede negar lo que siento por ti. Durante estos años nunca he dejado de pensar en ti y en alguna vez recuperarte.

Ella sintió una sacudida tremenda en el pecho cuando escuchó estas palabras. Le acarició la mejilla con la mano mientras luchaba con todas sus fuerzas para no llorar. Estaba emocionada. Él la

amaba. Lo había hecho a pesar de que lo había rechazado.

—¿Por qué? —le susurró. Roy no la entendió y frunció el ceño sorprendido—. ¿Por qué has mantenido un amor tan leal hacia mí después de que te rechazara?

—Porque siempre fuiste mi máspreciado anhelo y no estaba dispuesto a desprenderme de él a ningún precio —le respondió sonriendo.

Laimie se dejó caer hacia un lado y él la arropó con el tartán mientras le pasaba un brazo por los hombros y la atraía hacia él.

—¿Por qué regresaste?

—Porque mis días en América habían terminado. No tenía nada que me retuviera allí. Necesitaba regresar al hogar.

—¿Pensaste que podrías encontrarme aquí en Inglaterra? —le preguntó con los ojos entrecerrados.

—De ninguna manera. Siempre has sido reacia a pisar suelo inglés —le recordó con una sonrisa que provocó un mohín en los labios de Laimie.

—¿Sigues pensando en ponerme a salvo aun sabiendo que pueden enjuiciarte por ello, castigarte e incluso ahorcarte?

—Ya te dije que puedo soportar cualquier castigo si sé que tú estás a salvo lejos de los ingleses que te buscan.

—No digas eso —le dijo dejándose caer sobre el pecho para escuchar los latidos acompasados de su corazón.

—Pero ahora estás aquí conmigo y nada malo va a pasarte —le dijo—. Pronto estaremos en Escocia de vuelta al hogar, y ni lord Chester ni ningún otro podrá llevarte lejos de mí.

—¿Por qué no me di cuenta de que...?

—Eso forma parte del pasado; déjalo atrás. Ahora solo importa el presente.

Roy situó una mano sobre la nuca de ella y la atrajo con decisión para devorar aquellos labios tan apetecibles mientras ella emitía un gemido de aprobación.

—Saldremos pronto. No quiero correr riesgos innecesarios.

—Sigues pensando que nos persiguen... —le

dijo con voz trémula.

—Por supuesto. Por cierto ¿quién es el traidor a la causa?

Laimie hizo como que no había escuchado la pregunta y no se molestó en responderle. No quería revelar la identidad del traidor. Él era solo suyo y, llegado el momento, se encargaría de ajustar cuentas.

—No me has respondido —le dijo con pereza.

—¿Qué importancia puede tener el nombre de un traidor a Escocia en estos momentos? —le preguntó.

—Tienes toda la razón —le dijo mirándola a los ojos—. Qué importancia puede tener cuando tengo el mundo en mis manos.

Laimie sonrió complacida mientras las mejillas se encendían, y volvía a besarlo con pasión y ternura.

Capítulo 13

Lord Chester y el grupo de hombres que lo acompañaban llegaron temprano a Lichfield, localidad que distaba escasas leguas de Stoke-on-Trent. Habían fustigado los caballos incansablemente durante todo el día anterior y se habían detenido solo un par de horas para tomar un descanso y cambiarlos. Pero antes de que el alba despuntara, lord Chester mandó ponerse en camino al galope con el propósito de alcanzar la comitiva de Roy. En la posada de Lichfield habían preguntado al dueño si recordaba haber visto algún carruaje con el escudo de Argyll en las puertas.

—Haga memoria —lo instó el inglés jugueteando con un par de monedas de plata en las manos y una mirada de lince en los ojos.

—Bien podría ser el carruaje que cruzó estas tierras ayer al atardecer, pero no se detuvieron —negó el hombre muy convencido de sus palabras.

—¿Podría indicarnos el camino que siguieron?

—Por la dirección que llevaban, debían de dirigirse a Stoke-on-Trent —le informó señalando con el brazo extendido la línea del horizonte.

Al momento, lord Chester le lanzó las dos monedas, y el posadero las atrapó en el aire antes de que llegaran a tocar el mostrador.

—¿Recuerdas algo más?

—Dos hombres iban a caballo delante del coche.

—¿Dos hombres? —repitió extrañado mirando a MacDonald de Morar en busca de una respuesta convincente.

—Sin duda, debe de tratarse de Alastair, el hombre de confianza del duque de Argyll —le dijo muy seguro—. Pero, entonces, ¿a quién escoltan?

Lord Chester entrecerró la mirada por unos segundos mientras en su cabeza tomaba cuerpo una idea descabellada, pero que podría ser, al fin y al cabo, la más acertada.

—¡A *La sombra de Escocia!* —dijo entre dientes clavando la mirada en un punto fijo en el

vacío—. ¡Rápido, a los caballos!

Los hombres siguieron las indicaciones y montaron de nuevo sobre los animales para emprender el camino que el posadero les había indicado. Lord Chester sentía que la sangre le hervía en las venas y que el pulso se asemejaba a los disparos de mosquetes.

—Dígame ¿a dónde cree que se dirigen? —le preguntó mirando a MacDonald de Morar.

—Sin duda, hacia la frontera. Y, una vez que la crucen, a las tierras de Argyll —le respondió muy seguro de sus palabras.

—Si cruzan la frontera, nuestra persecución no habrá servido para nada —dijo el inglés entre dientes—. El duque de Argyll se escapará y con *La sombra de Escocia*. Siempre dije que Roy Campbell no era de fiar, a pesar de que residiera en Londres.

—Esas ideas tuyas de la unión de las dos Coronas y los dos parlamentos... Apuesto que ha trabajado encubierto para el Estuardo... o para la mismísima *Sombra de Escocia*.

—Debemos detenerlos antes de que logren

llegar a Escocia.

—Conozco un atajo —le informó MacDonald sonriendo.

—Por lo que veo, Campbell no parece caerle en gracia.

—Ni lo más mínimo —le dijo entre dientes.

—¿Puedo saber el motivo?

—Una mujer —le respondió azuzando el caballo para que se apartara del camino y se adentrara entre la maleza.

Lord Chester lo siguió mientras picaba espuelas y los caballos alcanzaban una velocidad endiablada. En su pecho crecía el anhelo de atrapar a Roy Campbell y a *La sombra de Escocia* a la vez. Una vez alejado, Laimie Murray sería el centro de todas sus atenciones.

* * *

La puerta del granero se abrió de repente para dejar paso a un haz de luz que iluminó a la pareja de amantes que yacían entrelazados sobre el tartán. Después de haberse saciado mutuamente con besos

y caricias, Roy y Laimie habían caído en un profundo sueño y no habían reparado en que debían emprender viaje a primera hora. Permanecían con los cuerpos entrelazados. Ella apoyaba la cabeza sobre el torso desnudo de él mientras una de las piernas lo rodeaba. Roy, por su parte, había deslizado uno de los brazos alrededor de los hombros de Laimie. Las respiraciones de ambos eran tranquilas y relajadas ajenas a lo que sucedía fuera de aquellas cuatro paredes de madera.

Alastair se adentró en el granero con paso cauteloso hasta que se aproximó a la pareja. Sonrió con pudor al descubrirlos de aquella forma y se alegró al comprobar que por fin habían hecho las paces después de tantos años. Tocó con la punta de la bota los pies de Roy, que abrió los ojos inmediatamente. No reconoció a primera vista a su hombre de confianza. Lo notó cambiado. Cuando fijó con atención la mirada en su rostro se dio cuenta de que la barba ya no estaba donde solía estar. Se había afeitado y parecía un chiquillo adolescente en lugar del rudo escocés

que solía ser.

—Roy, ya es de día y deberíamos ponernos en marcha.

Se desperezó con lentitud. Se pasó una mano por el rostro en un intento por aclarar la mente y las ideas.

—Veo que Laimie y tú han firmado la paz — le dijo señalando a la mujer que seguía acurrucada junto a Roy.

—¿Y Abigail?

—Desayunando y ayudando al cochero a preparar el carruaje. Bueno, los dejo. No tarden.

Roy asintió y, cuando Alastair se hubo marchado, comenzó a despertar a Laimie dándole pequeños besos en la frente, en las mejillas, en la nariz y en los labios. Pero cuando Roy posó los suyos sobre los de ella, se vio sorprendido con agrado. Ella los atrapó con una boca anhelante para besarlos con pereza en un principio, pero aumentando poco a poco el ímpetu.

—Lamento decirte esto, pero debemos irnos, *gaol*.

Ella se recostó de nuevo contra el torso de

Roy y ronroneó como una gatita perezosa. Viendo que no sería posible hacerla levantarse por las buenas, Roy comenzó a hacerle cosquillas por todo el cuerpo produciendo el efecto deseado. Una vez que consiguió despertarla y sentarla sobre el tartán, ella lo miró con seriedad mientras le espetaba su enfado que en gaélico sonaba tanto más fuerte.

—Te odio. No tienes compasión de mí.
¡Thalla gu taigh na galla!

—¡Vaya! De manera que empleas la jerga de las Highlands para insultarme —le indicó con simpatía—. Será mejor que nos demos prisa. Alastair me ha dicho que todo está dispuesto para partir —le informó mientras se vestía.

—Un momento —dijo de repente Laimie mirando a Roy con cara de terror—. ¿Has dicho Alastair? ¿Es que él ha estado...? —las palabras se le atragantaron y no pudo decir más pensando en que pudiera haberla vista junto a Roy de la manera en la que estaban.

—No te preocupes, no se te veía nada. Estabas completamente tapada por el tartán —le

dijo en un tono jocoso sabiendo que sus palabras provocarían el efecto deseado. Las mejillas de Laimie se encendieron de rojo.

—*¡Galla!* —exclamó en gaélico mientras imaginaba la cara que habría puesto Alastair al verla. ¿Cómo se enfrentaría a su expresión cuando lo viera fuera del granero?

—Anda, vamos, perezosa —la urgió Roy recogiendo la manta de tartán en la que habían pasado la noche envueltos—. No hagamos esperar a los demás.

Laimie se incorporó para luego recoger la ropa esparcida sobre el tartán y se vistió con rapidez. Una vez que lo hizo, respiró hondo y, tras mirar a Roy, procedió a abandonar el granero en el que ambos habían recuperado el pasado, el tiempo perdido por la distancia. Cuando ella vio a Alastair, trató de evitar su mirada. Sin embargo, no iba a ser posible evitarlo por mucho tiempo.

Abigail se acercó hasta ella, con una sonrisa de oreja a oreja iluminándole el rostro.

—Buenos días.

La muchacha miró fijamente a Alastair

tratando de averiguar qué diferencia había en su rostro esa mañana. ¡Sí, su barba! Luego miró a Abigail, que terminaba de colocar el equipaje en el carruaje y entrecerrando los ojos comenzó a atar cabos.

—¿Qué le ha pasado a tu barba, Alastair? —le preguntó y lo miró con descaro.

—Me la he afeitado —le respondió con naturalidad sin prestarle atención.

—Vaya, ¿y a qué o a quién se ha debido ese cambio? —preguntó mirando a Abigail que, al momento, sintió cómo su rostro se encendía de calor. Laimie sonrió complacida. Acababa de dar en el blanco.

Se pusieron en marcha ajenos al peligro que los acechaba. Lord Chester y sus hombres habían ganado terreno a Roy y a sus acompañantes gracias a la astucia de MacDonald de Morar. Habían bordeado Stoke-on-Trent y cabalgaban hacia Huddersfield, que era la siguiente parada en el camino de Roy. Los esperarían en las cercanías.

—¿Va a detener a Roy Campbell? —le preguntó MacDonald de Morar. No creía que lord

Chester fuera capaz de hacerlo. Al fin y al cabo, el duque de Argyll era el representante en Inglaterra del gobierno de Escocia. Sería como declarar la guerra abiertamente.

—No.

—¿Entonces a qué viene esta frenética persecución?

—Solo quiero confirmar mis sospechas —le respondió con el semblante serio.

—¿Sospechas?

—Creo entender que tiene algo que ver con *La sombra de Escocia*.

—¿El duque de Argyll? —le preguntó MacDonald sin salir de su asombro—. ¿Qué le hace pensar eso?

—El mismo día que herimos a *La sombra de Escocia*, ella cabalgó por las inmediaciones de la propiedad del duque.

—Eso no prueba nada.

—Es extraño que no viera ni escuchara nada raro. Por otra parte, el rastro de sangre se pierde junto a la verja de la entrada a su casa —le dejó caer con sutileza mientras MacDonald de Morar

escuchaba con atención—. Y, con posterioridad, anunció que partía a sus tierras, ¿no lo considera extraño? Yo sí —dijo de manera tajante.

—Una mera coincidencia —comentó MacDonald encogiéndose de hombros.

—O una precipitada huida —dijo lord Chester—. Al mismo tiempo, la señorita Murray se ausentó de las fiestas alegando una repentina indisposición. Y, cuando al día siguiente fui a visitarla, todo parecía indicar que había sido secuestrada. Aunque no creo del todo que sucediera tal y como su hermano ha pretendido hacerme creer.

—Eso sí me parece bastante retorcido —apuntó MacDonald—. ¿No estará pensando...? —Intentaba hacerlo hablar.

—Yo no pienso nada. Tan solo me limito a exponer los hechos como los conozco y a razonarlos —le dijo con enfado.

—Y ahora cree que Roy ha secuestrado a la señorita Murray y la lleva oculta en el carruaje.

—Puede ser que ella vaya en el interior del carruaje, pero no acabo de creer que sea en contra

de su voluntad —le confesó con frialdad—. Ni tampoco creo que sea la dama desvalida que pretende hacernos creer.

—No lo entiendo, lord Chester.

—No se preocupe. Ya lo hará —le dijo con una sonrisa zorruna.

* * *

Laimie cabalgaba al lado de Roy sobre el caballo de Alastair en tanto él se había encerrado en el carruaje junto a Abigail. Llevaban un ritmo bastante sostenido; no querían demorarse demasiado en el camino. El temor a que el inglés los estuviera persiguiendo había puesto alerta los sentidos de Roy.

Ella lo miraba y se sentía la mujer más dichosa que pisaba la faz de la Tierra. No habría más disputas ni desplantes por culpa de reyes y herederos al trono. Ninguna guerra la separaría de él. Había conseguido derrotar su orgullo y se había vuelto a entregar al hombre que siempre había amado. Aquel que era dueño de sus pensamientos,

de su cariño y de su corazón.

—¿Por qué escogiste América para marcharte? —le preguntó de manera coloquial.

Roy inclinó la cabeza hasta que la barbilla rozó el pecho y después miró por el rabillo del ojo a Laimie. Estaba hechizado por completo por su hermosura. Ahora que la miraba, se daba perfecta cuenta de que nunca la había recordado como en ese preciso instante. Los ojos lo miraban con un brillo que le recordaba días pasados en Argyllshire y los cabellos relumbraban como fuego cuando los rayos de sol los acariciaban. Parecía estar envuelta en una especie de aura. Se había olvidado de la pregunta y, cuando vio cómo Laimie le hacía gestos con los ojos esperando que le respondiera, Roy sintió que el corazón se le encogía al recordar el verdadero motivo de la partida.

—Quería estar lo más lejos posible de Inglaterra —se limitó a contestarle.

—Sería más correcto decir que querías alejarte de mí —matizó Laimie sin importarle que ese fuera el verdadero motivo de su marcha.

Roy sonrió cuando ella lo corrigió, pero no había dicho nada que no fuera la verdad.

—Es cierto —murmuró apesadumbrado por los recuerdos.

—Entonces ¿por qué no lo dices abiertamente? Sé que yo fui la culpable de que te marcharas a América a habitar un territorio inhóspito poblado de salvajes.

—Olvidas que soy un soldado inglés —acotó Roy.

—No, no lo olvido. Pero no creo que debieras haberte marchado tan lejos de mí cuando la guerra estaba en tu propia casa.

—Es verdad, pero no estaba dispuesto a pelear aquí. ¿Recuerdas lo que te dije en el balcón de la casa de los Hampton?

—¿Cómo podría olvidar aquellas palabras? Desde ese momento las llevo grabadas a fuego —le dijo y rememoró el dolor y el alivio que le habían producido. Dolor, porque la hacían sentir como la única responsable y culpable de su marcha; y alivio, al saber que él no había combatido contra sus propios hermanos.

—Prefería el destierro forzoso a permanecer impasible aquí en Inglaterra.

—Pero ¿por qué no me contaste la verdad? ¿Por qué no...? —Las preguntas de Laimie parecían desesperadas intentando encontrar la manera de decirle cuánto sentía haberlo arrojado a aquella situación.

—¿Me habrías escuchado? —le preguntó con seriedad y detuvo el caballo para quedarse mirándola de frente.

La pregunta hizo que ella detuviera de repente la montura. Sintió que la sangre se le helaba en las venas y que el corazón le latía más despacio. Miró a Roy con una expresión vacía y comprendió que tenía razón.

—Nada de lo que te hubiera dicho habría servido para que tú cambiaras tu opinión respecto de mí. Estabas decidida a seguir adelante con tus ideas. Nada de lo que yo hiciera o dijera te habría hecho cambiar de parecer.

Laimie agachó la cabeza y cerró los ojos por unos segundos mientras sentía que los hombros le pesaban demasiado y que no podía soportar por

más tiempo aquella carga. Luego alzó la mirada para dejarla suspendida en el rostro de Roy y vio comprensión en sus ojos.

—Supongo que no —logró murmurar pasados unos segundos.

—Podría haberme arrancado el corazón para enseñártelo y que comprobaras que no te mentía. Pero tú... —Roy sacudió la cabeza sin llegar a encontrar las palabras adecuadas. Finalmente, dio por zanjada la cuestión.

Reanudaron la marcha y durante algunos segundos ninguno de los dos volvió a decir nada. Ambos habían hablado con franqueza para tratar de reparar lo sucedido años atrás, pero sabían que, por mucho que intentaran explicarse, ninguno de los dos lograría comprender la opción del otro.

—¿Entrenaste durante mucho tiempo a los soldados? —le preguntó de repente ella sacando a Roy de una especie de trance en el que se había sumido.

—Durante bastante, sí.

—¿Te resultó difícil adaptarte al lugar?

—Al principio fue duro acostumbrarme al

territorio y a las costumbres de la gente, pero con el paso de los días se me fue haciendo más llevadero.

—¿Vivías en algún fuerte militar?

—En un principio. Pero luego conocí a Saskatchewan y me fui con él —le respondió mientras contemplaba cómo el rostro de Laimie se contraía como si no entendiera nada—. Saskatchewan es un guerrero *mohawk*. Un indio.

—¿Tienes amistad con un indio? —La muchacha se mostró sorprendida.

—Sí. Me ayudó bastante.

—Y supongo que tendrías vida social... —le preguntó con algún recelo tratando de no parecer demasiado ansiosa por conocer si él se había vinculado con alguna mujer.

—De vez en cuando asistía a alguna que otra recepción o baile. Como aquí en Londres —le dijo sin darle mayor importancia.

Al ver que no había conseguido una respuesta concreta, Laimie fue directa.

—¿Tuviste alguna amante? ¿Consideraste la posibilidad de casarte? —No pudo ocultar el

rubor de sus mejillas y trató de aparentar indiferencia, pero era demasiado tarde. Miró de soslayo a Roy como si no quisiera prestarle la atención debida, como si no deseara que él pudiera leer en los ojos o en el rostro la angustia que la atenazaba en esos momentos. Consideró la posibilidad de que él hubiera tenido relaciones con diversas mujeres de América y que incluso hubiera sopesado la posibilidad de casarse en aquellas tierras y no regresar jamás a Inglaterra. Sintió celos de que otra mujer lo hubiera acariciado, lo hubiera besado y hubiera disfrutado de todas sus atenciones. De que hubiera obtenido su cariño... su amor.

—Nunca lo consideraré, porque mi corazón seguía siendo prisionero tuyo —le dijo con calidez. Sintió que los ojos se le volvían vidriosos por la emoción de escucharle semejante confesión. Dejó que el caballo se acercara hasta el de Roy y detuvo el paso para que él se acercara aún más. Roy la miró a los ojos, la rodeó por la cintura y atrajo los labios a los de la muchacha para devorarlos con exquisita ternura. Sintió que en ese

beso le estaba entregando más que el mero deseo repentino de besarla. Supo que se estaba entregando en cuerpo y alma a ella. Y Laimie sintió que los temores se disipaban con aquella prueba de amor. Los miedos de que Roy hubiera conocido a otra mujer y la hubiera olvidado a ella se borraron con aquel beso, y comprendió que él sería suyo para la eternidad. Cuando Roy se separó de los labios para contemplar el rostro encendido por el rubor, le pasó la mano por la mejilla y sonrió.

—Te dije que solo existe una mujer para mí. Tú, Laimie. Solo tú.

La voz de Alastair los interrumpió. Había subido al pescante del carruaje para guiarlo durante algún tiempo mientras el cochero descansaba un rato.

—Roy, debemos de estar llegando a Huddersfield. Desde este punto a la frontera tendremos unas tres horas de camino.

—Entiendo. Será mejor que apuremos el paso ahora que estamos tan cerca del objetivo. No me gustaría que lord Chester nos sorprendiera.

Alastair asintió convencido de que ya nada malo podría sucederles. No obstante, ninguno era consciente de que sus pasos estaban siendo vigilados entre la maleza.

* * *

El inglés y sus hombres permanecían apostados detrás de unos arbustos mientras aguardaban el paso de la comitiva. Al ver a Laimie sonriendo y mirando de aquella manera a Roy Campbell, lord Chester sintió un repentino deseo de venganza. Sintió ganas de acabar con el duque de Argyll. Pero ¿qué hacía ella cabalgando junto a él? No daba la impresión de que la hubiera raptado por la fuerza, sino más bien de que se había marchado por voluntad propia. Apretó los dientes al verlos de aquella manera mientras se aferraba a la empuñadura de su espada. Ambos parecían conocerse muy bien a juzgar por los gestos. Roy acariciaba los cabellos de Laimie y se los apartaba del rostro para besarla con efusión. Ella, en lugar de rechazarlo, correspondía a su

apasionado beso rodeándolo por el cuello.

—Está bien. Prepárense —ordenó en voz baja—, los quiero vivos, pero, si se resisten, no duden en disparar. El duque de Argyll podría ser *La sombra de Escocia* —comentó en voz baja.

Los hombres se aprestaron para salir de la espesura del bosque a una orden de lord Chester.

De repente, la mirada de Roy se concentró en unos destellos luminosos entre el follaje. Por un momento, pensó que era el reflejo del sol sobre aquella zona del bosque, pero, cuando entrecerró los ojos para ver mejor, descubrió que eran los cañones de los mosquetes lo que había visto brillar. Lejos de alarmar a Laimie, le sonrió mientras pensaba en la manera de hacerla salir de allí junto con Abigail.

—Eh, ¿sigues montando como en días pasados?

—Oh, vamos, Roy. ¿Estás dispuesto a que te vuelva a ganar? —le preguntó ella mientras sus ojos centelleaban de emoción.

—Apuesto a que puedo ganarte esta vez —le dijo confiado y seguro mientras no cejaba en su

empeño de controlar la zona del bosque donde los estaban aguardando. Con seguridad lord Chester no había dormido para llegar antes que ellos a aquella parte de la región. Pero ¿cómo había sabido él por dónde irían? ¿Y cómo es que conocía aquellos parajes cercanos a la frontera? Alguien debía de haberlo conducido hasta allí. El traidor a la causa de los Estuardo. ¿Quién sino alguien acostumbrado a esos lugares?

—Espera a que se lo diga a Alastair. No quiero que se preocupe. Aguarda aquí —le dijo con una tímida sonrisa e intentando parecer lo más espontáneo posible.

Roy fijó la mirada en Alastair, que solo con ver los ojos de su *chieftain* supo que algo no marchaba bien. Para más seguridad, Roy se dirigió a él en gaélico confiando en que Laimie no lo escuchara:

—*¡Sasannaich!*

Alastair se tensó. Sus manos se aferraron con violencia a las bridas del caballo y se concentró en la zona del bosque donde estaban los ingleses. Miró a Roy y asintió. Abigail se encontraba

sentada junto a él y no comprendió el significado de la palabra de Roy, pero, a juzgar por los gestos, dedujo que algo no marchaba bien. Miró a Alastair con temor mientras él le sonreía con cariño.

—Será mejor que te bajes y te encierres en el carruaje. Y dile al cochero que venga junto a mí — le dijo con voz seria.

Abigail lo contempló ceñuda por unos instantes. No parecía estar dispuesta a obedecerlo, pero cuando Alastair le sonrió con dulzura al tiempo que asentía sintió un cambio y se apeó del pescante para entrar en el carruaje. Aquel gesto estaba siendo contemplado por Laimie, que extrañada se acercó hasta el lugar. Vio los rostros de Alastair y Roy, y cómo el cochero salía del carruaje para situarse junto a Alastair.

—*Sasannaich* —murmuró en voz baja Alastair al cochero cuando se situó a su lado.

—¡Ingleses! —exclamó Laimie cuando escuchó la palabra pronunciada en gaélico—. ¿Lord Chester? —le preguntó a Roy con una repentina palpitación en el pecho.

—No estoy seguro —se apresuró a decir Roy

— No quería que lo supieras.

—¿Por qué? —le preguntó ella enfurecida mientras espoleaba el caballo y los ojos refulgían como las salvas de los cañones.

—Porque no quiero que corras ningún peligro —le dijo Roy situándose a su lado.

—Puedo arreglármelas sola, si es eso lo que temes —le espetó.

—La última vez te hirieron.

—Fue a traición —le respondió con rapidez tratando de no ceder terreno.

—Eso es lo de menos ahora. Tenemos que salir de aquí.

—Entonces en marcha —sugirió Laimie dispuesta a salir al galope—. ¿No querías una carrera? —le preguntó con picardía sabiendo que todo había sido una mera argucia para no alarmarla.

—Será mejor que entres en el carruaje junto a Abigail —le sugirió Roy—. Estarás más protegida en caso de disparos.

Ella iba a protestar cuando la detonación de un mosquete impactó en el carruaje poniendo

sobre aviso a todos.

—¡Maldita sea! ¡Nos han descubierto! —
masculló entre dientes Roy mientras se agachaba y
no perdía detalle de lo que Laimie hacía.

Ella había buscado cubrirse junto al carruaje,
pero en ningún momento barajó la posibilidad de
entrar. Fue Roy quien cansado de su desobediencia
la tomó en brazos y, tras abrir la puerta, la
depositó sobre el asiento entre las maldiciones que
la muchacha echaba por la boca.

—¡No tienes derecho a hacerme esto! —
protestó encarándose con él—. ¡No eres mi dueño!

—Pero sí el hombre que te ama y que vela
por tu seguridad —le respondió.

—¡No quiero que te expongas! —le dijo con
la voz cargada de emoción.

—Es algo tarde, *mo cridhe* —le confesó
mirándola con ternura—. Nos veremos en
Inveraray. Y no te olvides de mantener las
chimeneas encendidas para cuando llegue. Ya
sabes lo frío que es el lugar.

Laimie quiso salir del coche, pero un nuevo
disparo la detuvo y la obligó a arrojararse sobre el

suelo junto a Abigail, que la contemplaba con asombro.

—Nunca pensé que acabaría metida en esta situación.

Roy espoleó el caballo hasta quedar frente a Alastair.

—Sácalas de aquí. Llévalas a Inveraray.

—¿Y tú? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Me encargaré de distraer a nuestra inesperada visita —le dijo al tiempo se escuchaba que un nuevo disparo.

—Iré contigo —comenzó a decir mientras le pasaba las riendas al cochero y él mismo se disponía a subir al otro caballo.

—¡No! Lo haré yo solo —le espetó furioso deteniendo sus intenciones—. ¡Soy el *chieftain* de los Campbell! Me debes obediencia. De manera que sácalas de aquí. Utiliza otro camino.

Alastair no parecía muy convencido de que el plan saliera adelante. Apretó los dientes y guió los caballos lejos del camino. Cuando el carruaje dio la vuelta, los ojos de Roy encontraron los de Laimie por un instante, pero fue suficiente para que

ella comprendiera cuánto la amaba. Se acercó hasta el borde del carruaje.

—Nos veremos, mi amor —le dijo mientras tomaba la mano y depositaba un cálido beso. Laimie sentía que los ojos se le humedecían.

—Roy... Ya te perdí una vez... No —musitó en un tono que solo ella escuchó.

—Te veré en Inveraray —le dijo mientras picaba espuelas sobre los ijares de su caballo en dirección al bosque.

Ella lo vio perderse en la espesura del bosque. Se llevó la mano a la boca cuando escuchó varias detonaciones y vio cómo Roy conseguía esquivarlas. Pasó galopando por el lugar donde se suponía que se ocultaban los hombres del militar inglés mientras Alastair imprimía velocidad al carruaje.

* * *

Roy consiguió pasar entre una nube de pólvora y ramas de árboles. Cruzó al galope por delante de lord Chester y sus hombres. Cuando el jefe de la

partida comprendió que Roy había conseguido pasar, se enfureció pese a que le había quedado claro por el comportamiento del duque de Argyll que o bien él era *La sombra de Escocia* o... Una absurda idea se le cruzó por la mente. Volvió la mirada hacia el carruaje que se perdía a lo lejos tras una densa nube de polvo. O bien iba en el interior del coche.

—Vamos a perseguir el carruaje. ¡En su interior viaja *La sombra de Escocia*! —les gritó—. Ustedes vengan conmigo. Debemos atrapar a Roy Campbell por conspiración con los escoceses.

Los hombres subieron sobre sus monturas y cabalgaron en dirección al claro por el que el duque de Argyll había desaparecido.

* * *

Mientras los soldados perseguían a Roy, en el interior del carruaje Laimie trataba de no pensar en la suerte que él pudiera correr. ¿Por qué debía sacrificarse por ella? Ella era *La sombra de Escocia*. Era a ella a quien lord Chester

seguramente perseguía sin tregua. De repente la herida en el costado le tiró y el rostro se le contrajo con un gesto de dolor que no pasó desapercibido para Abigail.

—¿Le ocurre algo?

Al momento se dio cuenta de que el costado de la camisa se le había teñido de color rojo.

—¡Está herida! —exclamó señalando la zona donde la muchacha había sido alcanzada por el disparo del soldado inglés—. Déjeme ayudarla.

Laimie apretó los dientes incapaz de pronunciar una sola palabra mientras tiraba de la camisa fuera de la falda para revelar el vendaje. Estaba también teñido de color rojo. Sin duda, la herida se debía de haber abierto con el trajín del viaje y las emociones vividas.

—¿Quién le ha hecho esto? —le preguntó Abigail mirándola confundida.

—Fue un descuido —se limitó a murmurar mientras Abigail le retiraba el vendaje dejando al descubierto el pequeño orificio de bala. Se había abierto en un extremo por el que manaba un hilo de sangre.

—¡Es una herida de bala! —dijo Abigail pasando su mirada a los ojos de la otra.

—Tal vez no nos hayan presentado debidamente —le dijo entre risas mientras el rostro de Abigail mostraba confusión—. Está en presencia de *La sombra de Escocia*.

—La...

—Sí, el famoso conspirador.

—Será mejor que se esté quieta mientras le cambio el vendaje —le dijo apartando el que ya tenía. Luego arrancó una tira del ruedo de la falda y procedió a cubrir la herida.

—No puedo dejar que Roy corra peligro mientras yo... —Laimie comenzó a sentir que la cabeza le daba vueltas y que perdía la conciencia hasta caer en un profundo sueño. Mientras, Abigail se las arreglaba para vendarle la herida al tiempo que el carruaje parecía aminorar el paso y se detenía.

La puerta se abrió de repente y el rostro de Alastair se asomó al interior. Al ver que Laimie estaba recostada y el vendaje en manos de Abigail comprendió lo sucedido.

—Se ha desmayado. Eso es todo —le informó Abigail.

—Mejor. Así hará el viaje dormida. Necesitamos alcanzar la frontera cuanto antes. ¿Cómo está? —le preguntó a Abigail.

—No se preocupe por mí. Estoy bien. Pero démonos prisa para llegar a Escocia. Allí no podrán hacernos nada.

Alastair la miró perplejo.

—¿Sabe quién es ella entonces?

—*La sombra de Escocia.*

Capítulo 14

Roy siguió avanzando algunas leguas más a lomo de caballo tratando de dejar atrás a los perseguidores. Luego de un tramo, decidió que sería mejor apearse del caballo y dejarlo correr solo. De ese modo, las huellas del animal despistarían a los perseguidores mientras él ganaba tiempo caminando por el bosque. Para cuando quisieran detener al caballo, con seguridad él ya estaría lejos junto a Laimie. Así que comenzó a refrenar el ímpetu del animal hasta ponerlo al trote y se apeó. Lo fustigó con gran violencia para que el animal relinchara y se volviera a alejar al galope mientras Roy se adentraba en el bosque y buscaba seguir el mismo camino que el carruaje.

Lord Chester y sus hombres galoparon a lomo de sus caballos frenéticamente en su intento por dar caza al duque de Argyll. Después de haber recorrido un gran trecho sin lograr avistarlo, lord Chester ordenó detenerse. Algo no iba bien.

Habían cabalgado largo rato persiguiendo a Roy Campbell sin lograr si quiera avistarle. Desde lo alto de la grupa del caballo, comenzó a inspeccionar el terreno en busca de huellas. Luego se apeó y se inclinó sobre el suelo para obtener una visión más apropiada. Pasó la mano sobre el terreno como si estuviera buscando algo y de repente sonrió de manera zorruna. Se levantó y oteó el horizonte para después volverse hacia sus hombres.

—Muy astuto.

—¿Qué sucede? —preguntó MacDonald de Morar con el ceño fruncido.

—Campbell ha desmontado y ha ordenado al caballo que siga solo.

Lord Chester avanzó unos cuantos pasos más y sonrió complacido.

—¿Cómo es que está tan seguro?

—Fíjense en las huellas del caballo —les indicó señalando unas y otras.

—No logro ver nada —le dijo MacDonald con el gesto turbado.

—Cómo se nota que no han servido en la

caballería —le dijo con desdén—. Si lo hubieran hecho se habrían percatado de la profundidad de las huellas. Miren —les indicó al tiempo que les mostraba un grupo de huellas—. Aquí. El duque de Argyll montaba al caballo. La profundidad de la pisada del casco así lo demuestra. Pero miren ahora estas otras. El caballo no llevaba peso. Sus pisadas son más superficiales.

—¿Qué insinúa? —le preguntó uno de los hombres.

—Que mi querido amigo se ha adentrado en el bosque para seguir a pie mientras nos hace creer que sigue galopando.

—¿Está seguro? —le preguntó MacDonald con el ceño fruncido.

—Completamente. Conozco a Roy Campbell mejor que nadie. Servimos juntos en el regimiento de dragones a caballo. Sé cómo piensa y cómo actúa. Será fácil atraparlo —dijo mientras su mirada se entrecerraba mirando en dirección al bosque—. Lo cazaremos como a un conejo.

—No parece que tenga mucho aprecio por el duque de Argyll —comentó MacDonald de Morar

intrigado por lo que pudiera haber sucedido entre ambos.

—Eso no es de su incumbencia —le dijo con un tono y una mirada fríos mientras se encaminaba hacia el bosque sujetando al caballo por la brida—. Se le paga para conducirnos hasta *La sombra de Escocia*; en este caso, hasta Roy Campbell, que es nuestro mejor sospechoso de serla.

* * *

Roy avanzaba entre el follaje. Su caminar era lento debido a la cantidad de obstáculos que encontraba en el camino. Pero confiaba en que su argucia consiguiera entretener a lord Chester al menos durante un par de horas para que, cuando se dieran cuenta del engaño, fuera demasiado tarde para reencaminar la búsqueda. Aunque no descartaba la posibilidad de no engañar a lord Chester; se conocían demasiado bien. Habían compartido experiencias en el regimiento de caballería y juntos habían participado en escaramuzas y batallas a campo abierto. Llegado el momento,

tenía las herramientas para descubrir el ardid. El mayor problema al que tenía que hacer frente en ese momento era la escasez de agua. Comenzaba a tener sed, pero ello no le impedía todavía seguir avanzando. Debía poner terreno de por medio por si acaso se hubiera equivocado en su cálculos y lord Chester y sus hombres descubrían el engaño demasiado pronto.

Los perseguidores avanzaban a gran velocidad a través de los árboles. Lord Chester parecía estar poseído por un espíritu vengativo que lo instaba a seguir aproximándose sin importarle que sus hombres se rezagaran. Él continuaba la marcha de una manera sobrenatural y obligaba al resto a seguirlo a duras penas.

—¿Cree que lo encontraremos? —le preguntó MacDonald de Morar.

—Tenemos que hacerlo. Él nos permitirá desentrañar el misterio de *La sombra de Escocia*.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque cuando lo interrogué acerca de aquella noche dijo no saber nada.

—¿Y cuál es el problema?

—Que no le creí. Campbell siempre ha estado al tanto de todo lo que sucedía a su alrededor. Un hecho como el de la misteriosa *Sombra de Escocia* herida acercándose a su propiedad no es algo que pudiera pasar por alto. Sabe más de lo que dice. Además ¿cómo sabía que *La sombra de Escocia* estaba herida en el costado derecho? Cuando hice ademán de tocarlo para comprobar si era en realidad él, Campbell declaró abiertamente que no estaba herido. Yo no le dije nada —resumió lord Chester mientras saboreaba su pequeña victoria.

MacDonald de Morar se quedó pensativo mientras pensaba en la argucia empleada por su compañero. Durante unos segundos ninguno de los dos se movió y eso les permitió escuchar ruidos por delante de ellos. La mirada de lord Chester era inconfundible. Al momento se lanzó en persecución de Roy.

El duque había iniciado la carrera hasta llegar a un claro en el que se detuvo. Oteó el horizonte y distinguió un pequeño riachuelo de cristalinas aguas. Se acercó hasta el lugar para

beber y refrescarse sin tener en cuenta que, a pocos metros, lord Chester y sus hombres lo estaban siguiendo. Roy se arrodilló sobre la fresca y húmeda hierba para después introducir una mano en el agua y recoger un poco para llevársela a los labios. La sintió fría y reconfortante. Mientras bebía mantenía la mirada alerta. Por el rabillo del ojo controlaba el bosque y los posibles movimientos que se pudieran producir.

Lord Chester avistó el claro en el que Roy se encontraba bebiendo agua. Hizo una seña a sus hombres para que lo rodearan sin que se diera cuenta, mientras junto a MacDonald de Morar y otros dos hombres avanzaba decidido hacia Campbell. Él observó por el rabillo del ojo el movimiento que se estaba produciendo y, al momento, dedujo que lord Chester y sus hombres habían descubierto el engaño y trataban de rodearlo. Tanteó la *dirk* escondida en una bota y la pistola en la otra. Sonrió complacido al comprobar que seguían en su sitio a pesar de la carrera. Siguió simulando que bebía mientras no dejaba de controlar lo que sucedía alrededor. Se

levantó como si nada y comenzó a andar con paso firme y decidido hasta donde estaban apostados los dos hombres que lord Chester había enviado por delante. Entrecerró los ojos para vislumbrar el destello del cañón de un mosquete a su derecha y el de una pistola a su izquierda. Si actuaba con rapidez y determinación podría acabar con ambos. Volvió a tantear las armas escondidas en las botas. Con lentitud deslizó la *dirk* por la manga de la casaca hasta que quedó oculta en su interior. Sentía el tacto suave de la empuñadura de marfil y el contraste con la fría y afilada hoja doble. Su ventaja era la sorpresa. Los dos hombres no imaginaban que él ya los había visto y los había localizado. Cuando estuvo a cinco pasos de ellos se movió rápido corriendo mientras arrojaba la daga contra el hombre que quedaba a su izquierda. Lo sorprendió al tiempo que extraía su pistola y la disparaba contra el otro provocándole gritos de agonía. No sabían que un escocés poseía más recursos que un inglés acostumbrado a la lucha con mosquete. Los escoceses, y en especial los *highlanders*, acostumbraban a ir provistos de un

arsenal de *dirks*, dagas de doble filo, alguna pistola de chispa y hasta una pequeña espada conocida como la “viuda” porque su misión consistía precisamente en dejar a las mujeres en ese estado. Asimismo, estaban más acostumbrados que los ingleses a moverse por barrancos, bosques y malezas.

Roy se ocultó entre el espeso follaje mientras registraba a los hombres. Recuperó la *dirk* y los mosquetes de ambos.

—Ya no los necesitan—les dijo.

Luego emprendió el camino para aguardar más adelante al resto de hombres y a lord Chester.

* * *

Cuando Laimie volvió en sí, el carruaje estaba ya lejos del camino y oculto entre los árboles y la maleza del lugar. Con lentitud abrió los ojos y lo primero que vio fue el techo del coche. Parpadeó en repetidas ocasiones hasta que se acostumbró a la claridad que entraba por las ventanas. Estaba tumbada sobre uno de los asientos, cubierta con

una manta. Frunció el ceño en un intento por recordar lo último que había sucedido, y por qué se encontraba en aquella situación. Por unos breves instantes, su mente vagó por los recuerdos de momentos de intimidad junto a Roy en el granero y, al momento, sintió que el corazón le daba un vuelco. Repentinamente recordó lo sucedido después. Trató de incorporarse, pero un pinchazo en su costado la obligó a hacerlo despacio. Recordó que la herida se le había abierto probablemente debido a la tensión de los momentos vividos. El pulso se le aceleró al recordar que Roy la había enviado en el carruaje junto a Abigail, Alastair y el cochero lejos de lord Chester y sus hombres mientras él los distraía. Sintió la sangre hervirle en las venas al comprender que lo había hecho para salvarle la vida mientras la suya seguía corriendo peligro. Desde que había vuelto a verlo en Londres, Roy no había dejado de protegerla aun a costa de su reputación y su propia vida. Apretó los puños junto a los costados de la falda. Tras unos breves momentos en los que sopesó las opciones que

tenía, decidió incorporarse aguantando por el leve dolor de la herida. Consiguió abrir la puerta del carruaje y poner los pies sobre el suelo mientras el rostro se le contraía.

Cuando Alastair y Abigail notaron que la muchacha se había incorporado volvieron los rostros en dirección a ella. Abigail corrió hacia Laimie.

—Agradezco tu ayuda, pero no creas que soy una inválida.

—Pero la herida... —comenzó a decir la muchacha, sin comprender muy bien la actitud de la otra, que pretendía avanzar sola.

—No es nada. Estoy bien.

—Deberías descansar —le aconsejó Alastair caminando hacia ella con el gesto turbado—. Se te podría volver a abrir y...

—Ahora hay cosas más importantes que hacer que pensar en mi herida —les dijo.

—Estoy de acuerdo. Debo ponerlas a salvo —comentó Alastair mirándola.

—No, querido amigo.

—¿Cómo? —Al *highlander* lo

desconcertaron las palabras de Laimie.

—Roy —se limitó a decir mientras su mirada refulgía de emoción.

—¿No estará pensando...? —comenzó Abigail.

—No pienso dejarlo librado a su suerte mientras yo me pongo a salvo —les dijo con energía—. Está arriesgando su vida para que nosotros no corramos ningún peligro. De manera que sí —dijo con energía mirando a Abigail—, estoy pensando en volver al camino y tratar de encontrar a Roy. *La sombra de Escocia* ha regresado —dijo al tiempo que se recogía los cabellos en la nuca.

Durante unos breves segundos ninguno dijo nada. Se intercambiaron miradas de sorpresa, de comprensión, de rabia. Laimie tenía razón. Habían acatado las palabras de Roy. Habían decidido seguir viaje solos mientras él se las veía con lord Chester y sus hombres.

—Estoy de acuerdo con ir en su busca —dijo Abigail. Sus palabras rompieron el silencio—. Desde que nos conocimos no ha hecho otra cosa

que ayudarme. Es hora de que salde mi deuda con él —dijo paseando su mirada por los demás—. Además, será un honor colaborar con la famosa *Sombra de Escocia* —dijo con una sonrisa—. Cuento conmigo para lo que quiera —sentenció mirando a Laimie, que le devolvió la sonrisa complacida.

—A nosotros no nos hace falta que nos des otro sermón —intervino Alastair mirando al cochero—, nuestro *chieftain* nos necesita. De manera que, adelante, a pesar de que no sé si Roy lo aprobaría.

—Ahora no está aquí para decidirlo —le dijo de manera tajante. Luego, sonrió complacida por la decisión de sus compañeros de fatiga—. De manera que desenganchen los caballos. El carruaje llama mucho la atención.

Alastair y el cochero se encargaron de lo que había ordenado Laimie, mientras ella sentía el pulso palparle en las sienes a gran velocidad; estaba deseosa por entrar en acción. Cuando el tiro de los caballos estuvo desenganchado, cada uno se montó sobre su animal.

—¿Listos? —les preguntó mirándolos fijamente mientras sujetaba con mano firme las riendas y se olvidaba por completo de los pinchazos de la herida. Todos asintieron—. Entonces, en marcha. Será la última aventura de *La sombra de Escocia*.

Los cuatro jinetes emprendieron el camino de vuelta al lugar donde Roy se había separado de ellos.

* * *

Roy siguió avanzando por el bosque intentando encontrar algún refugio donde pudiera descansar por unos breves instantes. Sabía que lord Chester no dejaría de perseguirlo, pues, con seguridad, a esas alturas ya debía de estar enterado de la verdad acerca de *La sombra de Escocia*. Por otra parte, conocía a Albert Chester: durante cinco largos años había sido su compañero en el regimiento de dragones de Su Majestad, el rey Jorge. Era metódico, disciplinado, persistente en lograr un objetivo. Nunca dejaba una misión sin

completar y, con seguridad, esta tampoco la dejaría.

Roy intuía también que ya debía de saber de su relación con Laimie. Sin duda, no le habría hecho mucha gracia saberlo, puesto que él tenía un manifiesto interés en cortejarla. ¿Cómo reaccionaría si llegara a descubrir que ella era *La sombra de Escocia*? Sonrió mientras llegaba a un claro algo apartado al que cruzaba un camino de tierra. ¿Adónde conduciría? Roy echó un vistazo por encima del hombro en un intento por vislumbrar alguna señal de la presencia de sus perseguidores. Cuando se aseguró de que no había rastro de ellos, decidió sentarse sobre una roca para recuperar el aliento. La carrera lo obligaba a respirar más deprisa y sentía que el aire frío le quemaba los pulmones. Buscó el lugar más apropiado para una emboscada a lord Chester. Era la mejor solución. Desafiarlo de una vez por todas. Durante mucho tiempo había sentido la envidia y los celos de lord Chester porque Roy había ascendido en el escalafón militar siendo un escocés. Eso nunca se lo había perdonado pese a

que los había unido una gran amistad.

Roy se detuvo junto a un arroyo donde consiguió refrescarse y descansar unos momentos mientras echaba fugaces miradas a su entorno. Todo eran árboles y maleza en la que se podría ocultar a esperar a lord Chester. Por un instante, sus pensamientos volvieron a Laimie. ¿Habría logrado burlar a los perseguidores? Seguro que sí. Le confiaría su propia vida a Alastair y estaba convencido de que no la perdería. Sonrió al tiempo que se acariciaba el mentón y un aroma conocido lo devolvió a sus momentos en compañía de Laimie. ¿Podría ser verdad que entre ellos todo hubiera vuelto a ser como tiempo atrás? Decidió seguir camino; se incorporó y sintió el frío aliento de la muerte en la nuca.

El cañón de una pistola lo apuntaba. Roy giró lentamente y lo contempló en silencio y sin mover un solo músculo. Intentó deslizar el nudo que acababa de formársele en la garganta, pero no tuvo fuerzas suficientes para hacerlo. De manera que prefirió centrarse en saber quién se encontraba al extremo del arma. Su mirada recorrió con lentitud

el brazo hasta llegar al pétreo rostro de su amigo Albert Chester, que lo miraba con frialdad. Ambos se contemplaron sin que ninguno de los dos pareciera dispuesto a bajar la mirada. La de Chester era fría, dura y cortante como el filo de una espada. La de Roy era firme y segura como una roca. No parpadeaba, sino que, por el rabillo de los ojos, controlaba los movimientos de los demás hombres. Atisbó un pequeño esbozo de sonrisa mientras tiraba hacia atrás del percutor de su arma. Roy se humedeció los labios e intentó recordar dónde había colocado sus armas, pero lord Chester lo notó.

—Ni se te ocurra, lamentaría tener que dispararte —le dijo en un susurro apenas audible.

—Apuesto a que lo harías encantado —le contestó con una media sonrisa.

—Tienes un mal concepto de mí, Roy. Aunque estos hombres son testigos de que si me viera en la necesidad de hacerlo...

—¿Estarías dispuesto a asesinar a sangre fría al duque de Argyll? ¿Al representante de Escocia en Inglaterra? ¿A un oficial del ejército de Su

Majestad?

—Cállate —lo interrumpió elevando la voz como un trueno en mitad de la tormenta—. También podría decir que acabé con la famosa, mítica y legendaria *Sombra de Escocia*, ¿no? —preguntó.

Roy inclinó la cabeza.

—Tus ansias por atrapar a ese mítico personaje, como tú lo has llamado, te están cegando.

—¿Niegas ser *La sombra de Escocia*? —le preguntó enarcando una ceja.

Roy sonrió divertido con aquel juego. Jugar al gato y al ratón con lord Chester le proporcionaría tiempo a Laimie para huir. De manera que debía aprovecharse. Trató de moverse, pero lord Chester esgrimió con mayor decisión el arma.

—Solo me estoy poniendo un poco más cómodo. ¿Puedo hacerlo sin que me dispires? —le preguntó Roy con un tono jocoso.

—Pero pon tus manos lejos de tus armas. Sé cómo se comporta un escocés —le advirtió.

—De manera que se trata de eso —susurró en un tono lo suficientemente alto como para que todos lo escucharan.

—¿De qué hablas? —le preguntó frunciendo el ceño mientras la pistola seguía apuntándolo.

—De que en realidad lo que te importa es desprestigiarme a ojos del gobierno y del rey. De eso se trata —le dijo mientras se sacudía algunas briznas de hierba que habían quedado adheridas a la chaqueta y los pantalones—. Nunca soportaste que yo fuera ascendido a oficial del cuerpo de dragones a caballo mientras tú quedabas relegado a ser subordinado mío. ¡Qué ironía! —exclamó entre risas—. Tú, subordinado a un escocés.

—No se trata de eso. Si no más bien de que tú eres *La sombra de Escocia* —le dijo entre dientes mientras daba un paso al frente para encarársele—. Siempre he sospechado de ti. Nunca creí que fueras un leal defensor y servidor del rey Jorge. En el fondo, eres un espía del Estuardo que ha estado conspirando para traerlo de regreso.

Roy sonrió ante aquellas acusaciones. Luego

estalló en una sonora carcajada mientras contemplaba cómo el rostro de lord Chester se contraía.

—En verdad, eres único inventando historias, Albert.

—¿Acaso lo niegas? —le preguntó enfurecido por el comportamiento de Roy.

—Totalmente —le respondió lanzándole una mirada fría y cortante que heló la sangre de lord Chester—. No soy *La sombra de Escocia* y, para que me dejes en paz, voy a demostrártelo —le dijo mientras se desabotonaba la camisa—. Dijiste que la habían herido en el costado. Pues bien. Compruébalo tú mismo —le dijo y exhibió su torso sin ninguna herida—. ¿Satisfecho? —le preguntó mientras giraba para que todos los hombres comprobaran que no mentía.

Lord Chester mudó el semblante ante semejante evidencia. Acababa de quedar como un auténtico estúpido delante de sus hombres. Se sintió invadido de una furia aún mayor que la que tenía y que le nublaba los sentidos. Había sido ridiculizado como en otras tantas ocasiones por

Roy Campbell. Sin embargo, no todo estaba perdido, puesto que, si él no era *La sombra de Escocia*, con seguridad sabría su identidad. La persona que viajaba en el carruaje. Alentado por esta nueva perspectiva, retomó sus ataques hacia él.

—Entonces, si tú no eres *La sombra de Escocia*, ¿negarás que viajaba en el carruaje que estabas escoltando?

Roy lo miró atónito por aquellas palabras. Quedaba claro que no iba a darse por vencido hasta que no tuviera a aquel personaje de leyenda en sus manos.

—*La sombra de Escocia* no iba en ese carruaje.

—Entonces ¿quién iba, si puede saberse?

Roy lo miró fijamente.

—Mi prometida —le respondió de manera resuelta.

Aquellas palabras tomaron por sorpresa a lord Chester, así como a MacDonald de Morar, que hasta entonces había permanecido apartado. Cuando Roy se percató de su presencia,

comprendió finalmente que él era el traidor a la causa de los clanes leales al Estuardo. El hombre que había vendido a Laimie y que había provocado que la hirieran. La sangre se le calentó en las venas y, de no haber estado rodeado y apuntado por la pistola de lord Chester, lo habría agarrado con las manos y lo habría estrangulado allí mismo. Pero decidió ganar más tiempo divirtiéndose a costa de él.

—Celebro verlo, MacDonald de Morar. No sabía que fuese partidario de los ingleses.

—No deseo ver al Estuardo en el trono, eso es todo —le respondió con desprecio mientras le sostenía la mirada.

—No hace falta pasarse al otro bando para ello. Basta con mantenerse neutral.

—¿Cómo tú, Roy? —le deslizó.

—¿Yo? —repitió el duque sorprendido.

—Sí, como dice lord Chester, no creo que hayas sido un fiel servidor del rey Jorge.

—Poco o nada me importa lo que creas —le dijo con un tono duro y frío.

—Está bien —intervino lord Chester

mediando entre ambos—. Ibas a decirnos quién es tu prometida. La persona que viajaba en el carruaje.

Roy sonrió burlón mientras entrecerraba los ojos.

—La señorita Murray —respondió midiendo el impacto de esas palabras en los dos hombres.

—¿La señorita Murray?

Lord Chester palideció. A pesar de que los había visto juntos no podía creerlo del todo y dijo:

—No creo que la señorita Murray fuera en ese carruaje, puesto que ha desaparecido de su casa. Aunque, si es verdad lo que dices, podría acusarte de raptó —le espetó apretando con fuerza el gatillo de la pistola que esgrimía delante de Roy.

Aquellas palabras provocaron unas sonoras carcajadas en Roy, que no podía creer que lord Chester estuviera hablando en serio.

—En verdad que te superas, Albert.

—¿También vas a negarlo?

—Lo negaré todas las veces que me lo preguntes —le dijo con voz serena—. Ella vino

conmigo por propia voluntad. Te podría contar muchas cosas acerca de Laimie, pero ahora no es el momento —le dijo caminando lejos de él hasta que escuchó el sonido del percutor de la pistola y se detuvo—. ¿Vas a matarme por la espalda? —Volvió el rostro por encima del hombro para mirar a lord Chester que lo encañonaba con una mirada cargada de odio. No solo le había arrebatado su gloria en el ejército, sino también a la mujer que deseaba.

* * *

El grupo comandado por Laimie cabalgaba a gran velocidad por el camino que conducía hacia el bosque por el que se había perdido Roy. Siguieron sus huellas en la medida de lo posible hasta que dejaron de ser visibles. Laimie iba al frente del grupo fustigando a su montura como si en ello le fuese su vida. Pero era cierto. Su vida corría peligro. Ahora que por fin había conseguido recuperar a Roy, que había conseguido que todo se aclarara y que había conseguido vencer su

estúpido orgullo escocés, no estaba dispuesta a perderlo para siempre. No consentiría que se sacrificara por ella.

“Puedo soportar cualquier castigo si sé que tú estás a salvo.”

Aquellas palabras se le habían quedado grabadas a fuego en la mente y en el corazón. Pero tenía que impedir que ello sucediera. No quería que ese mensaje permaneciera en ella toda la vida. No, gritó en su mente. Quería que Roy le enseñara los *glens* junto al lago Carron; volver a contemplar las puestas de sol en las tierras de Argyll; escuchar las cantarinas aguas del Forth y que el olor a brezo fresco la envolviera como cuando él la rodeaba con sus brazos y la derribaba sobre el mullido y verde césped que, como una alfombra, se extendía por todo el valle. Quería que él la mirara como solía hacerlo: con cariño, con ternura, con devoción. Que sus ojos le dijeran que ella era la única, verse reflejada en ellos. Pasar las noches asomados al balcón de su residencia de Inveraray mientras los gaiteros tocaban melodías románticas para ellos. Y la luna, dueña y señora de

la noche, los contemplaría con envidia arrojando su haz de luz sobre ellos.

Por eso cabalgaba hacia él. Para poder volver a vivir esos momentos tan intensos que ella había conocido. Sentía el corazón martillándole en el interior del pecho con tal violencia que parecía querer salirse. La sangre le corría por las venas como si se tratara de una serpiente enloquecida que buscaba salida. Sintió los ojos vidriosos mientras pensó que llegaría tarde y que el destino la castigaría por la soberbia de tiempo atrás.

Detuvo el caballo al comprobar que las huellas se confundían con las de otros jinetes. Tiró de las riendas controlando al animal y, de un ágil salto, desmontó para poner pie a tierra para sorpresa de sus tres compañeros de aventura. Abigail se quedó sorprendida al verla actuar de aquella manera tan decidida y tan ágil para una mujer, por lo que Alastair le explicó la situación.

—Es normal en ella; es la sobrina de la mano derecha de Carlos Estuardo.

Abigail no lo comprendió, pues había estado muchos años lejos de Inglaterra, pero le fascinó la

manera de comportarse de Laimie.

—Al parecer, las huellas se acaban aquí. Varios hombres han desmontado y se han adentrado en el bosque —les dijo señalando con la mano en la dirección en la que se perdía las pisadas.

—¿Crees que Roy es uno de ellos? —le preguntó Alastair.

—Estoy segura —respondió de manera firme mientras se incorporaba.

—Entonces, no se hable más —terció Alastair y se apeó del caballo. Después, giró hacia Abigail para ayudarla a desmontar, pero, para su sorpresa y desilusión, ella ya lo había hecho.

—Debemos tener cuidado —advirtió Laimie y giró hacia sus tres compañeros—. Por cierto, ¿saben dónde nos encontramos? —preguntó.

Fue el cochero el que respondió muy seguro.

—Cerca de Wakefield. A media jornada de la frontera.

—¿Piensas que Roy se ha dirigido hacia allí? —le preguntó Alastair.

Ella permanecía en silencio perdida en sus

pensamientos. Tenía miedo de que algo malo le hubiera sucedido a Roy. Un mal presentimiento le oprimía el pecho. Apretó los puños con rabia mientras los dejaba caer a los costados.

—No.

—¿Entonces?

—No lo sé, pero tengo un mal presentimiento.

Algo aquí dentro me dice que corre un grave peligro —les dijo llevando su mano hasta el lado izquierdo del pecho mientras su mirada se llenaba de preocupación—. Será mejor que nos pongamos en marcha —les dijo y se adentró en el bosque dispuesta a todo con tal de encontrar a Roy.

* * *

Roy cabalgaba al lado de su captor escoltado por un hombre delante y otro detrás. Lord Chester había mandado a ir en busca de los caballos que habían quedado atados no lejos del lugar donde habían sorprendido a Campbell. Su semblante era tranquilo, como si no lo preocupara lo más mínimo la situación. Su mente estaba muy lejos de aquel

sitio. Era como si hubiera conseguido abandonar el cuerpo y volar junto a la persona que ocupaba por entero sus pensamientos. A esas horas, Laimie y el resto deberían de estar cerca de la frontera. Una vez que la hubieran cruzado, nada ni nadie podría detenerlos. Lo que le preocupaba era no saber cuándo podría volver a ver a su amada, abrazarla, acariciarle el cuerpo con las manos y perderse en su resplandeciente mirada. El destino era cruel e injusto con ellos. Ahora que por fin habían conseguido dejar apartado y olvidado el pasado, una nueva traba se levantaba entre ellos. No obstante, Roy sonreía satisfecho porque había conseguido desviar la atención de lord Chester hacia él mismo en lugar de ella, lo que le brindaría a Laimie el tiempo necesario para ponerse a salvo.

—¿Dónde está la señorita Murray? —le preguntó lord Chester de repente sacando a Roy de sus pensamientos.

—¿Por qué quieres saberlo? —le preguntó resoplando.

—Porque estoy convencido de que te la llevaste por la fuerza de su casa. —Se mostraba

convencido.

—Pues crees mal —le dijo sin molestarse en mirarlo.

—Y, dime, ¿qué clase de relación hay entre ustedes dos? Que yo sepa, se conocieron en casa de los Hampton.

Los recuerdos de aquella mágica noche inundaron la mente de Roy como un río desbordado.

—Eso es algo que nunca sabrás.

—La señorita Murray y Campbell estuvieron comprometidos —reveló MacDonald de Morar y logró captar la atención de ambos.

A Roy se le heló la sangre. “¡Maldito bastardo! ¡Espera a que te ponga las manos encima!”, protestó mentalmente mientras rechinaba los dientes y miraba a MacDonald de Morar como si acabara de perdonarle la vida.

—¿Es cierto lo que cuenta? —inquirió lord Chester desafiando con la mirada al reo, que parecía no tener intención de decir nada más—. ¡Habla!

—¿Qué importancia puede tener para ti? —le

preguntó.

—La tiene y punto —le respondió tirándole del brazo para que lo mirara a la cara—. ¿Qué hay de cierto en lo que dice MacDonald?

—Sí, vamos, Roy, ¿por qué no le cuentas cómo te dejó plantado días antes de la boda? —le sugirió MacDonald entre risas.

—¿Es eso cierto? —le preguntó lord Chester—. ¿Rompió el compromiso?

—Qué más da ya —lo interrumpió Roy sin darle importancia.

—De manera que es cierto —murmuró sin poder dar crédito a sus palabras.

—Todos los clanes fuimos testigos —señaló MacDonald regocijándose con el mal trago que Roy estaba pasando.

—¿No tienes nada que decir? —indagó lord Chester asombrado por el giro que acababa de dar la situación.

—¿Para qué? Todo ha quedado claro gracias a este estúpido —le dijo mirando con desprecio a MacDonald de Morar, que sonreía complacido por haberse reído del gran duque de Argyll.

—Entonces fue ella a quien vi. Ahora estoy seguro.

—¿Qué más te da?

—Sí es así, no comprendo por qué ordenaste al carruaje que se marchara al galope. A no ser que... —Lord Chester se quedó pensativo durante unos segundos mientras cavilaba la posibilidad de que estuvieran ocultando algo—. ¿Tiene ella algo que ver con *La sombra de Escocia*? —le preguntó. El rostro de Roy no reveló ningún sentimiento. Se mantuvo frío, sereno, controlando la respiración y las ansias de acabar con aquel par de canallas de una vez por todas—. Ya veo. Prefieres sacrificarte a delatar a un traidor. Ello te convierte en cómplice y traidor a la Corona. Lo sabes, ¿no?

—Yo solo veo que estás ansioso por ponerme delante del juez.

—Solo tienes dos opciones, así de sencillo.

—Te equivocas —le espetó mientras volvía la mirada al frente tras lanzar un vistazo a lord Chester.

El hombre tenía el semblante perplejo por lo que acababa de escuchar.

—¿Puedes ilustrarme? Creo que estoy algo confundido.

—Siempre puedo escaparme —le respondió con seriedad y provocó un sobresalto en lord Chester, que lo miraba con recelo.

—Si lo intentas...

—Déjemelo a mí —le sugirió MacDonald ofreciéndose gustosamente para asesinar a sangre fría al duque de Argyll.

—¿Acabarás conmigo de un disparo por la espalda? Sí, seguro, pero nunca tendrás lo que más ansías —le recordó.

—¿Qué es lo más ansío según tú?

—A *La sombra de Escocia* —le respondió saboreando cada una de las palabras, disfrutando del enorme placer que esa pequeña ventaja le producía sobre su rival.

—Luego, conoces su verdadera identidad.

—Podría ser.

—Dímela y te dejaré marchar junto a la señorita Murray, Roy.

Él sonrió al tiempo que sacudía la cabeza dándole a entender a lord Chester que no le creía.

Lo único que quería era ganar tiempo para que Laimie se alejara. Solo eso. No le importaba lo que lord Chester pudiera hacer con él.

—¿Me tomas el pelo, Albert? —le preguntó con una mueca de disgusto.

—¿Qué te hace pensar que no cumpliré mi palabra? —inquirió molesto por el tono de Roy.

—Dunblane —le respondió con el rictus serio y la mandíbula apretada mientras la mirada le centelleaba. Lord Chester palideció cuando escuchó el nombre de la localidad cercana a Stirling. Cerró las manos con fuerza en torno a las bridas de la montura y miró con desprecio a Roy —. Vaya, parece ser que he logrado captar tu atención.

—Cumplía órdenes y...

—¿Órdenes? —repitió contrariado Roy—. ¿Tenías la orden de arrasar el pueblo y a sus habitantes sin pensar si eran rebeldes o no? Aquello fue una masacre, y tú la llevaste a cabo — le espetó.

—No fue culpa mía. Te repito que...

—No hace falta que intentes justificarte; ese

episodio pertenece al pasado.

Lord Chester lo contempló en silencio durante unos segundos mientras en su interior se desataba una tormenta y, de no haber sido por el jinete que apareció delante de ellos, apostaba a que habría matado allí mismo a Roy.

El hombre montaba sobre un caballo negro e iba vestido con elegancia. Se detuvo a la altura de lord Chester y de Roy a quienes saludó de manera respetuosa. Debía de tratarse de alguna persona de postín de los alrededores a juzgar por la vestimenta.

—Disculpe, ¿estamos cerca de algún lugar donde podamos descansar? —preguntó lord Chester de manera cordial.

—Vaya, veo que no son de por aquí.

—Cierto, venimos de Stoke-on-Trent, andamos buscando un lugar para reponer fuerzas. ¿Conoce algún sitio?

—A escasas leguas, en aquella dirección, está el pueblo de Wakefield —les dijo señalando hacia el lugar donde debían dirigirse—. Allí podrán descansar.

—Se lo agradecemos; que tenga buen viaje
—le dijo lord Chester inclinándose con respeto.

El hombre prosiguió su camino. Lord Chester, Roy y los demás hombres continuaron el suyo hasta Wakefield.

* * *

Laimie avanzaba con cuidado entre la maleza del bosque; temía delatar su presencia si pisaba por algún sitio en el que no debía. Se agachaba para mantenerse oculta ante los ojos vigilantes de los hombres de lord Chester. Con cada paso que daba, su angustia por saber de Roy se acrecentaba y se volvía más y más intensa. Quería correr junto a él, pero también sabía que debía ser paciente. Sin embargo, cuando llegó al sitio en el que yacían los cadáveres de los dos soldados ingleses, ahogó un grito al imaginar lo que podría haberle sucedido a él. Alastair se inclinó sobre los cuerpos para comprobar si aún seguían con vida. Una rápida mirada al semblante de ambos le indicó que no era así.

—Roy —murmuró ella llevándose una mano a los labios. Sintió que las piernas le flaqueaban con solo imaginar que él...

—Aquí hay un rastro de pisadas —señaló Alastair captando la atención del resto de los compañeros—. Sin dudas, Roy siguió la marcha.

—Entonces no perdamos más tiempo; podría estar herido —sugirió Laimie y reinició la marcha.

—Lo dudo; no hay rastros de sangre —le dijo Alastair tratando de tranquilizarla.

La sola idea de que le hubiera sucedido algo la hacía avanzar más lento de lo que quería. Presa de una enorme agitación, se adentró en la espesura del bosque en busca de Roy. No permitiría que nada ni nadie se lo arrebatara.

Continuaron avanzando hasta salir del bosque y entrever un arroyo cuyas aguas emitían una bella melodía. Con lentitud encaminaron sus pasos hacia un objeto que emitía un destello por los rayos del sol. Laimie se apresuró y, cuando reconoció las armas de Roy, se quedó paralizada. Allí sobre una roca descansaban una *dirk* y dos mosquetes que, según presumía, habrían pertenecido a los hombres

que yacían muertos en mitad del bosque. Alastair tomó la daga para comprobar si realmente era la de Roy y, tras un breve examen, asintió complacido mientras se la tendía a la muchacha, que la contempló conmovida.

—No hay duda alguna: es de Roy. Lleva grabado el escudo de los Campbell.

Laimie se balanceó con suavidad hacia atrás y, de no haber sido por la rápida intervención de Abigail, con seguridad se hubiese desmayado allí mismo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó la muchacha mirándola con fijeza. La tez se le había vuelto más blanca y los ojos parecían brillarle más de lo normal.

—Sí, solo ha sido un leve vahído. No tiene importancia.

—No debería forzar tanto la marcha. Se le podría abrir de nuevo la herida.

—Agradezco tu preocupación —le dijo con un tono cargado de emotividad mientras presionaba la mano contra el brazo de Abigail—, pero ya estoy bien. Debemos seguir la marcha

hasta dar con Roy.

—Me temo que no tengo buenas noticias para ti, Laimie —le informó Alastair tras regresar junto a las muchachas.

Ella se irguió dispuesta a soportar lo que Alastair tuviera que decirle. Se aferró al brazo de Abigail hasta casi clavarle las uñas mientras el corazón le latía desbocado. Miró al hombre a la cara tratando de adivinar si Roy estaba herido o muerto.

—Hay huellas de caballos más adelante que me dan que pensar.

—¿Qué crees que puede haberle sucedido? —le preguntó sintiendo que por primera vez la voz le temblaba y que las lágrimas amenazaban con inundarle los ojos.

—Creo que lord Chester ha encontrado a Roy.

Laimie se sintió aliviada al escuchar aquellas palabras. Eso significaba que, al menos Roy, no estaba muerto, sino vivo. Vivo. Aquella noticia le insufló las fuerzas necesarias para continuar.

Hacía unos minutos que habían retomado la

marcha cuando en el camino se cruzaron con el mismo hombre a caballo con el que lord Chester y Roy se habían encontrado.

—¿Ha visto a un grupo de hombres a caballo? —le preguntó Alastair.

—Ya lo creo. ¿Por qué quieren saberlo? —les preguntó con recelo.

—El carruaje se nos estropeó y les hemos perdido el rastro.

El hombre siguió mirándolos mientras se preguntaba quiénes serían aquellos hombres y por qué los seguían.

—Iban en dirección a Wakefield.

—¿Queda lejos? —intervino Laimie esperanzada por recibir noticias de Roy.

—Poco más de una hora a caballo.

—Gracias —dijo.

El hombre saludó con la mano llevándosela hasta el ala del sombrero y siguió camino.

Ella se volvió hacia el cochero.

—Ve al camino y trae los caballos, pronto.

—Al menos sabemos hacia dónde van —comentó esperanzada.

—¿Pretendes aparecer en Wakefield así sin más? —le preguntó Alastair recelando de lo que Laimie tuviera en mente.

—No, yo no —dijo enigmática mientras los ojos le centelleaban—. Es un trabajo para *La sombra de Escocia*.

* * *

El pueblo de Wakefield, al que lord Chester y sus hombres condujeron a Roy, se encontraba a escasa media jornada de la frontera. Había sido una verdadera lástima, pensaba Roy, no haber podido continuar un poco más y verse liberado sus captores. Pero al menos le quedaba el consuelo de que todas sus argucias habían servido para permitir a Alastair conducir a Laimie hasta Escocia y ponerla a salvo. Ahora quedaba liberarse de lord Chester y sus hombres, algo que debía analizar y meditar.

Llegaron a la posada más amplia y de mejor aspecto de la localidad. Allí, lord Chester pidió alojamiento para él y sus hombres. No le quitaba

los ojos de encima a Roy: no se fiaba de él; lo conocía lo suficiente como para saber que podía intentar escapar.

—No me gustaría tener que volarte la tapa de los sesos. Aunque, por otra parte, si intentas huir...

—No fue necesario que completara la frase; sus deseos estaban manifiestos. Quería acabar con él por haberle arrebatado su rango en el ejército, pero sobre todo por haberle arrebatado la posibilidad de conquistar a Laimie.

—No voy a darte la satisfacción, tenlo presente —le espetó mirándolo con furia mientras se encaraba con él—. Quiero ver cómo haces el ridículo delante de todo el gobierno cuando me acuses de conspirar contra la Corona.

—No creo que ese vaya a ser el caso, puesto que...

—No tienes nada y lo sabes, Albert —lo interrumpió mirándolo con los ojos entrecerrados—. Tú y yo sabemos que todo esto es un montaje para vengarte de mí.

—No sé a qué te refieres. Pero si es verdad que quieres que retire mi acusación y no te

conduzca hasta Londres... —Lord Chester se detuvo para saborear el momento—... dime quién es en verdad *La sombra de Escocia*. Es muy sencillo.

Roy sacudió la cabeza una vez más, incapaz de creer que pudiera ser tan obstinado.

—No tengo ni idea de quién es.

—Entonces está muy claro —le dijo paseando su mirada de los pies a la cabeza—. *La sombra de Escocia* está delante de mí.

—Nunca lo conseguirás —le susurró.

—Claro que lo conseguiré. ¿Qué apostamos?

* * *

—¿Tenemos dinero? —preguntó Laimie a Alastair mientras se acercaban a Wakefield.

—Por supuesto —asintió el hombre mostrando una bolsa repleta de monedas que tintineaban.

—Entonces no perdamos más tiempo. Busquen un alojamiento para los cuatro. Que sea algo apartado del centro del pueblo. No queremos

que lord Chester nos reconozca.

—¿Y tú? ¿Qué piensas hacer? —le preguntó Abigail.

—Pronto lo verás. Préstame tu pañuelo.

—Claro. —Abigail desanudó el que llevaba alrededor del cuello y se lo tendió a Laimie.

Ella se lo ató alrededor de la cabeza para ocultar la cabellera. Luego se agachó y se embadurnó las manos con barro que extendió sobre la cara, lo que le confirió un aspecto desaliñado y sucio.

—Tu chaqueta —le dijo solicitándosela al cochero—. Y tú, Alastair, préstame un par de monedas.

El escocés la contempló asombrado por el cambio. Se había despojado de los anillos y los pendientes, y se los había entregado a Abigail. Alastair le entregó el dinero mientras la contemplaba con el ceño fruncido.

—Vayan a registrarse en alguna posada y vuelvan aquí. Ah, y consíganme tinta y papel.

Con una amplia sonrisa, caminó hacia una herrería, en donde había un hombre que golpeaba

con fuerza sobre una yunque. Al verla acercarse, le lanzó una mirada de arriba abajo.

—Buenos días —le dijo a modo de saludo para captar su atención. Laimie caminaba con dificultad para hacer más creíble su papel. Se acercó hasta la fragua curioseando aquí y allá bajo la atenta mirada del hombre, que había dejado de golpear con el martillo.

—¿Qué quiere? —le preguntó extrañado por su comportamiento.

—Descansar un poco. Vengo caminando a través del bosque y necesito dar reposo a mis pies —le dijo mientras se sentaba sobre un banquito de madera.

El herrero volvió a su trabajo mientras no dejaba de mirarla a través del rabillo del ojo.

—¿Quién es? Nunca la he visto por aquí —le comentó con voz grave.

—Bueno... la verdad es que no soy de Wakefield.

—Tiene un acento extraño. ¿Es del norte? —le preguntó mientras introducía el hierro en agua.

—Veo que tiene buen oído. Sí, es verdad.

Vengo de la frontera.

—¿A pie? —exclamó el hombre sin llegar a creer que fuera cierto.

—Bueno, solo desde que mi alazán se quedó sin fuerzas. Luego me encontré con un grupo de hombres a caballo que venían en esta dirección, pero no quisieron ayudarme —le dijo bajando la mirada hasta las manos, pero atenta a la respuesta del herrero.

—Oh, sí. Sin duda se está refiriendo a un grupo que llegó hace algunas horas.

—Sí, con seguridad. Un tipo muy fino y elegante junto a otros más sencillos —asintió Laimie.

—Esos mismos —señaló el hombre apuntando el martillo hacia ella.

—Lo cierto es que no me gustaría encontrármelos otra vez. Fueron muy descorteses conmigo —susurró mientras controlaba de reojo cada movimiento y cada gesto del hombre.

—Eso es sencillo: no pise la posada de Deacon. Creo que se han alojado allí.

—¿Sabe si con ellos viajaba un hombre

joven, alto y ancho de espaldas?

—¿Acaso tiene alguna cuenta pendiente con él?

Laimie mostró una moneda de plata que brilló delante de los ojos del herrero.

—Dígame lo que quiero saber, y es suya —le aseguró.

—Uno de los hombres era como usted describe. Además, el tipo refinado no se apartaba de él y juraría que lo apuntaba con una pistola.

Inspiró hondo para serenarse. No quería que el herrero hiciera más preguntas indiscretas, de manera que arrojó por el aire la moneda lo suficientemente lejos del hombre como para que se entretuviera buscándola el tiempo justo para desaparecer de allí. Cuando el hombre la encontró y se volvió hacia ella, la extraña mujer no estaba. La buscó durante algunos minutos, pero no había dejado rastro. Aunque sabía que no lo había imaginado, pues la moneda era de verdad.

* * *

Laimie se reunió con el cochero pocos minutos después.

—¿Dónde están Alastair y Abigail?

—En la posada, como dijo.

—Llévame hasta ellos.

El cochero la condujo por las calles de la ciudad hasta la posada. El dueño no hizo preguntas cuando Laimie depositó sobre el mostrador una moneda de plata. Luego ascendió el tramo de escaleras hasta una de las habitaciones. Llamó a la puerta y, al momento, Alastair apareció en el umbral para ceder el paso a Laimie y al cochero.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó con impaciencia.

—Lord Chester tiene a Roy en la posada de Deacon —explicó al tiempo que se despojaba del pañuelo—. ¿Tienen la tinta y el papel? —les preguntó mientras se sentaba a la mesa.

—Aquí tienes. Pero ¿qué diablos...?

—Pronto lo sabrás, Alastair.

Comenzó a garabatear sobre un pliego de papel. Cuando estuvo satisfecha con el resultado, sonrió al imaginar la cara que pondría lord

Chester cuando descubriera la verdad. A continuación, redactó un segundo mensaje.

—No sabía que supieses escribir —le comentó Abigail con entusiasmo.

—Mi padre me enseñó. Quería que fuera una muchacha instruida —le dijo.

—¿Podrías enseñarme cuando todo esto acabe? —le pidió llena de humildad.

—Claro. Te enseñaré a escribir y a leer —le dijo mientras le regalaba una dulce sonrisa—. Y ahora —dijo mientras untaba un dedo en la tinta y se lo llevaba a los dientes ante la sorpresa de todos—. Ya está —dijo exhibiendo su ahora negra dentadura—. Díganme: ¿los conoce lord Chester? —se dirigió a Alastair y al cochero.

—Nunca lo he visto —respondió el primero.

—No, no lo creo —respondió el cochero.

—Necesito que vayan a la posada de Deacon y entreguen esta carta a ese inglés. Lo reconocerán porque seguramente no se despegue de Roy.

—Pero ¿qué harás con él? ¿Y si nos retiene y nos hace preguntas? —preguntó Alastair.

—No se preocupen. Digan que yo se la

entregué.

—¿Tú?

—Una pordiosera. En la carta lo cito en un lugar alejado de la posada —dijo sonriendo—. Abigail, necesito que hagas lo siguiente. Pero, antes, acércame esas flores.

* * *

A la hora de la comida, la taberna estaba en su apogeo. La gente acudía a tomar una jarra de cerveza o bien a degustar la comida de la dueña. En ese momento, lord Chester y Roy permanecían sentados a la mesa mientras comían. Cerca de ellos, MacDonald de Morar y el resto de los hombres comían en silencio mientras se miraban entre sí.

En ese preciso instante, la puerta se abrió para dejar paso a unos hombres a los que Roy reconoció no bien cruzaron el umbral. Aquel hecho lo sobresaltó. ¿Qué hacían Alastair y el cochero allí? ¿Y Laimie? Comenzó a pasear la mirada a uno y otro lado del salón como si intentara

reconocerla en alguno de los comensales. Pero no había rastro de ella. Volvió a centrarse en su plato de comida con el firme propósito de no llamar la atención de su captor.

—¿Te ocurre algo? ¿No te gusta el guiso? — Lord Chester notó la inquietud de Roy—. ¿Has visto un fantasma? No, mejor, ¿has visto a *La sombra de Escocia*? —le preguntó burlándose de él.

Roy sacudió la cabeza y volvió a centrar la atención en la comida.

Alastair y el cochero se acercaron hasta el inglés.

—Discúlpeme, señor, pero una joven me ha pedido que le entregue esta nota —lo interrumpió el cochero mientras le extendía el trozo de papel.

Lord Chester lo miró con recelo: no comprendía a qué venía aquello. Tomó el papel doblado y lanzó una mirada a Roy por si él tenía algo que ver.

Desdobló la nota y leyó con rapidez. El mensaje captó su atención y se la mostró al cochero.

—¿Dónde está? —inquirió mirando al mensajero.

—Lo espera junto a la herrería.

En ese mismo instante, la puerta de la taberna se volvió a abrir y una mujer de aspecto desaliñado con un cesto de flores secas colgado del brazo hizo acto de presencia. Iba enfundada en ropas sucias y gastadas. Exhibía un rostro renegrado y los cabellos que escapaban del pañuelo que llevaba sobre la cabeza parecían no haber sido peinados nunca y, mucho menos, haber sido lavados. Sonrió cuando pasó a su lado mostrando una hilera de dientes sucios.

—Apártate —le dijo lord Chester.

—Déjala. No te ha hecho nada —intervino Roy.

—¿También quieres proteger a mujeres harapientas? —le preguntó sin ocultar su burla—. MacDonald, vigílate. Tengo una cita.

Roy lo miró con fiereza y, de haberse encontrado en otra situación, lo habría derribado de un solo golpe. Se volvió hacia la muchacha, que apartó la mirada de Roy para que no la

reconociera. MacDonald de Morar se acercó hasta ella.

—Ven aquí, muchacha, yo no te trataré mal — le dijo entre risas.

—¡Déjala en paz! —gritó Alastair desde la barra—. ¿No ves que es una pobre pordiosera?

—¡Sí! ¿Por qué no te metes con alguien de tu clase? —exclamó el cochero mirando a MacDonald como si fuera a partirlo por la mitad.

—Pero tú eres... —Las palabras se le quedaron ahogadas en la garganta cuando sintió la punta de una *dirk* en el costado.

—Una sola palabra más... —le advirtió Alastair—. Ahora vas a tomar a Roy y lo vas a sacar de aquí. Y, si alguno de los hombres dice algo, les respondes que tú estás a cargo. ¿Entendido?

MacDonald asintió sin pronunciar una sola palabra.

Roy miró a sus hombres y se incorporó dispuesto a seguir las órdenes. Juntos emprendieron el camino hacia la calle cuando la voz de uno de los hombres del inglés los detuvo.

—¿A dónde vas, MacDonald?

—No te preocupes. Yo estoy a cargo. Lord Chester me ha pedido que lo lleve afuera.

El hombre pareció quedarse tranquilo; se encogió de hombros y siguió bebiendo. La cuadrilla abandonó la posada sin ningún problema.

* * *

Lord Chester caminaba raudo hacia la herrería. Sentía el pulso acelerado por la tensión y la emoción. Alguien iba a delatar por fin a *La sombra de Escocia*. Se acercó hasta el herrero que, al verlo, sonrió.

—¿Ha visto a una joven? —le preguntó mirando en todas direcciones.

—Ah, sí. Me dijo que usted vendría —comenzó mientras se volvía y le daba la espalda como si estuviera buscando algo.

Lord Chester trataba de mirar por encima del hombro del hombre intentando averiguar qué estaba pasando. Al cabo de unos segundos, se volvió hacia él con una nota. Lo contempló sin

decir nada. La tomó en sus manos y miró al herrero como si esperara que él supiera algo más, pero el hombre siguió haciendo su trabajo. Lord Chester procedió leyó el papelucho. La furia lo invadió. Apretó los dientes al tiempo que con la mano arrugó la nota.

—¿Quién le dio esto? —le preguntó al herrero esgrimiendo ante su rostro el papel.

—Una joven sucia y harapienta. Me dijo que vendría a buscarlo.

—¿La había visto antes?

—Nunca. Me dijo que venía del norte a pie.

Lord Chester tenía ahora otra nota.

Con mis más cordiales saludos.

La sombra de Escocia

Burlado, arrojó el papel a la fragua para que lo devoraran las llamas. Debía regresar a la posada para preguntarle a Roy quién era *La sombra de Escocia*, cuál de sus compañeros de viaje era. Pero, cuando avanzó por la calle, fue testigo de cómo Roy lo saludaba desde la grupa de

su montura con una sonrisa. Otros dos hombres y MacDonald de Morar iban con él. Roy tomó las riendas y ordenó a su caballo que galopara seguido de Abigail, Alastair, el cochero y el propio MacDonald.

* * *

Cabalgaron hacia el norte sin mirar atrás y, solo cuando estuvieron en las cercanías de Newcastle upon Tyne, Roy se percató de la presencia de una segunda joven harapienta junto a un arroyo. Miró a Alastair que, sonriendo, le hizo una seña para que fuera la siguiera. Fue entonces cuando Roy no aguantó más, se apeó del caballo y se encaminó decidido hacia la joven. Se quedó delante de ella con las manos apoyadas en las caderas y la miró como si fuera a estrangularla. No le cabía la menor duda. ¡Era ella! ¡Laimie! ¡Y había acudido a salvarlo!

—Te dije que te marcharas a Inveraray. ¿Es que no fui lo suficientemente claro?

Pero ella no se inmutó. Se limitó a despojarse

del pañuelo para sumergirlo en las cristalinas aguas del arroyo para lavarse la cara, las manos y la boca, que apestaba a tinta. Roy se situó a su altura. La sujetó del brazo para volverla hacia él y seguir con su discurso.

—No deberías haberte arriesgado como lo has hecho. Veo que sigues siendo igual de testaruda que siempre.

—¿Has terminado? —se limitó a preguntarle mientras lo miraba de manera dulce y cruzaba los brazos sobre el pecho. Un delicioso mohín le afluoraba en los labios.

—¿Que si he terminado? —repitió él asombrado por su comportamiento—. ¿Te parece...?

Pero las palabras quedaron al momento ahogadas porque Laimie se alzó sobre los pies para atraer a Roy hacia sus labios. El duque de Argyll se dejó arrastrar por la urgencia de sentirlos.

—Una Murray no acepta órdenes ni reproches de un miembro del clan Campbell por mucho que se haga llamar “duque de Argyll” —le dijo

alzando el mentón.

Roy estalló en carcajadas ante las atónitas miradas de los presentes. Luego se acercó hasta ella y, rodeándola por la cintura con un brazo, la atrajo hacia él. Deslizó la otra mano bajo el mentón de ella para que las miradas se encontraran. Roy comprendió por qué nunca había podido olvidar a aquella hermosa mujer. Su amor por ella era más fuerte que el acero que forjaba las *claymores*; más profundo que las aguas del lago Carron; su amor por ella era eterno.

—Tenía miedo de que pudiera sucederte algo —le susurró con una voz que erizó la piel de Laimie—. No podría soportar si te hubieran detenido o incluso algo peor.

La muchacha sonrió.

—Lo sé. Pero estaba en deuda contigo, Roy.

—No me debes nada —le dijo.

—Sí, te debo tres largos años de ausencia y dolor que...

Roy la silenció posando el dedo sobre los labios para detener cualquier explicación mientras sacudía la cabeza.

—No hay nada que reprocharnos. El pasado está borrado. Ahora solo tenemos que mirar el futuro.

—¿Y MacDonald? —preguntó Laimie volviéndose hacia los demás.

Roy la contempló alejarse de él unos pasos. ¿Qué le sucedía? No parecía estar contenta, feliz por haberle salvado el cuello. ¿Buscaría la venganza en MacDonald? Caminó hacia ella para tratar de evitar que cometiera algo de lo que pudiera arrepentirse.

MacDonald se había apeado del caballo; estaba escoltado por el cochero y Alastair. Miraba a Laimie como si fuera un verdugo, como si en sus manos estuviera su destino. Ella no podía olvidar que había traicionado a la causa, a los demás clanes, a su país.

—Me obligaron a hacerlo. Ellos me... —comenzó a explicar MacDonald sintiendo la ira de Laimie en cada paso con el que ella se acercaba a él.

—Cállate —le espetó—. Tienes suerte de que no decida matarte, MacDonald. Aunque bien

merecido lo tendrías por haber traicionado a los clanes leales al rey.

Cuando escuchó que perdonaría la vida, el hombre relajó los hombros y respiró aliviado. Incluyó la cabeza hacia delante sintiendo el peso de la culpa.

—¿Qué piensas hacer con él? —le preguntó Roy.

—Lo entregaremos al clan para que ellos decidan qué debe hacerse. No me corresponde a mí juzgarlo —dijo con un tono que parecía una sentencia de muerte.

Roy sonrió complacido por la decisión mientras seguía absorbido por su belleza, por la fuerza que emanaba de la mujer y el deseo que alentaba ese cuerpo en él. Los cabellos rizados ondearon al viento que los meció con exquisita delicadeza.

—Aparten de mi vista a este traidor —les dijo al cochero y a Alastair que se lo llevaron lejos de Roy y de ella.

—Me estaba preguntando... —comenzó diciendo Roy.

Las palabras hicieron que ella girara con un destello en los ojos que provocó un vuelco en el corazón de Roy.

—¿Sí?

—Me preguntaba qué pensabas hacer a partir de ahora. —El comentario la tomó por sorpresa. No supo reaccionar. Él aprovechó ese momento de desconcierto y aparente vulnerabilidad para hacer que se rindiera del todo ante él—. Te lo digo porque me gustaría que vinieras conmigo a Argyllshire.

Laimie se sorprendió al escucharlo pronunciar aquellas palabras. ¿Le estaba pidiendo que regresara junto a él o se trataba de su propia interpretación? Abrió los ojos mientras Roy le tomaba el rostro entre las manos. Se veía reflejado en esos ojos verdes.

—¿En verdad quieres...? —ella balbuceaba sin saber qué decir. El nudo en la garganta la atenazaba sin dejarla hablar.

—Nada me haría mayor ilusión.

Laimie por fin consiguió deslizar la opresión que la atenazaba. Las pestañas aletearon como

mariposas mientras las lágrimas de tristeza que en un principio se habían formado en sus ojos se tornaron en lágrimas de dicha. Miró a Roy con una sonrisa que le iluminó el rostro.

—Pensé que nunca volverías a pedírmelo.

—La señora de Inveraray no necesita mi permiso para regresar a su hogar —le susurró y se le acercó a los labios para rozarlos con exquisita ternura.

Ella cerró los ojos al tiempo que las lágrimas descendían por las mejillas llevándose con ellas todo el dolor, todo el sufrimiento de días pasados. Se aferró a Roy mientras él la mecía entre sus brazos haciéndola recordar la felicidad y la dicha que habían conocido.

Epílogo

Inveraray, algunas semanas después.

Una luna redonda y blanca se alzaba majestuosa sobre el cielo de Escocia. La noche era tranquila y el ambiente estaba perfumado por el aroma de las flores que crecían y se diseminaban por el jardín que rodeaba la residencia. La gente reía y cantaba alegre y dichosa por el retorno de su señor, el duque de Argyll. Pero, sobre todo, porque volvía acompañado por Laimie Murray. Muchos pensaron que los días de dicha y felicidad conocidos antes de la última rebelión volvían a las tierras de Argyllshire; y no estaban equivocados.

Durante días, las celebraciones se habían sucedido una tras otra en honor al señor de aquellas tierras. Roy Campbell disfrutaba de una paz y una tranquilidad que solo había conocido antes de su partida al Nuevo Mundo. Y, aunque intentaba por todos los medios no alejarse

demasiado tiempo de Laimie, los quehaceres en sus propiedades le absorbían la mayor parte del día. Y solo cuando se sentaba a la mesa a comer o cenar, lograba disfrutar de su compañía.

A ella, la estancia en Inveraray le había refrescado infinidad de recuerdos. Aquí, una mirada de Roy; allí, un beso robado en la semioscuridad del pasillo. Una caricia lenta y sensual detrás de una puerta... Recuerdos que regresaban a ella como las aguas del mar a la orilla. Se dejó llevar por la nostalgia y por la insistencia de la servidumbre que le pedía arreglarse para el señor de Inveraray. Y, en todo momento, había contado con su fiel y gran amiga Abigail, que se encontraba fascinada por todo lo que la rodeaba. Si bien era cierto que con las guerras la riqueza del clan Campbell se había visto reducida, aún había suficiente para disfrutar de una posición privilegiada con respecto a los demás clanes.

Desde el día en que habían puesto los pies en Inveraray, Roy no había encontrado el momento para hablar a solas con Laimie lejos del bullicio y

de la presencia de los demás miembros de la familia. Sus deseos de tenerla a solas para él lo habían estado atormentando de manera incesante. Quería estar seguro de que ella estaba allí; de que podía acariciarla, besarla, disfrutar de su compañía y amarla durante toda la noche hasta que estuviera exhausta por la pasión que él desbordaba. Quería saber qué sentía ella de vuelta al hogar como él le había dicho. Quería saber qué le pasaba por la mente, qué le decía el corazón. Y aquella noche iba a averiguarlo.

La había tomado de la mano para llevarla al jardín y poder transitar entre los setos y las flores. El aire estaba perfumado por las esencias florales que envolvían a la pareja de amantes que caminaba bajo los arcos cubiertos de rosas escocesas. Laimie se había recogido los cabellos en lo alto dejándolos caer sobre la nuca. No llevaba ninguna otra joya que pudiera competir en brillo y fulgor con los ojos con los que miraba a Roy. Sentía que el corazón parecía querer abandonarla para reunirse con el de él. Roy se había vestido con el traje escocés olvidando por

un momento la proclama en contra de la utilización de ese atuendo tras la revuelta de los Estuardo. Su *kilt*, con el tartán del clan Campbell y el *plaid* le cruzaba el pecho engarzado con un broche que contenía el emblema del duque de Argyll. Se había puesto las medias y los zapatos de piel, pero no llevaba *sporrán* ni armas. No las necesitaba en sus dominios donde todos los habitantes lo respetaban y lo veneraban.

Cuando Laimie lo vio con el traje tradicional, una oleada de emociones la invadió. Y cuando los acordes de las gaitas tocaron la marcha del clan Murray, sintió que la piel se le erizaba. Se abandonó a aquellas notas que le trajeron a la mente recuerdos entrañables de sus tierras de Atholl. Cerró los ojos mientras el viento nocturno la rodeaba, la encumbraba por encima de todo ser viviente. Parecía como si estuviera levitando en mitad de la noche y pudiera contemplar desde lo alto las Highlands. Cuando Roy se acercó hasta ella para rozarle con las manos los brazos, Laimie abrió los ojos sobresaltada, pero excitada.

—Tocan en honor a ti —le susurró al oído.

Habían caminado con paso lento hasta el extremo del jardín desde el que podía contemplarse la luna. Ella, de espaldas a Roy, se abrazaba a sí misma mientras contemplaba la infinidad de puntos luminosos en el cielo y sonreía. Roy se situó delante de ella apoyado en un banco mientras no dejaba de contemplarla. Daba gracias al cielo por haberla podido recobrar después de tantos infortunios.

Sentía la mirada de Roy fija en ella y cómo su intensidad le provocaba una sensación de acaloramiento que se traducía en un rubor en las mejillas. Sonrió con timidez cuando él le pasó el dorso de la mano por el rostro. Cerró los ojos y se abandonó a la caricia.

—Todavía no puedo creer que estés aquí —le dijo con la voz cargada de emoción mientras sonreía con timidez.

Se limitó a mirarlo a sabiendas de que él era el hombre de su vida. El hombre al que había expulsado por su estúpido orgullo, pero que había logrado recuperar.

—Pues es mejor que empieces a hacerlo.

—Si supieras las noches que he pasado lejos de ti anhelando este momento, deseando que estuvieras donde estás ahora —le susurró.

Le pasó la mano por el rostro a Roy para sentir la suavidad, la tersura, el calor que emanaba la piel.

—Creo que esto te pertenece —le dijo mientras se apartaba de ella y le mostraba un anillo con el emblema de los Campbell.

Laimie lo contempló en silencio mientras los recuerdos inundaban su mente trayendo angustia y dolor. Recordó cómo se lo había arrojado en la cara a Roy cuando supo que no combatiría junto a los clanes leales al Estuardo. Se mordió el labio con arrepentimiento mientras aguardaba impasible a que Roy se lo devolviera. Extendió la mano deseando que él lo deslizara por el dedo como lo había hecho entonces. Roy lo hizo una vez más mientras la miraba a los ojos, y ella se emocionó al contemplar cómo el emblema de los Campbell le recorría el dedo hasta llegar al final.

—Por fin ha vuelto con su legítima dueña —le dijo tomando la mano entre las suyas.

—Te prometo que seré una digna portadora.

—Estoy completamente seguro.

El silencio volvió a cubrirlos. Roy seguía contemplándola y empapándose de su belleza. Quería proponerle algo, pero no estaba seguro de poder dar ese paso. Se armó de valor y se lo pidió.

—Cásate conmigo, Laimie.

Ella lo miró a través del velo del deseo, de la ensoñación y sonrió mientras lo rodeaba con los brazos para poder besarlo. Fue un leve roce al principio que se volvió más y más apasionado a medida que la urgencia de ambos aumentaba. Roy la estrechó con todas sus fuerzas como si tuviera miedo de que pudiera desaparecer, y ella se abandonó en sus brazos para no volver a marcharse jamás.

La contempló esperando su respuesta mientras ella parecía demorarse a propósito.

Laimie, por su parte, sonrió divertida al ver cómo el rostro de él se contraía por la larga y tensa espera.

—¿Acaso pretendes matarme con la espera?

—le preguntó.

—¿Qué son un par de minutos comparados con los años que me has esperado? —le respondió. La mirada se tornó pícaro—: ¿llevas algo debajo del *kilt*? —Y le deslizó la mano juguetona por la rodilla y para adentrarse hacia lo más recóndito debajo de la falda.

—Antes deberías responderme —le dijo deteniendo el avance de la mano.

—Creo que ya lo he hecho al venir aquí y aceptar el anillo de los Campbell, ¿no crees? Soy una Murray —le susurró.

—En ese caso... —Roy le soltó la mano, que siguió ascendiendo por el interior del *kilt*—. ¿Por qué no pruebo yo a ver qué hay bajo tu vestido?

—Eso sí que me gustaría —le respondió antes de besarlo y abandonarse a la pasión.

* * *

—¡Tía Laimie, tía Laimie! Cuéntanos la última aventura de *La sombra de Escocia* —clamaba el pequeño Arthur mientras le tiraba de la falda a la

muchacha en un intento por llamar su atención—. Tío Roy nos ha dicho que tú la conoces.

Miró a sus sobrinos con una mezcla de ingenuidad y felicidad. Arthur y Sarah la habían sitiado como si de una fortaleza se tratara y no parecía que fueran a rendirse tan fácilmente en su empeño.

Los hermanos Campbell sonreían mientras permanecían sentados en sendos butacones junto al calor del fuego de la chimenea conversando acerca del paradero de Alastair y Abigail. Ambos se habían adentrado en las Highlands con el fin de que los ingleses no pudieran encontrarla a Abigail y acusarla de escapar de América.

—¿Cuándo partieron? —preguntó Jeff.

—Esta mañana temprano.

—¿Volveremos a verlos?

—Seguro. En cuanto el asunto de Abigail haya quedado olvidado. Por cierto, ya me he encargado de difundir el rumor de que se embarcó rumbo a Francia.

—Muy astuto de tu parte. Con seguridad, lord Chester no va a querer cruzar el Canal de la

Mancha para ir en su busca —dijo Jeff entre risas.

—Mmm..., no te fíes, hermano. Albert es un perro muy bien adiestrado.

—Por cierto, ¿qué ha sido de él?

—No tengo la más mínima idea. Es más, no pienso volver a Inglaterra —le dijo muy seguro Roy.

—¿Lo dices en serio? —preguntó algo sorprendido.

—He renunciado a ser el emisario de Escocia en Londres. No me interesa la política.

—¿Y qué harás?

Roy sonrió con felicidad.

—Recuperar el tiempo perdido —dijo posando sus ojos en los de su amada esposa, que seguía luchando con los dos sobrinos.

Helen permanecía de pie tratando de hacer desistir a los pequeños del intento por obtener de su tía Laimie la tan ansiada recompensa del relato.

—Vamos, vamos. Dejen en paz a su tía.

—Pero el tío Roy me dijo que la tía conocía la última aventura de *La sombra de Escocia* —protestó Arthur de mala gana.

Helen desvió su atención hacia Roy, que se encogió de hombros como si él no supiera nada.

—Está bien, está bien —intervino y captó la atención de sus sobrinos, que de inmediato se sentaron sobre la alfombra dispuestos a escuchar el relato.

—¿Es verdad que burló a los ingleses? —preguntó Arthur con los ojos encendidos de emoción.

—Verdad.

—¿Y que nunca la han atrapado?

—También es verdad.

—¿Y que salvó a la persona que amaba?

Aquella pregunta produjo un extraño sentimiento en el interior de Laimie y, cuando levantó la mirada para fijarla en Roy, las mejillas se le encendieron. En el rostro se le dibujó una sonrisa cautivante y reveladora.

—Cierto.

—Lo salvó porque lo quería —balbuceó la pequeña Sarah mientras jugaba con su muñeca.

—Sí. *La sombra de Escocia* volvió por amor —comenzó diciendo mientras la mirada volvía a

posarse en la de Roy—. Volvió para salvar a quien amaba, pero también para salvarse a sí misma.

—¿También estaba en peligro? —le preguntó Arthur impaciente.

—Oh, sí. En un peligro mucho mayor —le dijo exagerando el tono de voz.

—¿La perseguían los ingleses?

—Peor.

—¿Peor que los ingleses? —exclamó Arthur.

—Mucho peor.

—¿Qué peligro?

Laimie sonrió mientras miraba a su sobrino y le pasaba la mano por los cabellos alborotándoselos.

—El de perderse en su propio orgullo. Pero, por fortuna, pudo darse cuenta a tiempo —le dijo mientras le guiñaba un ojo y sonreía.

Arthur se quedó en silencio sin entender nada. Las miradas de Laimie y de Roy volvieron a cruzarse. Ella respiró aliviada cuando percibió que el dolor había desaparecido del rostro de él. Él hizo lo mismo al comprender que los días de felicidad habían regresado por fin a Inveraray.